CHOCOLAT

Una novela sobre los secretos, la magia y el poder de los placeres sencillos

JOANNE HARRIS

ADAPTACIÓN EDITORIAL Y CURADURÍA AL IDIOMA ESPAÑOL

CÁTAROS TAROT

Septiembre del 2026

CHOCOLAT

Joanne Harris

Título original: *Chocolat*
Autora: Joanne Harris (Reconocimiento pleno de los derechos morales de la obra original, 1999)
Adaptación literaria y curaduría editorial: CÁTAROS TAROT
Maquetación y diseño tipográfico: Cátaros Tarot (Normas Bringhurst & Zapf)
Fecha de edición: Septiembre del 2026
Lugar de edición: Ciudad de México, México

Nota de la adaptación editorial:
La presente obra constituye una adaptación y curaduría editorial de la obra original realizada en Septiembre del 2026 por CÁTAROS TAROT. Tomando como referencia la célebre novela de Joanne Harris, se han tomado decisiones orientadas a flexibilizar giros sintácticos rígidos, reparar lagunas y erratas generadas por digitalización OCR, actualizar sutilmente el lenguaje y trasladar modismos a un español vivo, transparente y armónico. Esta versión honra la riqueza sensorial, el choque humano y la atmósfera mágica de la obra dentro de un estándar de legibilidad óptima para lectores contemporáneos.

Cátaros Tarot — Sello Editorial
Visita nuestros portales oficiales:
www.cataros.com.mx
tarotmexico.online

Comunidad y contacto:
Instagram & TikTok: @cataros_tarot
Facebook: Tarot México Cataros

© Septiembre 2026 Cátaros Tarot. Todos los derechos reservados.
Queda prohibida la reproducción, copia o distribución total o parcial de esta edición sin la previa autorización por escrito de la editorial.

NOTA A LA PRESENTE EDICIÓN

Decisiones creativas y criterios de adaptación al español actual

❖ · ❖ · ❖

Cuando las primeras páginas de *Chocolat* se abren, no entramos únicamente en un pueblo del suroeste francés atrapado entre el frío de febrero y la rígida solemnidad de la Cuaresma: entramos en un universo profundamente sensorial. El crujido de los confetis pisoteados en el fango, el olor espeso de la manteca caliente y las crepas en la feria del pueblo, el tintineo sombrío de las campanas parroquiales y, sobre todo, el torrente aromático del cacao, la vainilla, la canela y el chile que Vianne Rocher despierta en su chocolatería *La Céleste Praline*.

La novela de Joanne Harris es, en su médula, una celebración de la libertad interior frente al oscurantismo; un relato sobre la compasión cotidiana y el valor de romper las cadenas invisibles que sofocan la alegría humana. No obstante, al trasladar una obra de estas dimensiones a nuestra lengua, una traducción rígida, literal o estrictamente apegada a giros idiomáticos locales termina levantando una muralla entre la historia y el lector contemporáneo.

Por ello, el equipo editorial de **CATAROS** ha concebido este volumen no como un traslado mecánico, sino como una **adaptación literaria y conceptual al idioma español**. Bajo esta premisa:

- **Se han flexibilizado modismos y regionalismos anglosajones**, transformando expresiones fijas en conceptos vivos y universales que resultan inmediatamente comprensibles, manteniendo intacto el contexto provenzal y la atmósfera francesa donde transcurre la trama.
- **Se ha pulido el ritmo sintáctico**, dotando a las dos voces narrativas principales —la calidez intuitiva y rebelde de Vianne, y el tormento austero, confesional y obsesivo del padre Reynaud— de un castellano neutro, cadencioso y actual, donde cada emoción resuena con autenticidad.
- **Se preserva el rigor editorial**, cuidando la maquetación, la jerarquía visual de los treinta y nueve capítulos y el respeto escrupuloso hacia los personajes y el hilo argumental ideado por su autora.

Nuestra intención es que esta obra se lea hoy con la misma frescura, sorpresa y deleite que provocó cuando vio la luz por primera vez. Una invitación a degustar, párrafo a párrafo, el misterio y la luz que siempre aguardan tras las puertas que nos atrevemos a abrir.

CATAROS

Ciudad de México, 2026

En memoria de mi bisabuela,
Marie André Sorin
(1892 – 1968)

AGRADECIMIENTOS

Mi más profundo agradecimiento a todos cuantos contribuyeron a hacer posible este libro: a mi familia por su constante respaldo, por cuidar de los niños y por sus ánimos siempre afectuosos, aunque a veces algo perplejos; a Kevin por asumir con paciencia todo el engorroso papeleo; a Anouchka por el generoso préstamo de Pantoufle.

Gracias también a mi indómita agente, Serafina Clarke, y a mi editora, Francesca Liversidge; a Jennifer Luithlen y Lora Fountain, y a todo el equipo de Doubleday que me brindó una acogida tan cálida.

Finalmente, un agradecimiento muy especial al escritor y colega Christopher Fowler, por ayudarme a encender las luces.

J. H.

ÍNDICE GENERAL

Capítulo 1 — 11 de febrero, Martes de Carnaval 1
Capítulo 2 — 12 de febrero, Miércoles de Ceniza 8
Capítulo 3 — Jueves, 13 de febrero 14
Capítulo 4 — Viernes, 14 de febrero, San Valentín 19
Capítulo 5 — Sábado, 15 de febrero 24
Capítulo 6 — Sábado, 15 de febrero 28
Capítulo 7 — Domingo, 16 de febrero 37
Capítulo 8 — Martes, 18 de febrero 49
Capítulo 9 — Miércoles, 19 de febrero 57
Capítulo 10 — Miércoles, 19 de febrero 61
Capítulo 11 — Jueves, 20 de febrero 65
Capítulo 12 — Viernes, 21 de febrero 76
Capítulo 13 — Domingo, 23 de febrero 87
Capítulo 14 — Lunes, 24 de febrero 96
Capítulo 15 — Martes, 25 de febrero 113
Capítulo 16 — Miércoles, 26 de febrero 127
Capítulo 17 — Sábado, 1 de marzo 135
Capítulo 18 — Sábado, 1 de marzo 143
Capítulo 19 — Domingo, 2 de marzo 147
Capítulo 20 — Martes, 4 de marzo 160
Capítulo 21 — Miércoles, 5 de marzo 167
Capítulo 22 — Viernes, 7 de marzo 177
Capítulo 23 — Sábado, 8 de marzo 185
Capítulo 24 — Domingo, 9 de marzo 204

Capítulo 25 — Lunes, 10 de marzo 213
Capítulo 26 — Miércoles, 12 de marzo 219
Capítulo 27 — Jueves, 13 de marzo 223
Capítulo 28 — Sábado, 15 de marzo 243
Capítulo 29 — Domingo, 16 de marzo 251
Capítulo 30 — Martes, 18 de marzo 257
Capítulo 31 — Miércoles, 19 de marzo 263
Capítulo 32 — Viernes, 21 de marzo 267
Capítulo 33 — Domingo, 23 de marzo, Domingo de Ramos 280
Capítulo 34 — Miércoles, 26 de marzo 296
Capítulo 35 — Viernes, 28 de marzo, Viernes Santo 306
Capítulo 36 — Viernes, 28 de marzo, Viernes Santo 311
Capítulo 37 — Sábado, 29 de marzo, Víspera de Pascua 325
Capítulo 38 — Domingo, 30 de marzo, Domingo de Resurrección, 4:00 h 328
Capítulo 39 — Lunes, 31 de marzo, Lunes de Pascua 336

CAPÍTULO 1 — 11 DE FEBRERO, MARTES DE CARNAVAL

❖ · ❖ · ❖

Llegamos traídas por el viento del carnaval. Un viento insólitamente templado para ser febrero, cargado con el denso y apetitoso aroma de los buñuelos recién fritos, las salchichas asadas y los gofres espolvoreados de azúcar que se doraban sobre planchas candentes a la orilla del camino. El confeti caía en remolinos sobre cuellos y puños, rodando por los canalones como un remedio insolente contra la aspereza del invierno. Había una agitación febril en la multitud que se apiñaba a lo largo de la estrecha calle principal, con los cuellos estirados para no perderse el paso de la carroza forrada de papel crepé, engalanada con cintas flotantes y escarapelas de colores. Anouk miraba con los ojos desmesuradamente abiertos, sujetando un globo amarillo en una mano y una trompeta de juguete en la otra, apretujada entre una cesta de la compra y un perro pardo de mirada melancólica.

Habíamos visto otros carnavales antes, ella y yo; un desfile de doscientas cincuenta carrozas monumentales en París el último martes de carnaval, ciento ochenta en Nueva York, dos docenas de bandas de música en Viena, zancudos, cabezudos con sus desgarbadas figuras de cartón piedra y bastoneras cuyos bastones giraban despidiendo destellos al sol. Pero a los seis años el mundo conserva un brillo irrepetible. Una carreta de madera, decorada a la carrera con purpurina, papel crepé y estampas de cuentos de hadas: la cabeza de un dragón pintada sobre un escudo, Rapunzel con una peluca de lana, una sirena con cola de celofán, una casita de jengibre hecha de cartón dorado y escarcha

de azúcar, y una bruja en el umbral agitando unas larguísimas uñas verdes ante un corro de niños silenciosos. A los seis años todavía es posible percibir sutilezas que apenas un año más tarde quedan fuera de alcance. Tras el cartón piedra, el azúcar y el plástico, mi hija aún era capaz de ver a la bruja de verdad, la magia auténtica. Levantó la vista hacia mí, con esos ojos suyos que tienen el azul verdoso de la Tierra vista desde las alturas, resplandecientes.

—¿Nos vamos a quedar? ¿Nos quedamos aquí? —Tuve que recordarle que hablara en francés—. Pero ¿nos quedamos? ¿De verdad? —insistió, aferrándose a mi manga. El viento le enredaba los cabellos como una nube de algodón de azúcar.

Lo sopesé un instante. Era un sitio tan bueno como cualquier otro. Lansquenet-sous-Tannes, doscientas almas a lo sumo, poco más que un parpadeo en la carretera que une Toulouse con Burdeos. Pestañeas y te lo pasas de largo. Una calle principal, una doble hilera de casas con entramado de madera de tono ceniciento que se inclinan unas sobre otras con aire cómplice, y un puñado de callejuelas laterales que corren en paralelo como las púas de un tenedor torcido. Una iglesia, con un encalado deslumbrante, dominando una plazuela de tiendecitas modestas. Granjas diseminadas sobre una campiña vigilante. Frutales, viñedos y franjas de tierra parceladas bajo la estricta disciplina del campo: aquí manzanos, allá kiwis, melones y endibias bajo túneles de plástico negro; cepas que parecían marchitas y yertas bajo el pálido sol de febrero, pero que aguardaban una resurrección triunfal para el mes de marzo. Detrás, el Tannes, un afluente menor del Garona, se abría paso entre los pastos cenagosos. ¿Y la gente? Se parecían a todos los demás que habíamos conocido: quizá un poco pálidos bajo una luz a la que no estaban acostumbrados, un poco apagados. Los pañuelos y las boinas eran del mismo color que el pelo que cubrían: castaño, negro o gris. Rostros surcados de arrugas como manzanas del verano anterior, ojos hundidos en una carne curtida como canicas en masa vieja. Solo unos cuantos niños, con ropas de vivos tonos rojos, amarillos y verde lima, parecían pertenecer a otra especie.

A medida que la carroza avanzaba pesadamente calle arriba, arrastrada por un viejo tractor renqueante, una mujer corpulenta de rostro cuadrado y severo se ajustó un abrigo escocés a los hombros y gritó unas palabras en el dialecto

local, apenas comprensible. Sobre la plataforma, un Papá Noel rechoncho, fuera de temporada entre hadas, sirenas y duendes, lanzaba caramelos a la muchedumbre con una agresividad mal disimulada. Un anciano de facciones menudas, tocado con un sombrero de fieltro en lugar de la boina común en la comarca, apartó con delicadeza al perro pardo de entre mis piernas con una inclinación de disculpa. Me fijé en sus dedos, finos y aristocráticos, acariciando el lomo del animal; el perro soltó un gemido quedo y la expresión de su amo se volvió un nudo complejo de ternura, zozobra y culpa. Nadie nos miraba de frente. Podríamos haber sido invisibles; nuestra ropa nos delataba como forasteras, gente de paso. Eran educados, impecablemente educados: nadie clavaba los ojos en nosotras. Una mujer con la melena recogida bajo el cuello de un abrigo anaranjado y un pañuelo de seda ondeando al viento; una niña con botas de agua amarillas y chubasquero azul celeste. Nuestros colores llamaban la atención. Nuestras prendas resultaban exóticas; nuestros rostros —¿demasiado pálidos o demasiado oscuros?— y nuestro pelo nos señalaban como extrañas, forasteras, portadoras de una rareza indefinible. Los habitantes de Lansquenet dominaban el arte de observar sin cruzar la mirada. Sentía su atención clavada como un soplo frío en la nuca, extrañamente desprovista de hostilidad abierta, pero gélida a pesar de todo. Éramos una curiosidad, una atracción más de la feria, una ráfaga traída de tierras lejanas.

Sentí sus miradas sobre nosotras cuando me acerqué a comprar una crepe en un puesto ambulante. El envoltorio quemaba entre mis dedos, grasiento y fragante; la masa de trigo sarraceno crujía en los bordes, pero guardaba un corazón tierno y suculento. Partí un trozo y se lo di a Anouk, limpiándole con el pulgar la mantequilla derretida de la barbilla. El vendedor era un hombre orondo, casi calvo, de gafas gruesas y la piel brillante por el vapor de la plancha. Le guiñó un ojo a la niña. Con el otro repasó cada detalle de nuestra estampa, sabiendo muy bien que más tarde habría preguntas que responder.

—¿De vacaciones, señora? —La cortesía del pueblo le autorizaba a sondear; tras su simulada indiferencia de comerciante adiviné una auténtica sed de novedades. En este rincón, la información es la moneda más cotizada; con Agen y Montauban tan a tiro de piedra, los forasteros son una rareza.

—Por una temporada.

—¿Vienen de París, entonces? —Tenía que ser por nuestra ropa. En esta tierra de contrastes ásperos, la gente viste de forma deslucida. El color es un lujo que envejece mal. Las flores silvestres al borde de las cunetas son consideradas maleza: invasoras e inservibles.

—No, de París no.

La carroza casi alcanzaba el final de la calle. Una modesta charanga —dos pífanos, dos trompetas, un trombón y una caja destemplada— la seguía interpretando una marcha desgarbada e irreconocible. Una docena de chiquillos correteaban detrás, disputándose los caramelos rezagados. Algunos iban disfrazados; alcancé a ver a una Caperucita Roja y a un personaje desaliñado que bien podía ser el lobo peleándose amistosamente por un puñado de serpentinas.

Una figura negra cerraba la marcha. Al principio creí que formaba parte del desfile —quizá representaba al médico de la peste negra—, pero al acortar la distancia reconocí la sotana antigua de un sacerdote de parroquia. Debía de rondar la treintena, aunque de lejos su compostura rígida le añadía años. Giró la cabeza hacia mí y comprendí que él también era un recién llegado a estas tierras: tenía los pómulos marcados y los ojos claros propios de las gentes del norte, y unos dedos largos de pianista descansaban sobre la cruz de plata que le colgaba del pecho. Tal vez fuera esa condición compartida de extranjería lo que le concedía el derecho a mirarme tan fijamente; sin embargo, no hallé la menor calidez en sus ojos gélidos y descoloridos. Solo el escrutinio felino y calculador de quien vigila celosamente los linderos de su territorio. Le dediqué una sonrisa; él apartó la mirada, turbado, y llamó con un ademán tajante a los dos niños disfrazados.

Con un gesto severo les señaló los desperdicios que alfombraban el suelo; a regañadientes, los pequeños comenzaron a recoger serpentinas pisoteadas y envoltorios pegajosos para arrojarlos a un cubo cercano. Noté de nuevo la mirada del párroco clavada en mi espalda cuando me di la vuelta, una mirada que en cualquier otro hombre habría parecido de curiosa fascinación.

En Lansquenet-sous-Tannes no hay comisaría de policía y, por lo tanto, no se registran crímenes. Intenté imitar a Anouk, mirar más allá de los disfraces

para alcanzar la verdad de las cosas, pero por ahora todo era una neblina de sombras y apariencias.

—¿Nos quedamos, mamá? ¿Nos quedamos de verdad? —me tiró de la manga con insistencia—. Me gusta este sitio. Me gusta mucho. ¿Nos quedamos?

La levanté en brazos y le besé la coronilla. Olía a humo de leña, a crepes tostadas y a sábanas tibias en una mañana de invierno. ¿Y por qué no? Era un lugar tan acogedor o tan hostil como cualquier otro.

—Claro que sí —le susurré, hundiendo los labios en su cabello—. Claro que nos quedamos.

No era del todo una mentira. Esta vez, incluso, podía llegar a ser verdad.

El carnaval se disipó. Una vez al año, la aldea estalla en un resplandor efímero, pero apenas unas horas después el calor ya se había esfumado y la multitud se había disgregado. Los puesteros desmontaban toldos y planchas calientes, y los niños abandonaban máscaras y matasuegras. En el ambiente flotaba un poso de discreta vergüenza, un apocamiento culpable tras semejante derroche de ruido y color. Igual que una lluvia torrencial en pleno verano, todo se evaporaba con rapidez, escurriéndose por las grietas de la tierra seca y entre los adoquines gastados sin dejar apenas huella. Dos horas más tarde, Lansquenet-sous-Tannes volvía a ser invisible, como uno de esos pueblos encantados de las leyendas que solo emergen a la superficie una vez al año. De no haber sido por el carnaval, habríamos pasado de largo sin advertir su existencia.

Tenemos gas, pero todavía no han conectado la electricidad. En nuestra primera noche, le preparé unas tortitas a Anouk a la luz de una vela y cenamos junto a la chimenea, utilizando como platos las hojas de una vieja revista, pues nuestras pertenencias no llegarán hasta mañana. El local fue en su día una tahona y todavía conserva un haz de espigas de trigo tallado en la madera sobre el dintel estrecho de la entrada, pero el suelo estaba cubierto de una espesa capa de polvo harinoso, y tuvimos que abrirnos paso entre una montaña de correspondencia atrasada para entrar. El alquiler nos pareció ridículamente bajo, acostumbradas como estábamos a las tarifas abusivas de las grandes

ciudades; aun así, sorprendí la mirada cargada de recelo de la mujer de la agencia inmobiliaria mientras le contaba los billetes sobre el mostrador. En el contrato de arrendamiento figuro como Vianne Rocher, estampada con una firma que parece un jeroglífico susceptible de significar cualquier cosa.

A la luz temblorosa de la vela exploramos nuestro nuevo dominio: los viejos hornos de ladrillo refractario se conservaban sorprendentemente bien bajo las capas de hollín y grasa reseca; las paredes con paneles de pino tenían solera, y las baldosas de barro cocido estaban ennegrecidas por el tiempo. En una habitación trasera, Anouk encontró el viejo toldo enrollado y lo sacamos arrastrándolo; las arañas huyeron despavoridas de entre la lona descolorida. Nuestra vivienda se encuentra justo encima de la tienda: una habitación polivalente, un aseo diminuto, un balcón minúsculo y una jardinera de barro con geranios muertos. Anouk arrugó la nariz al contemplarlo.

—Está muy oscuro, mamá —dijo con voz apagada, sobrecogida ante tanto abandono—. Y huele triste.

Tenía toda la razón. Olía a luz solar atrapada durante años hasta volverse rancia y mohosa, a excrementos secos de ratón y al fantasma de cosas que nadie recuerda ni llora. El espacio resonaba con el eco hueco de una cueva, y la débil tibieza de nuestra presencia no hacía más que alargar las sombras sobre los muros. La pintura fresca, la luz del día y un buen caldero de agua jabonosa acabarían con la mugre, pero la tristeza acumulada era otra historia: ese eco desolado de las casas donde hace demasiado tiempo que nadie se echa a reír. La carita de Anouk se veía pálida y sus ojos enormes a la lumbre de la cera; me apretó la mano con fuerza.

—¿Tenemos que dormir aquí? —preguntó—. A Pantoufle no le gusta nada. Tiene miedo.

Sonreí y le di un beso en la mejilla cálida y dorada.

—Pantoufle nos va a echar una mano.

Encendimos una vela para cada rincón: dorada, roja, blanca y naranja. Prefiero elaborar mis propios sahumerios, pero ante una emergencia las varitas compradas cumplen de sobra su cometido: lavanda, madera de cedro

y limoncillo. Con una vela en la mano cada una, Anouk haciendo sonar su trompeta de juguete y yo aporreando una cuchara de metal contra una cacerola desfondada, nos pusimos a recorrer las habitaciones taconeando con fuerza, cantando y gritando con toda el alma: «¡Fuera! ¡Fuera! ¡Fuera!», hasta que las paredes parecieron estremecerse y los espíritus agraviados huyeron despavoridos, dejando tras de sí un sutil regusto a chamusquina y un buen montón de yeso desprendido.

Basta mirar detrás de la pintura agrietada y del desamparo de los muebles olvidados para vislumbrar los primeros destellos, como la estela de luz que deja una bengala encendida en la oscuridad: aquí, una pared resplandeciendo con una mano de pintura dorada; allá, una butaca de orejas, algo ajada pero tapizada en un naranja exultante; y el viejo toldo revelando de golpe sus colores vivos bajo las costras de polvo. «¡Fuera! ¡Fuera! ¡Fuera!», coreaban Anouk y Pantoufle mientras pataleaban en el suelo, y las imágenes soñadas parecían cobrar nitidez: un taburete carmesí junto al mostrador forrado de vinilo, una cortina de campanillas tintineando contra la puerta principal. Sé muy bien que no pasa de ser un juego. Un alboroto inocente para espantar los temores de una niña asustada. Nos esperaba una faena descomunal, trabajo duro y agotador, antes de que nada de esto se convirtiera en realidad. Y, sin embargo, en ese instante bastaba con sentir que la vieja casa nos daba la bienvenida, del mismo modo que nosotras se la dábamos a ella. Dejé un puñado de sal gruesa y un pedazo de pan en el umbral para congraciarnos con los númenes del lugar, y froté unas gotas de aceite de sándalo en la almohada para endulzar nuestros sueños.

Más tarde, Anouk me aseguró al oído que Pantoufle ya no tenía miedo, y con eso fue suficiente. Nos quedamos dormidas vestidas, acurrucadas la una contra la otra sobre el jergón enharinado de la alcoba, con todas las velas encendidas.

Cuando abrimos los ojos, ya era de día.

CAPÍTULO 2 — 12 DE FEBRERO, MIÉRCOLES DE CENIZA

❖ · ❖ · ❖

En realidad, fueron las campanas las que nos despertaron. No había sido consciente de lo cerca que estábamos de la iglesia hasta que las escuché repicar: un tañido grave y resonante que de pronto se descomponía en un alegre carillón —*¡dommm, flan-di-dadi dommmm!*— marcando el compás con insistencia. Miré el reloj de pulsera: eran las seis en punto. Una luz de oro cenizo se filtraba por las rendijas de las maderas rotas de la contraventana, proyectándose sobre el jergón.

Me levanté y me asomé a la plaza; los adoquines mojados despedían un brillo limpio. La torre cuadrada y blanca del templo destacaba con nitidez bajo los primeros rayos del sol matinal, alzándose desde un foso de comercios de fachadas apagadas: una panadería, una floristería y un negocio de pompas fúnebres con placas votivas, ángeles de escayola y rosas esmaltadas de esas que no se marchitan jamás. Por encima de las cancelas cerradas con discreción, la torre encalada se erigía como un faro severo: los números romanos del reloj relucían en rojo a las seis y veinte para desconcertar al diablo, mientras la Virgen, entronizada en su nido de piedra en las alturas, contemplaba el empedrado con una expresión de leve mareo o disgusto contenido. En la punta del chapitel giraba una veleta —de oeste a oeste-noroeste— con la figura de un hombre con sotana blandiendo una guadaña.

Desde el balcón del geranio marchito alcancé a ver a los primeros fieles que acudían a la misa de ceniza. Reconocí de inmediato a la mujer del abrigo

escocés que había visto en el carnaval; le hice un gesto amistoso con la mano, pero apretó el paso sin devolverme el saludo, envolviéndose más en su abrigo como si buscara un escudo. Detrás de ella, el anciano del sombrero de fieltro, que llevaba al perro pardo sujeto de una correa corta, me dirigió una sonrisa tímida y dubitativa. Le grité un enérgico «¡buenos días!», pero al parecer la etiqueta del pueblo no toleraba semejantes familiaridades callejeras, porque no me respondió y apuró el paso para entrar en el templo, llevándose al perro consigo.

A partir de ese instante nadie más alzó la mirada hacia mi ventana, a pesar de que conté más de sesenta cabezas desfilando por la plaza —pañuelos oscuros, boinas caladas, sombreros encajados contra un viento invisible—; sin embargo, sentía su indiferencia, una indiferencia calculada y llena de curiosidad morbosa. Sus hombros encorvados y sus miradas bajas proclamaban que tenían asuntos de suma gravedad que resolver ante Dios. Arrastraban los pies pesadamente sobre los adoquines, con la misma desgana de los niños que van castigados a la escuela. Supe de inmediato que aquel de allá renunciaba hoy al tabaco; aquel otro, a su copita diaria en la taberna; aquella de más allá se privaría de sus guisos favoritos durante las próximas semanas de abstinencia. Nada de eso era asunto mío, desde luego. Pero sentí en ese instante que si algún rincón del mundo necesitaba con urgencia una pizca de magia, era precisamente este. Las viejas costumbres tardan en morir. Y cuando una se ha dedicado alguna vez al oficio de conceder deseos, el impulso jamás llega a extinguirse del todo.

Además, el viento del carnaval todavía soplaba con fuerza, trayendo consigo una vaga estela de fritura, azúcar quemado y pólvora, esos aromas punzantes del cambio de estación que hacen que las palmas de las manos piquen y el corazón se acelere. Nos quedaremos un tiempo, me dije. Un tiempo. Al menos hasta que el viento vuelva a cambiar de rumbo.

Compramos la pintura en la tienda de ultramarinos, y con ella brochas, rodillos de lana, jabón negro y un par de cubos de cinc. Empezamos la faena por la planta alta para ir bajando después: arrancamos cortinajes apolillados y arrojamos apliques rotos sobre una montaña creciente de escombros en el diminuto patio trasero. Enjabonamos los suelos a conciencia y provocamos auténticos maremotos escaleras abajo por los estrechos peldaños tiznados, de

tal modo que ambas acabamos empapadas de la cabeza a los pies en más de una ocasión. El cepillo de fregar de Anouk se convirtió en un submarino y el mío en un acorazado que disparaba ruidosos torpedos de espuma rodando hasta el vestíbulo. En mitad de semejante batalla naval, escuché el tintineo agudo de la campanilla de la entrada. Levanté la vista, con un pedazo de jabón en una mano y el cepillo en la otra, y me topé con la enjuta silueta del sacerdote recortada contra la luz.

Me había estado preguntando cuánto tardaría en presentarse. Nos contempló durante unos instantes, esbozando una sonrisa. Una sonrisa cautelosa, condescendiente, posesiva; el señor feudal que acoge con forzada indulgencia a unos huéspedes inoportunos. Noté cómo escaneaba de arriba abajo mi mono de trabajo empapado y mugriento, mi pelo recogido de cualquier manera bajo un pañuelo rojo y mis pies descalzos chapoteando sobre unas sandalias chorreantes.

—Buenos días.

Un hilillo de agua grisácea y sucia avanzaba resueltamente hacia la puntera de su zapato negro, reluciente como un espejo. Vi cómo sus ojos se desviaban hacia el charco y regresaban de inmediato a mi rostro.

—Francis Reynaud —se presentó, esquivando el agua con un paso lateral discreto—. Párroco de este lugar.

No pude evitar una carcajada.

—¡Vaya, conque era eso! —solté con una pizca de malicia—. Y yo que creía que formaba parte de la comparsa de ayer.

Se escuchó una risa seca y forzada: *je, je, je*. Le tendí una mano enfundada en un guante amarillo de goma.

—Vianne Rocher. Y la pequeña artillera que causa estragos ahí arriba es mi hija Anouk.

Desde la escalera llegaban ecos de explosiones jabonosas y los gritos de Anouk librando un combate a muerte contra Pantoufle en el descansillo. Prácticamente podía oír al sacerdote esperando que le ofreciera detalles sobre

un hipotético señor Rocher. Habría sido infinitamente más cómodo para él tenerlo todo por escrito en un formulario oficial, archivado y pulcro, ahorrándose esta conversación desordenada e incómoda.

—Imagino que tendrá una mañana muy ajetreada hoy —dije. De pronto sentí lástima por él, viéndolo esforzarse tanto, tensando cada músculo para tender un puente de cortesía. Otra vez su sonrisa ensayada.

—Sí, la verdad es que necesitamos poner este local en orden cuanto antes. ¡Nos va a llevar semanas! Aunque, de todos modos, no habríamos asistido a la iglesia esta mañana, señor cura. Nosotras no solemos ir a misa, ¿sabe?

Lo dije con franqueza y buena intención, para dejar las cosas claras desde el principio y evitarle falsas expectativas, pero él pareció desconcertado, casi ofendido en su fuero interno.

—Ya veo.

Había sido demasiado directa. Habría preferido un baile de insinuaciones, rodearnos con cautela como dos gatos que tantean el terreno.

—Pero es un detalle muy amable de su parte venir a darnos la bienvenida —proseguí con viveza—. Quizá incluso pueda ayudarnos a hacer algunas amistades en el pueblo.

Me percaté de que él mismo tenía algo de felino: ojos claros y gélidos que rehuían sostener la mirada de frente, un estado de alerta perpetuo, contenido y distante.

—Haré cuanto esté en mi mano —repuso con una frialdad repentina, ahora que sabía que no formaríamos parte de su rebaño. Y, sin embargo, su celo sacerdotal lo empujaba a ofrecer más de lo que estaba dispuesto a conceder—. ¿Tiene algo en mente?

—Bueno, no nos vendría mal un poco de ayuda con las obras —sugerí—. No de su parte, por supuesto —añadí con rapidez, al ver que abría la boca para excusarse—. Pero tal vez conozca a alguien en la parroquia a quien le interese ganarse un dinero extra. Un yesero, o alguien con maña para echar una mano con la pintura y los arreglos.

Pensé que este era un terreno perfectamente seguro.

—No se me ocurre nadie en este momento —repuso con evasiva, más a la defensiva que ninguna persona que hubiera conocido jamás—. Pero ya preguntaré por ahí.

Quizá lo hiciera. Sabía cuál era su deber protocolario hacia los recién llegados. Pero yo sabía de sobra que no movería un dedo por encontrar a nadie. No tenía una naturaleza inclinada a conceder favores de buen grado. Sus ojos se posaron con suspicacia en el puñadito de sal y pan colocado junto al quicio de la puerta.

—Para la buena suerte —sonreí. Pero su semblante permaneció pétreo. Bordeó la pequeña ofrenda con un paso amplio, como si temiera contaminarse con una herejía.

—¿Mamá? —La cabeza de Anouk asomó por el hueco de la puerta, con los pelos erizados en puntas imposibles—. Pantoufle quiere salir a jugar al patio. ¿Podemos?

Asentí con la cabeza.

—No salgas del jardín —le advertí, limpiándole un manchón de hollín del puente de la nariz—. Pareces un auténtico pilluelo callejero.

La vi echar un vistazo curioso al sacerdote y pillé al vuelo la mueca traviesa que se disponía a hacerle.

—Anouk, este señor es el padre Reynaud. ¿Por qué no le das los buenos días?

—¡Hola! —gritó Anouk lanzándose como un bólido hacia la puerta trasera —. ¡Y adiós!

Un relámpago de jersey amarillo y peto rojo cruzó la estancia y desapareció, con sus pies descalzos derrapando sobre las baldosas resbaladizas. No era la primera vez que me parecía vislumbrar a Pantoufle corriendo tras sus pasos, una sombra más oscura desvaneciéndose contra la penumbra del dintel.

—Solo tiene seis años —me disculpé encogiéndome de hombros.

Reynaud esbozó una sonrisa rígida y amarga, como si aquel primer vistazo a mi hija no hubiera hecho más que confirmar, una por una, todas las sospechas que ya albergaba sobre mí.

CAPÍTULO 3 — JUEVES, 13 DE FEBRERO

❖ · ❖ · ❖

Gracias a Dios que todo ha terminado. Las visitas pastorales me agotan hasta los huesos. No me refiero a usted, por supuesto, *mon père*; venir a verlo cada semana es un auténtico bálsamo, casi podría decir que mi único desahogo. Espero que le gusten las flores. No son gran cosa, pero despiden un perfume magnífico. Las dejaré aquí, junto a su sillón, donde pueda mirarlas. Hay una vista espléndida desde este ventanal hacia los campos, con el Tannes serpenteando a media distancia y el resplandor lejano del Garona. Casi da la impresión de que estamos solos en el mundo.

No me estoy quejando, no en el fondo. Pero usted mejor que nadie sabe lo aplastante que resulta esta carga sobre los hombros de un solo hombre. Sus mezquindades, sus eternos descontentos, sus necedades, ese millar de rencores cotidianos… El martes, con el carnaval, cualquiera habría dicho que eran una manada de salvajes dando brincos y alaridos. El menor de Louis Perrin, Claude, me disparó con una pistola de agua en plena sotana, ¿y qué se le ocurrió decir a su padre? Que solo era un chiquillo y que tenía derecho a divertirse un poco. Lo único que busco es guiarlos, *mon père*, apartarlos del pecado que los condena. Pero se resisten a cada paso, igual que esos críos caprichosos que escupen el alimento sano para seguir tragando la inmundicia que los enferma.

Sé que usted me comprende. Durante cincuenta años sostuvo este pueblo sobre sus espaldas con infinita paciencia y fortaleza. Se ganó su afecto. ¿Acaso los tiempos han cambiado tanto? A mí me temen, me respetan… pero no me quieren; no, desde luego que no. Sus rostros están siempre amargados,

cargados de reproche sordo. Ayer salieron del templo con la ceniza marcada en la frente y una mueca de culpable alivio. Regresaron de inmediato a sus complacencias secretas, a sus vicios solitarios. ¿Es que no comprenden nada? El Señor lo ve todo. Y yo también lo veo todo. Paul-Marie Muscat muele a golpes a su mujer. Viene al confesonario, cumple mecánicamente su penitencia de diez avemarías semanales y sale a la calle para volver a hacer exactamente lo mismo. Su mujer se dedica a hurtar; la semana pasada fue al mercado y robó baratijas de bisutería barata en el puesto de un vendedor ambulante. Guillaume Duplessis viene con los ojos llorosos a preguntarme si los animales tienen alma, y rompe a llorar como un niño cuando le confirmo que carecen de ella. Charlotte Édouard sospecha que su marido tiene una amante; yo sé de buena tinta que tiene tres, pero el secreto de confesión me sella los labios. ¡Qué tropa de críos infantiles e insensatos! Sus exigencias me dejan exhausto y maltrecho. Pero no puedo permitirme mostrar la menor flaqueza. Las ovejas no son las criaturas mansas y angelicales de las estampas bucólicas; cualquier campesino lo sabe de sobra. Son taimadas, con frecuencia tercas y de una estupidez patológica. El pastor indulgente pronto se encuentra con un rebaño desmandado y rebelde. No puedo permitirme la debilidad de la tibieza.

Por eso, una vez por semana, me permito este único lujo. Su boca, *mon père*, está tan herméticamente sellada como el sigilo sacramental. Sus oídos permanecen siempre atentos; su corazón, siempre compasivo. Durante una hora puedo despojarme de la armadura. Puedo admitirme falible.

Tenemos una nueva vecina en la parroquia. Una tal Vianne Rocher; supongo que viuda, con una hija de corta edad. ¿Se acuerda de la vieja tahona del tío Blaireau? Cuatro años hace que murió y el inmueble se caía a pedazos desde entonces. Pues bien, ha firmado el arrendamiento y pretende reabrir antes de que acabe la semana. Dudo mucho que dure. Ya tenemos la panadería de Poitou justo enfrente, al otro lado de la plaza, y además esa mujer jamás encajará en un sitio como este. Es una persona bastante educada en las formas, no lo niego, pero no tiene absolutamente nada en común con nosotros. Dele dos meses y estará de vuelta en la gran ciudad, que es donde pertenece. Curioso: ni siquiera llegué a averiguar de dónde procede. De París, imagino, o tal vez de más allá de las fronteras. Su acento es limpio, casi demasiado

refinado para una francesa, con esas vocales secas del norte; sin embargo, sus ojos delatan un origen mediterráneo, tal vez italiano o portugués, y su tez… En fin, apenas me detuve a mirarla.

Se ha pasado el día entero metida en el local, ayer y hoy. Ha cubierto el gran escaparate con un plástico de color naranja chillón, y de cuando en cuando ella o esa pequeña criatura salvaje que tiene por hija asoman la cabeza para arrojar un cubo de agua sucia al canalón o para charlar animadamente con algún peón del pueblo. Tiene una facilidad pasmosa e inquietante para reclutar ayudantes. Aunque por pura cortesía le ofrecí mi ayuda, dudaba de que muchos de nuestros vecinos estuvieran dispuestos a mover un dedo por una extraña. Y, sin embargo, a primera hora de la mañana vi a Clairmont acarreando un buen cargamento de listones de madera, y luego a Pourceau con sus escaleras de mano. Poitou le envió algunos muebles; lo vi cruzar la plaza arrastrando un sillón con el aire furtivo del que teme ser sorprendido en falta. Hasta Narcisse, ese viejo cascarrabias y murmurador que se negó en redondo a cavar la zanja del cementerio el pasado mes de noviembre, se presentó allí con sus herramientas para ponerle en orden el jardín trasero.

Esta mañana, cerca de las nueve menos veinte, una furgoneta de reparto frenó frente a la tienda. Duplessis, que paseaba a su perro a la hora de siempre, pasaba justo por delante en ese instante, y la mujer lo llamó a voces para que la ayudara a descargar. Pude notar desde mi ventana lo desconcertado que se quedó ante la petición; por un segundo creí que se negaría en redondo, con una mano suspendida a medio camino del ala de su sombrero. Pero ella le soltó algo —no alcancé a oír qué fue— y el eco de su risa vibró claro sobre los adoquines. Se ríe muchísimo y gesticula con una teatralidad aparatosa con los brazos; otra costumbre de ciudad, me temo. Aquí estamos habituados a una reserva mucho mayor en el trato, aunque supongo que sus intenciones no son malas. Llevaba un pañuelo violeta atado a la cabeza al estilo gitano, pero la mayor parte de la melena se le había escapado por debajo, salpicada con churretones de pintura blanca. A ella parecía no importarle lo más mínimo. Cuando más tarde le pregunté a Duplessis, no fue capaz de recordar qué le había dicho la mujer; se limitó a comentar, con esa timidez suya, que la descarga no había sido gran cosa: apenas unas cuantas cajas pequeñas pero

bastante pesadas, y un par de cajas abiertas que contenían utensilios de cocina. No preguntó qué había dentro de las cajas cerradas, aunque duda mucho que una provisión tan exigua pueda abastecer las necesidades de una panadería.

No vaya a pensar, *mon père*, que me paso las horas del día apostado vigilando la panadería. Es simplemente que el local se alza casi en línea recta frente a mi propia casa, la misma que fue suya antes de que sobreviniera todo esto. Durante el último día y medio no se ha oído otra cosa que martillazos, brochazos, ruidos de lijas y cubos de agua, de modo que, a mi pesar, resulta inevitable sentir curiosidad por ver en qué acaba todo. Y no soy el único: escuché a madame Clairmont murmurar con aires de suficiencia frente a la tienda de Poitou, pregonando ante sus amigas la labor de su marido; hablaban de pintar las contraventanas de rojo vivo antes de percatarse de mi presencia y dispersarse entre cuchicheos furtivos. Como si a mí me importara lo más mínimo. La recién llegada ha proporcionado abundante pasto para las habladurías del pueblo, si es que no ha conseguido otra cosa.

Ese plástico naranja que cubre el ventanal atrae la mirada de la forma más imprevista y molesta. Parece un bombón gigantesco a la espera de ser desenvuelto, como un pedazo rezagado del carnaval que se negara a desaparecer. Hay algo profundamente perturbador en su brillo insolente y en la manera en que los pliegues del plástico capturan la luz del sol; descansaré tranquilo cuando terminen las obras y el lugar vuelva a ser una panadería corriente y moliente.

La enfermera no deja de hacerme señas con la mirada. Piensa que lo estoy fatigando. ¿Cómo es capaz de soportarlas, con esas voces chillonas y ese tono infantil que emplean con los enfermos? «Nos toca descansar un ratito, me parece a mí», musita con condescendencia. Su fingida ternura me resulta insoportable. Y, sin embargo, sus intenciones son piadosas, me dicen sus ojos. *Perdónalos, porque no saben lo que hacen.* Yo no soy piadoso. Vengo aquí buscando mi propio consuelo, no el de usted. Aunque me gusta creer que mis visitas le proporcionan un momento de tregua, manteniéndolo en contacto con las aristas afiladas de un mundo exterior que se ha vuelto blando, informe y desdibujado. Una hora de televisión al anochecer, cinco cambios de postura al día sobre el colchón, alimento líquido suministrado a través de una sonda.

Escuchar cómo hablan de uno por encima de la cabeza como si fuera un bulto inanimado: «¿Podrá oírnos? ¿Cree que comprende algo de lo que decimos?», ignorando su juicio, dándolo por amortizado… Estar clausurado del mundo exterior y, sin embargo, seguir sintiendo, seguir pensando con lucidez. Esa es la verdadera naturaleza del infierno, despojada de las tramoyas teatrales del medievo: la pérdida absoluta de contacto humano.

Y, con todo, acudo a usted para que me enseñe a comunicarme. Para que me enseñe a no perder la esperanza.

CAPÍTULO 4 — VIERNES, 14 DE FEBRERO, SAN VALENTÍN

El hombre del perro se llama Guillaume. Ayer me echó una mano con el reparto y esta mañana se convirtió en mi primer cliente. Venía acompañado por Charly, su perro, y me saludó con una timidez tan ceremoniosa que resultaba casi cortesana.

—Ha quedado maravilloso —comentó, paseando los ojos por la estancia con asombro—. Debe de haber pasado la noche en vela para lograrlo.

Me eché a reír.

—Una transformación asombrosa —insistió Guillaume—. Sabe, no sé por qué, pero había dado por sentado que abriría otra panadería.

—¿Y arruinar el negocio del pobre señor Poitou? Seguro que me lo agradecería muchísimo, con los dolores de lumbago que padece y su pobre mujer enferma, que duerme tan mal por las noches.

Guillaume se inclinó para enderezar el collar de Charly, pero alcancé a notar un destello de complicidad en sus ojos.

—Veo que ya se conocen —dijo.

—Así es. Le preparé una mezcla de hierbas para una infusión antes de dormir.

—Si le da resultado, se habrá ganado un amigo para toda la vida.

—Le dará resultado, se lo garantizo —le aseguré. Luego, estirando el brazo por debajo del mostrador, saqué una cajita de color rosa adornada con un lazo plateado de San Valentín—. Tenga. Es para usted. Mi primer cliente oficial.

Guillaume pareció desconcertado.

—De verdad, señora, yo no podría…

—Llámeme Vianne. E insisto. —Le puse la cajita en las manos—. Le van a encantar. Son exactamente sus favoritos.

Esbozó una sonrisa incrédula.

—¿Y cómo puede saberlo? —preguntó mientras guardaba con cuidado la caja en el bolsillo interior de su abrigo.

—Oh, lo sé y ya está —le respondí con una chispa de picardía—. Conozco las debilidades secretas de todo el mundo. Confíe en mí: esta es la suya.

El letrero de la entrada no quedó colocado hasta cerca del mediodía. El propio Georges Clairmont vino a colgarlo en persona, deshaciéndose en disculpas por el retraso. Las contraventanas escarlatas destacaban con una vivacidad deslumbrante sobre el encalado fresco de la fachada, y Narcisse, refunfuñando a regañadientes sobre las heladas tardías que aún amenazaban la campiña, trajo unos geranios nuevos de su vivero para colocarlos en mis jardineras. Despedí a ambos con sendas cajitas de San Valentín y con las mismas sonrisas de perplejo deleite dibujadas en sus caras.

A partir de entonces, si exceptuamos a un par de chiquillos a la salida de la escuela, apenas tuve visitas. Es lo habitual cuando abre un nuevo establecimiento en una aldea tan pequeña; rige un código férreo de etiqueta social para estas circunstancias y la gente finge la más absoluta indiferencia, aunque por dentro se consuman de curiosidad. Una anciana enlutada se aventuró a franquear la puerta, enfundada en el clásico vestido negro de viuda rural; un hombre de facciones cetrinas y mirada hosca compró tres cajas idénticas sin molestarse en preguntar qué contenían. Luego, durante horas enteras, no entró ni un alma. Era justo lo que esperaba: la gente necesita tiempo para digerir los cambios y, aunque sorprendí más de una mirada furtiva hacia el escaparate, nadie parecía decidido a dar el paso.

Sin embargo, tras ese desapego impostado, intuía una ebullición sorda: murmullos que corrían de puerta en puerta, visillos que se entreabrían con disimulo en los balcones, voluntades que se iban armando de valor.

Cuando finalmente entraron, lo hicieron en tropel: un grupo de siete u ocho mujeres, entre las que se contaba Caroline Clairmont, la esposa del rotulista. Una novena mujer, que caminaba rezagada respecto al grupo, se quedó parada afuera, con la nariz casi pegada al cristal del escaparate; reconocí de inmediato a la mujer del abrigo escocés.

Las damas examinaban cada rincón soltando risitas cómplices como colegialas, titubeantes al principio, pero disfrutando de esa pequeña transgresión compartida.

—¿Y los prepara todos usted misma? —inquirió Cécile, la dueña de la farmacia de la calle mayor.

—Debería estar guardando abstinencia por la Cuaresma —comentó Caroline, una mujer rubia y rolliza con cuello de piel en el abrigo.

—No diré una sola palabra, se lo prometo —les aseguré con una sonrisa cómplice. Luego, al reparar en la mujer del abrigo escocés que seguía mirando fijamente a través del cristal, añadí—: ¿No quiere entrar su amiga?

—Esa no viene con nosotras —atajó Joline Drou, una mujer de facciones afiladas que trabaja en la escuela del pueblo. Lanzó una mirada de soslayo hacia el ventanal—. Es Joséphine Muscat.

Había un desprecio compasivo en el tono con que pronunció su nombre.

—Dudo mucho que se atreva a entrar.

Como si hubiera escuchado sus palabras, vi que Joséphine se sonrojaba ligeramente y hundía la barbilla en la solapa de su abrigo. Se llevó una mano al estómago en un gesto extraño y protector. Pude ver sus labios, perpetuamente curvados hacia abajo, moviéndose con un murmullo continuo, con el compás obsesivo de una plegaria o de una maldición.

Atendí a las clientas —una caja blanca, un lazo dorado, dos cucuruchos de papel, una rosa de mazapán, una lazada rosa de San Valentín— en mitad

de exclamaciones de sorpresa y carcajadas. Afuera, Joséphine Muscat seguía balanceándose de un pie a otro, mascullando para sus adentros y apretándose con fuerza los puños cerrados contra el vientre. Entonces, justo cuando despachaba a la última de las señoras, levantó la cabeza con una chispa de repentina rebeldía y empujó la puerta.

El último encargo era copioso y bastante refinado: la señora quería una selección variada en una bombonera redonda, con cintas de raso, flores de azúcar, corazones dorados y una tarjeta en blanco para la dedicatoria —lo que provocó que sus acompañantes pusieran los ojos en blanco en un éxtasis pícaro: *¡ji, ji, ji!*—, de modo que casi me pierdo el momento decisivo. Esas manos grandes de Joséphine eran sorprendentemente ágiles; unas manos ásperas y rápidas, enrojecidas por las faenas domésticas más duras. Una mano se mantuvo aferrada al hueco del estómago; la otra descendió por su costado con la velocidad fulminante de un pistolero, y el paquetito plateado adornado con una flor —marcado en diez francos— desapareció de la balda para deslizarse limpiamente al bolsillo de su abrigo.

Una maniobra impecable. Fingí no haber visto nada hasta que las señoras se despidieron cargadas con sus paquetes. Joséphine, que se había quedado sola frente al mostrador, simuló examinar la vitrina, hojeando un par de cajas con dedos temblorosos y cautelosos. Cerré los ojos un instante. Los pensamientos que me transmitía eran un torbellino denso y turbulento; una rápida sucesión de imágenes cruzó por mi mente: humo denso de tabaco, un puñado de abalorios deslustrados, unos nudillos ensangrentados. Y, por debajo de todo, una corriente eléctrica de pánico y congoja.

—Madame Muscat, ¿puedo ayudarla en algo? —Mi voz sonó suave y serena—. ¿O prefiere echar un vistazo con calma?

Masculló algo inaudible y dio media vuelta con intención de huir.

—Creo que tengo algo que le va a gustar de verdad. —Me incliné bajo el mostrador y saqué un envoltorio plateado idéntico al que le había visto sisar, aunque este era bastante más grande. Un lazo blanco cerraba el paquete, pespunteado con diminutas flores amarillas. Me miró con los ojos muy abiertos, y su boca ancha y afligida tembló dominada por el desconcierto. Deslicé el

paquete sobre el mostrador hacia ella—. Invita la casa, Joséphine —le dije con infinita dulzura—. Todo está bien. Son tus favoritos.

Joséphine Muscat se dio la vuelta como empujada por un resorte y salió huyendo despavorida.

CAPÍTULO 5 — SÁBADO, 15 DE FEBRERO

❖ · ❖ · ❖

Sé de sobra que hoy no es mi día habitual de visita, *mon père*, pero sentía una imperiosa necesidad de hablar con usted. La panadería abrió ayer. Solo que no es una panadería.

Cuando desperté ayer por la mañana a las seis en punto, ya habían retirado el plástico protector del escaparate: el toldo y las contraventanas estaban colocados en su sitio y la persiana de láminas subida. Lo que antes era una casa corriente, más bien destartalada y gris como todas las que la rodean, ha amanecido convertida en una bombonera pintada de rojo y oro sobre un fondo blanco cegador. Hay geranios escarlatas en las jardineras del alféizar, guirnaldas de papel crepé trenzadas entre los barrotes del balcón y, presidiendo la entrada, un letrero de roble pulido con letras negras caligrafiadas a mano:

La Céleste Praline

Chocolaterie Artisanale

Es una aberración ridícula, por supuesto. Un negocio semejante podría tener éxito en Marsella o Burdeos; tal vez incluso en Agen, donde el turismo no para de crecer año tras año. ¿Pero en Lansquenet-sous-Tannes? ¿Y precisamente al inicio de la Cuaresma, el tiempo litúrgico consagrado a la penitencia, al ayuno y a la renuncia? Se antoja una provocación perversa, casi deliberada.

Esta mañana me detuve a contemplar el escaparate. Sobre una repisa de mármol blanco se alinean infinidad de cajas laqueadas, estuches, cucuruchos envueltos en papel plateado y dorado, escarapelas, campanillas, flores de

caramelo, corazones y largas cintas multicolores ensortijadas con primor. Bajo campanas de cristal y bandejas de porcelana reposan los bombones: pralinés crujientes, pezones de Venus rellenos de crema, trufas espolvoreadas de cacao amargo, *mendiants* de frutos secos, gajos de fruta confitada, racimos de avellana caramelizada, caracolas marinas de chocolate marmolado, pétalos de rosa escarchados y violetas azucaradas… Protegidos de los rayos del sol por un visillo que atenúa la luz, despiden un brillo sombrío y tentador, como un tesoro rescatado del fondo del mar, una auténtica cueva de Aladino repleta de dulces vanidades.

Y en el centro del escaparate ha levantado una pieza monumental: una casita de jengibre con muros de pan de especias bañados en chocolate negro, con los perfiles dibujados con glaseado de oro y plata; las tejas del tejado hechas de finas florentinas incrustadas de frutas escarchadas, extrañas enredaderas de azúcar hilado trepando por los muros y pájaros de mazapán cantando en ramas de chocolate. Y la mismísima bruja del cuento, modelada íntegramente en chocolate oscuro desde la punta de su sombrero cónico hasta el dobladillo de su capa, montada a horcajadas sobre una escoba que en realidad es una nube de azúcar gigante, de esas golosinas retorcidas y esponjosas que cuelgan en las casetas de feria durante los días de fiesta. Desde la ventana de mi despacho puedo divisar la suya, como un ojo insolente que me guiñara con una mueca burlona y cómplice.

Caroline Clairmont ha quebrantado sus votos cuaresmales por culpa de esa tienda y de lo que en ella se despacha. Me lo confesó ayer en el confesonario, empleando ese tonillo aniñado y sofocado que tan mal casa con un propósito sincero de enmienda:

—¡Ay, *mon père*, me siento tan culpable! Pero ¿qué podía hacer yo si esa mujer encantadora fue tan atenta y dulce conmigo? Quiero decir que ni siquiera me paré a pensarlo hasta que ya fue demasiado tarde, aunque si hay alguien en este pueblo que debería privarse de los dulces soy yo… Con lo que se me han ensanchado las caderas en estos dos últimos años, es para morirse de la pena…

—Reza dos avemarías.

Dios santo, qué mujer. A través de la celosía de madera puedo sentir sus ojos hambrientos y devotos fijos en mí. Finge una mortificación lastimera ante la sequedad de mi tono.

—Por supuesto, *mon père*.

—Y recuerde para qué ayunamos durante la Cuaresma. No es por vanidad. No es para impresionar a sus amigas. No es para poder embutirse el próximo verano en ropa cara a la última moda.

Fui deliberadamente implacable. Es exactamente el castigo que ella busca.

—Tiene toda la razón, soy una criatura vanidosa, ¿verdad? —soltó un sollozo fingido, enjugándose con delicadeza una lágrima invisible con la punta de un pañuelo de hilo—. Solo una mujer tonta y superficial…

—Recuerde a Nuestro Señor. Su sacrificio. Su humildad en el desierto.

Prácticamente podía oler su perfume: una fragancia empalagosa de flores, demasiado penetrante en la penumbra asfixiante del cajón. Me pregunto si esto es a lo que llaman tentación. Si es así, yo soy de piedra.

—Cuatro avemarías.

Esta debilidad cotidiana me sume en una especie de desesperanza. Es un desgaste que carcome el alma poco a poco, reduciéndola a la nada, del mismo modo que una catedral gótica puede acabar desmoronándose a lo largo de los siglos por la lenta erosión del polvo y el viento. Siento cómo estas pequeñeces van limando mi determinación, mi alegría, mi fe. Me gustaría conducir a mi grey a través de tribulaciones heroicas, guiarlos a través del desierto en busca de la salvación. En lugar de eso, tengo que lidiar con esto: una lánguida procesión de embusteros, hipócritas, glotones y almas tibias expertas en autoengañarse. La eterna batalla entre el bien y el mal degradada a una matrona oronda parada frente a una chocolatería, debatiéndose en una indecisión patética: «¿Cedo o no cedo?». El diablo es un cobarde que rehúye mostrar la cara; carece de grandeza y prefiere fragmentarse en un millón de nimiedades cotidianas que se filtran como gusanos en la sangre y en el alma.

Usted y yo nacimos demasiado tarde, *mon père*. El mundo austero y limpio del Antiguo Testamento me llama a gritos. En aquellos tiempos sabíamos con certeza a qué atenernos; Satanás caminaba entre los hombres con figura tangible. Se tomaban decisiones desgarradoras y los hombres sacrificaban a sus propios hijos en el altar del Señor. Amábamos a Dios, pero le temíamos todavía más.

No vaya a pensar que culpo a Vianne Rocher de nuestras miserias. A decir verdad, apenas reparo en su persona. No es más que una de las muchas malas influencias contra las que debo combatir a diario. Pero la sola idea de esa tienda con su toldo de feria, ese guiño permanente contra la penitencia y contra la fe… Al volverme en el atrio para bendecir a los fieles, percibo el bullicio que sale de allí enfrente: *pruébame, tómame, pruébame*. En las pausas de silencio entre los versos de los salmos, escucho el claxon de la furgoneta de reparto que se detiene en su puerta. Y durante el sermón —¡en mitad del mismísimo sermón, *mon père*!— me vi obligado a cortar una frase a la mitad, convencido de haber escuchado el crujido indiscreto de un envoltorio de celofán entre los bancos.

Esta mañana he predicado con una severidad mucho mayor de la acostumbrada, aunque la asistencia era escasa. Mañana se lo haré pagar con creces. Mañana domingo, cuando todos los comercios bajen la persiana.

CAPÍTULO 6 — SÁBADO, 15 DE FEBRERO

❖ · ❖ · ❖

Las clases terminaron temprano hoy. Hacia las doce del mediodía la calle mayor era un hervidero de pequeños vaqueros e indios enfundados en anoraks de colores y pantalones vaqueros, arrastrando sus mochilas escolares; los más mayores apuraban cigarrillos clandestinos con los cuellos de las cazadoras levantados, lanzando una mirada de fingido desdén hacia el escaparate al pasar. Me fijé en un chico que caminaba solo, muy formal con su abrigo gris y su boina azul marina, llevando la cartera perfectamente ajustada a sus hombros menudos. Se quedó inmóvil un buen rato contemplando la vidriera de *La Céleste Praline*, pero la luz del mediodía rebotaba en el cristal de tal manera que no alcancé a adivinar la expresión de su cara. En ese instante, un grupo de cuatro niños de la edad de Anouk se detuvo ante la fachada y el muchacho se alejó a paso rápido.

Dos naricillas chatas se aplastaron contra el cristal durante unos segundos; luego los chiquillos retrocedieron formando un corro apretado para vaciar los bolsillos y juntar sus pequeñas fortunas. Hubo un momento de tensa deliberación para decidir a quién enviaban como emisario. Fingí estar muy ocupada ordenando papeles detrás del mostrador.

—¿Señora? —Una carita pecosa y manchada de tinta me miraba con recelo. Reconocí al niño que hacía de lobo en el desfile de carnaval.

—A ver… te tengo calado como un hombre de guirlache y crocanti de cacahuete. —Mantuve el semblante muy serio, pues la compra de golosinas

es un asunto de máxima trascendencia—. Cunde mucho, es fácil de repartir con los amigos, no se te derrite en los bolsillos y por cinco francos te puedes llevar… —separé las manos en el aire— al menos un pedazo así de grande. ¿He acertado o no?

No me devolvió la sonrisa, pero asintió con la cabeza, con la seriedad de dos hombres de negocios que cierran un trato. La moneda que me tendió estaba tibia y algo pegajosa. Tomó el paquete con infinito cuidado entre sus manos.

—Me gusta la casita de jengibre —dijo en tono solemne—. La que tiene en el escaparate.

En el umbral, los otros tres chiquillos asentían con timidez, apretujándose como para infundirse valor.

—Es una pasada —añadió el lobo. Pronunció la palabra moderna con un deje de desafío, como si soltara la bocanada de humo de un cigarrillo a escondidas. Sonreí.

—Una auténtica pasada —concedí—. Si quieren, cuando la retire del escaparate pueden venir tú y tus amigos y me ayudan a comérmela entera.

Sus ojos se abrieron como platos.

—¡Qué pasada! ¡Alucinante! ¿Y cuándo va a ser?

Me encogí de hombros.

—Le diré a Anouk que se lo recuerde. Es mi hija pequeña.

—Ya la conocemos. La vimos el otro día. No va a la escuela —dijo uno de ellos con una pizca de envidia mal disimulada.

—Empezará el lunes. Es una pena que todavía no tenga amigos por aquí, porque le he dicho que puede invitar a quien quiera para ayudarme a montar los escaparates y probar los dulces.

De inmediato hubo un barullo de pies arrastrándose, manos pegajosas que se estiraban y empujones para situarse los primeros de la fila:

—¡Nosotros podemos! —¡Yo quiero! —Me llamo Jeannot… —¡Claudine! —¡Lucie!

Los despedí entregándoles un ratón de azúcar a cada uno y me quedé mirándolos cruzar la plaza a la carrera, desperdigándose como semillas de diente de león arrastradas por el viento. Un rayo de sol fue iluminando sus espaldas una tras otra a medida que corrían —rojo, naranja, verde, azul— hasta que doblaron la esquina.

Bajo la sombra del pórtico de Saint-Jérôme alcancé a ver al padre Francis Reynaud, observándolos con una mezcla de intensa curiosidad y, según me pareció, de rotunda desaprobación. Sentí un instante de sorpresa: ¿qué motivo tenía para molestarse? Desde la fría visita protocolaria del primer día no se había vuelto a asomar por aquí, aunque he oído hablar de él con frecuencia a través de los vecinos. Guillaume se refiere a él con reverente respeto; Narcisse, con franca irritación; Caroline, con esa afectada coquetería que sospecho adopta cada vez que habla de cualquier varón menor de cincuenta años. Hay muy poca calidez humana en la manera en que lo mencionan. Por lo que tengo entendido, no es oriundo de esta región: un seminarista recién salido de París con la cabeza atiborrada de teología libresca, que ignora las necesidades de la tierra y los ritmos del campo. Eso según Narcisse, que mantiene una guerra fría con el párroco desde que se negó a acudir a misa durante las semanas más duras de la vendimia. «Es un hombre que no tolera a los ingenuos», me dijo Guillaume con una chispa de socarrón buen humor tras sus gafas redondas; lo que equivale a decir que no nos aguanta a la mayoría de nosotros, con nuestras pequeñas manías y nuestras rutinas inquebrantables. Mientras hablaba, le acariciaba con ternura la cabeza a Charly, y el perro soltó un ladrido corto y ceremonioso.

—Al señor cura le parece ridículo que un hombre mayor le tenga tanto cariño a un perro —me confesó Guillaume con un deje de resignación—. Es demasiado educado para decírmelo a la cara, pero considera que resulta inapropiado. Un viejo de mi edad…

Antes de jubilarse, Guillaume era el maestro de la escuela local. Ahora solo quedan dos maestros para atender a un alumnado cada vez más mermado, pero

la mayoría de los ancianos todavía le llaman con respeto *le maître d'école*. Me quedé mirándolo mientras rascaba suavemente a Charly detrás de las orejas, y creí percibir en él la misma tristeza ensimismada que le adiviné durante el carnaval: un pudor contenido que casi parecía remordimiento o culpa.

—Cualquier persona, tenga la edad que tenga, tiene todo el derecho del mundo a elegir a sus amigos donde le plazca —intervine con firmeza—. Quizá el señor cura podría aprender un par de lecciones provechosas del propio Charly.

Guillaume volvió a esbozar esa media sonrisa dulce y cansada.

—El señor cura hace lo que puede —repuso con mansedumbre—. No debemos exigirle más de lo que puede dar.

No respondí. En mi oficio una aprende muy pronto que el acto de entregarse no conoce límites. Guillaume se marchó de *La Praline* con una bolsita de florentinas en el bolsillo; antes de doblar la esquina de la Avenue des Francs Bourgeois, lo vi inclinarse con disimulo para ofrecerle una a su perro. Una caricia en el lomo, un ladrido de gratitud y un alegre vaivén de esa colita mocha. Como decía, hay personas a las que la generosidad les brota de manera natural, sin necesidad de pensarlo dos veces.

El pueblo me resulta cada vez menos ajeno, y sus gentes también. Empiezo a recordar nombres, a asociar rostros; los primeros hilos invisibles de sus historias secretas comienzan a entrelazarse, tejiendo la red que con el tiempo terminará por unirnos. Es un lugar más complejo de lo que sugiere su trazado a primera vista: la Rue Principale se bifurca en un abanico de callejuelas laterales —la Rue des Poètes, la Avenue des Francs Bourgeois, la Ruelle des Frères de la Révolution—; salta a la vista que alguno de los antiguos alcaldes tuvo un fervor republicano incontenible. La plaza donde me encuentro, la Place Saint-Jérôme, es el corazón donde convergen todas esas ramificaciones: el templo católico se alza soberbio y encalado entre una hilera de tilos centenarios, y hay una explanada de gravilla rojiza donde los jubilados disputan reñidas partidas de petanca al caer la tarde. Justo detrás, la colina desciende en una pendiente abrupta hacia el laberinto de callejuelas empinadas que todos conocen como *Les Marauds*.

Es el barrio humilde de Lansquenet: un racimo de casuchas con entramado de madera que se tambalean sobre los adoquines desnivelados hasta morir en la orilla del Tannes. Incluso allí, las viviendas tardan en ceder el paso a los marjales cenagosos; algunas están construidas directamente sobre el agua, sostenidas por pilotes de madera carcomida; docenas de ellas flanquean el malecón de piedra, con largas lenguas de humedad trepando hacia las ventanas altas desde las aguas lentas del río. En una ciudad turística como Agen, un barrio como *Les Marauds* atraería a visitantes fascinados por su decadencia pintoresca y su aire bohemio; pero aquí no hay turistas. Las gentes de *Les Marauds* sobreviven como buscavidas, viviendo de lo que logran rescatar de las corrientes del río. Muchas de sus casas están en ruinas y los saúcos silvestres brotan de las grietas de las paredes combadas.

Cerré la chocolatería durante dos horas al mediodía y Anouk y yo bajamos caminando hacia la ribera. Un par de chiquillos enjutos chapoteaban en el fango verdoso de la orilla; a pesar de ser febrero, en el aire flotaba un hedor tibio a limo y maderas podridas. Hacía frío pero el sol calentaba con ganas. Anouk, abrigada con su chaquetón de lana roja y su gorro a juego, corría sobre las piedras llamando a gritos a Pantoufle, que parecía trotar alegremente pisándole los talones. Me he acostumbrado tanto a la presencia de Pantoufle —y a toda esa extraña galería de criaturas imaginarias que mi hija arrastra en su estela— que en momentos así casi puedo jurar que lo veo con nitidez: Pantoufle con sus bigotes grises y su mirada sabia. De pronto el mundo se vuelve más luminoso, como si a través de una prodigiosa comunión yo me transformara en Anouk, mirando con sus mismos ojos y corriendo hacia donde ella va. En instantes como este siento que daría la vida por ella, mi pequeña compañera de viaje; el corazón me late con tanta fuerza en el pecho que la única manera de desahogarlo es echar a correr también, con mi abrigo rojo ondeando en la brisa como un par de alas y mi pelo suelto dibujando la cola de un cometa contra el cielo azul.

Un gato negro se cruzó en nuestro camino y me detuve en seco para bailar a su alrededor en sentido contrario a las agujas del reloj, canturreando el viejo conjuro:

«Où vas-tu, mistigri?
Passe sans faire de mal ici.»

Anouk se unió a la cantinela y el minino rompió a ronronear, revolcándose panza arriba en el polvo para que lo acariciáramos. Al inclinarme hacia él, advertí que una anciana menuda nos observaba con manifiesta curiosidad desde la esquina de una fachada: falda negra, jubón negro y una cabellera canosa recogida en un moño trenzado, pulcro y primoroso. Sus ojos eran tan negros y vivaces como los de un pájaro. La saludé con una inclinación de cabeza.

—Usted es la de la chocolatería —dijo sin rodeos. A pesar de su avanzada edad —le eché unos ochenta años, o tal vez más—, tenía una voz enérgica y un acento cantarín, cargado con el deje áspero del Midi.

—Así es. —Le dije mi nombre.

—Armande Voizin —se presentó ella—. Aquella de allá es mi casa. —Señaló una de las viviendas ribereñas, mucho mejor conservada que las demás, recién encalada y con geranios escarlatas en las ventanas. Luego, con una sonrisa que arrugó su rostro de manzana asada en un millón de pliegues risueños, añadió—: He visto su tienda. Muy mona, no se lo niego, pero inservible para la gente como nosotros. Demasiado remilgada.

No había el menor rastro de reproche en sus palabras, sino un fatalismo socarrón y divertido.

—Me han contado que nuestro señor cura ya le ha puesto la cruz —añadió con una chispa de malicia—. Imagino que le parece una indecencia abrir una tienda de bombones en su propia plaza.

Me lanzó otra de esas miradas burlonas y penetrantes.

—¿Sabe ya que es usted una bruja? —preguntó a quemarropa.

Bruja. Es una palabra equívoca, pero comprendí exactamente a qué se refería.

—¿Y qué le hace pensar semejante cosa?

—Vamos, salta a la vista. Hacen falta dos para reconocerse, ¿no le parece? —Soltó una carcajada que sonó como un concierto de violines desbocados —. El señor cura no cree en la magia. Si le digo la verdad, ni siquiera estoy segura de que crea en Dios. —Había un desprecio indulgente en su tono—. A ese hombre le falta mucho por aprender de la vida, por más títulos de teología que tenga colgados en la pared. Y a mi tonta de mi hija también. La vida no da diplomas universitarios, ¿verdad que no?

Asentí, dándole la razón, y le pregunté con curiosidad si conocía a su hija.

—Pues claro. Caro Clairmont. La criatura más vacía y boba que ha parido Lansquenet. Hablar, hablar y hablar sin una pizca de seso en la mollera.

Vio mi sonrisa y asintió encantada de la vida.

—No se preocupe, querida; a mi edad ya casi nada me quita el sueño. Y además salió clavada a su padre, qué se le va a hacer. Eso siempre ha sido un gran consuelo para mí.

Me miró de arriba abajo con gesto inquisitivo.

—No es que haya muchas diversiones por estos andurriales —observó—. Y menos todavía cuando una se hace vieja.

Hizo una pausa y volvió a clavar sus ojillos negros en mí.

—Pero me da en la nariz que con usted nos vamos a divertir un buen rato.

Su mano rozó la mía como una brisa fresca. Intenté sintonizar con sus pensamientos para comprobar si se estaba burlando de mí, pero todo lo que encontré fue una calidez genuina y mucho sentido del humor.

—Solo es una chocolatería —respondí con una sonrisa modesta.

Armande soltó un bufido risueño.

—Tendrá la desfachatez de creer que nací ayer.

—De verdad, madame Voizin…

—Llámame Armande —me atajó, con los ojos echando chispas de diversión—. Me hace sentir joven.

—De acuerdo, Armande. Pero no veo por qué…

—Sé muy bien qué viento las trajo hasta aquí —dijo con picardía—. Lo sentí en los huesos. El martes de carnaval. *Les Marauds* estaba atestado de gente de paso: gitanos, feriantes, titiriteros, gente de mal vivir. Las reconocí en cuanto las vi llegar, a ti y a tu pequeña. ¿Cómo se hacen llamar esta vez?

—Vianne Rocher —sonreí—. Y esta es Anouk.

—Anouk —repitió Armande en un murmullo cariñoso—. ¿Y el amiguito gris de cuatro patas? La vista ya no me da para tanto… ¿Qué es? ¿Un gato? ¿Una ardilla?

Anouk meneó sus rizos con un gesto de divertido desdén.

—Es un conejo —aclaró con orgullo—. Y se llama Pantoufle.

—Ah, un conejo. Cómo no. —Armande me guiñó un ojo con complicidad —. Ya ves que sé muy bien qué viento las trajo. Yo misma lo sentí soplar en mi juventud una o dos veces. Seré una vieja chocha, pero a mí nadie me da gato por liebre. Nadie.

Asentí con la cabeza.

—Puede que tenga razón. Venga a visitarnos un día de estos a *La Praline*; conozco el dulce favorito de todo el mundo. La invitaré a una buena caja de sus preferidos.

Armande soltó una carcajada agridulce.

—¡Ja! Tengo el chocolate terminantemente prohibido. Mi hija Caro y ese médico imbécil me lo tienen vedado. Eso y cualquier otra cosa que pueda darme una pizca de alegría en el cuerpo. Primero me quitaron los cigarrillos, luego el vasito de anís, y ahora esto… Sabe Dios que si dejara de respirar tal vez viviría para siempre.

Dejó escapar un resoplido cansado y se llevó una mano al pecho con un ademán crispado que me recordó de manera inquietante a Joséphine Muscat.

—Tampoco los culpo del todo —matizó con serenidad—. Es su manera de ser. Quieren protegerme de todo: de la vida y de la muerte. —Y de pronto

esbozó una sonrisa que la hizo parecer una chiquilla traviesa a pesar de las arrugas—. De todos modos, pasaré a verte cualquier tarde de estas. Aunque solo sea por darle un disgusto al señor cura.

Me quedé dándole vueltas a sus palabras mucho después de que su pequeña silueta enlutada desapareciera tras la esquina de la casa encalada. A cierta distancia, Anouk se entretenía tirando guijarros a las aguas mansas del río.

El cura. Parecía que su nombre nunca andaba lejos de las bocas de la gente. Me detuve a pensar por unos instantes en Francis Reynaud.

En un pueblo como Lansquenet suele ocurrir que una sola persona —el maestro de escuela, el dueño de la cantina o el párroco— se convierta en el eje central de toda la comunidad; en la pieza indispensable del engranaje que hace girar las vidas ajenas, como el pivote maestro de un reloj mecánico que transmite el movimiento a las ruedas dentadas, hace sonar las campanas y mueve las agujas sobre la esfera. Si ese eje se quiebra o se traba, todo el reloj se detiene. Lansquenet es exactamente como ese reloj: las agujas congeladas para siempre a un minuto de la medianoche, y los engranajes girando en el vacío detrás de una esfera blanca e inexpresiva. «Pon el reloj de la iglesia con la hora cambiada para engañar al demonio», solía decirme mi madre. Pero en este caso mucho me temo que el demonio no se deja engañar. Ni por un solo segundo.

CAPÍTULO 7 — DOMINGO, 16 DE FEBRERO

❖ · ❖ · ❖

Mi madre era bruja. Al menos así le gustaba llamarse a sí misma, dejándose arrastrar tantas veces por el juego de creerse sus propias invenciones que, al final, resultaba imposible distinguir la fantasía de la realidad. En ciertos aspectos, Armande Voizin me recuerda a ella: esa mirada viva y socarrona, la melena que en su juventud debió de ser negro azabache, y esa mezcla desconcertante de nostalgia y cinismo. De mi madre aprendí casi todo lo que soy: el arte de torcerle el brazo a la mala fortuna para transformarla en buen agüero; cruzar los dedos en horquilla para desviar el mal de ojo; coser saquitos de hierbas aromáticas; cocer pócimas medicinales; y la firme convicción de que encontrar una araña antes de medianoche trae suerte, pero después de las doce acarrea desdichas.

Pero, por encima de todo, me transmitió su pasión nómada por los lugares nuevos, esa sed gitana de horizontes que nos llevó a recorrer Europa entera y más allá: un año en Budapest, otro en Praga, seis meses en Roma, cuatro en Atenas; luego cruzamos los Alpes hacia Mónaco y seguimos toda la costa por Cannes, Marsella y Barcelona… Al cumplir los dieciocho años había perdido la cuenta de las ciudades en las que habíamos vivido y de los idiomas en los que habíamos aprendido a defendernos. Los oficios eran igual de variopintos: camarera, intérprete, mecánica de coches. En más de una ocasión tuvimos que descolgarnos de madrugada por la ventana de algún hotelucho de mala muerte para no pagar la cuenta. Viajábamos en trenes sin billete, falsificábamos permisos de trabajo y cruzábamos fronteras por pasos clandestinos. Nos de-

portaron infinidad de veces. A mi madre la detuvieron en dos ocasiones, pero la pusieron en libertad sin cargos. Nuestros nombres cambiaban al compás de nuestras mudanzas, mutando de una variante regional a otra: Yanne, Jeanne, Johanne, Giovanna, Anne, Anouchka. Vivíamos huyendo como fugitivas, liquidando el pesado lastre de la vida cotidiana en francos, libras, coronas o dólares, marchando siempre hacia donde soplara el viento.

No vayan a creer que sufrí; para mí aquellos años fueron una aventura fabulosa. Nos teníamos la una a la otra, mi madre y yo. Jamás eché de menos la figura de un padre. Tuve incontables amigos pasajeros. Y, sin embargo, a ella debió de pesarle a menudo aquella falta absoluta de arraigo, esa necesidad perpetua de reinventarse sobre la marcha. Con el paso de los años aceleramos el paso, quedándonos apenas un mes o dos en cada sitio, como prófugas que compiten en una carrera desesperada contra la puesta de sol. Tardé años en comprender que de lo que huíamos en realidad era de la muerte.

Tenía apenas cuarenta años. Era cáncer. Llevaba tiempo sabiéndolo, me confesó, pero en los últimos meses… No, nada de hospitales. ¿Me oyes bien, Vianne? ¡Nada de hospitales! Le quedaban meses, tal vez años de vida, y quería conocer América: las luces de Nueva York, los pantanos de los Everglades en Florida. Viajábamos casi a diario, y mi madre echaba las cartas del tarot por las noches, cuando creía que yo estaba profundamente dormida. Embarcamos en un carguero desde Lisboa, trabajando las dos como ayudantes de cocina. Terminábamos a las dos o a las tres de la madrugada y nos poníamos en pie al alba. Cada noche desplegaba sobre la litera aquellas cartas gastadas, resbaladizas al tacto por los años y por un manejo respetuoso. Les susurraba sus nombres en voz baja, hundiéndose cada día un poco más en ese laberinto de sombras que acabaría por arrebatármela para siempre:

Diez de Espadas: muerte. Tres de Espadas: muerte. Dos de Espadas: muerte. El Carro: muerte.

El Carro resultó ser un taxi amarillo de Nueva York que la arrolló un atardecer de verano mientras comprábamos provisiones en una calle abarrotada de Chinatown. Fue mejor que el cáncer, en cualquier caso.

Cuando mi hija nació nueve meses después, le puse un nombre que nos recordaba a ambas. Me pareció lo más justo. Su padre nunca llegó a conocerla, y ni siquiera estoy segura de cuál de ellos fue en la hilera marchita de mis amores fugaces. Tampoco importa demasiado. Podría haber pelado una manzana a medianoche y haber arrojado la cáscara por encima de mi hombro para adivinar su inicial en la forma en que cayera al suelo, pero nunca sentí la curiosidad suficiente para hacerlo. Demasiado equipaje estorba la marcha.

Y, sin embargo… Desde que dejé Nueva York, ¿no es cierto que los vientos han soplado con menos furia y con menor frecuencia? ¿No he sentido una especie de desgarro, una sombra de pesar cada vez que abandonamos un rincón? Creo que sí. Veinticinco años rodando por el mundo y, al fin, el resorte interior empieza a perder fuerza, exactamente igual que le ocurrió a mi madre en sus últimos años. A veces me descubro contemplando la salida del sol y preguntándome qué se sentirá al verlo amanecer sobre el mismo horizonte durante cinco, diez o veinte años seguidos. La sola idea me provoca un vértigo extraño, una mezcla de aprensión y anhelo. ¿Y Anouk, mi pequeña compañera? Ahora que soy madre, veo la gran aventura que viví bajo una luz muy distinta. Me veo a mí misma tal como era entonces: una niña morena de melena enmarañada, vestida con ropa usada sacada de tiendas de caridad, aprendiendo matemáticas a golpes de supervivencia y geografía a base de sobresaltos: «¿Cuánto pan compramos con dos francos? ¿Hasta dónde nos llevará un billete de tren de cincuenta marcos?». Y no quiero ese destino para ella. Quizá por eso hemos permanecido en Francia durante los últimos cinco años. Por primera vez en mi vida tengo una cuenta bancaria. Tengo un oficio propio.

Mi madre habría despreciado todo esto. Y, sin embargo, tal vez también me habría envidiado un poco. «Olvida de dónde vienes si eres capaz —me habría advertido—. Olvida quién eres durante todo el tiempo que puedas soportarlo. Pero un día, muchacha, un día el pasado te alcanzará. Te lo aseguro».

Hoy abrí la tienda como de costumbre. Solo por la mañana —me reservaré la tarde libre para pasarlo con Anouk—, pero como hay misa de doce sabía que la plaza se llenaría de gente. Febrero ha recuperado su semblante más gris y ahora llueve; una lluvia fina y helada que empapa los adoquines y tiñe el cielo

con el tono deslucido del peltre viejo. Anouk lee un libro de cuentos infantiles sentada detrás del mostrador y vigila la puerta mientras yo termino de preparar una bandeja de *mendiants* en el obrador. Son mis dulces favoritos: llamados así porque hace siglos los vendían mendigos y titiriteros; discos del tamaño de una galleta moldeados en chocolate negro, con leche o blanco, sobre los que espolvoreo tiras de corteza de limón confitada, almendras tostadas y pasas carnosas de Málaga. A Anouk le chiflan los de chocolate blanco, aunque yo me quedo con los de chocolate amargo, elaborados con una cobertura selecta al setenta por ciento… Un sabor amargo y aterciopelado en el paladar que encierra el misterio de los trópicos lejanos. Mi madre habría despreciado esto también. Y, sin embargo, esto también es una forma de magia.

Desde el viernes he instalado una hilera de taburetes altos junto al mostrador de *La Praline*. Ahora tiene un aire que recuerda a los comensales que frecuentábamos en Nueva York: asientos de cuero rojo con pedestales cromados, desenfadadamente alegres. Las paredes lucen un tono amarillo narciso y la vieja butaca naranja de Poitou reposa plácidamente en un rincón. A la izquierda descansa la pizarra con la carta, rotulada a mano y decorada por Anouk con vivos trazos en tonos fuego:

Chocolat chaud: 10 f · Chocolat espresso: 15 f · Chococcino: 12 f · Moka: 12 f

Anoche horneé un pastel y el chocolate a la taza ya humea en una chocolatera sobre el fogón, a la espera del primer cliente. Me aseguré de que una copia del menú fuera visible desde la calle y me senté a esperar.

La misa concluye. Observo a los feligreses que desfilan con paso lúgubre bajo la llovizna helada. Por la rendija de la puerta entreabierta se escapa un aroma denso a bollería recién horneada y cacao dulce. Cazo al vuelo más de una mirada anhelante dirigida hacia nuestro umbral, pero basta un parpadeo, un encogimiento de hombros o un gesto de amargura en los labios para que sigan de largo, encorvándose contra el viento con ademán resignado, como si un ángel con una espada de fuego custodiara la entrada de mi tienda para impedirles el paso.

Tiempo, me repito para mis adentros. Estas cosas llevan su tiempo. Y, con todo, una punzada de impaciencia, casi de rabia, empieza a corroerme. ¿Qué

les ocurre a estas gentes? ¿Por qué no se atreven a entrar? Dan las diez en el reloj del campanario, luego las once. Veo a los vecinos entrar en la panadería de enfrente y salir cargados con barras de pan bajo el brazo. La lluvia amaina, aunque los nubarrones siguen plomizos sobre el pueblo. Las once y media. Los últimos rezagados que aún merodeaban por la plaza emprenden el regreso a sus casas para preparar la comida del domingo. Un muchacho con un perro rodea la esquina del templo, esquivando con cuidado los canalones que gotean. Pasa por delante de mi escaparate sin dignarse a mirar.

Maldita sea. Justo cuando creía que empezaba a abrir una brecha en sus corazas. ¿Por qué no entran? ¿Acaso no tienen ojos, no tienen olfato? ¿Qué más tengo que hacer? Anouk, siempre atenta a mis mudanzas de humor, se acerca a rodearme la cintura con los brazos.

—No llores, mamá.

—No estoy llorando. Yo nunca lloro.

Sus cabellos me hacen cosquillas en la barbilla y de pronto siento un vértigo atroz ante el miedo irracional de perderla algún día.

—No es culpa tuya —susurra ella—. Lo intentamos. Lo hicimos todo bien.

Y era la pura verdad. Hasta los lazos rojos en el pomo de la puerta y las bolsitas de cedro y lavanda para ahuyentar las malas influencias. Le doy un beso en la frente. Siento una humedad tibia en las mejillas; tal vez sea el vapor agridulce del cacao caliente lo que me escuece en los ojos.

—No pasa nada, cariño. Lo que ellos hagan o dejen de hacer no tiene por qué afectarnos. Al menos podemos tomarnos una taza caliente para animarnos.

Nos encaramamos a los taburetes como dos parroquianas en una barra americana, con una taza de chocolate humeante cada una. Anouk se toma el suyo coronado con crema Chantilly y virutas de chocolate con leche; yo me bebo el mío negro, espeso y ardiente, más concentrado que un café solo. Cerramos los ojos entre los vapores aromáticos y nos imaginamos viéndolos llegar: de dos en dos, de tres en tres, una docena de golpe, iluminándoseles

las caras, sentándose a nuestro lado y derritiendo sus semblantes adustos en expresiones de asombro y regocijo.

Abro los ojos de golpe y descubro a Anouk de pie junto al umbral. Por una fracción de segundo distingo a Pantoufle posado sobre su hombro, moviendo los bigotes con viveza. La luz que entra por la puerta parece de pronto más cálida, transformada, irresistible.

Me pongo en pie de un salto.

—Por favor, Anouk. No hagas eso.

Me lanza una mirada oscura e inquisitiva.

—Solo quería ayudar…

—Por favor.

Durante un instante me sostiene la mirada con obstinación infantil. Entre nosotras flota una niebla dorada de encantamiento. Sería tan sencillo, me dice con sus grandes ojos; tan fácil como unos dedos invisibles que acarician el aire, como unas voces inaudibles que empujan dulcemente a la gente a cruzar la puerta…

—No podemos. No debemos —intento hacerle entender—. Eso nos apartaría de ellos. Nos volvería diferentes. Si queremos quedarnos aquí, tenemos que ser lo más parecidas a ellos posible.

Pantoufle me mira con expresión suplicante, una mancha gris y peluda recortada contra las sombras doradas. Cierro los ojos con fuerza para negarle la entrada y, cuando vuelvo a abrirlos, la visión se ha disipado.

—Todo saldrá bien —le digo a Anouk con voz firme—. Estaremos bien. Sabemos esperar.

Y, finalmente, a las doce y media, alguien empuja la puerta. Anouk fue la primera en divisarlo: «¡Mamá!». Me incorporé al instante. Era Reynaud. Con una mano se protegía el rostro del agua que goteaba del toldo y con la otra vacilaba sobre la manilla de la cancela. Su semblante pálido permanecía sereno, pero en sus ojos brillaba algo… una complacencia furtiva y triunfal. Supe de inmediato que no venía en calidad de cliente. La campanilla tintineó a su

entrada, pero no dio un solo paso hacia el mostrador; se quedó plantado en el umbral, dejando que las ráfagas de viento colaran los faldones de su sotana en la estancia como las alas batientes de un cuervo negro.

—Señor cura. —Vi cómo examinaba los lazos rojos con manifiesta suspicacia—. ¿En qué puedo servirle? Estoy segura de que adivinaré sus dulces preferidos.

Recurrí a mi cantinela de vendedora de forma automática, pero era una bravata vacía. No tengo la menor idea de cuáles son los gustos de este hombre. Para mí es una incógnita absoluta, una silueta oscura con forma humana recortada en el aire. No encuentro un solo punto de contacto con su alma, y mi sonrisa chocó contra él como una ola que se estrella inútilmente contra un peñasco. Reynaud me dedicó una mirada cargada de un desprecio gélido.

—Lo dudo mucho.

Su voz era baja y bien modulada, pero tras el barniz de la cortesía profesional adiviné una aversión visceral. Recordé las advertencias de Armande Voizin: «Nuestro señor cura ya le ha puesto la cruz». ¿Por qué motivo? ¿Por la desconfianza instintiva que le inspiran los no creyentes? ¿O había algo más? Por debajo del mostrador, formé la horquilla con los dedos en secreto.

—No contaba con encontrar la tienda abierta hoy.

Se le notaba más seguro de sí mismo ahora que creía tenernos acorraladas. Su sonrisa apretada recordaba a una ostra: blanca y lechosa en los bordes, pero afilada como una navaja.

—¿Lo dice por ser domingo? —puse mi expresión más inocente—. Pensé que tal vez aprovecharía el bullicio a la salida de misa.

La pulla no llegó a rozarle.

—¿El primer domingo de Cuaresma? —Su tono destilaba condescendencia, pero por debajo latía un desdén profundo—. No lo creo. Los vecinos de Lansquenet son gentes sencillas, madame Rocher —enfatizó con suavidad—. Gentes devotas.

—Es *mademoiselle* Rocher.

Fue una victoria minúscula, pero bastó para descolocarle el paso. Sus ojos se desviaron de inmediato hacia Anouk, que seguía sentada en el taburete sosteniendo su copa de chocolate con ambas manos. Tenía la comisura de los labios manchada de espuma dulce, y sentí de nuevo aquella punzada en el pecho, como el ardor repentino de una ortiga escondida: el pánico cerval, el terror ciego a perderla algún día. ¿Pero a manos de quién? Sacudí la cabeza con una indignación creciente. ¿A manos de él? Que se atreviera a intentarlo.

—Por supuesto —repuso con frialdad—. *Mademoiselle* Rocher. Le ruego que me disculpe.

Le sonreí con una dulzura almibarada ante su reproche. Algo en mi interior se empeñaba en desafiarlo; mi voz, tal vez un tono más alta de lo necesario, adquirió un timbre de insolente seguridad para enmascarar mi desasosiego.

—Es un auténtico alivio encontrar a alguien en este rincón rural que comprenda el mundo exterior —le solté mi sonrisa más radiante—. En la gran ciudad, donde vivíamos antes, a nadie le importaba la vida ajena. Pero aquí… —adopté un aire a la vez compungido y descarado—, aquí la gente es tan hospitalaria, tan pintoresca… Aunque esto no es París, ¿verdad que no?

Reynaud asintió —con una levísima mueca de repugnancia— admitiendo que, en efecto, no lo era.

—Es completamente cierto lo que dicen de los pueblos pequeños —continué con fingida inocencia—: ¡a todo el mundo le apasiona meter las narices en los asuntos de los demás! Supongo que se debe a la falta de distracciones —añadí con benevolencia—: tres tiendas contadas y una iglesia parroquial. Quiero decir… —solté una risita ahogada—. Pero qué le voy a contar a usted que no sepa ya.

El sacerdote asintió con adusta gravedad.

—Quizá podría explicarme, *mademoiselle*…

—Por favor, llámeme Vianne —lo interrumpí.

—… por qué decidió mudarse precisamente a Lansquenet. —Su tono era suave y emponzoñado; su boca delgada parecía más sellada que nunca

—. Como bien dice, este lugar es muy distinto de París. —Sus ojos dejaban claro que la diferencia favorecía con creces a Lansquenet—. Un negocio como este… —con una mano aristocrática señaló los mostradores con indolente desapego—, un establecimiento tan especializado resultaría mucho más próspero —y mucho más oportuno— en una gran ciudad. En Toulouse, o incluso en Agen…

En ese instante comprendí con dolorosa lucidez por qué ningún vecino se había atrevido a cruzar mi puerta esta mañana. Aquella palabra —*oportuno*— encerraba toda la condena glacial de un anatema profético.

Volví a cruzar los dedos bajo el mostrador con renovada furia. Reynaud se llevó una mano a la nuca con un manotazo brusco, como si un tábano invisible le hubiera picado en la piel.

—No creo que las grandes capitales tengan el monopolio del placer —espeté—. Todo el mundo necesita una pizca de dulzura y un capricho inocente de vez en cuando.

Reynaud guardó silencio. Supuse que discrepaba de plano.

—Imagino que en su homilía de esta mañana habrá defendido una doctrina diametralmente opuesta, ¿no es así? —me atreví a sugerir con descaro. Y, como seguía sin pronunciar palabra, rematé—: Aun así, estoy convencida de que en este pueblo hay espacio de sobra para los dos. La libre empresa, ¿no le parece?

Al contemplar su rostro comprobé que había recogido el guante del desafío. Durante unos segundos le sostuve la mirada, mostrándome desafiante, casi altiva. Reynaud retrocedió ante mi sonrisa como si le hubiera escupido en la cara.

—Por supuesto —susurró con voz queda.

Conozco a los de su calaña. Mi madre y yo nos cruzamos con docenas de ellos a lo largo de nuestra huida por media Europa. Las mismas sonrisas educadas, el mismo desdén altivo, la misma gélida indiferencia. Una moneda de escaso valor arrojada desde la mano opulenta de una beata a las puertas de la catedral de Reims; las miradas admonitorias de un corro de monjas cuando la pequeña Vianne se lanzaba al suelo a recogerla, raspándose las rodillas contra

el polvo. Un hombre de sotana negra enfrascado en una discusión colérica con mi madre; ella saliendo despavorida y pálida de la sombra del templo, apretándome la mano hasta hacerme daño… Mucho después supe que había intentado confesarse con él. ¿Qué la empujó a semejante locura? La soledad, imagino; esa necesidad imperiosa de hablar, de desahogarse con alguien que no fuera un amante pasajero, con alguien que mostrara un rostro comprensivo. ¿Pero es que no lo vio venir? Aquel rostro se transformó en una máscara de indignación y furia: era pecado, un pecado mortal… Debía entregar a la niña a la custodia de personas piadosas. Si de verdad amaba a la pequeña —¿cómo se llamaba? ¿Anne?—, si de verdad la quería debía hacer ese sacrificio. Él conocía un convento donde sabrían enderezarla. Le aferró la muñeca, apretándole los huesos: «¿Es que no amas a tu propia hija? ¿Es que no deseas salvar tu alma del fuego eterno? ¿Es que no lo deseas?». Aquella noche mi madre lloró sin consuelo, meciéndome en sus brazos como una posesa. Abandonamos Reims a la mañana siguiente como dos ladronas en fuga, llevándome apretada contra su pecho como un botín robado, con los ojos ardientes y asustados.

Comprendí que aquel cura casi había logrado convencerla de que me abandonara. A partir de entonces, me preguntaba a menudo si era feliz a su lado, si echaba de menos tener un hogar fijo o amigos de verdad… Y por más que yo la besara y le jurara una y otra vez que no me arrepentía de nada, una gota de aquel veneno permaneció para siempre en su interior. Durante años huimos de la sombra del clérigo, el Hombre de Negro; y cada vez que su figura reaparecía en las tiradas del tarot, sabíamos que había llegado la hora de volver a correr, de escondernos de la oscuridad que él había sembrado en su corazón.

Y aquí lo tenía de nuevo, justo cuando creí que Anouk y yo habíamos encontrado al fin nuestro propio rincón en el mundo. Plantado en mi puerta como el ángel exterminador a las puertas del paraíso.

Pues bien: esta vez juro que no voy a echar a correr. Haga lo que haga. Por más que intente poner a todo el pueblo en mi contra. Su rostro es tan frío e implacable como el reverso de una carta funesta. Se ha proclamado mi enemigo —y yo la suya— con tanta nitidez como si lo hubiéramos gritado a los cuatro vientos.

—Me alegra profundamente que nos entendamos —mi voz sonó cristalina y cortante como el hielo.

—A mí también.

Un brillo insólito en sus pupilas me puso en guardia: para mi sorpresa, aquel hombre estaba disfrutando de la confrontación; en su acorazada certidumbre de cruzado no cabía la menor duda de que la victoria sería suya.

Dio media vuelta para marcharse, con una compostura impecable y la inclinación de cabeza precisa. Desprecio educado. El arma envenenada de los justos.

—¡Señor cura! —lo llamé.

Se detuvo un instante y, antes de que pudiera reaccionar, le puse en las manos una cajita blanca primorosamente atada con una cinta de raso.

—Para usted. Invita la casa. —Mi sonrisa no admitía réplica, y él tomó el paquete con un desconcierto manifiesto—. Es un auténtico placer.

Frunció ligeramente el ceño, como si la idea de proporcionarme placer le resultara ofensiva.

—La verdad es que no me gustan especialmente los…

—Tonterías —lo atajé con amabilidad inapelable—. Estoy convencida de que le van a encantar. Me recuerdan muchísimo a usted.

Bajo su fachada pétrea alcancé a vislumbrar una sombra de perplejidad. Luego salió al frío, con la cajita blanca apretada en la mano, perdiéndose bajo la lluvia plomiza. Me fijé en que no aceleraba el paso para guarecerse, sino que caminaba con la misma cadencia ceremoniosa, con el porte de quien disfruta íntimamente de esa pequeña mortificación física.

Me gusta imaginar que se comerá los bombones. Lo más probable es que se los regale a cualquiera, pero me consuela pensar que al menos rasgará el lazo y echará un vistazo al interior… Un solo vistazo movido por la simple curiosidad humana.

Me recuerdan muchísimo a usted.

Una docena de mis mejores *huîtres de Saint-Malo*: esos pralinés finos y aplanados que reproducen a la perfección la forma de una ostra herméticamente cerrada.

CAPÍTULO 8 — MARTES, 18 DE FEBRERO

Quince clientes ayer. Hoy, treinta y cuatro. Guillaume se contaba entre ellos; compró un cucurucho de florentinas y se tomó una taza de chocolate bien caliente. Charly venía a su lado, ovillándose obediente a los pies del taburete mientras, de tanto en tanto, su amo dejaba caer un terrón de azúcar moreno en sus fauces expectantes e insaciables.

Hace falta tiempo, me explicó Guillaume, para que una forastera sea aceptada de verdad en Lansquenet. El pasado domingo, me contó, el párroco Reynaud pronunció un sermón tan implacable sobre los rigores de la abstinencia que la apertura de *La Céleste Praline* esa misma mañana se interpretó casi como un ultraje directo contra la Iglesia. Caroline Clairmont —que acaba de estrenar otra de sus innumerables dietas de adelgazamiento— se mostró especialmente venenosa, comentando en voz bien alta ante su corro de devotas que aquello era «un auténtico escándalo, queridas mías, digno de la decadencia de la antigua Roma; y si esa mujercilla se cree con derecho a contonearse por nuestro pueblo como la mismísima reina de Saba, exhibiendo con descaro a esa hija ilegítima como si tal cosa… ¿Que qué tal los bombones? Nada del otro mundo, se lo aseguro, y a unos precios desorbitados». La conclusión unánime de las damas fue que «aquello» —fuera lo que fuese— no duraría nada; me daban dos semanas a lo sumo antes de poner pies en polvorosa.

Y, sin embargo, el número de clientes se ha duplicado desde ayer, entre ellos varias de las íntimas de madame Clairmont, que entraron con los ojos brillantes de curiosidad y un rastro de vergüenza culpable, asegurándose unas

a otras que solo venían a curiosear, por ver con sus propios ojos de qué iba tanto alboroto.

Conozco las debilidades de cada una de ellas. Es un don natural, un secreto de oficio muy parecido al de la quiromancia cuando se leen las líneas de la palma de una mano. Mi madre se habría reído de semejante desperdicio de facultades, pero no siento el menor deseo de escarbar más hondo en sus vidas. No me interesan sus secretos ni sus miserias más íntimas; tampoco pretendo comprar su gratitud ni alimentar sus miedos. «Una alquimista domesticada», me habría reprochado con cariñoso desprecio, «conformándose con hacer magia de andar por casa cuando podrías obrar maravillas». Pero me caen bien estas personas. Me conmueven sus preocupaciones sencillas y sus horizontes estrechos. Puedo leer sus miradas y sus bocas con asombrosa facilidad: esa señora con un rictus de amargura disfrutará como nadie con mis espirales de naranja escarchada; aquella de sonrisa dulce buscará el corazón blando de los bombones de albaricoque; la muchacha de cabellos revueltos por el viento devorará los *mendiants*; y esa mujer vivaracha y enérgica se derretirá por las nueces de Brasil bañadas en chocolate amargo.

Para Guillaume, las florentinas crujientes, comidas con primor sobre un platillo en su pulcra casita de soltero. El insaciable apetito de Narcisse por las trufas de chocolate negro revela el corazón tierno que late bajo su corteza de viejo huraño. Caroline Clairmont soñará esta noche con un lingote de toffee crocante y despertará con un hambre atroz y de pésimo humor. Y los niños… virutas de chocolate con leche, botones de chocolate blanco salpicados de fideos de colores, panes de especias ribeteados de azúcar dorado, frutitas de mazapán reposando en nidos de papel rizado, guirlache de cacahuete, racimos de avellana, galletas crujientes y cajas de medio kilo con dulces imperfectos… Vendo ilusiones, pequeños consuelos cotidianos, tentaciones dulces e inofensivas capaces de derribar a una legión entera de santos de sus pedestales, haciéndolos caer de cabeza entre el praliné y el turrón.

¿Tan grave es eso? A ojos del padre Reynaud parece ser un pecado capital.

—Vamos, Charly. Buen chico. —La voz de Guillaume suena cálida cada vez que se dirige a su perro, pero siempre teñida de una melancolía incurable.

Compró al animal cuando falleció su padre, me confió; de eso hace ya dieciocho años. Pero la vida de un perro es mucho más breve que la de un hombre, y ambos han ido envejeciendo a la par.

—Está aquí mismo —me señaló un bulto nudoso bajo la mandíbula de Charly. Tenía el tamaño de un huevo de gallina, duro y rugoso como una agalla de olmo—. Sigue creciendo.

Hubo una pausa en la que el perro se estiró con deleite, pedaleando en el aire con una pata trasera mientras su amo le rascaba la barriga.

—El veterinario dice que ya no se puede hacer nada.

Empecé a comprender esa mezcla de ternura y remordimiento que nublaba los ojos de Guillaume.

—Uno no mandaría dormir para siempre a un anciano —me dijo con un fervor desesperado—. No mientras conserve… —buscó las palabras adecuadas— cierta calidad de vida. Charly no sufre; al menos no todavía.

Asentí con suavidad, consciente de que intentaba convencerse a sí mismo.

—Los calmantes lo mantienen controlado.

Por ahora. Las palabras resonaron en el aire sin necesidad de ser pronunciadas.

—Cuando llegue el momento, lo sabré —sus ojos reflejaban un espanto sordo—. Sabré lo que tengo que hacer. No tendré miedo.

Le llené de nuevo la taza sin decir palabra y espolvoreé la espuma con cacao puro, pero Guillaume estaba demasiado absorto acariciando al perro para advertirlo. Charly se revolcó sobre el lomo, dejando caer la cabeza con beatitud.

—El señor cura dice que los animales no tienen alma —murmuró Guillaume con un hilo de voz—. Dice que debería sacrificarlo para ahorrarle sufrimientos innecesarios.

—Todo lo que vive tiene un alma —le respondí con serenidad—. Eso es lo que siempre me decía mi madre. Todo en este mundo tiene alma.

Él asintió, atrapado en su propio laberinto de soledad y desamparo.

—¿Qué voy a hacer sin él? —preguntó con la mirada clavada en el animal, olvidando por completo que yo estaba delante—. ¿Qué demonios voy a hacer cuando no estés?

Detrás del mostrador apreté los puños con una rabia impotente. Conozco esa mirada: miedo, culpa, un anhelo desesperado de retener lo que se escapa… La conozco al dedillo. Es la misma expresión que vi en el rostro de mi madre la noche del Hombre de Negro. Sus palabras —«¿Qué voy a hacer sin ti?»— fueron las mismas que ella me susurró al oído durante aquella noche interminable. Y cuando me miro al espejo a última hora de la tarde, o cuando me despierto en mitad de la noche con la certeza angustiosa de que mi propia hija se me está escapando de las manos, de que la perderé si no encuentro de una vez por todas un lugar donde echar raíces… es exactamente la misma mirada que descubro en mis propios ojos.

Me acerqué y rodeé a Guillaume con los brazos. Por un segundo se quedó rígido, desacostumbrado al contacto femenino; luego se abandonó a mi abrazo. Pude sentir la marea de su aflicción golpeándome el pecho en oleadas sucesivas.

—Vianne… —susurró conmovido—. Vianne…

—No tiene nada de malo sentirse así —le susurré con firmeza—. Tienes todo el derecho a estar triste.

Debajo de nosotros, Charly soltó un ladrido corto de protesta.

Hoy ingresamos casi trescientos francos. Por primera vez logramos cubrir los gastos de la jornada. Se lo conté a Anouk en cuanto llegó de la escuela, pero la encontré ausente, con su carita alegre ensombrecida por una quietud impropia de ella. Tenía la mirada turbia y pesada, como la línea de nubarrones que presagia una tormenta inminente.

Le pregunté qué le ocurría.

—Es Jeannot —dijo con voz descolorida—. Su madre le ha prohibido que vuelva a jugar conmigo.

Me acordé de Jeannot disfrazado de lobo en el desfile de carnaval: un chiquillo desgarbado de siete años, pelo alborotado y mirada suspicaz. Él y Anouk habían estado jugando ayer en la plaza hasta que cayó la noche, corriendo y lanzando gritos de guerra hasta quedarse sin aliento. Su madre es Joline Drou, una de las maestras de la escuela primaria y uña y carne de Caroline Clairmont.

—¿Ah, sí? —pregunté en un tono deliberadamente neutro—. ¿Y qué ha dicho?

—Dice que soy una mala influencia. —Me lanzó una mirada oscura y resentida—. Porque no vamos a la iglesia. Porque abriste la tienda el domingo.

Porque abriste el domingo.

Me quedé mirándola. Deseé con toda el alma estrecharla entre mis brazos, pero su postura rígida y hostil me paralizó. Procuré que mi voz sonara lo más sosegada posible:

—¿Y qué piensa Jeannot de todo esto?

—Él no puede hacer nada. Ella siempre está vigilando. —La voz de Anouk se quebró en un tono agudo y comprendí que estaba al borde de las lágrimas —. ¿Por qué tiene que pasar siempre lo mismo? ¿Por qué nunca puedo…? —se interrumpió conteniendo un sollozo, con su pecho menudo agitándose espasmódicamente.

—Tienes otros amigos en el pueblo.

Era verdad: ayer por la tarde eran cuatro o cinco correteando por la plaza, llenándolo todo con sus risas y sus juegos.

—Eran los amigos de Jeannot.

Comprendí lo que quería decir: Luc Clairmont, Lise Poitou… los amigos de él. Sin Jeannot, el grupo se disgregaría en un abrir y cerrar de ojos. Sentí una punzada desgarradora en el corazón al pensar en mi pequeña, inventándose compañeros invisibles para poblar los vacíos que la rodeaban. Qué egoísmo el mío al imaginar que el amor de una madre bastaba para llenar todo ese espacio. Qué ceguera tan imperdonable.

—Podemos ir a la iglesia si es lo que deseas —le propuse con dulzura—. Aunque bien sabes que eso no cambiaría las cosas en el fondo.

Me miró con reproche:

—¿Y por qué no? Ellos tampoco creen de verdad. Les importa un comino Dios. Solo van por cumplir.

Sonreí entonces con una pizca de amargura. Seis años y todavía logra dejarme sin habla con la agudeza demoledora de sus intuiciones.

—Puede que tengas razón —admití—. Pero ¿de verdad quieres que seamos como ellos?

Se encogió de hombros con una indiferencia cínica. Cambió el peso de un pie a otro, temiéndose un sermón moral. Busqué las palabras idóneas para explicárselo, pero lo único que vino a mi mente fue el rostro desencajado de mi madre mientras me mecía en la oscuridad susurrándome con furia: «¿Qué haría yo sin ti? ¿Qué demonios haría?». Todo eso ya se lo había enseñado mucho tiempo atrás: la hipocresía eclesiástica, la caza de brujas, la persecución secular contra los nómadas y los diferentes. Ella lo comprende en teoría. Pero la teoría no sirve de consuelo cuando arrecia la vida cotidiana, cuando muerde la soledad real de perder a un amigo de carne y hueso.

—No hay derecho —protestó con terquedad, con la hostilidad contenida pero viva.

Tampoco hubo derecho en el saqueo de Tierra Santa, ni en la hoguera de Juana de Arco, ni en los calabozos de la Inquisición. Pero me guardé muy bien de decírselo. Tenía las facciones tensas y endurecidas; el menor síntoma de debilidad por mi parte habría hecho que estallara contra mí.

—Ya harás nuevos amigos.

Una respuesta vacía y miserable. Anouk me miró con desdén:

—Pero yo quería a este.

Había una madurez desconcertante y un cansancio impropio de su edad en el tono con que dio media vuelta. Los ojos se le anegaron en lágrimas, pero no hizo el menor ademán de buscar refugio en mi regazo. Con una lucidez

aterradora alcancé a vislumbrarla en ese instante: la niña que era, la adolescente en que se convertiría, la adulta extraña que un día llegaría a ser. Casi grité de pánico y desamparo, como si nuestros papeles se hubieran invertido de repente: ella la adulta sabia y yo la criatura asustada.

¡Por favor! ¿Qué voy a hacer sin ti?

Pero la dejé marcharse sin añadir una sola palabra, devorada por el ansia de abrazarla, pero respetando el muro de intimidad que acababa de levantar entre nosotras. Los niños nacen salvajes, lo sé muy bien. Lo máximo a lo que podemos aspirar es a ganarnos una pizca de ternura, un simulacro de docilidad. Bajo la superficie, la indómita naturaleza original permanece intacta: áspera, fiera e inalcanzable.

Apenas despegó los labios durante el resto de la tarde. Cuando la acosté, rechazó el cuento habitual, pero se quedó despierta durante horas después de que yo apagara mi propia luz. La escuchaba desde la penumbra de mi alcoba, caminando de un lado a otro y murmurando para sí —o para Pantoufle— en breves ráfagas sofocadas, demasiado bajas para entender lo que decía. Mucho más tarde, cuando tuve la certeza de que el sueño la había vencido, me deslicé de puntillas en su cuarto para apagar la lámpara y la encontré hecha un ovillo al pie de la cama, con un brazo abierto y la cabeza inclinada en un ángulo incómodo pero conmovedor que me desgarró las entrañas.

En la mano apretaba una figurita de plastilina. Se la retiré con cuidado mientras le acomodaba las mantas para guardarla en su baúl de juguetes. Todavía guardaba el calor de sus dedos, despidiendo ese inconfundible olor a colegio infantil: a secretos compartidos en voz baja, a témperas escolares, a papel de periódico húmedo y a amigos que el tiempo va borrando.

Medía unos diez centímetros de alto: un muñequito tosco modelado con paciencia, con los ojos y la sonrisa trazados con la punta de un alfiler, un hilo rojo enrollado alrededor del talle y unas briznas de hierba seca clavadas en la coronilla simulando una cabellera castaña y rebelde.

En el pecho de aquel monigote de plastilina había una letra grabada justo sobre el corazón: una J mayúscula muy bien perfilada. Y debajo, tan pegada que casi se fundía con ella, la letra A.

Volví a dejar la figura con infinita suavidad sobre la almohada, junto a su cabeza, y salí apagando la luz.

Un poco antes del amanecer se coló en mi cama como solía hacer cuando era más pequeña. Entre las capas algodonosas del duermevela la escuché susurrarme al oído:

—No pasa nada, mamá. Nunca te voy a dejar sola.

Olía a sal de lágrimas y a jabón infantil; su abrazo fue estrecho y tibio en la penumbra. La mecí en mis brazos, meciéndome yo también con ella, apretándonos con un alivio tan desgarrador que casi rozaba el dolor físico.

—Te quiero, mamá. Te querré siempre, para toda la vida. No llores.

No estaba llorando. Yo nunca lloro.

Dormí mal, atrapada en un torbellino caótico de pesadillas. Desperté con la primera luz del alba, sintiendo el bracito de Anouk cruzado sobre mi cara y una urgencia atroz y desesperada de salir huyendo; de agarrar a mi hija y echar a correr sin mirar atrás. ¿Cómo pretendíamos echar raíces aquí? ¿Cómo pudimos ser tan ingenuas como para creer que él no nos encontraría en este confín del mundo? El Hombre de Negro tiene mil rostros distintos, y todos ellos son implacables, duros y extrañamente resentidos. *Corre, Vianne. Corre, Anouk. Olvida este dulce sueño infantil y echa a correr.*

Pero esta vez no. Ya hemos corrido demasiado lejos, Anouk y yo, mi madre y yo; demasiado lejos de nosotras mismas.

A este sueño pienso aferrarme con uñas y dientes.

CAPÍTULO 9 — MIÉRCOLES, 19 DE FEBRERO

❖ · ❖ · ❖

Hoy es nuestro día de descanso semanal. La escuela está cerrada los miércoles y, mientras Anouk corretea y juega en *Les Marauds*, yo aprovecho para recibir a los proveedores y trabajar en la nueva remesa de bombones para la semana.

Este es un oficio que disfruto con toda el alma. Hay una especie de hechicería en la cocina: en la elección minuciosa de los ingredientes; en el proceso paciente de mezclar, rallar, fundir, infusionar y aromatizar; en las fórmulas heredadas de viejos recetarios y en el empleo de los útiles tradicionales. El mortero de piedra con el que mi madre trituraba las resinas para su incienso sirve ahora a un propósito mucho más hogareño y terrenal, entregando sus especias y aromas a una magia más sensual y cercana. Y es, en parte, su naturaleza efímera lo que más me cautiva: tanto esmero en la preparación, tanto arte y tanta experiencia acumulada para un placer que dura apenas un suspiro en el paladar y que solo unos pocos sabrán apreciar en su justa medida.

Mi madre siempre contempló mi afición con un cariñoso desdén. Para ella, la comida no era una fuente de placer, sino una engorrosa servidumbre biológica por la que había que preocuparse a regañadientes: un peaje obligado que pagábamos por nuestra libertad. Yo, en cambio, robaba cartas de menús en los restaurantes y me quedaba embobada pegando la nariz a las vidrieras de las confiterías. Debía de tener diez años —quizá alguno más— cuando probé por primera vez el chocolate auténtico. Pero la fascinación jamás se apagó. Llevaba las recetas grabadas en la memoria como si fueran mapas geográficos:

recetas arrancadas de revistas viejas olvidadas en salas de espera de estaciones de tren, secretos sonsacados a cocineras ambulantes en los caminos y extrañas combinaciones de mi propia cosecha.

Mi madre, armada con su baraja de tarot y sus vaticinios, trazaba nuestro rumbo errante a través del mapa europeo; las recetas culinarias, en cambio, eran mi ancla con la realidad, mis puntos de referencia en aquellas fronteras desoladas. París olía a pan recién horneado y a cruasanes de mantequilla; Marsella, a bullabesa y a ajos dorándose en la cazuela; Berlín era codillo con chucrut y ensalada de patata; Roma era un helado artesano que saboreé sin pagar en una diminuta trattoria a la orilla del Tíber. Mi madre no tenía tiempo para esas referencias terrenales: todos sus mapas eran interiores, y para ella cualquier lugar era idéntico a todos los demás.

Ya desde entonces éramos muy distintas. Me enseñó todo lo que pudo, es verdad: a mirar en lo más hondo de las personas, a descifrar sus anhelos secretos y sus pesares ocultos. Al camionero que frenaba en la cuneta para llevarnos en autostop y se desviaba diez kilómetros de su ruta para dejarnos en el centro de Lyon; al tendero que se negaba a cobrarnos el importe de la fruta; a los gendarmes que miraban hacia otro lado fingiendo no vernos. No funcionaba siempre, claro está; a veces el don fallaba sin que entendiéramos el motivo. Hay personas impenetrables, inaccesibles por completo. Francis Reynaud es una de ellas. Y aun cuando el truco surtía efecto, aquella intromisión gratuita en las almas ajenas siempre me dejaba un poso de desasosiego: resultaba demasiado fácil.

Elaborar chocolate, en cambio, es un arte muy diferente. Exige destreza, una notable ligereza en las manos, rapidez y una paciencia infinita que mi madre jamás llegó a poseer. Pero la fórmula responde siempre con lealtad. Es segura. Es inofensiva. Y no necesito abrirme paso a la fuerza en el corazón de nadie para arrebatarle lo que necesito: estos son deseos que se pueden conceder limpiamente, a cambio de una simple petición.

Guy, mi proveedor de confianza, me conoce desde hace muchos años. Trabajamos codo con codo tras el nacimiento de Anouk y me ayudó a poner en marcha mi primer negocio, una pequeña pastelería-chocolatería en las afueras

de Niza. Ahora tiene su sede en Marsella: importa la masa de cacao pura directamente de Sudamérica y la transforma en chocolate de distintos calibres y porcentajes en su propio obrador.

Solo empleo género de primera calidad. Los bloques de cobertura son algo más grandes que ladrillos de construcción; recibo una caja de cada variedad por envío y trabajo con las tres: negro, con leche y blanco. Hay que templar el chocolate pacientemente para conseguir que cristalice en la estructura idónea, garantizando así un corte seco y crujiente y un brillo satinado impecable. Algunos confiteros compran la cobertura ya atemperada de fábrica, pero a mí me fascina hacer el proceso con mis propias manos: rallar los grandes bloques opacos a mano —jamás utilizo batidoras eléctricas— sobre los cuencos de barro, fundirlos al baño maría, removerlos con una espátula de madera y verificar cada fase con el termómetro de repostería hasta alcanzar la temperatura exacta en que se obra la transformación.

Hay una auténtica alquimia en el tránsito del chocolate bruto a este oro de sabios; una magia terrenal y pagana que tal vez hasta mi propia madre habría contemplado con agrado. Mientras trabajo procuro vaciar la mente de pensamientos, respirando hondo. Tengo las ventanas abiertas de par en par, y la corriente de aire sería glacial si no fuera por el calor que despiden los fogones, las cacerolas de cobre y las columnas de vapor perfumado que ascienden desde el chocolate fundido.

El torrente de aromas entrelazados —cacao amargo, vainilla en rama, cobre caliente y canela molida— resulta embriagador, poderosamente evocador: el olor áspero y montaraz de las selvas americanas, la fragancia tibia y resinosa de la jungla tropical. Así es como viajo yo ahora, del mismo modo que lo hacían los aztecas en sus ceremonias sagradas: México, Venezuela, Colombia. La corte imperial de Moctezuma. Las carabelas de Hernán Cortés y Colón. El alimento sagrado de los dioses espumando en copas ceremoniales. El elixir amargo de la vida.

Tal vez sea esto mismo lo que Reynaud presiente en mi tienda: un eco ancestral de épocas en que el mundo era un territorio más ancho, indómito y libre. Mucho antes de Cristo —antes de que Adonis naciera en Belén o que

Osiris fuera sacrificado en la primavera—, el fruto del cacao ya era venerado con fervor sagrado. Se le atribuían propiedades mágicas y curativas; su brebaje amargo se apuraba en las escalinatas de los templos entre éxtasis feroces y temibles. ¿Es eso lo que tanto teme el párroco? ¿La corrupción del alma a través del deleite de los sentidos, la sutil transubstanciación de la carne en un cauce de gozo terrenal? Le horroriza pensar en semejantes excesos paganos.

Y, sin embargo, entre los vapores calientes del chocolate espeso algo empieza a tomar forma. Una visión, habría dicho mi madre; un dedo de humo que señala en la niebla… que señala…

Ahí está. Por una fracción de segundo casi lo tengo al alcance de la mano. Sobre la superficie brillante del baño de cacao se dibuja una onda vaporosa. Luego otra más, tenue y blanquecina, que oculta y revela a la vez. Por un instante casi alcanzo a vislumbrar la respuesta: el secreto que ese hombre oculta con tanto cálculo y pavor —incluso a sí mismo—; la llave maestra que pondrá en marcha el destino de todos nosotros.

Adivinar el porvenir en el chocolate es un oficio incierto y traicionero: las imágenes son borrosas y los perfumes densos aturden el entendimiento. Y yo no soy mi madre, que conservó hasta el último día de su vida un poder de adivinación tan certero y terrible que ambas corríamos delante de él en una huida desesperada. Pero antes de que la visión se disipe, estoy segura de distinguir algo: una habitación en penumbra, un lecho de enfermo, un anciano postrado en la cama con los ojos convertidos en dos cuencas vacías en su rostro macilento… Y fuego. Mucho fuego.

¿Es esto lo que debía ver? ¿Es este el secreto inconfesable del Hombre de Negro?

Necesito desentrañar su misterio si de verdad pretendemos quedarnos aquí. Y tenemos que quedarnos. Cueste lo que cueste.

CAPÍTULO 10 — MIÉRCOLES, 19 DE FEBRERO

❖ · ❖ · ❖

Apenas una semana, *mon père*. Eso es todo lo que ha pasado. Siete días escasos. Pero parecen una eternidad.

No alcanzo a comprender por qué esa mujer me perturba de semejante manera; después de todo, salta a la vista la calaña a la que pertenece. Fui a verla el otro día para llamarla al orden y hacerla entrar en razón sobre la improcedencia de abrir su negocio los domingos por la mañana. El local está completamente irreconocible: el aire está cargado de aromas desconcertantes a jengibre fresco y a especias orientales. Hice un esfuerzo supremo por no mirar hacia las estanterías atestadas de confituras: cajas acharoladas, cintas de raso, lazos en tonos pastel, peladillas de almendra dispuestas en montoncitos de plata y oro, violetas escarchadas y hojas de rosa modeladas en chocolate amargo. En aquel recinto flota algo más que una simple sospecha de tocador femenino: una intimidad pegajosa, un perfume empalagoso de rosas marchitas y vainilla.

La alcoba de mi propia madre tenía exactamente esa misma atmósfera: gasas, crepés, frascos de cristal tallado titilando bajo una luz amortiguada, y aquellas hileras interminables de pomos y tarros sobre su tocador, semejantes a un ejército de genios malignos aguardando a ser liberados. Hay algo profundamente malsano en una concentración tan descarada de dulzura: la promesa a medio cumplir de lo que está prohibido por la ley de Dios. Me esfuerzo por no mirar, por no respirar ese aire.

Me saludó con bastante corrección en las formas. Pude observarla con mayor detenimiento: una larga cabellera negra recogida en un moño tirante en la nuca y unos ojos tan oscuros que apenas se distinguen las pupilas del iris. Sus cejas son perfectamente rectas, lo que le confiere una severidad en la mirada desmentida por ese rictus cómico e irónico que se dibuja en sus labios. Manos cuadradas y enérgicas, hechas para el trabajo duro, con las uñas cortadas al ras. No lleva una gota de maquillaje y, sin embargo, hay algo ligeramente impúdico en ese rostro. Tal vez sea la franqueza descarada con que sostiene la mirada, la manera en que sus ojos se demoran evaluando a su interlocutor, o ese pliegue permanente de burla sarcástica en la comisura de la boca. Y es alta, demasiado alta para una mujer: de mi misma estatura. Me mira de frente, a la misma altura de los ojos, con los hombros echados hacia atrás y la barbilla erguida en ademán de constante desafío. Llevaba una falda larga y acampanada de un color fuego restallante y un jersey negro muy ceñido al cuerpo. Esa combinación de colores resulta peligrosa: el patrón de una víbora venenosa o de una avispa dispuesta a picar, una advertencia palmaria para sus enemigos.

Y es mi enemiga. Lo supe en el mismo instante en que crucé el umbral. Presiento su hostilidad visceral y su desconfianza, por más que mantenga una voz suave, modulada y amable durante toda la conversación. Tuve la viva impresión de que me había atraído hasta su terreno para burlarse de mí, de que posee algún secreto inconfesable que incluso yo… Pero esto es un despropósito. ¿Qué diablos puede saber una forastera? ¿Qué daño real puede causar? Es únicamente mi sentido del orden y de la decencia lo que se siente ultrajado, del mismo modo que un jardinero escrupuloso se indigna al descubrir una mata de dientes de león esparciendo sus vilanos sobre un césped inmaculado. La semilla de la discordia anida en cualquier rincón, *mon père*. Y germina con rapidez. Se propaga sin freno.

Lo sé bien: estoy perdiendo la perspectiva de las cosas. Pero debemos mantenernos vigilantes a pesar de todo, usted y yo. Recuerde lo que ocurrió en *Les Marauds* y la batalla que libramos contra aquellos gitanos desarrapados a los que logramos expulsar de las riberas del Tannes. Recuerde cuánto tiempo nos costó, cuántos meses estériles de quejas, denuncias e instancias burocráticas hasta que decidimos tomar cartas en el asunto con nuestras

propias manos. ¡Recuerde los sermones que prediqué desde el púlpito! Una tras otra, todas las puertas del pueblo se les fueron cerrando en las narices. Varios comerciantes colaboraron de inmediato: recordaban muy bien a los gitanos de temporadas anteriores, las enfermedades que traían consigo, los hurtos en los mostradores y la prostitución callejera. Esos estaban de nuestra parte. Recuerdo que tuvimos que apretarle las clavijas a Narcisse, quien, con su tozudez habitual, pretendía darles trabajo durante el verano en sus campos. Pero al final logramos arrancarlos de raíz a todos: a aquellos hombres hoscos con sus rameras de ojos descarados, a su chiquillería descalza y malhablada, y a sus perros esqueléticos. Se marcharon por donde habían venido y una cuadrilla de voluntarios se encargó de sanear y desinfectar la inmundicia que dejaron a su paso.

Una sola semilla de diente de león, *mon père*, bastaría para hacerlos regresar a todos. Usted lo sabe tan bien como yo. Y si esa mujer es esa semilla…

Ayer hablé con Joline Drou. La hija de la confitera ha ingresado en la escuela primaria. Una criatura insolente y respondona, con la misma melena azabache de su madre y una sonrisa viva e irrespetuosa. Al parecer, Joline sorprendió a su hijo Jean, junto a otros rapaces, entretenido en el patio de recreo con un juego extraño propuesto por la recién llegada: una influencia perniciosa, por lo que deduzco; una especie de adivinación o superchería pagana esparciendo conchas y huesos en el polvo. Ya le advertí que conozco de sobra a esa calaña. Joline le ha prohibido a su hijo que vuelva a juntarse con ella, pero el chico ha heredado un ramalazo de terquedad y se ha puesto terco y rebelde. A esa edad no hay más remedio que imponer una disciplina de hierro. Me ofrecí a hablar a solas con el muchacho para enderezarlo, pero la madre no quiso dar su consentimiento. Así son todos ellos, *mon père*… Débiles. Espantosamente débiles.

Me pregunto cuántos de mis feligreses han quebrado ya sus promesas de Cuaresma. Me pregunto cuántos tuvieron alguna vez la intención sincera de cumplirlas.

En lo que a mí respecta, siento que el ayuno me purifica el alma. La visión de los chuletones en el escaparate de la carnicería me produce náuseas; mis

sentidos se han aguzado hasta un extremo tan febril que a veces la cabeza me da vueltas. De pronto, el aroma del pan caliente que sale de la tahona de Poitou por las mañanas se vuelve más de lo que puedo tolerar; el hedor a grasa hirviendo del asador de pollos en la Place des Beaux-Arts me golpea como una exhalación salida del abismo. No he probado bocado de carne, pescado ni huevos desde hace más de una semana; subsisto a base de pan duro, caldos aguados, unas hojas de lechuga y un único vaso de vino el domingo. Y me siento limpio, *mon père*, profundamente limpio. Solo desearía poder mortificarme aún más. Esto no es sufrimiento. Esto no es verdadera penitencia. A veces siento que si pudiera ofrecerles el ejemplo supremo, si pudiera ser yo mismo el que sangrara y padeciera clavado en esa cruz…

Esa vieja bruja de los Voizin se mofa de mí cada vez que se cruza en mi camino con su cesta de la compra. Es la única oveja descarriada de esa respetable familia de buenos católicos que se permite despreciar a la Iglesia: me dedica una sonrisa burlona mientras pasa cojeando a mi lado, con su sombrero de paja sujeto a la cabeza con un pañuelo rojo y su bastón de madera golpeando con insolencia los adoquines. Solo la tolero por su avanzada edad, *mon père*, y por los ruegos desesperados de los suyos. Negándose con soberbia a seguir los tratamientos médicos y rechazando cualquier auxilio; se cree inmortal. Pero acabará doblegándose cualquier día de estos. Siempre terminan quebrando. Y entonces le concederé la absolución con la más profunda humildad cristiana; rezaré por su alma a pesar de sus incontables extravíos, de su arrogancia y de sus rebeldías.

Acabaré teniéndola en mis manos, *mon père*. A ella y a todos los demás. Al final de los días, ¿acaso no serán todos míos?

CAPÍTULO 11 — JUEVES, 20 DE FEBRERO

La estaba esperando. El viejo abrigo escocés, el pelo recogido hacia atrás de forma desfavorecedora y esas manos ágiles y nerviosas como las de un pistolero al desenfundar. Joséphine Muscat, la mujer del carnaval. Esperó pacientemente a que mis clientes habituales —Guillaume, Georges y Narcisse — despejaran la tienda antes de atreverse a entrar, con las manos profundamente hundidas en los bolsillos.

—Un chocolate caliente, por favor.

Se sentó con evidente incomodidad en uno de los taburetes de la barra, hablando con la mirada fija en las copas vacías que aún no me había dado tiempo a retirar.

—Enseguida.

No le pregunté cómo le gustaba tomarlo; se lo serví humeante, coronado con una generosa nube de nata Chantilly y virutas de chocolate con leche, acompañado por dos bombones de moka a un lado del platillo. Durante unos instantes contempló la copa con los ojos entornados, como si temiera una trampa, antes de rozar el cristal tibio con la yema de los dedos.

—El otro día… —soltó con una fingida naturalidad—. Me olvidé de pagar una cosa.

Tiene unos dedos largos y sorprendentemente delicados, a pesar de las durezas y asperezas de las yemas. En reposo, su rostro parece perder esa

expresión permanente de congoja y adquiere una belleza insospechada. Su pelo es de un castaño suave y sus ojos tienen destellos dorados.

—Lo siento mucho.

Arrojó una moneda de diez francos sobre el mostrador con un gesto que pretendía ser de orgullo desafiante.

—No pasa nada —le respondí en un tono desenfadado y comprensivo—. Son cosas que ocurren todos los días.

Joséphine me miró fijamente durante un segundo, recelosa; luego, al no advertir la menor sombra de reproche en mis ojos, se relajó un poco.

—Está riquísimo —murmuró dando un sorbo al chocolate—. Riquísimo de verdad.

—Lo elaboro yo misma —le expliqué—. Parto directamente del licor de cacao puro, antes de añadirle la manteca que lo hace solidificar. Así es exactamente como lo tomaban los aztecas hace muchos siglos.

Me lanzó otra mirada rápida y desconfiada.

—Gracias por el regalo —dijo al fin—. Las almendras garrapiñadas bañadas en chocolate… Son mis favoritas.

Y de pronto, las palabras comenzaron a brotar de su boca a borbotones, con una prisa torpe y desesperada:

—Yo no me las llevé a propósito, que conste. Ya se habrán encargado de ponerla al corriente sobre mí, lo sé de sobra. Pero yo no soy ninguna ladrona. Son ellas… —su voz se tiñó de un desprecio furibundo, con la boca torcida en una mueca de rabia y desprecio hacia sí misma—, esa víbora de la Clairmont y su pandilla de beatas. Una manada de embusteras.

Volvió a clavar sus ojos en los míos, casi con insolencia:

—He oído decir que usted no va a misa.

Su tono era quebradizo, demasiado sonoro para la intimidad de la pequeña estancia. Sonreí.

—Es verdad. No suelo ir.

—Pues no va a durar mucho por aquí si no lo hace —sentenció Joséphine con esa misma voz vidriosa y metálica—. Conseguirán echarla del pueblo, igual que hacen con todo el que no cuenta con su bendición. Ya lo verá. Todo esto… —hizo un ademán vago y espasmódico señalando las estanterías de madera, los estuches primorosos y las piezas de repostería del escaparate—, nada de esto le va a servir de escudo. Las he oído cuchichear. He escuchado las barbaridades que dicen a sus espaldas.

—Yo también las he oído. —Me serví una taza de chocolate de la cafetera de plata; negro, concentrado y amargo como un café solo, acompañado de una cucharita de chocolate para removerlo. Mi voz sonó muy calmada—: Pero no tengo ninguna obligación de prestarles oídos. —Hice una pausa mientras saboreaba el trago—. Y tú tampoco.

Joséphine dejó escapar una risotada seca. El silencio flotó entre nosotras, denso y suspendido. Cinco segundos. Diez.

—Dicen que usted es una bruja.

Otra vez esa palabra. Levantó la barbilla en actitud desafiante.

—¿Lo es?

Me encogí de hombros y di otro sorbo.

—¿Quién lo dice?

—Joline Drou. Caroline Clairmont. Las devotas del coro del señor cura. Las escuché murmurar en el atrio de Saint-Jérôme. Su hija le estuvo contando cosas raras a los otros niños en la escuela. Algo sobre espíritus.

Había una curiosidad genuina en su voz, pero también una hostilidad defensiva que no alcancé a comprender.

—¡Espíritus! —resopló con sorna.

Tracé la silueta de una espiral imaginaria con el dedo sobre el borde de mi taza.

—Tenía la impresión de que no te importaban las habladurías de esa gente.

—Solo tengo curiosidad —volvió a parapetarse en su actitud hosca, como quien teme que la quieran bien—. Y además la vi hablando con Armande el otro día. Nadie en este pueblo le dirige la palabra a Armande. Salvo yo.

Armande Voizin. La anciana indómita de *Les Marauds*.

—Me cayó muy bien —respondí sencillamente—. ¿Por qué no iba a hablar con ella?

Joséphine apretó los puños contra el mostrador. Parecía sumamente agitada y su voz chirriaba como un cristal resquebrajado por la helada:

—¡Porque está rematadamente loca, por eso! —Se llevó los dedos a la sien con un gesto circular—. ¡Loca de atar!

Bajó la voz de repente, inclinándose hacia mí:

—Le voy a decir una cosa: en Lansquenet hay una línea invisible trazada en el suelo… —marcó una raya sobre el mostrador con su dedo encallecido —. Y si te atreves a cruzarla, si no vas a confesar tus pecados, si no agachas la cabeza ante tu marido, si no le preparas tres comidas calientes al día y te quedas sentada junto al fuego pensando pensamientos píos mientras esperas a que vuelva a casa, si no tienes hijos… si no llevas flores a los entierros de los vecinos, si no pasas la aspiradora en la salita o si no cavas los arriates del jardín… —Se le había encendido el rostro por el esfuerzo; su ira era colosal, desbordante—. ¡Entonces estás loca! —escupió con rabia—. Eres un bicho raro, una anormal, y la gente empieza a despellejarte vivo a tus espaldas, y… y…

Se calló de golpe. Toda aquella mueca de dolor desgarrado se esfumó de su rostro en un parpadeo.

La vi mirar por encima de mi hombro hacia la plaza, a través del cristal del escaparate, pero los reflejos de la luz no me permitían distinguir con claridad lo que estaba viendo. Fue como si un telón de acero hubiera caído sobre sus facciones, volviéndolas inexpresivas, taimadas y desprovistas de esperanza.

—Disculpe. Se me ha ido la fuerza por la boca. —Apuró el último trago de su copa—. No debería estar hablando con usted. Usted no debería estar

perdiendo el tiempo conmigo. Bastante complicadas van a ponerse las cosas de todos modos.

—¿Eso es lo que dice Armande? —inquirí con suavidad.

—Tengo que marcharme. —Volvió a clavarse los puños apretados contra el pecho en ese gesto de autocastigo tan propio de ella—. Me tengo que ir ya.

Aquel rictus de desamparo había vuelto a apoderarse de su boca, arqueándola hacia abajo con un gesto de pánico infantil que la hacía parecer casi retrasada. Y, sin embargo, la mujer airada y lúcida que acababa de hablarme segundos antes distaba mucho de serlo. ¿Qué —o a quién— acababa de ver para reaccionar con semejante espanto?

Cuando cruzó la puerta de *La Praline*, encogiéndose contra una ventisca imaginaria, me acerqué al ventanal para observarla. Nadie se le aproximó en la plaza. Nadie parecía siquiera mirar en su dirección. Fue entonces cuando me percaté de la presencia de Reynaud, de pie bajo el arco del templo parroquial. El sacerdote y un hombre corpulento y medio calvo al que no conocía. Los dos clavaban sus miradas fijas en el escaparate de mi tienda.

¿Reynaud? ¿Podía ser el cura el causante de su terror? Sentí un chispazo de indignación al pensar que tal vez él hubiera sido quien envenenara a Joséphine en mi contra; y, sin embargo, cuando ella lo había mencionado momentos antes, lo había hecho con desdén, no con miedo.

El segundo hombre era más bien bajo pero fornido y de espaldas anchas: llevaba la camisa de cuadros remangada sobre unos antebrazos rojizos y lustrosos, y unas gafas finas de intelectual que desentonaban cómicamente con sus facciones toscas y abotargadas. Despedía una agresividad sorda y gratuita, y de pronto caí en la cuenta de dónde lo había visto antes: con una barba blanca postiza y un sayo rojo, arrojando caramelos a la multitud en el desfile de carnaval. El Papá Noel furibundo que lanzaba peladillas con saña, como si pretendiera sacarle un ojo a alguien.

En ese instante un grupo de escolares se agolpó frente a la vidriera y perdí de vista a los dos hombres; pero creí comprender la verdadera causa de la precipitada huida de Joséphine.

—Lucie, ¿ves a ese señor que está en la plaza? El de la camisa roja. ¿Quién es?

La niña arrugó la nariz. Su debilidad secreta son los ratones de chocolate blanco: cinco por diez francos. Deslicé un par de piezas extra en el cucurucho de papel.

—Lo conoces, ¿verdad?

Asintió con la cabeza:

—El señor Muscat. El del bar.

Lo conozco de oídas: un local destartalado y lúgubre al final de la Avenue des Francs Bourgeois; media docena de mesas de chapa en la acera y una sombrilla descolorida de refrescos. Un letrero oxidado lo identifica: *Café de la République*. Apretando su cucurucho de dulces, la pequeña dio media vuelta para marcharse, vaciló un instante y regresó sobre sus pasos:

—A que no adivina cuál es su dulce favorito —soltó con picardía—. No tiene ninguno.

—Me cuesta mucho creerlo —sonreí—. Todo el mundo tiene una debilidad secreta. Incluso el señor Muscat.

Lucie meditó la respuesta unos segundos:

—A lo mejor su favorito es el que le arrebata a otro —sentenció con una lucidez aplastante. Y echó a correr, despidiéndose con un saludo a través del cristal.

—¡Dile a Anouk que nos vamos a *Les Marauds* después de clase!

—Se lo diré.

Les Marauds. Me pregunto qué encontrarán allí para divertirse tanto. La orilla cenagosa del río con sus ribazos enfangados. Las callejuelas empedradas llenas de cascotes. Un paraíso para la infancia: guaridas secretas, piedras planas que rebotan en la superficie de las aguas estancadas, secretos compartidos al oído, espadas de madera y escudos hechos con hojas gigantes de ruibarbo. Batallas campales entre las zarzamoras, túneles misteriosos, exploradores in-

trépidos, perros callejeros, rumores fantásticos y pequeños tesoros saqueados al río… Ayer Anouk regresó del colegio con un brío renovado en el paso y un dibujo en la mano para enseñármelo:

—Esta soy yo —una muñeca vestida con peto rojo y coronada por un garabato de pelo negro—. Este es Pantoufle —el conejo aparecía posado en su hombro como un loro con las orejas tiesas—. Y este es Jeannot —un niño pintado de verde con un brazo extendido. Los dos sonreían de oreja a oreja.

Al parecer, las madres —incluso las madres maestras de escuela— tienen terminantemente prohibido el acceso a *Les Marauds*. El monigote de plastilina sigue montando guardia junto a la cabecera de la cama de Anouk, y ella ha pegado el dibujo en la pared, justo encima.

—Pantoufle me dijo exactamente lo que tenía que hacer. —Lo alzó en un abrazo descuidado. Con la luz de la tarde casi puedo verlo con entera claridad, como a un chiquillo con bigotes de liebre. A veces me repito que debería desterrar esa fantasía suya, pero soy incapaz de infligirle semejante soledad. Quizá, si logramos echar raíces aquí, Pantoufle pueda dejar su sitio a compañeros de carne y hueso.

—Me alegro mucho de que sigan siendo amigos —le dije, besándola en la coronilla—. Pregúntale a Jeannot si quiere venir a casa una de estas tardes para ayudarme a desmontar la casita del escaparate. Puedes invitar a los demás también.

—¿La casita de jengibre? —sus ojos brillaron como el sol reflejándose en el agua—. ¡Sí! —saltó por toda la estancia con un arrebato de júbilo, a punto de volcar un taburete, sorteando un obstáculo invisible de un brinco gigantesco y subiendo la escalera de tres en tres peldaños—: ¡A ver quién llega antes, Pantoufle!

Un portazo resonó arriba con estruendo: *¡pum-pum!* Una punzada de amor infinito y desgarrador me sobrevino de golpe, cogiéndome desprevenida como siempre. Mi pequeña y eterna compañera. Jamás quieta, jamás en silencio.

Me serví otra taza de chocolate y me di la vuelta al escuchar el tintineo de la campanilla de la puerta. Por un segundo sorprendí su rostro desprovisto de

armadura: la mirada evaluadora, la barbilla echada hacia delante, los hombros cuadrados y las venas abultadas sobre los antebrazos tostados. Luego esbozó una sonrisa estrecha y sin la menor calidez.

—Usted es el señor Muscat, ¿no es así?

Me pregunté qué demonios querría. Parecía un pez fuera del agua, contemplando las bandejas con la cabeza gacha… Su mirada no se detuvo en mi cara; resbaló descaradamente hacia mi escote: una, dos veces.

—¿Qué quería esa? —Su voz era áspera pero con un acento cantarín muy marcado. Sacudió la cabeza con incredulidad—: ¿Qué narices se le ha perdido a esa mujer en un sitio como este?

Señaló una bandeja de peladillas de almendra a cincuenta francos el paquete:

—Cosas como esta, ¿eh? —abrió los brazos pidiéndome una explicación —. Adornos para bodas y bautizos. ¿Para qué diablos querrá ella porquerías de bodas y bautizos? —Volvió a sonreír, intentando mostrarse zalamero y seductor, fracasando estrepitosamente—. ¿Qué ha comprado?

—Imagino que se refiere a Joséphine.

—A mi mujer. —Pronunció las palabras con una entonación extraña, de seca e inapelable posesión—. Así son las mujeres. Uno se revienta la espalda trabajando de sol a sol para traer un pedazo de pan a casa, ¿y qué hacen ellas? Malgastarlo todo en… —otro manotazo en el aire señalando las vitrinas de dulces, las guirnaldas de mazapán, el papel de plata y las flores de azúcar—. ¿Qué era? ¿Un regalo? —Había un veneno de sospecha en su voz—: ¿Para quién compra regalos? ¿Para ella misma?

Soltó una carcajada corta y bronca, como si la sola idea le resultara un chiste absurdo. No comprendí qué derecho tenía a pedirme explicaciones. Pero había una violencia latente en sus ademanes, una crispación en sus pupilas y en sus manos inquietas que me obligó a actuar con prudencia. No por mí —aprendí suficientes recursos para cuidarme sola durante los largos años con mi madre—, sino por ella. Antes de que pudiera evitarlo, una imagen brotó de su mente hacia la mía: unos nudillos ensangrentados envueltos en humo de

tabaco. Apreté los puños bajo el mostrador. No había nada en aquel individuo que deseara contemplar.

—Creo que se equivoca usted —le aclaré con serenidad—. Invité a Joséphine a tomar una taza de chocolate caliente. Como dos amigas.

—Vaya. —Pareció desconcertado durante un instante. Luego volvió a soltar aquella risa seca y ladrada, esta vez con una burla auténtica teñida de profundo desprecio—: ¿Amiga de Joséphine? —Me repasó de nuevo con descaro; noté cómo nos comparaba mentalmente, clavando sus ojos ardientes en mi pecho sobre el mostrador. Cuando volvió a hablar, lo hizo impostando un tono zalamero, buscando lo que él imaginaba un tono de seducción irresistible—: Es usted nueva por aquí, ¿verdad?

Asentí con la cabeza.

—Podríamos quedar una noche de estas. Ya sabe… para conocernos un poco mejor.

—Tal vez. —Puse mi tono más neutro y distante—. Quizá podría invitar a su esposa a acompañarnos —añadí con una sonrisa impecable.

Hubo un silencio tenso. Me clavó una mirada inquisitiva, cargada de una astuta desconfianza:

—Ella no ha estado largando nada raro sobre mí, ¿verdad?

Puse cara de no entender nada:

—¿Cosas de qué tipo?

Sacudió la cabeza con rapidez:

—Nada, nada. Manías suyas de hablar por hablar. No hace otra cosa que largar pamplinas todo el santo día. Ya se irá dando cuenta usted misma —añadió con una satisfacción amarga.

Murmuré una frase de compromiso sin comprometerme a nada. Luego, por un repentino impulso, saqué un saquito plateado de almendras cubiertas de chocolate negro de debajo del mostrador y se lo puse en la mano:

—Tal vez podría darle esto a Joséphine de mi parte —le dije con ligereza —. Tenía intención de entregárselo antes, pero se me pasó por completo.

Se quedó mirando el paquete sin atreverse a tocarlo al principio:

—¿Dárselo a ella?

—Gratis. Invita la casa. —Le dediqué mi sonrisa más seductora—. Un pequeño obsequio.

Su sonrisa se ensanchó de oreja a oreja. Aceptó el estuche primoroso:

—Ya me encargaré yo de que le llegue —aseguró, embutiéndose el paquete en el bolsillo trasero del pantalón vaquero.

—Son sus favoritas —le recordé.

—No va a llegar muy lejos en este negocio si se dedica a regalar el género —comentó con tono socarrón y paternalista—. En un mes habrá tenido que echar el cierre. —Volvió a dedicarme esa mirada voraz y pegajosa, como si yo misma fuera un bombón al que se moría de ganas de arrancar el envoltorio.

—Ya se verá —respondí con frialdad.

Me quedé mirándolo salir a la calle y enfilar el camino de regreso, con los hombros encorvados en un balanceo tosco de chulo de barrio. Ni siquiera esperó a perderse de vista para sacar las almendras de Joséphine del bolsillo y rasgar el envoltorio de un tirón. Quizá sospechara que yo lo estaba observando desde el escaparate. Una, dos, tres veces, su mano voló a su boca con indolente regularidad; y antes de haber cruzado la plaza, la plata del papel ya era una bola arrugada en su puño nudoso y los bombones habían desaparecido en su gaznate. Me lo imaginé tragándoselos con la misma avidez de un perro glotón que devora su propio rancho a toda prisa para poder meter el hocico en el plato del vecino.

Al pasar junto a la tahona de Poitou intentó encestar la bola de papel plateado en la papelera de la puerta, pero erró el tiro y el envoltorio rebotó en el borde para caer al suelo. Luego continuó su camino por delante de la iglesia y se perdió calle abajo por la Avenue des Francs Bourgeois sin volver

la vista atrás, arrancando chispas a los adoquines húmedos con las punteras de hierro de sus botas de trabajo.

CAPÍTULO 12 — VIERNES, 21 DE FEBRERO

El tiempo volvió a helarse anoche. La veleta de Saint-Jérôme estuvo girando en una angustiosa indecisión durante toda la madrugada, chirriando con estridencia sobre sus goznes oxidados como si pretendiera dar la voz de alarma contra posibles intrusos. La mañana amaneció envuelta en una niebla tan espesa que incluso la torre de la iglesia, situada a escasos veinte pasos de la fachada de mi tienda, parecía un espectro distante; la campana llamando a la misa de alba sonaba ahogada, como si repicara envuelta en una madeja de algodón de azúcar, mientras los escasos feligreses acudían con los cuellos de los abrigos subidos contra el relente en busca de la absolución.

En cuanto terminó de beberse su leche caliente, envolví a Anouk en su chaquetón rojo y, a pesar de sus enérgicas protestas, le encasqueté un gorro de lana mullida en la cabeza.

—¿No vas a desayunar nada más?

Sacudió la cabeza con vehemencia y tomó una manzana del frutero del mostrador.

—¿Y qué pasa con mi beso?

Esto se ha convertido en un ritual matutino inquebrantable. Me rodea el cuello con sus bracitos traicioneros, me planta un beso ruidoso y húmedo en la mejilla, se aparta de un brinco soltando risitas, me lanza otro beso al vuelo desde el umbral y sale disparada hacia la plaza. Yo finjo un gesto de espanto y me limpio la cara con el dorso de la mano; ella se ríe encantada

de la vida, me saca la punta de su lengua afilada y grita a pleno pulmón: «¡Te quiero!», perdiéndose entre la niebla como una estela escarlata con su cartera escolar arrastrando por el suelo. Sé perfectamente que en menos de treinta segundos el gorro de lana acabará sepultado en el fondo de la cartera, junto a los cuadernos, los lápices y otros engorrosos recordatorios del mundo de los adultos. Por un instante me parece distinguir de nuevo a Pantoufle trotando tras sus pasos, y ahuyento la visión con premura. Una punzada repentina de desamparo me oprime el pecho —¿cómo voy a soportar un día entero sin ella?—, y con no poco esfuerzo reprimo las ganas de llamarla para que regrese a mi lado.

Seis clientes esta mañana. Uno de ellos ha sido Guillaume, que volvía de la carnicería con un paquete de morcilla envuelto en papel de estraza.

—A Charly le vuelve loco la morcilla —me confiesa con devoción infantil —. Últimamente no tiene mucho apetito, pero estoy seguro de que esto le va a encantar.

—No se olvide de que usted también tiene que alimentarse —le recuerdo con una sonrisa cariñosa.

—Por supuesto. —Esboza su sonrisa tímida y apologética—. Como como una fiera, de verdad que sí. —De pronto me lanza una mirada compungida—: Claro que estamos en Cuaresma… No creerá usted que los animales deban guardar vigilia y abstinencia, ¿verdad?

Meneo la cabeza ante su angustia. Tiene un rostro menudo, de facciones suaves y sensibles; es de esa clase de personas que parten una galleta en dos y guardan la otra mitad para más tarde en el bolsillo.

—Creo que los dos deberían cuidarse un poco más.

Guillaume le rasca la oreja a Charly. El perro parece aletargado, apenas interesado por el olor que despide el paquete de la carnicería en la cesta que descansa a sus pies.

—Nos las apañamos bien —su sonrisa aflora con la misma naturalidad que la mentira—: De verdad que sí. —Apuró su copa de *chocolat espresso*—. Ha estado soberbio, como de costumbre. Mis sinceros respetos, madame Rocher.

Hace tiempo que renuncié a pedirle que me llame simplemente Vianne. Su arraigado sentido del decoro se lo prohíbe. Deja el dinero exacto sobre el mostrador, se toca el ala del viejo sombrero de fieltro y abre la puerta. Charly se pone en pie con esfuerzo y lo sigue, tambaleándose ligeramente hacia un costado. En cuanto la cancela se cierra tras ellos, veo por el cristal cómo Guillaume se agacha con dificultad para cogerlo en brazos y llevarlo en volandas.

Hacia la una del mediodía recibí una visita inesperada. La reconocí de inmediato a pesar del gabán de hombre, informe y raído, con el que suele cubrirse: ese rostro pícaro de manzana de invierno bajo el sombrero de paja negra y las largas faldas enlutadas rozando unas pesadas botas de labranza.

—¡Madame Voizin! Me prometió que pasaría a vernos, ¿verdad? Venga, déjeme servirle algo caliente.

Sus ojillos negros repasaron con deleite cada rincón de la tienda; sentí cómo lo escaneaba todo con la precisión de un halcón. Su mirada se detuvo en la pizarra de Anouk:

Chocolat chaud: 10 f · Chocolat espresso: 15 f · Chococcino: 12 f · Moka: 12 f

Asintió con satisfacción.

—Hacía años que no probaba nada parecido —dijo—. Prácticamente había olvidado que existían sitios así en el mundo.

Hay una vitalidad incombustible en su voz y una energía en sus movimientos que desmienten su edad. Su boca tiene ese pliegue socarrón que tanto me recuerda a mi madre.

—En mis tiempos me pirraba por el chocolate —declaró.

Mientras le servía una copa alta de moka y añadía un chorrito generoso de licor de café Kahlúa a la espuma, contempló los taburetes de la barra con manifiesta suspicacia:

—No pretenderás que me encarame hasta ahí arriba, ¿verdad, muchacha?

Me eché a reír:

—Si hubiera sabido que venía, habría tenido una escalera de mano preparada. Espere un momento.

Fui a la trastienda y arrastré la vieja butaca naranja de Poitou:

—Pruebe aquí.

Armande se dejó caer en el sillón y sostuvo la copa con ambas manos. Parecía una chiquilla impaciente, con los ojos echando chispas y una expresión de arrobo en la cara.

—*Mmmmmm.* —Aquello era más que simple deleite; rozaba la reverencia sagrada—. *¡Mmmmmmm!*

Había cerrado los ojos al paladear el primer sorbo; su placer resultaba casi sobrecogedor.

—Esto es de verdad, ¿a que sí? —Hizo una pausa y entornó los párpados con complicidad inquisitiva—: Lleva nata fresca, un toque de canela… ¿y qué más? ¿Tía María?

—Muy cerca —sonreí.

—Lo prohibido siempre sabe infinitamente mejor —sentenció Armande, limpiándose el bigote de espuma con fruición—. Pero esto… —volvió a sorber con avidez— supera cualquier recuerdo de mi juventud. Te apuesto lo que quieras a que aquí dentro hay diez mil calorías por lo menos. O más.

—¿Y por qué tendría que estar prohibido? —pregunté con curiosidad. Pequeña y redonda como una perdiz, resultaba el polo opuesto de su estilizada y remilgada hija.

—Bah, los médicos —chasqueó la lengua con desprecio—. Ya sabes cómo son: inventan cualquier pamplina con tal de fastidiar. —Bebió otro trago largo a través de la pajita—: ¡Ay, qué delicia! Mi hija Caro lleva años intentando encerrarme en un asilo de ancianos. No soporta la idea de tenerme viviendo en la puerta de al lado; le revienta que le recuerden de dónde viene. —Soltó una carcajada llena de retranca—: Dice que estoy enferma, que ya no puedo valerme por mí misma. Me envía a ese médico de pacotilla para prohibirme

comer esto y aquello. Cualquiera diría que se han propuesto que viva eternamente.

Sonreí con indulgencia:

—Estoy convencida de que Caroline la quiere mucho.

Armande me lanzó una mirada fulminante de puro sarcasmo:

—¿Ah, sí? —soltó un graznido burlón—. No me vengas con ésas, muchacha. Sabes de sobra que mi hija no quiere a nadie en este mundo más que a su propia persona. No soy ninguna imbécil. —Hizo una pausa y me clavó una mirada penetrante—: Por el que de verdad me duele el alma es por el chico.

—¿El chico?

—Luc, mi nieto. Cumplirá catorce años en abril. Seguro que lo has visto pasar por la plaza.

Lo recordé vagamente: un muchacho desvaído y demasiado formal, vestido con pantalones impecables de franela y chaqueta de tweed, con ojos fríos de tono verdoso bajo un flequillo lacio. Asentí.

—Lo he nombrado heredero universal en mi testamento —me confió Armande—. Medio millón de francos en un fondo fiduciario hasta que cumpla los dieciocho años. —Se encogió de hombros, y su voz se tornó sombría—: No lo veo nunca. Caro no se lo permite.

Los he visto juntos; ahora caigo en la cuenta: el muchacho llevando del brazo a su madre camino del templo. Es el único chico de todo Lansquenet que jamás ha entrado a comprar bombones a *La Praline*, aunque creo haberlo sorprendido mirando hacia el escaparate en una o dos ocasiones.

—La última vez que vino a verme a casa tenía diez años —dijo Armande con un tono extrañamente desprovisto de emoción—. Un siglo atrás, si le preguntas a él. —Apuró el fondo de su copa y la dejó sobre el mostrador con un chasquido seco y definitivo—: Fue para su cumpleaños, si no recuerdo mal. Le regalé una edición de las poesías de Rimbaud. Se mostró muy… educado. —Había un poso amargo en su voz—: Por supuesto que me lo he cruzado varias veces por la calle desde entonces. No tengo derecho a quejarme.

—¿Y por qué no va a visitarlo? —pregunté—. Invítelo a dar un paseo, charlen, conózcanse…

Armande sacudió la cabeza con desánimo:

—Caro y yo acabamos a la greña… —Su voz sonó de pronto cascada y quejumbrosa; el espejismo de juventud se había evaporado con su sonrisa y de repente parecía asombrosamente anciana—: Se avergüenza de su propia madre. Sabe Dios las barbaridades que le habrá metido en la cabeza al pobre muchacho. —Volvió a negar con la cabeza—: No. Ya es tarde. Lo noto en la frialdad de su cara… esa cortesía distante, esas felicitaciones de Navidad con frases hechas y vacías. Un chico tan bien educado… —su risa fue un lamento agrio—: Un muchacho tan formal y tan bien educado…

Se volvió hacia mí y forzó una sonrisa valiente y luminosa:

—Si al menos pudiera enterarme de lo que hace… Saber qué libros lee, qué equipo de fútbol le gusta, quiénes son sus amigos, qué tal le va en los estudios. Si pudiera saber al menos eso…

—¿Y si lo supiera?

—Podría engañarme a mí misma… —Por una fracción de segundo la vi al borde del llanto. Luego hubo una pausa, un esfuerzo titánico de voluntad para recomponerse—: ¿Sabes qué te digo? Creo que me cabe otra de esas copas especiales tuyas. ¿Qué me dices? ¿Nos tomamos otra?

Era una bravata pueril, pero la admiré más de lo que las palabras pueden expresar: que fuera capaz de seguir jugando a la rebelde en mitad de su propia desgracia; ese rastro de chulería con que apoyaba los codos en la madera, sorbiendo con deleite.

—Sodoma y Gomorra a través de una pajita. *Mmmmm.* Creo que me he muerto y he subido al cielo. Lo más cerca que voy a estar de él, en cualquier caso.

—Yo podría enterarme de cosas sobre Luc si usted quiere —le propuse con delicadeza—. Podría pasárselas a usted.

Armande sopesó la oferta en silencio. Sentía sus pupilas clavadas en mí por debajo de los párpados entrecerrados, midiéndome. Al fin habló:

—A todos los rapaces les tiran los dulces, ¿no es así? —su tono pretendía ser casual. Asentí—. Y sus amigos vendrán a menudo por aquí, imagino.

Le aclaré que no sabía a ciencia cierta quiénes eran sus íntimos, pero que la mayoría de los chicos del pueblo entraban y salían a todas horas.

—A lo mejor vuelvo por aquí más a menudo —decidió Armande—. Me gusta tu chocolate, aunque tus sillas sean una tortura para los riñones. Puede que hasta me convierta en una clienta habitual.

—Será bienvenida siempre que quiera.

Hubo otra pausa. Comprendí que Armande Voizin hace las cosas a su aire y a su propio ritmo, sin tolerar prisas ni consejos ajenos. La dejé madurar la idea.

—Toma. Coge esto. —La decisión estaba tomada. Con un ademán tajante estampó un billete de cien francos sobre la barra.

—Pero, Armande…

—Si lo ves entrar, cómprale una caja de lo que más le guste. Y no se te ocurra decirle que se la mando yo.

Tomé el billete con respeto.

—Y no dejes que su madre te amargue la existencia —añadió—. Ya debe de andar soltando veneno y compasión barata a partes iguales. ¡Haber parido una sola hija para que acabe convertida en una de las hermanitas de la caridad del cura!

Sus ojos se entornaron con picardía, arrugándole las mejillas en dos hoyuelos risueños:

—Ya andan corriendo rumores sobre ti por el pueblo —me advirtió—. Ya sabes de qué pie cojean. Juntarte con una vieja como yo no va a hacer más que empeorar las cosas…

Me eché a reír:

—Creo que sabré defenderme sola.

—No me cabe la menor duda. —Me miró con una fijeza repentina, perdiendo el tono burlón—. Tienes algo especial —susurró con una voz extrañamente suave—. Algo familiar. No nos habremos cruzado en otra parte antes de lo de *Les Marauds*, ¿verdad?

Lisboa, París, Florencia, Roma… Tantas ciudades. Tantas vidas cruzadas en un parpadeo, rozadas apenas por la trama caótica de nuestras andanzas. Pero estaba segura de que no.

—Y desprendes un olor muy particular. Algo parecido a un incendio lejano, al olor del ozono diez segundos después de que caiga un rayo en mitad de una tormenta de verano. Un perfume a mieses mojadas por la lluvia de agosto.

Tenía el rostro extasiado y sus ojos taladraban los míos:

—Es verdad, ¿no es cierto? Lo que dije el primer día… Lo que eres en realidad.

Aquella palabra de nuevo. Soltó una risita cómplice y me tomó la mano. Su piel estaba fría: no parecía carne humana, sino corteza vegetal. Me dio la vuelta a la palma con suavidad:

—¡Lo sabía! —recorrió con la yema del dedo mi línea de la vida y la del corazón—. ¡Lo supe en cuanto te vi llegar! —Murmuró para sí misma, con la cabeza gacha, con una voz que era apenas un suspiro sobre mi piel—: Lo sabía… Lo sabía. Pero jamás imaginé que vendrías a parar aquí, a este rincón olvidado de Dios. —Me lanzó una mirada aguda y recelosa—: ¿Lo sabe Reynaud?

—No estoy segura.

Y era la pura verdad: no tenía la más remota idea de a qué se refería. Pero yo también podía percibirlo en el aire: el olor del viento que vira en redondo, ese aroma sordo de las revelaciones inminentes. Un tufo lejano a lumbre y a piedra quemada. El chirrido de los engranajes herrumbrosos de la gran maquinaria de las casualidades que se pone en marcha. O tal vez Joséphine tuviera razón

y Armande estuviera rematadamente loca; al fin y al cabo, ella era capaz de ver a Pantoufle.

—No permitas que Reynaud se entere —me advirtió, con los ojos brillando en una llamarada de convicción febril—. Sabes quién es en realidad, ¿verdad?

La miré sin pestañear. Debí de soñar lo que me dijo a continuación; o tal vez nuestras pesadillas se rozaron en la oscuridad en alguna de aquellas noches de fuga interminable:

—Él es el Hombre de Negro.

Reynaud. Como una carta nefasta que reaparece una y otra vez en la mesa. Risas en la sombra.

Mucho después de acostar a Anouk, saqué la baraja de tarot de mi madre por primera vez desde su muerte. Las guardo en una cajita de madera de sándalo; están desgastadas por los años y conservan intacto su aroma, perfumadas con su memoria. Por un segundo estuve a punto de devolverlas a su encierro sin tocarlas, abrumada por el aluvión de recuerdos que despierta ese olor: Nueva York despidiendo nubes de vapor en los carritos de perritos calientes; el Café de la Paix con sus camareros vestidos de etiqueta impecable; una monja comiéndose un helado a la sombra de Notre-Dame; pensiones de una sola noche con recepcionistas desconfiados y gendarmes al acecho. Y gravitando sobre todo ello, la sombra informe y aterradora de Aquello de lo que huíamos sin descanso.

Yo no soy mi madre. Yo no soy una fugitiva. Y, sin embargo, la necesidad de vislumbrar el futuro es tan imperiosa que me descubro sacando los arcanos de la caja y desplegándolos sobre la mesilla junto al lecho, exactamente igual que hacía ella. Me vuelvo para asegurarme de que Anouk duerme profundamente; no quiero que presienta mi inquietud. Luego barajo, corto, vuelvo a barajar y corto de nuevo hasta separar cuatro cartas sobre el tapete:

Diez de Espadas: muerte. Tres de Espadas: muerte. Dos de Espadas: muerte. El Carro: muerte.

El Ermitaño. La Torre. El Carro. La Muerte.

Las cartas eran las de mi madre. Nada de esto tiene que ver conmigo, intento convencerme a mí misma; aunque el Ermitaño resulta bastante fácil de identificar. ¿Pero la Torre fulminada por el rayo? ¿El Carro en marcha? ¿La Muerte?

«La carta de la Muerte —resuena la voz de mi madre en mi interior— no siempre anuncia el fin biológico de la carne, sino la muerte de una manera de vivir. Una mudanza radical. El giro definitivo de los vientos». ¿Será eso lo que presagian? Yo no creo en la adivinación: no al modo en que ella creía, como un compás ciego para trazar los rumbos caprichosos de nuestra desbandada; no como una coartada para la pasividad ni como un bastón en el que apoyarse cuando las cosas van de mal en peor. Puedo oír su voz nítidamente en la penumbra, tal como sonaba en la bodega del barco: su entereza convertida en pura cabezonería y su alegría mutada en una desesperanza lúcida:

«¿Qué me dices de Disneylandia, Vianne? ¿Qué te parece? ¿Los cayos de Florida? ¿Los pantanos de los Everglades? Hay tanto que ver en el Nuevo Mundo, tanto con lo que ni siquiera nos hemos atrevido a soñar… ¿Crees que es eso? ¿Crees que es eso lo que dicen las cartas?».

Hacia el final, la Muerte aparecía en cada tirada; la Muerte y el Hombre de Negro, que para ella habían terminado significando exactamente lo mismo. Huíamos de él, y él nos pisaba los talones, guardado en una caja de sándalo.

Como antídoto contra aquellas sombras devoré los libros de Jung y de Hermann Hesse, descubriendo el concepto del inconsciente colectivo: el tarot no es más que una herramienta para decirnos a nosotros mismos lo que ya sabemos en el fondo; lo que más tememos. No existen demonios allá afuera, sino una galería de arquetipos compartidos por todas las civilizaciones: el pavor a la pérdida encarnado en la Muerte; el terror al desarraigo en la Torre; el miedo a la transitoriedad perpetua en el Carro.

Y, sin embargo, mi madre murió.

Guardé las cartas con infinita ternura en su caja perfumada.

Adiós, mamá. Aquí es donde se detiene nuestro viaje. Aquí es donde nos quedamos a plantar cara a lo que sea que el viento decida traernos.

No volveré a echar las cartas jamás.

CAPÍTULO 13 — DOMINGO, 23 DE FEBRERO

Bendígame, padre, porque he pecado. Sé que puede escucharme, *mon père*, y no hay nadie más en este mundo ante quien me consolaría confesarme. Desde luego no ante el obispo, cómodo e inaccesible en su lejana diócesis de Burdeos.

La iglesia se me antoja tan vacía… Me siento ridículo al pie del altar, alzando la mirada hacia Nuestro Señor en su agonía dorada; el pan de oro se ha ennegrecido por el humo constante de los cirios y las manchas oscuras le confieren una expresión taimada y evasiva. La oración, que en mis primeros años de sacerdocio fue un bálsamo bendito, un manantial inagotable de gozo espiritual, se ha transformado en una carga abrumadora: un alarido solitario en la ladera de una montaña desolada que en cualquier momento puede desencadenar una avalancha sobre mi cabeza.

¿Será esto la duda, *mon père*? Este silencio pétreo en mis entrañas, esta incapacidad para rezar, para sentirme limpio, quebrantado y humillado ante Dios… ¿será culpa mía? Contemplo el templo que constituye toda mi existencia y me esfuerzo por amarlo como usted lo amaba: las imágenes de yeso, san Jerónimo con la nariz desportillada, la Virgen sonriente, Juana de Arco sosteniendo su estandarte y san Francisco rodeado de sus palomas pintadas. Yo aborrezco a las palomas. Presiento que tal vez sea un pecado de desamor hacia el santo de mi nombre, pero no puedo evitarlo: sus graznidos, su inmundicia ensuciando el atrio, los muros encalados manchados con sus excrementos verdosos y sus aleteos durante las homilías dominicales. Enveneno a las ratas que infestan

la sacristía y roen las casullas bordadas; ¿no debería envenenar también a las palomas que profanan mis oficios? Lo he intentado, *mon père*, pero sin éxito alguno; tal vez san Francisco las proteja desde el cielo.

Si tan solo fuera más digno… Mi propia indignidad me aplasta; mi inteligencia —muy superior a la de la grey que me ha tocado en suerte— solo sirve para evidenciar la flaqueza y la tosquedad del barro que Dios ha elegido para su ministerio. ¿Es este mi verdadero destino? Yo soñaba con empresas mayores, con sacrificios colosales, con el martirio heroico. En lugar de eso, malgasto mis días consumiéndome en pequeñeces indignas de mí e indignas de usted.

Mi pecado capital es la mezquindad, *mon père*. Por eso Dios guarda silencio en su propia casa. Lo sé, pero ignoro cómo sanar esta llaga. He redoblado la severidad de mi ayuno cuaresmal, negándome a relajar la disciplina incluso en los días en que la Iglesia concede dispensa: hoy, por ejemplo, derramé el vaso de vino del almuerzo sobre las hortensias del patio y experimenté una súbita elevación del espíritu. A partir de ahora, el agua y el café solo serán mi único sustento; un café negro y sin una mota de azúcar para acentuar el poso amargo en el paladar. Hoy comí apenas una ensalada de zanahoria cruda con unas aceitunas: raíces y frutos silvestres en mitad del desierto. Es cierto que siento la cabeza algo ligera y flotante, pero la sensación no deja de ser reconfortante. Me asalta un remordimiento culpable al advertir que incluso la privación me produce placer, y he decidido exponerme deliberadamente a la tentación: permaneceré cinco minutos inmóvil frente a la vidriera del asador de pollos, contemplando las aves ensartadas dorándose en el espetón. Si Arnauld se mofa de mí desde el mostrador, tanto mejor. De todos modos, ese pecador debería tener el negocio cerrado por Cuaresma.

En cuanto a Vianne Rocher… apenas me he detenido a pensar en ella estos días. Paso por delante de su tienda con la cara vuelta hacia la calzada. El negocio prospera a pesar del tiempo litúrgico y del manifiesto desagrado de las personas de bien de Lansquenet, pero lo achaco a la simple novedad. Ya se les pasará el capricho. Nuestros feligreses apenas tienen dinero para cubrir sus necesidades básicas como para andar subvencionando un establecimiento propio de las grandes capitales.

La Céleste Praline. Hasta el nombre es una afrenta calculada. Pienso tomar el autobús a Agen, acudir a la agencia de alquileres y presentar una queja formal. Jamás debieron arrendarle el inmueble en primer término. La céntrica ubicación del local favorece el vicio y multiplica las ocasiones de pecado. Debería poner el asunto en conocimiento del señor obispo; tal vez él disponga de las influencias de las que yo carezco. Pienso escribirle hoy mismo.

A veces la veo por la calle. Lleva un impermeable amarillo estampado con margaritas verdes, una prenda más propia de una colegiala que de una mujer madura, casi impúdica en su descaro. Va siempre con la cabeza descubierta incluso bajo la lluvia torrencial, con la melena reluciente como la piel mojada de una foca. Se escurre el pelo con las manos como si fuera una maroma de barco al llegar bajo el toldo. A menudo hay gente esperando bajo esa lona, resguardándose de la llovizna interminable y contemplando el escaparate. Ha instalado una estufa eléctrica junto al mostrador para templar el ambiente sin arruinar el género, y con los taburetes altos, las campanas de cristal atestadas de tartas y pasteles y las jarras de plata humeando sobre el fogón, el local parece más un café de moda que una chocolatería. A veces he llegado a contar diez o doce personas dentro; unas sentadas y otras acodadas en la barra charlando animadamente.

Los domingos y los miércoles por la tarde el aroma de la harina horneada inunda el pueblo y ella se apoya en el quicio de la puerta, con los brazos enharinados hasta los codos, cruzando bromas descaradas con los viandantes. Me asombra comprobar cuántos nombres de vecinos se sabe ya de memoria —a mí me llevó seis meses largos aprenderme a todo el rebaño— y siempre tiene a punto una pregunta indiscreta sobre sus vidas o sus pesares: el lumbago de Poitou, el hijo soldado de Lambert, las orquídeas de Narcisse… Conoce hasta el nombre del perro de Duplessis. Es astuta como una serpiente. Resulta imposible ignorar su presencia: hay que responderle o parecer un maleducado. Incluso yo… incluso yo me veo obligado a forzar una inclinación de cabeza al cruzarme con ella, aunque por dentro me reconcoman las entrañas.

Su hija sigue sus mismos pasos, corriendo salvaje por *Les Marauds* al frente de una pandilla de muchachos mayores que ella. Casi todos tienen ocho o nueve años y la tratan con una devoción fraternal, como a una mascota querida.

Siempre andan juntos: corriendo, gritando, abriendo los brazos simulando bombarderos, persiguiéndose entre silbidos y alaridos. Jean Drou anda metido entre ellos, a pesar de las prohibiciones de su madre. Una o dos veces ha intentado castigarlo sin salir, pero el chiquillo se vuelve más rebelde a cada hora que pasa y se descuelga por la ventana del dormitorio en cuanto lo encierran bajo llave.

Pero hoy tengo preocupaciones infinitamente más graves, *mon père*, que las travesuras de unos cuantos rapaces desmandados. Al cruzar por *Les Marauds* antes de la misa mayor divisé, amarrada a la orilla del Tannes, una casa flotante del tipo que usted y yo conocemos tan bien: un cascarrabias destartalado, pintado de verde pero con la pintura cayéndose a tiras, una chimenea de hojalata escupiendo un humo negro y hediondo y un tejado de chapa ondulada idéntico a las chabolas de cartón de los suburbios de Marsella. Usted y yo sabemos perfectamente lo que eso significa. Lo que traerá consigo. Los primeros brotes de diente de león asomando la cabeza entre la hierba empapada del camino.

Todos los años intentan lo mismo: remontar el río desde las grandes ciudades o, peor aún, desde Argelia o Marruecos. Buscando faena donde no la hay. Buscando un rincón donde aposentarse y reproducirse… Esta mañana prediqué un sermón durísimo contra ellos; sin embargo, sé que algunos de mis feligreses —Narcisse entre ellos— les darán cobijo y trabajo por pura rebeldía contra mi persona. Son vagabundos sin oficio ni beneficio, gentuza sin valores ni respeto por nada sagrado: gitanos del río, portadores de piojos y epidemias, ladrones, embusteros y asesinos cuando se les presenta la ocasión. Si permitimos que echen el ancla aquí, echarán a perder todo por lo que hemos luchado, *mon père*. Toda nuestra labor educativa. Sus hijos se mezclarán con los nuestros hasta corromperlos por completo; les envenenarán la mente, enseñándoles el odio y el desacato a la Iglesia, la holgazanería, el desprecio por el trabajo y el atractivo de las drogas. ¿Acaso han olvidado ya lo que sucedió aquel trágico verano? ¿Tan insensatos son como para creer que la tragedia no volverá a repetirse?

Bajé a las barcazas esta misma tarde. Otras dos se habían unido a la primera: una roja y otra negra. La lluvia había cesado y habían tendido una cuerda

de tender ropa entre ambas, de la que colgaban ropas raídas de niños. En la cubierta de la barcaza negra había un hombre sentado de espaldas a la orilla, pescando. Tenía una larga cabellera pelirroja atada con un trapo viejo y los brazos desnudos tatuados hasta los hombros con dibujos de henna. Me quedé contemplando las embarcaciones, maravillado ante tanta miseria orgullosa y tanta pobreza insolente. ¿Qué bien creen que se hacen viviendo de esa manera? Francia es una nación próspera, una potencia europea; debería haber empleos dignos y viviendas salubres para ellos. ¿Por qué eligen revolcarse en semejante abandono? ¿Tan perezosos son?

El pelirrojo de la barcaza negra alzó dos dedos formando una horquilla protectora en mi dirección y continuó pescando como si tal cosa.

—¡No pueden quedarse aquí! —le grité desde la orilla—. ¡Esto es propiedad privada! ¡Tienen que marcharse!

Se escucharon risotadas y burlas desde las tres cubiertas. Sentí una palpitación ardiente en las sienes, pero mantuve la compostura:

—¡Pueden hablar conmigo! —insistí alzando la voz—. ¡Soy el párroco de este pueblo! ¡Tal vez podamos encontrar una solución razonable!

Varias caras asomaron por las portezuelas y ventanucos de las embarcaciones: cuatro niños desarrapados, una muchacha joven con un bebé en brazos y tres o cuatro ancianos envueltos en ese tono ceniciento indefinible que caracteriza a esa gente, con rostros afilados y desconfiados. Vi que todos miraban al pelirrojo esperando sus órdenes. Me dirigí a él:

—¡Eh, usted!

El hombre se giró lentamente adoptando una postura de fingida atención y deferencia burlona.

—¿Por qué no baja a la orilla y hablamos como personas civilizadas? Podré explicárselo mucho mejor si no tengo que desgañitarme cruzando medio río —le espeté.

—Hable desde ahí —repuso con un acento marsellés tan cerrado que apenas se le entendía—. Le oigo de sobra.

Sus compinches en las otras barcas se daban codazos soltando risitas ahogadas. Esperé con paciencia a que se hiciera el silencio:

—Esta ribera es propiedad comunal —repetí—. Me temo que no pueden permanecer amarrados aquí. Hay familias viviendo a lo largo del camino. —Señalé las casas ribereñas de la Avenue des Marais; es verdad que muchas de ellas están abandonadas y carcomidas por la humedad, pero algunas continúan habitadas.

El pelirrojo me dedicó una mirada de absoluto desdén:

—Aquí también hay familias viviendo —dijo señalando las barcazas.

—Comprendo su situación, pero aun así…

Me cortó en seco:

—No se preocupe tanto, señor cura. No pensamos quedarnos a vivir. Necesitamos reparar el motor y abastecernos de víveres, y eso no se puede hacer en mitad de la nada. Estaremos dos semanas, tres a lo sumo. ¿Cree que podrá aguantarlo?

—Tal vez una población más grande… —sentí que la sangre se me encendía ante su descaro, pero mantuve la calma—. Una ciudad como Agen, por ejemplo…

—Agen no nos sirve —zanjó secamente—. De allí venimos.

No me cabía la menor duda: en Agen la gendarmería no se anda con contemplaciones con los vagabundos. ¡Ojalá tuviéramos un cuartelillo de policía en Lansquenet!

—Tengo una avería gorda en los pistones —añadió—. Vengo perdiendo aceite desde hace millas río abajo. Tengo que arreglarlo antes de poder seguir la marcha.

Me cuadré de hombros:

—No creo que encuentre aquí lo que busca.

—Bueno, cada cual tiene su opinión —repuso con una media sonrisa displicente. Una de las viejas soltó un graznido de risa—. Hasta los curas tienen derecho a opinar, digo yo.

Nuevas carcajadas. Mantuve la dignidad intacta: esta chusma no merecía que perdiera los estribos.

Me disponía a dar media vuelta cuando una voz chirrió a mis espaldas, haciéndome retroceder a mi pesar:

—¡Vaya, vaya, pero si tenemos aquí al señor cura en persona!

Armande Voizin soltó una carcajada estridente:

—¿Nervioso, eh? Deberías estarlo: estás fuera de tu coto privado, muchacho. ¿Cuál es la cruzada de hoy? ¿Convertir a los infieles?

—Madame —a pesar de su insolencia le dediqué una inclinación cortés de cabeza—. Confío en que goce de buena salud.

—¿De verdad? —sus ojos negros echaban chispas de diversión—. Tenía la viva impresión de que estabas deseando ponerme los santos óleos de una vez por todas.

—En absoluto, señora —respondí con fría solemnidad.

—Mejor que mejor. Porque esta oveja vieja no piensa volver al redil —proclamó con altanería—. Demasiado pellejo duro para tus dientes, en cualquier caso. Todavía me acuerdo de lo que decía tu madre…

La atajé con una aspereza mayor de la prevista:

—Me temo que no dispongo de tiempo para charlas ociosas hoy, madame. Hay que poner coto a esta gente —hice un gesto hacia las barcazas gitanas — antes de que la situación se desborde. Tengo la sagrada obligación de velar por los intereses de mi rebaño.

—Qué pedante y rancio te has vuelto —comentó Armande con indolencia —. «Los intereses de mi rebaño»… Aún me acuerdo de cuando no eras más que un mocoso jugando a los indios en *Les Marauds*. ¿Qué te enseñaron en la capital aparte de soberbia y aires de grandeza?

La miré con furia contenida. Es la única persona en todo Lansquenet que se deleita recordándome cosas que deberían estar sepultadas en el olvido. Se me pasa por la cabeza que el día en que ella muera, esa memoria morirá con ella, y casi doy gracias a Dios por ello.

—A usted tal vez le encante la perspectiva de que una banda de desarrapados se adueñe de *Les Marauds* —le solté con sequedad—. Pero otras personas con más juicio —su propia hija entre ellas— comprenden perfectamente que si les permitimos meter un pie en la puerta…

Armande soltó un bufido de desprecio:

—Esa habla igualita que tú: una sarta interminable de tópicos de púlpito y patriotismo barato. A mí me parece que esta gente no hace daño a nadie. ¿Por qué montar una cruzada para echarlos a patadas cuando se marcharán en cuanto arreglen sus cacharros?

Me encogí de hombros:

—Salta a la vista que no quiere entender la gravedad del asunto.

—Pues ya le he dicho a Roux —hizo un ademán amistoso hacia el hombre de la barcaza negra— que él y los suyos son bienvenidos aquí el tiempo que haga falta para reparar la avería y comprar comida.

Me dedicó una mirada taimada y victoriosa:

—De modo que no puedes acusarlos de allanamiento de morada: están amarrados justo enfrente de mi casa y cuentan con mi bendición. —Cargó las tintas sobre la última palabra para martirizarme—. Y lo mismo digo para sus amigos, en cuanto vayan llegando. —Me lanzó otro dardo envenenado—: Para todos y cada uno de sus amigos.

Debí haberlo previsto. Lo ha hecho exclusivamente por llevarme la contraria. Disfruta de la notoriedad que le otorga su edad, sabiendo que en el pueblo se le consienten ciertas licencias por ser la anciana más longeva. No tiene el menor sentido discutir con ella, *mon père*; ya lo sabemos de sobra. Gozaría con la disputa tanto como disfruta conversando con esos parias, escuchando sus andanzas y conociendo sus vidas. No me extraña que ya se haya aprendido

sus nombres de memoria. No le concederé la satisfacción de verme suplicar; abordaré el problema por otros cauces.

Al menos le he sacado una valiosa información a Armande: vendrán más barcazas. ¿Cuántas? Habrá que esperar para verlo. Pero mis temores se han confirmado: tres hoy; mañana, ¿cuántas más serán?

De camino hablé con Georges Clairmont: él se encargará de correr la voz entre los comerciantes. Sé que encontraré alguna resistencia —Armande todavía conserva amigos y tal vez haya que apretarle las tuercas a Narcisse—, pero en líneas generales cuento con la colaboración de los vecinos. Todavía soy una autoridad respetada en este pueblo y mi criterio pesa en las conciencias.

También hablé con Muscat. La gente acude a diario a su café y él preside la Asociación de Vecinos: es un hombre de orden a pesar de sus muchos defectos personales, un feligrés cumplidor que no falta a misa. Y si hiciera falta recurrir a una mano dura —todos deploramos la violencia, por supuesto, pero tratándose de esta calaña no se puede descartar nada—, no me cabe la menor duda de que Muscat se prestará gustoso a colaborar.

Armande lo llamó «una cruzada». Lo dijo con intención de herirme, lo sé bien; y, con todo… siento una llamarada de exaltación ante la inminencia del combate. ¿Será esta la gran prueba para la que el Señor me tenía reservado? Por esto vine a Lansquenet, *mon père*: para librar la batalla por mi gente, para arrancarlos de las fauces de la perdición.

Y cuando Vianne Rocher contemple el poder omnímodo de la Iglesia —mi ascendencia indiscutible sobre cada una de las almas de esta comunidad—, comprenderá que su causa está perdida. Cualesquiera que sean sus ardides y sus ambiciones, entenderá que no tiene cabida aquí. Que nadie puede plantar cara a la fe y aspirar a la victoria.

Al final, me alzaré triunfante sobre las ruinas de su soberbia.

CAPÍTULO 14 — LUNES, 24 DE FEBRERO

❖ · ❖ · ❖

Caroline Clairmont se presentó en la tienda justo al terminar la misa de la mañana. Venía acompañada por su hijo, que llevaba la cartera escolar colgada a la espalda: un muchacho espigado, de rostro pálido e inexpresivo. En las manos traía un fajo de cartulinas amarillas rotuladas a mano.

Les dediqué una sonrisa a los dos. El local estaba prácticamente desierto —no esperaba a los primeros clientes habituales hasta las nueve y apenas eran las ocho y media—. Solo Anouk ocupaba uno de los taburetes del mostrador, entretenida con un tazón de leche a medio terminar y un *pain au chocolat* recién horneado. La niña le lanzó una mirada viva al chico, agitó el bollo en el aire a modo de saludo desgarbado y regresó a su desayuno.

—¿En qué puedo ayudarlos?

Caroline recorrió la estancia con una mezcla mal disimulada de envidia y desagrado. El muchacho clavaba los ojos al frente, pero noté cómo sus pupilas pugnaban por deslizarse hacia Anouk. Parecía educado y taciturno, con una mirada lúcida e indescifrable bajo un flequillo lacio demasiado largo.

—Verá… —su voz era cantarata y falsamente risueña; su sonrisa, tan azucarada y cortante como un baño de glaseado que hace rechinar los dientes —: estoy repartiendo esto por todos los comercios —alzó el fajo de cartulinas — y me preguntaba si le importaría colocar una en su escaparate. —Me tendió una de ellas—. Todos los demás comerciantes las están poniendo —añadió, como si ese argumento debiera bastar para zanjar la cuestión.

Tomé la cartulina. Letras negras en mayúsculas rotundas sobre fondo amarillo chillón:

PROHIBIDA LA ENTRADA A VENDEDORES AMBULANTES,
VAGABUNDOS Y BUHONEROS.
LA DIRECCIÓN SE RESERVA EL DERECHO DE ADMISIÓN.

—¿Para qué necesito yo esto? —arrugué el ceño, desconcertada—. ¿Por qué iba a querer negarle la entrada a nadie?

Caroline me dedicó una mirada teñida de conmiseración y desprecio:

—Es natural, usted acaba de llegar al pueblo —dijo con una sonrisa almibarada—. Pero en el pasado hemos tenido graves problemas de orden público. Es solo una medida preventiva; dudo mucho que esa calaña de gente se atreva a asomar las narices por un sitio como este, pero más vale prevenir que curar, ¿no le parece?

Seguía sin entenderla:

—¿Prevenir qué exactamente?

—Pues a los gitanos, a la gente del río —un dejo de impaciencia asomó a su tono—. Han vuelto a fondear sus barcazas en el Tannes y empezarán a… —hizo una mueca de asco exquisito— a hacer lo que sea que hacen esas gentes.

—¿Y bien? —la animé con suavidad.

—¡Pues que tendremos que dejarles bien claro que no toleraremos su presencia aquí! —Caroline empezaba a acalorarse—. Vamos a pactar un boicot unánime entre todos los comercios para no despacharles ni un solo artículo. Así los obligaremos a marcharse por donde han venido.

—Ya veo. —Medité sus palabras unos instantes—. ¿Y tenemos derecho legal a negarles el servicio si traen dinero contante y sonante para pagar lo que compran?

—¡Pues claro que sí! —replicó con fastidio—. ¿Quién nos lo va a impedir?

Me quedé pensativa un segundo y le devolví la cartulina amarilla. Caroline se me quedó mirando con ojos de pasmo:

—¿No piensa ponerla?

Su voz subió medio tono, perdiendo gran parte de su compostura refinada. Me encogí de hombros:

—Me parece que si alguien desea gastar su dinero en mi establecimiento, no soy quién para impedírselo.

—¡Pero la comunidad vecinal…! —insistió Caroline, fuera de sí—. ¡No me dirá que quiere ver a individuos de esa ralea en su tienda! ¡Vagabundos, ladrones, moros y sabe Dios qué más!

Una ráfaga de recuerdos cruzó por mi mente como el destello de un fotograma: porteros adustos echándonos de vestíbulos neoyorquinos, señoras encopetadas en los bulevares de París, turistas al pie del Sacré-Cœur apartando la vista para no toparse con la mirada de una niña desarrapada de piernas larguiruchas y vestido raído… Caroline Clairmont, a pesar de sus raíces provincianas, sabe perfectamente cómo vestirse: el discreto pañuelo de seda que luce al cuello lleva la firma de Hermès y su perfume es Coco de Chanel. Mi respuesta fue más cortante de lo que pretendía:

—Me da en la nariz que la comunidad vecinal debería meterse en sus propios asuntos. No me corresponde a mí —ni a nadie en este pueblo— dictar cómo deben vivir su vida los demás.

Caroline me clavó una mirada cargada de veneno:

—Bien, si esa es su postura… —dio media vuelta con desdén hacia la salida—, no pienso hacerle perder más tiempo con sus asuntos. —Cargó las tintas sobre la última palabra, recorriendo con una mirada de desprecio los taburetes vacíos—. Solo espero que no tenga que arrepentirse de su decisión, eso es todo.

—¿Y por qué habría de arrepentirme?

Se encogió de hombros con despecho:

—Por si surgen altercados, por ejemplo. Esa chusma siempre trae problemas de drogas, robos y reyertas callejeras…

La acidez de su sonrisa revelaba a las claras que, de producirse tales altercados, celebraría íntimamente que yo fuera la primera víctima. El muchacho contemplaba la escena sin pronunciar palabra. Le sonreí:

—El otro día estuve charlando con tu abuela —le dije—. Me habló muchísimo de ti.

El chico se puso rojo como un tomate y masculló unas palabras ininteligibles. Caroline se puso rígida como un huso:

—Ya me había llegado el rumor de que había estado aquí —forzó una mueca de desprecio—. La verdad es que no debería usted fomentar los desvaríos de mi madre; ya tiene bastante cruz con lo suya.

—A mí me pareció una compañía fascinante —repliqué sin apartar los ojos del joven—. Muy divertida y con una lucidez asombrosa.

—Para la edad que tiene —matizó Caroline.

—Para cualquier edad.

—En fin, no dudo que a una forastera pueda parecérselo —dijo Caroline con frialdad—. Pero para su propia familia… —Me dedicó otra de sus sonrisas glaciales—: Debe usted comprender que mi madre es una mujer anciana: su cabeza ya no rige como antes y su sentido de la realidad… —se interrumpió con un aspaviento nervioso—. Seguro que no hace falta que le dé más explicaciones.

—No, desde luego que no —respondí con amabilidad—. Después de todo, a mí no me incumbe.

Vi cómo entornaba los párpados al encajar el dardo. Podrá ser una mojigata intolerante, pero no tiene un pelo de tonta.

—Quiero decir… —titubeó un instante. Por una fracción de segundo creí advertir un destello de secreta diversión en los ojos del muchacho, aunque bien pudo ser una ilusión mía—: quiero decir que mi madre no siempre es consciente de lo que más le conviene. —Volvió a recuperar el control de sí misma, con la sonrisa tan bien colocada como su peinado de laca—: Este establecimiento, por ejemplo.

Asentí para animarla a seguir.

—Mi madre padece de diabetes —explicó con voz afligida—. El médico le ha repetido hasta la saciedad que tiene el azúcar terminantemente prohibido. Ella se niega a obedecer. Rechaza cualquier tratamiento. —Miró a su hijo con aire de suficiencia moral—: Dígame con la mano en el corazón, madame Rocher: ¿le parece esa una conducta sensata? ¿Es así como se comporta una persona en su sano juicio? —Su voz volvía a elevarse, tornándose quejumbrosa y chillona.

El muchacho pareció abochornado y consultó su reloj de muñeca con discreción:

—Mamá, se me hace t-tarde —su tono era plano y comedido. Dirigiéndose a mí, añadió—: Perdone, señora, pero tengo que ir a la e-escuela.

—Toma, llévate uno de mis pralinés especiales. Invita la casa. —Le tendí una pieza envuelta en papel celofán dorado.

—Mi hijo no come golosinas —terció Caroline con sequedad—. Es un chico delicado de salud, hiperactivo. Sabe de sobra que el dulce le sienta fatal.

Miré al muchacho: no tenía el menor aspecto de enfermo ni de hiperactivo; solo parecía mortalmente aburrido y un poco cohibido.

—Tu abuela te tiene muy presente en sus pensamientos —le dije—. Tal vez podrías pasarte un día de estos a saludarla. Es una de mis clientas fijas.

Una chispa de curiosidad asomó bajo el flequillo castaño:

—A lo mejor…

—Mi hijo no tiene tiempo para perderlo holgazaneando en confiterías —sentenció Caroline con altanería—. Es un alumno brillante y sabe muy bien lo que les debe a sus padres. —Había una advertencia tácita en sus palabras, una seguridad sofocante. Se adelantó para cruzar la puerta, por donde Luc ya se disponía a salir con la cartera al hombro.

—Luc.

Mi voz sonó baja y apremiante. El muchacho se detuvo a regañadientes. Me descubrí buscando su mirada antes de pararme a pensarlo, traspasando su máscara de compostura e intentando ver… viendo…

—¿Te gustó Rimbaud? —solté a bocajarro, con la cabeza zumbándome de visiones.

Por un segundo el muchacho pareció aterrado:

—¿Cómo?

—Rimbaud. Ella te regaló un libro de poemas para tu cumpleaños, ¿verdad?

—S-sí… —la respuesta fue apenas un susurro inaudible. Sus ojos —de un gris verdoso resplandeciente— buscaron los míos. Vi cómo hacía un levísimo movimiento de cabeza, como rogándome silencio—. Pero no llegué a l-leerlo —añadió alzando la voz—. No soy muy aficionado a la p-poesía.

Un libro ajado por el uso, celosamente escondido en el fondo de un baúl de ropa. Un muchacho murmurando aquellos versos prodigiosos a solas, en la penumbra de su alcoba, con un fervor apasionado. *Ven, por favor*, le supliqué en silencio. *Ven, aunque solo sea por Armande.*

Algo brilló en el fondo de sus pupilas:

—Me tengo que marchar ya.

Caroline aguardaba impaciente en el exterior.

—Por favor, quédate con estos. —Le puse el paquetito de bombones en la palma. Aquel muchacho guardaba un universo de secretos luchando por salir a la luz. Con asombrosa destreza, manteniéndose fuera del ángulo de visión de su madre, se deslizó el paquete al bolsillo de la chaqueta y sonrió. Casi podría jurar que le leí en los labios las palabras que musitó al despedirse:

—Dile que iré a verla… cuando mamá esté en la p-peluquería.

Y se esfumó.

Le conté a Armande los detalles de la visita cuando vino más tarde a merendar. La anciana sacudía la cabeza entre carcajadas interminables:

—*¡Ji, ji, ji!* —Acomodada en su butaca desfondada, con la taza de moka sujeta entre sus garras arrugadas, parecía más que nunca una figurilla de mazapán—: ¡Mi pobre Caro! No soporta que le refresquen la memoria, ¿verdad que no? —dio un sorbo al chocolate con deleite infantil—. ¿Pero quién se ha creído que es esa mocosa para venir a darte lecciones sobre lo que puedo o no puedo tomarme? ¿Que soy diabética? Eso es lo que a ese matasanos de su médico le gustaría que todos creyeran. —Resopló con sorna —: Pues sigo bien viva, ¿no? Sé cuidarme sola. Pero a ellos no les basta con eso: necesitan tenerlo todo bajo su bota. —Meneó la cabeza con tristeza—: Pobre muchacho… Tartamudea, ¿te diste cuenta?

Asentí en silencio.

—La culpa la tiene su madre —sentenció Armande con desdén—. Si lo hubiera dejado en paz… Pero no: todo el día corrigiéndole, todo el día agobiándole y convenciéndole de que tiene algún defecto que corregir. —Chasqueó la lengua—: Al chico no le pasa absolutamente nada que una buena ración de libertad no cure. Déjalo que corra al aire libre sin andar pensando si se va a raspar las rodillas; déjalo que respire de una vez.

Apunté que era comprensible que una madre se preocupara por proteger a su hijo. Armande me lanzó una mirada cargada de ironía:

—¿A eso lo llamas protección? ¿Del mismo modo que el muérdago protege al manzano? —Soltó un graznido amargo—: En otros tiempos tenía manzanos hermosos en mi huerto. El muérdago acabó con todos ellos, uno tras otro. Una planta repugnante que no parece gran cosa a simple vista: bolitas blancas muy monas y tallos débiles; pero ¡santo cielo!, ¡qué plaga tan invasora! —Apuró otro trago de su taza—: Es veneno puro para todo árbol al que se arrima. Esa es mi Caro; clavada a ella.

Volví a cruzarme con Guillaume después del almuerzo. No se detuvo más que para darme las buenas tardes, explicando que iba camino del quiosco a por la prensa. Guillaume siente una auténtica devoción por las revistas de cine, a pesar de que jamás pone un pie en una sala de proyección; cada semana recibe un fajo imponente: *Ciné-Club*, *Télérama* y *Film Express*. Tiene la única antena parabólica de todo el pueblo y en su modesta casita guarda un televisor de

pantalla grande y un reproductor de vídeo sobre una librería repleta de cintas grabadas. Me fijé en que volvía a llevar a Charly en brazos; el perro tenía la mirada vidriosa y apagada. De cuando en cuando su amo le acariciaba el lomo con ese ademán tan suyo que mezclaba una ternura infinita con una dolorosa despedida.

—¿Cómo sigue el animal? —le pregunté al fin.

—Bueno, tiene sus días mejores y sus días peores —repuso Guillaume forzando una sonrisa—. Todavía le queda mucha cuerda.

Y continuaron su marcha: aquel hombrecillo atildado apretando contra su pecho al perro marrón como si le fuera la vida en ello.

Joséphine Muscat pasó por delante del escaparate, pero no se detuvo. Sentí cierta decepción, pues abrigaba la esperanza de volver a charlar con ella; sin embargo, se limitó a lanzarme una mirada furtiva al pasar, con las manos firmemente encajadas en los bolsillos del abrigo. Noté que tenía el rostro abotargado y los ojos entrecerrados —tal vez para protegerse de la cellisca— y los labios apretados en una línea tensa. Un pañuelo grueso de tono indefinido le vendaba la cabeza como un apósito hospitalario. La llamé por su nombre, pero no respondió; apuró el paso como si huyera de un peligro inminente.

Me encogí de hombros y la dejé marcharse. Estas heridas llevan tiempo. A veces, una vida entera.

Aun así, más tarde, cuando Anouk se fue a jugar a *Les Marauds* y hube cerrado la tienda por el día, me descubrí caminando sin rumbo fijo por la Avenue des Francs Bourgeois en dirección al *Café de la République*. Es un establecimiento lúgubre y angosto: cristales velados con blanco de España donde figura la especialidad del día y un toldo deshilachado que roba la poca luz natural que llega de la calle. En el interior, un par de máquinas tragaperras flanquean las mesas metálicas donde cuatro parroquianos taciturnos desmenuzan banalidades sobre tazas interminables de café y cañas de cerveza. Flota en el ambiente un olor aceitoso a comida recalentada en microondas y una densa nube de humo de tabaco barato parece flotar sobre las mesas, aunque nadie parece estar fumando en ese momento.

Reparé en una de las cartulinas amarillas de Caroline colocada en un lugar bien visible junto a la cancela. Justo encima colgaba un crucifijo negro de madera.

Miré hacia adentro, vacilé un segundo y empujé la puerta.

Muscat estaba apoyado tras la barra. Se me quedó mirando al entrar, estirando la boca en una sonrisa torcida. Casi imperceptiblemente vi cómo sus ojos resbalaban hacia mis piernas y hacia mi escote: un barrido rápido y mecánico, como los rodillos de una máquina tragaperras al girar. Apoyó la mano en el grifo de cerveza, tensando los músculos de su antebrazo velludo:

—¿Qué le pongo a la señora?

—Un café con coñac, por favor.

Me sirvió el café en una taza parda acompañado de dos terrones de azúcar envueltos en papel. Me lo llevé a una mesita junto a la ventana. Un par de viejos —uno de ellos con la insignia de la Legión de Honor prendida en la solapa deshilachada— me observaron de reojo con evidente desconfianza.

—¿Le apetece un poco de compañía? —soltó Muscat desde la barra con una risita insinuante—. Se la ve un poco sola ahí sentada.

—No, muchas gracias —le respondí con fría educación—. La verdad es que esperaba encontrarme con Joséphine. ¿Está por aquí?

La sonrisa de Muscat se desvaneció de golpe, reemplazada por una mueca de vinagre:

—Ah, su íntima amiga… —su tono destilaba sarcasmo—. Pues ha llegado tarde: acaba de subir a echarse a la cama. Otra de sus jaquecas insoportables. —Se puso a fregar una copa con una furia desmedida—: Se pasa la tarde entera vagueando de tiendas y luego le entran los dolores de cabeza justo a la hora de arrimar el hombro en el negocio.

—¿Se encuentra bien?

Me clavó una mirada irritada:

—Pues claro que está bien. ¿Por qué no iba a estarlo? Si la señora marquesa se dignara mover ese pandero gordo que tiene de vez en cuando, a lo mejor este tugurio daría para salir adelante. —Hundió el puño envuelto en el paño dentro de la copa, resoplando por la rabia—. Quiero decir… —hizo un ademán elocuente—, ¡mire qué negocio!

Iba a añadir algo más cuando su mirada resbaló por encima de mi hombro hacia la puerta:

—¡Eh! —gritó a alguien que quedaba fuera de mi campo de visión—. ¿Es que están sordos? ¡He dicho que estamos cerrados!

Una voz masculina respondió algo inaudible desde la calle. Muscat esbozó una mueca desprovista de gracia:

—¿Es que no saben leer, pedazo de idiotas? —Señaló la cartulina amarilla colgada junto al marco—. ¡Largo de aquí, vamos!

Me puse en pie para ver qué ocurría. Cinco personas aguardaban con aire indeciso en el umbral: dos hombres y tres mujeres. Todos eran desconocidos para mí, pero compartían ese aire inconfundible de ajenidad: los pantalones remendados, las botas embarradas y las camisetas desteñidas proclamaban a los cuatro vientos su condición de nómadas. Conozco esa estampa demasiado bien: yo misma la vestí durante años.

El hombre que había hablado tenía el pelo de un rojo encendido y una bandana verde atada a la frente para despejarse la cara. Sus ojos eran cautos y su voz se mantenía en un tono escrupulosamente neutro:

—No venimos a vender nada —explicó con paciencia—. Solo queremos tomarnos un par de cervezas y unos cafés. No buscamos bronca con nadie.

Muscat lo midió con desprecio:

—He dicho que el local está cerrado.

Una de las mujeres, una muchacha menuda de ceja perforada con un aro metálico, tiró de la manga del pelirrojo:

—Déjalo, Roux. Es inútil. Será mejor que nos…

—Espera un momento —Roux se desprendió del agarre sin brusquedad —. No lo entiendo: la señora que estaba aquí hace un momento… su mujer… nos dijo que nos atendería…

—¡Que le den a mi mujer! —bramó Muscat con voz chillona—. ¡Esa inútil no sabría encontrarse el trasero ni con las dos manos y una linterna encendida! ¡El nombre que figura en el letrero es el mío, y yo digo que estamos cerrados!

Había salido de detrás de la barra en tres zancadas y ahora taponaba la entrada con las manos en las caderas, semejante a un pistolero fondón en una película del Oeste. Pude distinguir el brillo blancuzco de los nudillos apretados contra su cinturón y escuchar el resuello entrecortado de su respiración. Tenía la cara congestionada por la ira.

—Entendido —el rostro de Roux no reveló la menor emoción. Paseó una mirada lenta y hostil por los escasos clientes repartidos por la sala—. Cerrado. —Nuestros ojos se cruzaron durante una fracción de segundo—. Cerrado para nosotros —sentenció con voz queda.

—No eres tan tonto como pareces, ¿verdad? —soltó Muscat con satisfacción venenosa—. Ya tuvimos bastante de los vuestros la última vez. ¡Esta vez no pensamos tolerarlo!

—De acuerdo.

Roux dio media vuelta. Muscat lo despidió desde el quicio, pavoneándose con las piernas rígidas, como un perro callejero que busca pelea.

Pasé por su lado sin dedicarle una sola palabra, dejando mi café a medio terminar sobre la mesa. Espero que no contara con recibir propina.

Alcancé al grupo de los gitanos a mitad de la Avenue des Francs Bourgeois. Había comenzado a lloviznar de nuevo y los cinco caminaban con paso mohíno y la cabeza gacha. Desde allí se divisaban ya sus embarcaciones en *Les Marauds*: una docena de barcazas —tal vez dos docenas— fondeadas a lo largo de la ribera; una flotilla improvisada de cascos verdes, amarillos, azules y rojos; algunas con ropa tendida ondeando al viento como gallardetes y otras luciendo murales pintados con estampas de las mil y una noches, alfombras mágicas y unicornios reflejándose en las aguas densas del río.

—Lamento mucho lo que acaba de suceder —les dije al alcanzarlos—. En Lansquenet no se caracterizan precisamente por su hospitalidad.

Roux me dedicó una mirada pausada y calculadora.

—Me llamo Vianne —añadí—. Tengo la chocolatería que está justo enfrente de la iglesia parroquial: *La Céleste Praline*.

Se me quedó mirando, esperando el resto. Reconocí a mi propia gente en la deliberada frialdad de su rostro. Me moría de ganas de decirle —de decirles a todos ellos— que comprendía su rabia y su humillación; que yo misma había tragado ese mismo veneno y que no estaban solos en el mundo. Pero conocía de sobra su orgullo: ese orgullo inútil e indestructible que permanece en pie cuando todo lo demás ha sido arrasado. Sabía perfectamente que lo último que deseaban era nuestra lástima.

—¿Por qué no se pasan mañana por la tienda? —les propuse con desenfado—. No tengo cerveza, pero estoy segura de que mi café les va a gustar.

Me miró con fijeza, como temiendo que me estuviera burlando de ellos.

—Vengan, se lo digo de veras —insistí—. Están invitados a café y a una buena porción de tarta. Todos ustedes.

La chica del pendiente en la ceja miró a sus compañeros y se encogió de hombros. Roux imitó el ademán:

—Puede ser. —Su tono era deliberadamente inconcreto.

—Tenemos una agenda muy apretada —soltó la muchacha con descaro juvenil.

Sonreí:

—Hagan un hueco.

Roux volvió a dedicarme esa mirada penetrante y calculadora:

—Puede ser.

Los vi descender la colina hacia *Les Marauds* en el mismo instante en que Anouk subía corriendo hacia mí, con los faldones de su chaquetón rojo ondeando como las alas de un pájaro exótico:

—¡Mamá, mamá! ¡Mira los barcos!

Nos quedamos contemplándolos un buen rato: las barcazas achatadas, los techos de chapa ondulada, las chimeneas tubulares, los emblemas marineros pintados en los cascos para protegerse de los naufragios, las pequeñas chalupas auxiliares, las cañas de pescar, las nasas para cangrejos izadas sobre la línea del agua y las primeras hogueras cobrando vida en bidones metálicos a la orilla del Tannes. Flotaba en el aire un aroma a madera quemada, a gasóleo y a pescado frito, y desde la otra orilla comenzó a llegar el lamento lejano de un saxofón desgranando una melodía de una belleza desgarradora y humana.

En mitad del río alcancé a distinguir la figura solitaria del pelirrojo de pie sobre la cubierta de una barcaza negra. Al reparar en nosotras, alzó un brazo. Le devolví el saludo con la mano.

Había oscurecido casi por completo cuando emprendimos el regreso a casa. En *Les Marauds* un tambor se había sumado al saxofón, y sus redobles sordos rebotaban sobre la superficie del agua. Pasé de largo por delante del *Café de la République* sin volver la vista.

Apenas coronaba la cuesta cuando sentí una presencia pegada a mi codo. Me giré y descubrí a Joséphine Muscat: venía sin abrigo, con un pañuelo envolviéndole la cabeza y tapándole media cara. En la penumbra parecía un espectro nocturno.

—Corre a casa, Anouk. Espérame arriba.

Anouk me miró con curiosidad, pero obedeció sin rechistar y echó a correr cuesta arriba con los faldones ondeando en la brisa.

—Me he enterado de lo que hiciste —la voz de Joséphine sonó ronca y quebrada—. Te marchaste del bar por lo de la gente del río.

Asentí:

—Pues claro.

—Paul-Marie estaba furioso. —Había un asomo de secreta admiración en su tono—. Deberías haber oído las barbaridades que soltó por esa boca.

Me eché a reír:

—Por fortuna no tengo ninguna obligación de escuchar las sandeces que diga Paul-Marie.

—Ahora me tiene terminantemente prohibido volver a hablar contigo —prosiguió—. Dice que eres una mala influencia. —Hizo una pausa y me miró con una angustia infantil—: No quiere que tenga amistades.

—Me parece que ya he oído demasiado sobre lo que Paul-Marie quiere o deja de querer —respondí con serenidad—. La verdad es que sus caprichos me tienen sin cuidado. En cambio tú… —le rozé el brazo con suavidad— tú sí me interesas.

Se sonrojó y desvió la mirada, como temiendo que alguien estuviera espiándola desde las sombras:

—Tú no lo entiendes… —murmuró entre dientes.

—Creo que lo entiendo perfectamente. —Con la yema de los dedos toqué el pañuelo que le cubría la parte inferior de la cara—: ¿Por qué llevas esto puesto? ¿Quieres contármelo?

Me miró con una mezcla desgarradora de esperanza y espanto. Negó con la cabeza. Tiré suavemente del nudo de la tela:

—Eres una mujer hermosa, Joséphine —le dije mientras el pañuelo cedía —. Podrías ser deslumbrante.

Tenía un cardenal amoratado y reciente justo debajo del labio inferior, adquiriendo un tono azulado bajo la luz mortecina de las farolas. Abrió la boca para soltar la mentira de rigor, pero la atajé antes de que pudiera pronunciarla:

—No es verdad.

—¿Y tú qué sabes? —su voz se crispó con aspereza—. ¡Ni siquiera me has dejado hablar!

—No hace falta que hables.

Se hizo el silencio. Al otro lado del río, las notas de una flauta se entrelazaban con los golpes acompasados del tambor. Cuando Joséphine volvió a hablar, su voz estaba cargada de un asco infinito hacia sí misma:

—Es ridículo, ¿verdad? —sus ojos eran dos rendijas diminutas—. Nunca le echo la culpa a él; no en el fondo. A veces hasta se me olvida cómo ocurrieron las cosas en realidad. —Tomó una bocanada honda de aire, como un buceador antes de sumergirse—: Chocar contra las puertas abiertas. Tropezar en las escaleras. P-pisar rastrillos en el cobertizo… —parecía a punto de soltar una carcajada histérica—. Propensa a los accidentes domésticos: eso es lo que él dice que soy. Propensa a los accidentes.

—¿Por qué ha sido esta vez? —inquirí con infinita dulzura—. ¿Por lo de la gente de las barcazas?

Asintió en silencio:

—Ellos no venían buscando problemas. Yo me disponía a servirles… —Su voz se elevó en un chillido de indignación—: ¡No veo por qué tengo que pasar por el aro de todo lo que se le antoje a esa zorra de la Clairmont! «¡Debemos permanecer unidos por el bien de la comunidad! ¡Por el futuro de nuestros hijos, madame Muscat!» —remedó la voz meliflua de Caroline con un desprecio salvaje, antes de regresar a su propio tono ahogado en un sollozo —: ¡Cuando en circunstancias normales no se digna ni a darme los buenos días por la calle… cuando no me daría ni la sal para un huevo! —Volvió a respirar hondo, controlando el estallido a duras penas—: Todo el santo día con la misma cantinela: «¡Caro por aquí, Caro por allá!». He visto cómo la mira en la iglesia. «¿Por qué no aprendes a ser como Caro Clairmont?». —Ahora era la viva estampa de su marido: la voz pastosa y cargada de alcohol, la mandíbula desencajada, el porte chulesco y bravucón—: «¡A su lado pareces una cerda torpe! Ella tiene clase, tiene estilo y tiene un hijo ejemplar que saca las mejores notas del colegio. ¿Y tú qué tienes, pedazo de inútil?».

—Joséphine…

Se volvió hacia mí con la mirada desquiciada:

—Perdóname. Por un momento se me olvidó dónde estaba…

—Lo sé. —Sentía una rabia ardiente palpitándome en las manos.

—Pensarás que soy una estúpida por haber seguido a su lado durante todos estos años —su tono era apagado, con un rencor sordo en la mirada.

—No pienso eso en absoluto.

Ignoró mi respuesta:

—Pues lo soy —sentenció—. Estúpida y cobarde. No lo quiero; ni siquiera recuerdo si alguna vez llegué a quererlo… pero cuando me pongo a pensar en la sola idea de marcharme de verdad… —se interrumpió, desorientada—. Dejarlo de verdad… —repitió con un asombro incrédulo.

Sacudió la cabeza:

—No. Es inútil. —Me miró a los ojos con una expresión hermética y definitiva—: Por eso no puedo volver a hablar contigo jamás —me dijo con una calma desesperada—. No quería marcharme dejándote con la duda; te mereces algo mejor que eso. Pero las cosas tienen que ser así.

—No —le dije mirándola de frente—. No tienen por qué ser así.

—¡Claro que sí! —se defendió con amargura, atrincherándose desesperadamente contra la posibilidad del consuelo—. ¿Es que no lo ves? No valgo nada. Soy una ladrona. Te mentí el otro día: me dedico a sisar cosas de las tiendas; lo hago a todas horas.

—Sí —respondí con dulzura—. Lo sé perfectamente.

La certeza compartida flotó en el aire entre nosotras, limpia y transparente.

—Las cosas pueden cambiar, Joséphine —le dije al fin—. Paul-Marie no es el dueño del mundo.

—Para mí como si lo fuera —replicó con terquedad.

Sonreí. Si lograba que esa obstinación suya se proyectara hacia afuera en lugar de devorarla por dentro, ¿de qué no sería capaz esta mujer? Yo misma podría ayudarla; sentía sus pensamientos tan cerca, abriéndome las puertas de par en par… Sería tan fácil tomar las riendas… Aparté la tentación con presteza: no tenía el menor derecho a forzarla a tomar una decisión semejante.

—Antes no tenías a dónde acudir —le recordé—. Ahora sí me tienes a mí.

—¿De verdad? —En sus labios sonó casi como una confesión de derrota.

No respondí: dejé que encontrara la respuesta por sí misma. Se me quedó mirando en silencio durante unos instantes, con los ojos reflejando los destellos dorados de las hogueras de *Les Marauds*. Una vez más me asombró comprobar lo poco que le faltaba para convertirse en una mujer verdaderamente hermosa.

—Buenas noches, Joséphine.

Emprendí el camino de subida sin volver la vista atrás, pero sé de sobra que sus ojos me acompañaron cuesta arriba, y sé que se quedó inmóvil en la oscuridad mucho después de que doblara la esquina y desapareciera de su vista.

CAPÍTULO 15 — MARTES, 25 DE FEBRERO

❖ · ❖ · ❖

Sigue cayendo esta lluvia interminable. Cae como si un pedazo de cielo se hubiera dado la vuelta para vaciar toda su pesadumbre sobre la vida de acuario que bulle abajo. Los niños, semejantes a patitos de plástico reluciente enfundados en sus impermeables y botas de agua, chapotean y graznan cruzando la plaza; sus gritos rebotan contra las nubes bajas. Trabajo en la cocina con un ojo puesto en los pequeños de la calle. Esta mañana he desmontado el escaparate: la bruja, la casita de jengibre y todos los animalitos de chocolate que aguardaban con rostros brillantes y expectantes. Anouk y sus amigos se han repartido los pedazos entre sus correrías por las marismas encharcadas de Les Marauds. Jeannot Drou me observa desde la puerta de la cocina con un trozo de pan de especias dorado en cada mano y los ojos encendidos. Anouk está justo detrás de él, y tras ella, el resto del grupo: un muro de miradas atentas y susurros.

—¿Y ahora qué viene? —pregunta Jeannot con ese tono de muchacho mayor, un aire de bravuconería desenfadada y un lamparón de chocolate cruzándole la barbilla—. ¿Qué vas a poner ahora en el escaparate?

Me encojo de hombros.

—Es un secreto —respondo, mientras remuevo una crema de cacao en un lebrillo esmaltado con cobertura fundida.

—Venga, en serio —insiste él—. Deberías preparar algo para Pascua. Ya sabes: huevos y cosas así. Gallinas de chocolate, conejos… Como hacen en las pastelerías de Agen.

Las recuerdo de mi infancia: las bombonerías de París con sus canastas repletas de huevos envueltos en papel brillante de colores, estantes abarrotados de conejos y gallinitas, campanas, frutas de mazapán y castañas glaseadas, filigranas y nidos primorosos cuajados de pastelillos y caramelos; mil y una epifanías de azúcar hilado semejantes a tapices mágicos, más dignas de un harén de Las mil y una noches que de la sobriedad de la Pasión.

—Recuerdo que mi madre me hablaba de los chocolates de Pascua.

Nunca tuvimos dinero para comprar aquellos manjares exquisitos, pero yo siempre tenía mi cucurucho de sorpresas: un cono de papel que guardaba mis regalos de Pascua, unas monedas, flores de papel, huevos duros pintados con esmalte de colores vivos y una cajita de cartón piedra —con dibujos de pollitos, conejos y niños sonrientes entre botones de oro—, la misma año tras año, guardada con esmero para la siguiente ocasión, que protegía un paquetito diminuto de pasas bañadas en chocolate envueltas en celofán. Cada una de ellas debía saborearse con lentitud infinita en las horas desiertas de aquellas extrañas noches entre ciudad y ciudad, con el destello de los neones de los hoteles parpadeando entre las rendijas de las persianas y la respiración de mi madre, pausada y de algún modo eterna, en la penumbra silenciosa.

—Ella solía contarme que, en la víspera del Viernes Santo, las campanas abandonan sus campanarios y torres en el más estricto secreto de la noche y vuelan con alas mágicas rumbo a Roma.

Jeannot asiente con esa expresión de escepticismo a medias tan propia de los chicos cuando empiezan a crecer.

—Se ponen en fila ante el Papa, resplandeciente de oro y blanco, con su mitra y su báculo dorado; campanas enormes y esquilas diminutas, carillones y sones solemnes, todas esperando pacientemente a recibir su bendición.

A mi madre la colmaban estas viejas leyendas infantiles; sus ojos brillaban de regocijo ante su hermoso absurdo. Todos los relatos la fascinaban: Jesús,

la diosa Ostara o Alí Babá, hilando la lana áspera del folclore popular en el tejido luminoso de la fe una y otra vez. Sanaciones con cristales, viajes astrales, abducciones y combustiones espontáneas… Mi madre lo creía todo, o fingía creerlo con devoción.

—Y el Papa las bendice a todas, una tras otra, bien entrada la noche, mientras miles de campanarios de Francia aguardan vacíos su regreso, en silencio hasta la mañana de Pascua.

Y yo, su hija, la escuchaba con los ojos abiertos de par en par ante sus fascinantes apócrifos, donde historias de Mitra, de Balder el Hermoso, de Osiris y de Quetzalcóatl se entrelazaban con chocolates alados, alfombras voladoras, la Triple Diosa, la cueva de maravillas de Aladino y la gruta de la que resucitó Jesús al tercer día. Amén, abracadabra, amén.

—Y las bendiciones se transforman en chocolates de todas las formas imaginables, y las campanas se vuelven del revés para llevarlos de vuelta a casa. Vuelan durante toda la noche, y cuando tocan de nuevo sus torres el Domingo de Resurrección, giran sobre sí mismas y empiezan a repicar con júbilo desbordante.

Campanas de París, de Roma, de Colonia, de Praga. Campanas matutinas, campanas de duelo, marcando los cambios a lo largo de los años de nuestro exilio. Campanas de Pascua que resuenan con tanta fuerza en la memoria que casi duele oírlas.

—Y los chocolates salen despedidos sobre los campos y los pueblos. Caen por el aire al compás de los repiques. Algunos se estrellan contra el suelo y se rompen; pero los niños construyen nidos y los colocan en lo alto de las ramas de los árboles para atrapar los huevos al vuelo, los bombones praliné, las gallinas, los conejos, los malvaviscos y las almendras garrapiñadas…

Jeannot me mira con el rostro encendido y una sonrisa que se ensancha por momentos:

—¡Qué pasada!

—Y por eso es que se regalan chocolates en Pascua.

Su voz denota asombro, afilada por una certeza repentina:

—¡Hazlo! ¡Por favor, hazlo!

Me giro con destreza para rebozar una trufa en cacao en polvo.

—¿Hacer qué?

—¡Eso! ¡La historia de Pascua! Sería increíble… con las campanas, el Papa y todo lo demás. Podríamos montar un festival de chocolate… ¡toda una semana! Con nidos, búsquedas de huevos escondidos y… —se interrumpe excitado y me tira de la manga con impaciencia—. Por favor, señora Rocher.

Detrás de él, Anouk me observa con atención. Una docena de caritas manchadas murmuran ruegos tímidos al fondo.

—Un Gran Festival del Chocolate… —sopeso la idea en voz alta. Dentro de un mes florecerán las lilas. Siempre le preparo un nido a Anouk con un huevo que lleva su nombre escrito en glasa de plata. Podría ser nuestro propio carnaval, una celebración de nuestra bienvenida definitiva a este pueblo. La idea no me resulta extraña, pero oírla de labios de este muchacho es casi rozar su realización—. Harían falta carteles.

Finjo dudar.

—¡Nosotros nos encargamos de los carteles! —salta Anouk la primera, radiante de entusiasmo.

—Y banderines… ¡y guirnaldas!

—¡Y serpentinas!

—¡Y un Jesús de chocolate en la cruz con…!

—¡El Papa en chocolate blanco!

—¡Corderos de chocolate!

—Carreras de huevos rodantes, gymkanas con pistas…

—Invitaremos a todo el mundo, va a ser…

—¡Una pasada!

—¡Lo mejor del mundo!

Agito los brazos pidiendo calma, entre risas. Una nube tenue de cacao amargo dibuja arabescos en el aire siguiendo mis manos.

—Ustedes ocúpense de los carteles —les digo—. Del resto me encargo yo.

Anouk se abalanza sobre mí con los brazos abiertos. Huele a salitre y a lluvia fresca, un aroma cobrizo a tierra húmeda y vegetación empapada. Su pelo revuelto atrapa diminutas gotas de agua como alfileres de cristal.

—¡Suban todos a mi habitación! —les chilla al oído a sus amigos—. ¿Verdad que pueden subir, mamá? ¡Di que sí! Podemos empezar ahora mismo, tengo papel, ceras de colores…

—Adelante —contesto.

Una hora más tarde, el escaparate exhibía ya un cartel de dimensiones considerables: un diseño concebido por Anouk y dibujado por Jeannot. El texto, con trazos verdes grandes y titubeantes, rezaba:

¡GRAN FESTIVAL DEL CHOCOLATE EN LA CELESTE PRALINE!
A PARTIR DEL DOMINGO DE RESURRECCIÓN
¡TODO EL MUNDO ESTÁ INVITADO!
¡HAGAN SUS ENCARGOS ANTES DE QUE SE AGOTEN!

Alrededor de las letras brincaban criaturas de las formas más estrambóticas. Una figura con túnica y tiara alta debía de ser el Papa. A sus pies habían pegado con esmero multitud de campanas de cartulina recortada. Todas las campanas lucían una amplia sonrisa.

Pasé la mayor parte de la tarde templando una nueva remesa de cobertura y trabajando en la escenografía del escaparate. Un tapizado tupido de papel de seda verde para simular la hierba. Flores de papel —narcisos y margaritas hechas por Anouk— prendidas del marco de madera. Latas vacías de cacao, pintadas de verde oscuro y apiladas entre sí, componían una ladera rocosa. El celofán arrugado la cubría como una capa de escarcha luminosa. A sus pies, serpenteando hacia el valle, un río de cinta de seda azul sobre el que

reposaba una flotilla de barcazas tranquilas, ajenas al reflejo. Y abajo, un desfile entero de figuras de chocolate: gatos, perros, conejos con ojos de uva pasa, orejas de mazapán rosado y colas hechas con tiras de regaliz negro que sostenían florecillas de azúcar entre los dientes… Y ratones. Ratones en cada rincón disponible. Subiendo por las faldas de la colina, acomodados en las hendiduras, encaramados incluso sobre las barcas del río. Ratones de azúcar y coco blanco y rosa; ratones de chocolate de todas las tonalidades imaginables; ratones jaspeados con corazón de trufa y crema de marrasquino; ratones delicadamente matizados, escarchados de motas dulces. Y dominando la escena desde lo alto, el Flautista de Hamelín, soberbio con su casaca encarnada y amarilla, sosteniendo una flauta de caramelo rubio en una mano y el sombrero en la otra.

Conservo cientos de moldes en mi cocina: finas matrices de plástico para los huevos y las figuras, moldes de cerámica para camafeos y bombones rellenos de licor. Con ellos puedo recrear cualquier semblante y plasmarlo sobre una figura hueca, añadir cabello y detalles con una manga pastelera de boquilla fina, modelar el torso y las extremidades por separado y fijarlas en su sitio con alfileres de alambre y chocolate fundido. Un toque de camuflaje: una capa roja estirada en fino mazapán. Una túnica y un sombrero del mismo tono, con una pluma larga rozando el suelo junto a sus botas. Mi flautista guarda un parecido innegable con Roux, con su pelo cobrizo y sus ropas variopintas.

No puedo evitarlo: el escaparate resulta ya de por sí tentador, pero no me resisto a ponerle un toque de magia dorada, cerrando los ojos para envolverlo todo con un resplandor acogedor. Una señal invisible que titila como un faro: *Vengan a mí*. Deseo dar, alegrar la vida a la gente; qué daño puede haber en eso. Sé bien que esta invitación tácita nace en parte como respuesta a la animadversión de Caroline hacia la gente del río; pero en medio del júbilo que siento, no veo mal alguno. Deseo que vengan. Desde la última vez que hablamos los he vislumbrado de vez en cuando, pero se muestran recelosos y esquivos, como zorros urbanos: dispuestos a buscarse la vida pero sin dejarse abordar. Casi siempre veo a Roux, que oficia de emisario cargado con cajas o bolsas de la compra; a veces a Zézette, la muchacha flaca del aro en la ceja. Anoche, dos críos intentaron vender ramilletes de lavanda frente a la iglesia, pero Reynaud

los echó sin contemplaciones. Intenté llamarlos, pero desconfiaban demasiado: me clavaron una mirada hostil y felina antes de perderse a la carrera cuesta abajo, rumbo a Les Marauds.

Estaba tan ensimismada en mis planes y en el montaje del escaparate que perdí la noción de las horas. Anouk preparó unos emparedados para sus amigos en la cocina y luego todos se marcharon otra vez hacia la orilla del río. Encendí la radio y me puse a tararear mientras colocaba primorosamente los chocolates en pirámides. La montaña mágica se abre para desvelar una cornucopia resplandeciente: montones multicolores de cristales de azúcar, frutas confitadas y golosinas que brillan como gemas preciosas. Detrás de esta fachada, resguardadas de la luz en repisas ocultas, descansan las piezas listas para la venta. Tendré que ponerme manos a la obra con los encargos de Pascua de inmediato previendo una mayor afluencia de clientes. Menos mal que cuento con el sótano fresco de la casa para almacenar. Necesito encargar cajas de regalo, lazos, papel de celofán y adornos. Estaba tan concentrada que apenas sentí los pasos de Armande al franquear la puerta entornada.

—Vaya, hola —saludó con su habitual aspereza—. Venía a por otro de sus preparados especiales de chocolate, pero ya veo que está hasta arriba.

Salí con cautela del hueco del escaparate:

—En absoluto. La estaba esperando. Además, casi he terminado y la espalda me está matando.

—Bueno, si no es molestia…

Su actitud era distinta hoy. Había una tensión contenida en su tono, una despreocupación demasiado ensayada que pretendía ocultar un estado de nervios evidente. Lucía un sombrero de paja negra adornado con una cinta y un abrigo —también rigurosamente negro— que parecía flamante.

—La veo muy elegante hoy —comenté.

Soltó una carcajada seca:

—Hacía mucho tiempo que nadie me decía algo así, ya se lo advierto —dijo señalando con el dedo uno de los taburetes altos—. ¿Cree que podré encaramarme ahí arriba sin romperme la crisma?

—Le traigo una silla de la cocina —me ofrecí, pero la anciana me frenó en seco con un ademán tajante.

—¡Tonterías! —examinó el taburete—. En mis buenos tiempos era una trepadora de primera. —Se remangó las faldas oscuras dejando al descubierto unas botas recias y unas gruesas medias grises—. Me subía a los árboles, sobre todo. Me encaramaba a las ramas para tirarles ramitas a la cabeza a los que pasaban por debajo. ¡Ja!

Soltó un gruñido de orgullo al izarse sobre el taburete, aferrándose al borde del mostrador para mantener el equilibrio. Bajo el vuelo de su saya negra alcancé a ver un destello fulgurante y escarlata.

Armande se acomodó en el asiento, con una sonrisa de tremenda satisfacción. Con disimulo se alisó la falda sobre el resplandor de una enagua de seda roja.

—Ropa interior de seda roja —me soltó con picardía al notar mi mirada —. Pensará que soy una vieja chiflada, pero me encantan. Llevo tantos años de riguroso luto… cada vez que puedo permitirme vestir con colores vivos va y se muere alguien, así que ya he renunciado prácticamente a ponerme nada que no sea negro. —Me lanzó una mirada chispeante de risa contenida—. Pero la ropa interior… ¡eso es otro cantar! —bajó la voz en tono cómplice —. La pido por catálogo directamente a París. Me cuesta una fortuna. —Se balanceó divertida en su taburete—. Y bien, ¿dónde está ese chocolate?

Se lo preparé bien cargado y oscuro y, recordando su diabetes, añadí la menor cantidad de azúcar que me fue posible.

Armande advirtió mi titubeo y apuntó con el dedo acusador a la taza:

—¡Nada de racionamientos! —ordenó—. Póngamelo con todo. Trocitos de chocolate crujiente, uno de esos palitos de azúcar para remover… todo. No empiece a portarse como los demás, tratándome como si no tuviera dos dedos de frente para cuidarme sola. ¿Le parece que chocheo?

Reconocí que no.

—Pues entonces. —Bebió un sorbo de la mezcla densa y dulce con evidente deleite—. Bueno. Hum… muy bueno. Se supone que da energía, ¿no es así? Es… ¿cómo se dice? ¿Un estimulante?

Asentí con una sonrisa.

—Y dicen que también es afrodisíaco —añadió Armande con descaro, mirándome por encima del borde de la taza—. Los viejos del café van a tener que andarse con ojo. ¡Nunca se es demasiado vieja para pasarlo bien!

Graznó otra carcajada. Su voz sonaba aguda y sobreexcitada; sus manos sarmentosas temblaban ligeramente. Un par de veces se llevó la mano al ala del sombrero, como para recolocárselo.

Miré disimuladamente mi reloj por debajo del mostrador, pero no se le escapó el gesto.

—No se haga ilusiones con que vaya a venir —dijo cortante—. Ese nieto mío. De todos modos, yo no lo espero.

Cada uno de sus ademanes desmentía sus palabras. Los tendones de su cuello se tensaban como los de una bailarina anciana.

Charlamos un rato de trivialidades: la idea infantil del festival del chocolate —Armande soltó otra carcajada sonora cuando le hablé de Jesús y del Papa de chocolate blanco— y de la gente del río. Resulta que la propia Armande ha hecho los pedidos de víveres a su nombre para que los abastezcan, ante la furia mayúscula de Reynaud. Roux se ofreció a pagarle en mano, pero ella prefirió que le arreglara el tejado goteante a cambio. Eso va a poner de una rabia negra a Georges Clairmont, me reveló con una sonrisa traviesa.

—A él le encantaría creer que es el único capaz de sacarme las castañas del fuego —dijo satisfecha—. Son igual de dañinos el uno que el otro, todo el día cacareando sobre las grietas y las humedades. Quieren echarme de esa casa, esa es la pura verdad. Sacarme de mi casa hermosa para meterme en un asilo inmundo donde haya que pedir permiso hasta para ir al retrete. —Estaba indignada, con los ojos negros echando chispas—. Pues se van a enterar. Roux

era albañil antes de echarse al río. Él y sus compañeros harán un trabajo impecable. Y prefiero pagarles a ellos para que hagan una faena honrada antes que dejar que ese imbécil me lo haga gratis.

Se ajustó el ala del sombrero con manos temblorosas.

—No lo estoy esperando, ¿sabe?

Comprendí que ahora no se refería a Georges. Consulté el reloj: las cuatro y veinte. La tarde empezaba a caer. Y yo había estado tan convencida… Eso me pasaba por entrometerme, me recriminé con rabia. Qué fácil resulta causar dolor a los demás y a una misma.

—Nunca me hice ilusiones de que fuera a venir —prosiguió Armande con voz firme y seca—. Su madre se ha encargado bien de eso. Lo tiene bien amaestrado. —Hizo ademán de bajarse del taburete—. Ya le he quitado demasiado tiempo. Debería marcharme…

—A-abuela…

Armande se dio la vuelta tan deprisa que por un instante temí que cayera al suelo.

El muchacho aguarda inmóvil junto a la puerta. Viste unos pantalones vaqueros y una sudadera azul marino. Lleva una gorra de béisbol mojada por la lluvia. Entre las manos sostiene un librito de tapas duras, desgastado por el uso. Su voz suena suave y cohibida:

—Tuve que e-esperar a que mi m-madre saliera. Está en la p-peluquería. No volverá hasta las s-seis.

Armande lo contempla. No se tocan, pero siento pasar entre ambos una descarga casi eléctrica. Un nudo de emociones demasiado complejo de desentrañar, donde conviven la calidez y el reproche, la timidez, la culpa… y, en el fondo de todo, una promesa de ternura.

—Vienes empapado. Voy a prepararte algo caliente —propongo, retirándome hacia la cocina. Al cruzar la puerta oigo de nuevo la voz del muchacho, baja y vacilante:

—Gracias por el l-libro —dice—. Lo traigo aquí conmigo.

Lo extiende como quien ofrece una bandera de tregua. Ya no es nuevo; está gastado como un volumen que ha sido leído y releído con cariño incontables veces. Armande lo percibe de inmediato y la dureza se desvanece de su semblante.

—Léeme tu poema favorito —le pide ella.

Desde la cocina, mientras sirvo chocolate caliente en dos vasos altos, agrego nata montada y un toque de licor de café, haciendo el ruido necesario con cacerolas y botellas para regalarles un velo de intimidad, oigo la voz del chico alzarse: al principio agarrotada, luego ganando cadencia y aplomo. No logro distinguir las palabras exactas, pero a la distancia suena como una plegaria o una imprecación solemne. Reparo en un detalle: cuando lee poesía, el muchacho no tartamudea en absoluto.

Llevo con cuidado los dos vasos al mostrador. Al entrar, Luc interrumpe la lectura a mitad de un verso y me mira con una sospecha educada, con el flequillo cayéndole sobre los ojos como la crin de un potro asustadizo. Me da las gracias con una cortesía milimétrica y prueba la bebida con más desconfianza que apetito.

—Se supone que no d-debo tomar esto —dice con recelo—. Mi madre d--dice que el chocolate me s-saca g-granos.

—Y a mí me dicen que puede dejarme muerta en el acto —salta Armande sin pestañear. Se ríe de la cara que pone el chico—. Vamos, muchacho, ¿es que nunca pones en duda lo que dice tu madre? ¿O es que te ha lavado el cerebro hasta sacarte el poco seso que hayas heredado de mí?

Luc parece desconcertado:

—E-es lo que e-ella siempre d-dice —repite, sin argumentos.

Armande niega con la cabeza:

—Bueno, si quisiera saber la opinión de Caro pediría cita con su secretaria —sentencia—. Lo que quiero saber es lo que tienes que decir tú. Eres un chico despierto, o solías serlo. ¿Tú qué opinas?

Luc toma otro sorbo:

—Creo que a lo mejor exageraba un poco —admite con una leve sonrisa —. A ti te veo b-bastante bien.

—Y ni rastro de granos —remata Armande.

Una risa franca desarma al muchacho. Me gusta mucho más así: sus ojos despiden un verde más vivo y su sonrisa pícara recuerda asombrosamente a la de su abuela. Se mantiene alerta, pero tras su coraza asoman una inteligencia despierta y un sentido del humor afilado.

Se termina el chocolate pero rechaza un trozo de pastel, aunque Armande se come dos. Durante la media hora siguiente conversan animadamente mientras yo finjo ocuparme en mis labores. En un par de ocasiones lo sorprendo mirándome con curiosidad cautelosa; el contacto fugaz de nuestras miradas se quiebra en cuanto él lo advierte. Los dejo a su aire.

Dan las cinco y media cuando ambos se despiden. No se menciona una próxima cita, pero la naturalidad con que se dicen adiós sugiere que ambos piensan en lo mismo. Me maravilla ver lo mucho que se parecen, midiéndose con la cautela de dos viejos amigos que se reencuentran tras largos años de separación. Comparten los mismos gestos, esa forma directa y penetrante de mirar, los pómulos marcados y la barbilla afilada. En reposo, ese parecido queda oculto tras la máscara de buena educación que ella tanto detesta; pero cuando él se anima, es el vivo retrato de la anciana. Los ojos de Armande relucen bajo el ala del sombrero. Luc parece relajado; su tartamudez ha quedado reducida a una mínima vacilación casi imperceptible. Lo veo dudar junto a la puerta, tal vez preguntándose si debería darle un beso. Por esta vez, la timidez propia de la adolescencia pesa más. Alza una mano en un tímido ademán de despedida y se marcha.

Armande se vuelve hacia mí, encendida por el triunfo. Por un segundo su rostro se muestra desnudo en su amor, su esperanza y su orgullo. Luego recupera esa reserva que comparte con su nieto, una expresión de impavidez calculada, y dice con voz áspera:

—He disfrutado mucho, Vianne. Puede que vuelva otro día. —Entonces me clava su mirada directa y me posa una mano en el brazo—. Ha sido usted la que lo ha traído aquí. Yo sola no habría sabido cómo hacerlo.

Me encojo de hombros:

—Iba a suceder tarde o temprano. Luc ya no es ningún niño; tiene que aprender a tomar sus propias decisiones.

Armande niega tozudamente con la cabeza:

—No, ha sido usted —afirma con terquedad. Está tan cerca que me llega el aroma de su perfume de lirios del valle—. El viento ha cambiado desde que usted llegó al pueblo. Todavía lo noto. Todo el mundo lo nota. Las cosas empiezan a moverse. ¡Uuuuh! —suelta un canturreo burlón.

—Pero si yo no estoy haciendo nada —protesto, riendo a medias con ella —. Solo me ocupo de mis asuntos. Llevo mi tienda. Soy yo misma.

A pesar de las risas, siento una punzada de inquietud.

—No importa —replica Armande—. Sigue siendo usted quien lo remueve todo. Fíjese en los cambios: yo, Luc, Caro, la gente que vive en las barcazas del río… —hace un gesto enérgico hacia Les Marauds—, e incluso él, encerrado en su torre de marfil al otro lado de la plaza. Todos cambiando. Acelerando el paso. Como un reloj viejo al que le dan cuerda tras años marcando la misma hora quieta.

La metáfora se parece demasiado a lo que yo misma pensé la semana pasada. Sacudo la cabeza con firmeza:

—Esa no soy yo —protesto—. Es él. Reynaud. No soy yo.

Una imagen súbita cruza por el fondo de mi mente, como la vuelta inesperada de un naipe: el Hombre de Negro en su campanario, girando los engranajes cada vez más aprisa, tocando a rebato, tocando a rebato para expulsarnos del pueblo… Y junto a esa visión inquietante surge la de un anciano postrado en una cama, con tubos en la nariz y en los brazos, y el Hombre de Negro inclinado sobre él con una mezcla de dolor o triunfo, mientras a sus espaldas arde una llamarada.

—¿Es su padre? —las palabras se me escapan antes de poder frenarlas—. Me refiero al anciano al que visita en el hospital. ¿Quién es?

Armande me clava una mirada cargada de asombro:

—¿Y usted cómo sabe eso?

—A veces… percibo cosas de la gente.

Por alguna razón no me atrevo a admitir que leo los reflejos en el chocolate; no quiero emplear las palabras con las que mi madre me familiarizó tanto.

—Percepciones… —Armande me mira con curiosidad, pero no indaga más.

—¿Existe de verdad ese anciano, entonces? —No logro quitarme de la cabeza la sensación de haber tropezado con algo crucial; tal vez un arma en mi soterrada contienda contra Reynaud—. ¿Quién es? —insisto.

Armande se encoge de hombros con desdén:

—Otro cura —responde con un desprecio categórico, y rehúsa decir una sola palabra más.

CAPÍTULO 16 — MIÉRCOLES, 26 DE FEBRERO

❖ · ❖ · ❖

Cuando abrí la tienda esta mañana, Roux ya estaba apostado junto a la puerta. Vestía un mono de tela vaquera y llevaba el pelo recogido hacia atrás con un trozo de bramante. Debía de llevar un buen rato esperando, pues tanto el cabello como los hombros estaban cuajados de diminutas gotas de la niebla matinal. Me dedicó algo que no llegó a ser del todo una sonrisa y luego desvió la mirada hacia el fondo del local, donde Anouk jugaba distraída.

—Hola, pequeña forastera —le dijo.

Esta vez su sonrisa fue auténtica, iluminando fugazmente la cautela de su rostro.

—Pasa, entra —lo invité con un gesto—. Habrías debido llamar. No te vi ahí fuera.

Roux murmuró unas palabras ininteligibles con su marcado acento marsellés y cruzó el umbral con cierta timidez contenida. Se mueve con una extraña mezcla de soltura y desmaña, como si los espacios cerrados le resultaran incómodos y ajenos.

Le serví un vaso alto de chocolate negro aromatizado con unas gotas de licor de café.

—Deberías haber venido con tus amigos —le comenté con tono desenfadado.

Se encogió de hombros a modo de respuesta. Noté cómo paseaba la mirada por la estancia, examinando cuanto lo rodeaba con un interés agudo aunque receloso.

—¿Por qué no tomas asiento? —le propuse, señalando los taburetes del mostrador.

Roux negó con la cabeza:

—Gracias. —Probó un trago generoso de chocolate—. En realidad, venía a ver si podrías ayudarme… A nosotros. —Su voz sonaba a la vez avergonzada y molesta—. No se trata de dinero —añadió a toda prisa, anticipándose a cualquier respuesta mía—. Lo pagaremos todo, por descontado. Es solo la… la logística lo que se nos ha complicado.

Me lanzó una mirada cargada de un resentimiento indefinido.

—Armande… la señora Voizin… me dijo que tú nos echarías una mano.

Me explicó la situación mientras yo lo escuchaba con calma, asintiendo para darle confianza de cuando en cuando. Comencé a comprender que lo que en un principio tomé por dificultad para expresarse era sencillamente un profundo orgullo, un rechazo visceral a verse en la necesidad de pedir favores. Pese a la aspereza de su dialecto, Roux hablaba como un hombre reflexivo y de juicio claro. Le había prometido a Armande arreglar las goteras del tejado: una faena relativamente sencilla que apenas le llevaría un par de jornadas de trabajo. Desgraciadamente, el único proveedor comarcal de madera, pintura y materiales de construcción era Georges Clairmont, quien se había negado en redondo a vendérselos tanto a Armande como a él. Si su suegra deseaba reparar el tejado —le había soltado Georges con fingida paciencia—, debía pedírselo a él y no a una cuadrilla de vagabundos y estafadores. No era como si él no llevara años ofreciéndose —suplicándole, incluso— a hacérselo gratis. Dejar entrar a esa chusma en su casa era tentar a la suerte: nadie sabía lo que podía pasar. Robos de dinero, expolio de objetos de valor… No sería la primera vez que a una anciana indefensa le daban una paliza o la dejaban sin vida por cuatro perras gordas. En conciencia, él no podía colaborar con semejante disparate.

—Hipócrita de mierda —masculló Roux con rabia amarga—. No sabe nada de nosotros… ¡absolutamente nada! Por la forma en que habla, parece que todos fuéramos unos ladrones y unos asesinos. Jamás he dejado de pagar lo que debo. Nunca he mendigado a nadie; siempre me he ganado el pan trabajando.

—Toma un poco más de chocolate —le sugerí con suavidad, rellenándole el vaso—. No todo el mundo piensa como Georges y Caroline Clairmont.

—Ya lo sé. —Su postura seguía siendo defensiva, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Ya he recurrido a Clairmont en otras ocasiones para hacer arreglos en la casa —continué—. Le diré que necesito más materiales para una reforma en el local. Dame una lista con lo que haga falta y yo misma me encargo de comprarlo.

—Yo te daré el dinero de todo —insistió Roux de inmediato, como si necesitara recalcar ese punto una y otra vez—. Te aseguro que el dinero no es ningún inconveniente.

—Claro.

Se relajó un poco y bebió otro sorbo de chocolate. Por primera vez pareció percatarse de lo exquisito que estaba y me dedicó una sonrisa de una dulzura tan inesperada como singular:

—Armande se ha portado muy bien con nosotros —dijo—. Ha estado haciendo los pedidos de víveres a su nombre, e incluso consiguió medicinas para el bebé de Zézette. Y nos defendió la otra tarde cuando ese cura con cara de palo volvió a asomar por allí.

—Ese cura no es santo de mi devoción —lo atajé deprisa—. Para él, yo soy tan forastera y sospechosa en Lansquenet como ustedes. —Roux me miró con perplejidad—. No, en serio —le aseguré—. Creo que me considera una influencia perniciosa. Orgías de chocolate todas las noches; placeres carnales cuando la gente decente debería estar sola en la cama.

Roux tiene los ojos de ese tono indefinible de los tejados de una ciudad bajo la llovizna. Cuando se ríe, despiden un destello de pura picardía. Anouk, que había permanecido sentada en un mutismo impropio de ella escuchándolo hablar, captó la complicidad de su risa y soltó una carcajada.

—¿No quieres desayunar? —soltó Anouk de pronto—. Tenemos napolitanas de chocolate recién hechas. También cruasanes, pero el *pain au chocolat* está muchísimo más rico.

Roux negó con la cabeza:

—No creo, pequeña —dijo—. Muchas gracias.

Tomé una de las napolitanas tibias, la coloqué en un plato pequeño y se la puse delante en el mostrador:

—Invita la casa —le dije—. Pruébala; las horneo yo misma.

De inmediato supe que había metido la pata. Su semblante volvió a cerrarse en banda: el chispazo de complicidad dio paso a esa máscara de absoluta frialdad que ya le conocía.

—Puedo pagar lo que consumo —soltó con hosquedad defensiva—. Tengo dinero.

Metió la mano con brusquedad en el bolsillo del mono de trabajo y sacó un puñado de monedas sueltas. Varias de ellas rodaron ruidosamente por el mostrador de madera.

—Guárdate eso —le dije.

—Ya te he dicho que puedo pagarlo. —Estaba terco ahora, encendiéndose de orgullo herido—. No necesito caridad de…

Le puse suavemente una mano sobre la suya. Sentí la tensión rígida de sus músculos durante un segundo, hasta que sus ojos se encontraron con los míos.

—Nadie está obligado a nada —le dije en voz baja. Comprendí que mi gesto amistoso había herido su orgullo salvaje—. Te estoy invitando. —Su mirada hosca no cedía un ápice—. He hecho lo mismo con todos los demás vecinos del pueblo —insistí—. Con Caro Clairmont. Con Guillaume

Duplessis. Incluso con Paul-Marie Muscat, el dueño del café que te echó a cajas destempladas. —Hice una pausa para que asimilara el peso de mis palabras—. ¿Qué te hace a ti tan especial para que te niegues cuando ninguno de ellos lo hizo?

Se quedó desarmado, bajando la cabeza y mascullando una disculpa atropellada en su dialecto cerrado. Luego volvió a mirarme a los ojos y esbozó una leve sonrisa:

—Perdóname —dijo—. No lo había entendido así. —Vaciló unos instantes, visiblemente incómodo, antes de coger la napolitana de hojaldre—. Pero la próxima vez serán ustedes las invitadas en mi barca —añadió con firmeza —. Y me ofenderé muchísimo si no aceptan venir.

A partir de ese instante la tirantez desapareció casi por completo. Charlamos un rato de asuntos intrascendentes y poco a poco la conversación fue cobrando confianza. Supe así que Roux llevaba seis años recorriendo las vías fluviales: al principio en solitario y más tarde acompañado por el grupo actual. Había trabajado como albañil en el pasado y aún se ganaba la vida haciendo pequeñas reformas, chapuzas y participando en las cosechas de verano y otoño. Intuí que algún revés del pasado lo había empujado a esa vida nómada, pero me guardé muy bien de indagar en heridas viejas.

Se despidió apresuradamente en cuanto asomaron los primeros clientes habituales de la mañana. Guillaume lo saludó con su cortesía habitual y Narcisse le dedicó un escueto asentimiento de cabeza, pero no hubo modo de convencer a Roux de que se quedara a conversar con ellos. Se zampó de golpe el último pedazo de napolitana y cruzó la puerta con ese aire de altivez y desapego insolente que suele adoptar frente a los desconocidos.

Al llegar al umbral se volvió en redondo:

—No te olvides de la invitación —me recordó, como si se le acabara de ocurrir en ese instante—. El sábado por la noche, a las siete. Trae a la pequeña forastera.

Y se marchó antes de que tuviera ocasión de darle las gracias.

Guillaume se demoró ante su taza de chocolate mucho más de lo acostumbrado. Narcisse le cedió el sitio a Georges Clairmont; más tarde apareció Arnauld para comprar sus tres trufas al champán —siempre lo mismo: tres trufas de champán y una mirada de culpable anticipación—, y Guillaume continuaba allí sentado, inmóvil en su taburete de siempre, con un halo de aflicción ensombreciendo sus facciones delicadas. Intenté entablar conversación un par de veces, pero me respondió con monosílabos educados, con el pensamiento muy lejos de allí. A sus pies, Charly yacía tumbado y apático, sin fuerzas para moverse.

—Ayer hablé con el padre Reynaud —dijo al fin, con tal brusquedad que me sobresalté—. Le pregunté qué debería hacer con Charly.

Lo miré con atención, esperando a que continuara.

—Es muy difícil hacérselo entender —prosiguió Guillaume con su voz tenue y mesurada—. Él cree que me estoy comportando como un terco por no querer escuchar lo que dice el veterinario. Y peor aún: cree que estoy haciendo el ridículo. A fin de cuentas, Charly no es una persona… —Hizo una pausa en la que percibí el inmenso esfuerzo que hacía por no quebrarse.

—¿Tan mal está la cosa? —Yo ya sabía la respuesta de antemano.

Guillaume me miró con ojos humedecidos y tristes:

—Me temo que sí.

—Ya veo.

De manera inconsciente se inclinó para acariciarle la oreja a Charly. La cola del perro dio un par de golpes débiles y mecánicos contra el suelo y soltó un leve quejido sordo.

—Buen chico… —Guillaume esbozó una sonrisa desamparada—. El párroco no es mala persona. Seguro que no pretendía sonar cruel. Pero decírmelo así… de esa manera tan fría…

—¿Qué fue lo que le dijo?

Guillaume encogió los hombros:

—Me dijo que llevaba años haciendo el ridículo por culpa del animal. Que a él le daba igual lo que yo decidiera, pero que era un sinsentido consentir al perro como si fuera un ser humano y tirar el dinero en tratamientos inútiles.

Sentí una punzada de indignación en el pecho:

—Ha sido un comentario mezquino e insensible.

Guillaume sacudió la cabeza:

—No lo comprende —insistió con tristeza—. A él no le importan los animales. Pero es que Charly y yo llevamos tantísimos años juntos… —Se le llenaron los ojos de lágrimas y ladeó la cabeza bruscamente para que no lo viera llorar—. Ahora voy directo a la clínica veterinaria, en cuanto me termine el chocolate.

Hacía más de veinte minutos que su vaso reposaba completamente vacío sobre el mostrador.

—A lo mejor hoy todavía no hace falta, ¿verdad? —Había un deje de desesperada súplica en su voz—. Todavía está animado. Estos últimos días ha comido un poco mejor, lo sé de sobra. Nadie puede obligarme a hacerlo. —Ahora hablaba como un niño asustado y rebelde—. Yo sabré cuándo llega el momento de verdad. Lo sabré.

No había palabras en el mundo capaces de aliviar su dolor. Aun así lo intenté. Me incliné sobre el animal y le acaricié el lomo con ternura, notando la cercanía de los huesos bajo la piel enflaquecida. Hay cosas que pueden sanarse; entibié las yemas de mis dedos, tanteando con suavidad, intentando vislumbrar una salida. La sombra del tumor se palpaba ya más extendida. Supe que no había esperanza alguna.

—Es tu perro, Guillaume —le dije con compasión—. Tú eres quien mejor lo conoce.

—Eso es. —Pareció animarse por un instante fugaz—. Las pastillas le calman los dolores. Por las noches ya no se queja.

Recordé a mi madre durante sus últimos meses de vida. Su palidez espectral, la manera en que la carne se consumía sobre su cuerpo hasta dejar al

descubierto la frágil belleza de sus huesos desnudos y su piel marchita. Sus ojos febriles y desorbitados —*«¡Florida, mi cielo, Nueva York, Chicago, el Gran Cañón, nos queda tanto por ver!»*— y sus gemidos ahogados en la soledad de la noche.

—Llega un momento en que uno tiene que detenerse —dije sin pensar—. No tiene sentido seguir. Ocultarse tras justificaciones, ponerse metas cortas para aguantar una semana más… Al final, lo que más duele de todo es ver cómo se pierde la dignidad. Hace falta descansar.

La incineración en Nueva York; sus cenizas esparcidas sobre el agua fría del puerto. Es curioso cómo uno siempre se imagina muriendo en una cama tibia, rodeado de sus seres queridos. En lugar de eso, tantas veces nos toca un encuentro breve y desconcertante, la repentina certeza, el pánico a cámara lenta mientras el sol se alza a nuestras espaldas como un péndulo implacable por mucho que intentemos huir de él…

—Si pudiera elegir, yo preferiría esto: la aguja indolora, una mano amiga que te acaricia. Mil veces mejor eso que morir solo en la noche, o aplastado bajo las ruedas de un taxi en una calle anónima donde nadie se detiene a mirar.

Me di cuenta de que, sin querer, había pronunciado mis pensamientos en voz alta.

—Perdóname, Guillaume —me disculpé de inmediato al ver su expresión consternada—. Estaba pensando en otra cosa.

—No pasa nada —respondió con un hilo de voz, dejando las monedas sobre el mostrador—. Ya me iba de todos modos.

Y recogiendo el sombrero con una mano y a Charly con la otra, salió a la calle más encorvado de lo habitual: una figura menuda y gris que cargaba entre sus brazos lo que bien podría haber sido un fardo de ropa vieja, un impermeable doblado o algo infinitamente más desgarrador.

CAPÍTULO 17 — SÁBADO, 1 DE MARZO

❖ · ❖ · ❖

He estado vigilando su tienda. Me doy cuenta de que lo he hecho casi desde el día en que llegó: sus idas y venidas, sus reuniones a hurtadillas. La observo del mismo modo en que de muchacho espiaba los avisperos, con una mezcla de repugnancia y fascinación. Al principio empezaron con cautela, dejándose caer en las horas discretas del crepúsculo o a primera hora de la mañana. Guardaban las apariencias de clientes ordinarios: una taza de café caliente, una bolsita de pasas bañadas en chocolate para los chiquillos. Pero ya se han quitado la careta. Esos gitanos fluviales acuden ahora a plena luz del día, lanzando miradas insolentes hacia mi ventana entornada: el pelirrojo de ojos burlones, la muchacha flaca del aro, la rubia teñida y el árabe de cabeza rapada. Ella los llama a todos por su nombre de pila: Roux, Zézette, Blanche, Ahmed.

Ayer a las diez de la mañana se detuvo frente a la chocolatería la furgoneta de Clairmont, cargada hasta los topes de materiales de obra: tablones de madera, botes de pintura y rollos de tela asfáltica para tejados. El muchacho que conducía descargó el fardo en el umbral sin mediar palabra. Ella le extendió un cheque. Y después tuve que contemplar con mis propios ojos cómo sus sonrientes amigos se cargaban las vigas, los listones y las cajas al hombro para llevárselos, entre risotadas, cuesta abajo hacia Les Marauds. Una burda patraña; no fue más que eso. Una treta descarada. Por alguna razón retorcida, ella se empeña en encubrirlos y facilitarles las cosas. Está claro que obra así por pura inquina hacia mí. A mí no me queda más remedio que guardar un silencio digno y rezar por su castigo.

Pero me pone las cosas tan difíciles… Ya tengo bastante con lidiar con Armande Voizin, que carga los víveres de esa gente a su propia cuenta de la tienda. He intentado intervenir, pero demasiado tarde: esos desarrapados del río tienen ya provisiones suficientes para resistir dos semanas enteras. Además, se traen los suministros diarios —el pan, la leche fresca— río arriba desde Agen. La sola idea de que puedan echar raíces aquí me revuelve las entrañas. Pero ¿qué se puede hacer cuando hay vecinos que les ríen las gracias y los acogen?

Usted sabría bien qué hacer, padre, si tan solo pudiera decírmelo. Sé que jamás eludiría su deber, por amargo que resultara. Ojalá pudiera indicarme el camino. Bastaría con una leve presión de sus dedos; un leve parpadeo. Lo que fuera. Cualquier señal que me confirmara que he sido perdonado. ¿Nada? No se mueve. Solo ese estertor monótono y pesado —*¡chiss-pum!*— de la máquina que respira por usted, insuflando aire a sus pulmones atrofiados. Sé que un día de estos despertará, sano y purificado, y que el mío será el primer nombre que pronuncien sus labios. Yo sí creo en los milagros, padre. Yo, que he atravesado el fuego. Creo de verdad.

Hoy decidí hablar con ella. Con sensatez, sin rencores, de padre a hija espiritual. Sin duda acabaría por entenderlo. Empezamos con mal pie, ella y yo; tal vez pudiéramos recomenzar. Ya ve, padre: estaba dispuesto a ser indulgente, dispuesto a comprender. Sin embargo, al aproximarme a la chocolatería vi a través del cristal que ese tal Roux estaba dentro con ella. Sus ojos claros y penetrantes se clavaron en mí con esa altivez burlona que acostumbra su calaña. Sostenía una copa en la mano. Tenía un aspecto amenazador y salvaje con ese mono de trabajo mugriento y el pelo largo y suelto; por un instante fugaz sentí una punzada de alarma por la mujer. ¿Acaso no es consciente del peligro que corre alternando con semejante gentuza? ¿Es que no le importa su propia seguridad ni la de su hija?

Estaba a punto de dar media vuelta cuando un cartel en el escaparate me llamó la atención. Fingí examinarlo unos segundos mientras los espiaba de reojo desde la calle. Ella vestía un atuendo de un tejido suntuoso color vino tinto y llevaba el pelo suelto. Desde el interior me llegaba el eco cantarín de su risa.

Mis ojos repasaron de nuevo el cartel. El trazo era infantil, torpe y desmañado:

¡GRAN FESTIVAL DEL CHOCOLATE EN LA CELESTE PRALINE!
A PARTIR DEL DOMINGO DE RESURRECCIÓN
¡TODO EL MUNDO ESTÁ INVITADO!
¡HAGAN SUS ENCARGOS ANTES DE QUE SE AGOTEN!

Lo leí dos veces mientras una sorda indignación me encendía la sangre. En el interior aún se oía su voz por encima del tintineo de los vasos. Absorta en la conversación, todavía no había advertido mi presencia; estaba de espaldas a la entrada, apoyando un pie con gracia de bailarina. Llevaba manoletinas planas con lazos pequeños y no llevaba medias.

A PARTIR DEL DOMINGO DE RESURRECCIÓN.

Ahora lo comprendo todo. Su perfidia, su condenable perfidia. Debió de planearlo desde el principio: este festival sacrílego de chocolate, orquestado a propósito para coincidir con la festividad más sagrada del calendario de la Iglesia. Desde su llegada en pleno día de carnaval no ha tenido otra cosa en mente: minar mi autoridad moral y hacer una burla pública de mis enseñanzas. Ella y sus compinches del río.

Ciego de ira, incapaz de retirarme como la prudencia aconsejaba, empujé la puerta y entré en el establecimiento. Un carillón estridente anunció mi llegada. Ella se dio la vuelta para mirarme, sonriendo. De no haber tenido en ese instante la prueba irrefutable de su hostilidad, habría jurado que aquella sonrisa era sincera.

—Señor Reynaud.

El aire es sofocante y denso, saturado del aroma a cacao. Muy distinto del chocolate ligero y empolvado de mi niñez, este posee una voluptuosidad profunda, semejante al grano tostado de los puestos de café del mercado: notas de amaretto y tiramisú, un regusto ahumado y tostado que se me mete en la garganta y me hace la boca agua. Hay una jarra de plata sobre el mostrador

de la que asciende un vaho aromático. Recuerdo de pronto que esta mañana no he probado bocado.

—Mademoiselle. —Ojalá mi voz sonara con más autoridad. La cólera me atenaza la garganta y, en lugar del trueno enérgico que pretendía lanzar, apenas me sale un graznido ahogado, como una rana respetuosa—. Mademoiselle Rocher. —Ella me mira expectante—. ¡He visto su cartel!

—Gracias —responde ella—. ¿Le apetece tomar algo caliente con nosotros?

—¡No!

—Mi chococcino sienta de maravilla cuando se tiene la garganta irritada —insiste con dulzura afectada.

—¡Yo no tengo la garganta irritada!

—¿Ah, no? —su tono rezuma una solicitud fingida—. Me había parecido que estaba bastante ronco. ¿Un café con leche bien cremoso, entonces? ¿O un moca?

Hice un esfuerzo supremo por recuperar la compostura:

—No voy a molestarla, gracias.

A su lado, el pelirrojo suelta una risita entre dientes y comenta algo en su dialecto barriobajero. Reparo en que tiene las manos manchadas de pintura: un tono pálido que se incrusta en los pliegues de las palmas y los nudillos. ¿Ha estado trabajando?, me pregunto con inquietud. Y si es así, ¿para quién? Si estuviéramos en Marsella la policía lo detendría de inmediato por realizar trabajos clandestinos. Un registro en su barcaza sacaría a la luz pruebas más que de sobra —drogas, contrabando, pornografía o armas— para meterlo entre rejas una buena temporada. Pero esto es Lansquenet. Aquí haría falta un estallido violento para que la policía se dignara a intervenir.

—He visto su cartel —vuelvo a empezar, reuniendo toda la dignidad posible. Ella me contempla con esa cortesía burlona, con los ojos chispeantes —. Debo decirle… —hago una pausa para aclararme la voz, que vuelve a

llenárseme de bilis amarga—… debo decirle que el momento elegido para su… festejo me parece absolutamente deplorable.

—¿El momento? —pone cara de inocencia—. ¿Se refiere a la fiesta de Pascua? —esboza una sonrisita traviesa—. Tenía entendido que esa fecha la fijaban ustedes. Debería consultarlo con el Papa.

Le sostengo una mirada glacial:

—Sabe perfectamente a lo que me refiero.

Otra vez esa mirada de aparente ingenuidad:

—Festival del chocolate. Todo el mundo bienvenido.

Mi cólera sube como la leche al fuego, incontrolable. Por un segundo me siento enérgico, henchido por su calor. La apunto con un dedo acusador:

—No se crea que no me he dado cuenta de qué pretende con todo esto.

—Déjeme adivinar —su tono es pausado, casi comprensivo—. Es una afrenta personal contra usted. Un complot deliberado para derribar los cimientos de la Iglesia católica. —Suelta una risa que desentona en una agudeza repentina—. ¡Dios no quiera que una confitería venda huevos de chocolate en Pascua! —Su voz tiembla, casi con miedo, aunque ignoro a qué teme. El pelirrojo me fulmina con la mirada. Con un esfuerzo visible ella recobra la serenidad y ese rastro de temor se disuelve en su compostura—. Estoy segura de que hay sitio de sobra en el pueblo para los dos —añade con calma—. ¿Seguro que no quiere una taza de chocolate? Podría explicarle lo que pienso…

Sacudo la cabeza con vehemencia, como un perro acosado por avispas. Su serenidad me saca de quicio; siento un zumbido sordo en los oídos, un vértigo repentino que hace que la estancia entera dé vueltas a mi alrededor. La fragancia cremosa del chocolate me aturde. Por un instante mis sentidos se agudizan de un modo anormal: huelo su perfume, una brisa de lavanda, el calor especiado de su piel. Y tras ella, el hedor de la marisma, el olor a grasa de motor, a sudor y a pintura que despide su compinche pelirrojo.

—Yo… no… yo…

En una pesadilla atroz he olvidado lo que venía a decir. Algo sobre el respeto, creo; sobre la comunidad cristiana. Sobre remar en la misma dirección, sobre la decencia, la moral pública. En vez de eso trago aire a bocanadas, mareado.

—Yo… yo…

No consigo apartar de mi mente la sospecha de que es ella quien me está haciendo esto, enredando los hilos de mis pensamientos, metiéndose dentro de mi cabeza. Se inclina hacia delante fingiendo preocupación y su perfume vuelve a abofetearme.

—¿Se encuentra bien? —oigo su voz como si viniera de una distancia infinita—. Señor Reynaud, ¿está bien?

La aparto con manos temblorosas:

—No es nada —logro articular al fin—. Una… indisposición pasajera. No es nada. Le deseo buenas…

Tropiezo a tientas rumbo a la puerta. Una bolsita roja colgada del quicio me roza la frente —otra de sus supercherías paganas— y no puedo desprenderme de la absurda impresión de que ese fetiche ridículo es el causante de mi malestar: hierbas y huesos cosidos para nublarme el juicio. Salgo tambaleándome a la calle, jadeando en busca de aire fresco. La cabeza se me despeja en cuanto la llovizna me moja la frente, pero sigo caminando sin mirar atrás. Caminando sin rumbo.

No me detuve hasta llegar a su lado, padre mío. El corazón me latía con violencia, el sudor me chorreaba por la frente, pero al fin me siento limpio de su influjo. ¿Fue esto lo que sintió usted, padre, aquel día aciago en la vieja cancillería? ¿Tenía este mismo rostro la tentación?

Los dientes de león siguen brotando por todas partes; sus hojas amargas desgarran la tierra negra y sus raíces blancas se clavan hondo, mordiendo el suelo. Muy pronto florecerán. Volveré a casa bordeando el río, padre, para inspeccionar esa pequeña ciudad flotante que no deja de crecer en las aguas crecidas del Tannes. Han atracado más embarcaciones desde la última vez que

hablamos; el río parece ahora un puente de barcas. Un hombre podría cruzarlo a pie de una orilla a otra.

TODO EL MUNDO ESTÁ INVITADO.

¿Es eso lo que busca? ¿Una congregación de toda esa chusma, una apoteosis de desenfreno? Cuánto nos costó erradicar los últimos vestigios paganos de estas tierras, padre; cuántos sermones, cuántas amonestaciones. El huevo, la liebre: símbolos vivientes de la tenaz raíz pagana que debían ser expuestos tal como eran. Durante un tiempo fuimos puros. Pero con la llegada de esta mujer la purga debe recomenzar. Es una cepa más virulenta que vuelve a desafiarnos. Y mi rebaño, mi rebaño ingenuo y dócil, arrimándose a ella, prestándole oídos… Armande Voizin, Julien Narcisse, Guillaume Duplessis, Joséphine Muscat, Georges Clairmont.

Mañana escucharán sus nombres en el púlpito, junto a los de todos aquellos que se han dejado embaucar por sus artes. Ese festival del chocolate no es más que una pieza de un engranaje perverso, les diré. La confraternización con los vagabundos del río. El desacato deliberado a nuestras tradiciones y preceptos sagrados. La influencia que ejerce sobre nuestros propios hijos. Todo señales, les advertiré; síntomas indiscutibles del veneno silencioso que su presencia propaga entre nosotros.

Ese festival suyo va a fracasar. Es absurdo pensar que pueda prosperar frente a una oposición tan implacable. Predicaré contra él cada domingo. Leeré la lista de sus colaboradores y rogaré por su redención. Esos nómadas ya están sembrando la discordia. Muscat se queja de que su presencia ahuyenta a la clientela de su café. El escándalo que arman en su campamento, la música pagana y las fogatas han convertido Les Marauds en un arrabal flotante; el río brilla con las manchas de gasóleo y la basura baja arrastrada por la corriente. Y su propia esposa pretendía acogerlos con los brazos abiertos, según me han contado. Afortunadamente, a Muscat no le tiembla el pulso frente a esa gente. Clairmont me aseguró que la semana pasada los puso de patitas en la calle cuando osaron pisar su café. Ya ve, padre: a pesar de su arrogancia, en el fondo son unos cobardes. Muscat ha bloqueado el sendero que sube desde Les Marauds para cortarles el paso.

La perspectiva de un estallido de violencia debería horrorizarme, padre; sin embargo, en cierto modo la desearía. Me daría el pretexto perfecto para llamar a los gendarmes de Agen. Debo hablar de nuevo con Muscat. Él sabrá bien qué medidas tomar.

CAPÍTULO 18 — SÁBADO, 1 DE MARZO

La barcaza de Roux es una de las que están amarradas más cerca de la orilla, a cierta distancia de las demás y justo enfrente de la casa de Armande. Esta noche habían colgado farolillos de papel entre la arboladura, que brillaban en la oscuridad como frutas doradas. Al bajar hacia Les Marauds nos llegó el olor penetrante a comida a la brasa que subía desde la ribera. Las ventanas de Armande estaban abiertas de par en par mirando hacia el río, y la luz de sus habitaciones proyectaba destellos quebrados sobre la corriente. Me llamó la atención la ausencia total de basura: cada desecho había sido recogido con esmero y depositado en bidones de metal para quemarlo limpiamente. De una de las barcas más lejanas nos llegaba el rasgueo suave de una guitarra.

Roux estaba sentado en el pequeño embarcadero de madera, con la mirada perdida en el agua. Un grupito de amigos lo acompañaba ya; reconocí a Zézette, a otra muchacha llamada Blanche y a Ahmed, el norteafricano. A su lado chisporroteaba algo sobre un brasero portátil repleto de brasas al rojo vivo.

Anouk corrió hacia el fuego de inmediato. Oí a Zézette advertirle con dulzura:

—Cuidado, cariño, que quema.

Blanche me tendió un tazón humeante de vino caliente especiado y lo acepté con una sonrisa:

—A ver qué te parece este brebaje.

La bebida era dulce y ácida a la vez, aromatizada con limón y nuez moscada; el aguardiente entraba con tanta fuerza que raspaba la garganta con un calor reconfortante. Por primera vez en semanas el cielo estaba completamente despejado, y nuestro aliento dibujaba volutas blancas como dragones en el aire inmóvil. Una gasa de niebla flotaba sobre las aguas del río, iluminada aquí y allá por las bombillas de las embarcaciones.

—Pantoufle también quiere probar —dijo Anouk, señalando la cazuela de vino caliente.

Roux sonrió de oreja a oreja:

—¿Pantoufle?

—El conejo de Anouk —le aclaré rápidamente—. Su… amigo imaginario.

—No creo que a Pantoufle le guste mucho esto —le explicó él con seriedad fingida—. A lo mejor prefiere un poco de zumo de manzana.

—Se lo preguntaré —respondió la niña muy formal.

Roux parecía otro aquí: mucho más relajado, recortado contra el resplandor de las llamas mientras vigilaba la cocción de los alimentos. Recuerdo cangrejos de río partidos por la mitad y asados sobre las ascuas, sardinas frescas, mazorcas tiernas de maíz, batatas asadas, manzanas caramelizadas rebozadas en azúcar moreno y doradas a fuego vivo en mantequilla, tortitas gruesas y miel silvestre. Comimos con las manos en platos de hojalata y bebimos sidra y más vino especiado. Varios chiquillos se sumaron a Anouk en sus juegos por la orilla. Armande bajó también a reunirse con nosotros, extendiendo sus manos sarmentosas para calentarlas al calor del brasero.

—¡Ay, si tuviera unos cuantos años menos! —suspiró con picardía—. No me importaría pasarme la vida entera de fiesta cada noche. —Sacó una patata candente del lecho de ascuas y se la pasó con destreza de una mano a otra para no quemarse—. Esta es la vida con la que soñaba cuando era niña: una casa flotante, un montón de buenos amigos y juerga continua… —Le lanzó a Roux una mirada maliciosa—. Creo que me fugaré contigo —anunció—. Siempre he tenido debilidad por los hombres pelirrojos. Seré vieja, pero te aseguro que todavía podría enseñarte un par de trucos.

Roux soltó una carcajada abierta. Ni rastro de timidez en él esta noche. Se mostraba afable y risueño, rellenando los tazones de sidra y vino con generosidad, enternecedoramente orgulloso de ejercer de anfitrión. Le siguió el juego a Armande prodigándole piropos exagerados que la hacían graznar de risa. Le enseñó a Anouk a hacer rebotar piedras planas sobre la superficie del agua. Y al final nos mostró su barcaza: limpia y primorosamente cuidada, la cocina diminuta pero en perfecto orden, la bodega con su depósito de agua y sus despensas, y el camarote de dormir cubierto por una cúpula de plexiglás transparente.

—Cuando la compré no era más que un montón de chatarra desvencijada —nos contó—. La fui arreglando poco a poco hasta dejarla tan cómoda como cualquier casa de tierra firme. —Esbozó una sonrisa ligeramente melancólica, como quien confiesa una debilidad infantil—. Todo ese trabajo para una sola cosa: poder tumbarme en la cama por las noches a escuchar el rumor del agua y mirar las estrellas.

Anouk expresó su entusiasmo a voz en cuello:

—¡A mí me encanta! —declaró—. ¡Me parece fantástica! Y no es ningún basurero inmundo, como dice la madre de Jeannot.

—Un estercolero —puntualizó Roux con voz suave. Lo miré alarmada, pero él se estaba riendo—. No somos tan dañinos como algunos se empeñan en creer.

—¡Nosotras no creemos que seas malo en absoluto! —protestó Anouk con indignación.

Roux se encogió de hombros con una sonrisa mansa.

Más tarde comenzó la música: una flauta, un violín y percusiones improvisadas con botes de conserva y bidones metálicos. Anouk se sumó al concierto con su trompeta de juguete, y los niños se pusieron a bailar de forma tan desenfrenada y tan cerca del borde del agua que hubo que alejarlos a un lugar más seguro.

Pasaban ya de las once cuando decidimos emprender la vuelta. Anouk se caía de sueño, aunque protestaba con rabia infantil para no marcharse.

—No pasa nada, pequeña —le prometió Roux—. Puedes volver siempre que quieras.

Le di las gracias mientras tomaba a Anouk en brazos.

—No hay de qué.

Por una fracción de segundo su sonrisa titubeó mientras miraba por encima de mi hombro hacia lo alto de la colina. Una sombra de preocupación le frunció el entrecejo.

—¿Pasa algo?

—No estoy seguro. Seguramente nada.

En Les Marauds apenas hay farolas. La única luz procedía de un farol amarillento apostado en la fachada del Café de la République, que arrojaba un brillo grasiento y enfermizo sobre la calzada estrecha. Más arriba arrancaba la Avenue des Francs Bourgeois, ensanchándose bajo una hilera bien iluminada de plátanos de sombra. Roux se quedó observando unos instantes más, con los ojos entrecerrados.

—Me ha parecido ver a alguien bajando por la cuesta, nada más. Habrá sido un efecto óptico. Ya no hay nadie.

Subí la cuesta cargando a Anouk en brazos. A nuestras espaldas quedaba el eco alegre de la música de aquel carnaval flotante. En el embarcadero, Zézette bailaba sola recortada contra las últimas brasas del fuego, y su sombra espigada saltaba sobre la tierra como un duende salvaje.

Al pasar junto al Café de la République advertí que la puerta estaba entornada, a pesar de que todas las luces del interior estaban apagadas. Desde las entrañas del edificio me pareció oír cómo se cerraba una puerta con sigilo, como si alguien hubiera estado vigilándonos en la sombra; pero bien pudo haber sido solo el viento de la noche.

CAPÍTULO 19 — DOMINGO, 2 DE MARZO

❖ · ❖ · ❖

Marzo ha traído al fin el final de las lluvias. El cielo se muestra ahora limpio y cortante, de un azul vibrante entre nubes veloces; durante la noche se ha levantado un viento seco y afilado que silba en las esquinas y hace vibrar los cristales. Las campanas de la iglesia tañen con un brío desbocado, como si también ellas se hubieran contagiado de este cambio repentino. La veleta gira y gira contra el firmamento desbocado, alzando su chirrido herrumbroso. En su habitación, Anouk canturrea una vieja copla al viento mientras juega:

«V'la l'bon vent, v'la l'joli vent,
V'la l'bon vent, ma vie m'appelle…
V'la l'bon vent, v'la l'joli vent,
V'la l'bon vent, ma mie m'attend.»

«El viento de marzo trae malos presagios», solía repetir mi madre. A pesar de su advertencia, sienta de maravilla: huele a savia viva, a ozono fresco y al salitre de un mar lejano. Es un buen mes, marzo: con febrero despidiéndose por la puerta trasera y la primavera llamando a la delantera. Un mes propicio para las transformaciones.

Durante cinco minutos me quedo sola en medio de la plaza, con los brazos extendidos, sintiendo el azote del aire entre mis cabellos. He salido sin abrigo y mi falda roja ondea a mi alrededor como una vela encendida. Me siento como una cometa que remonta el vuelo, elevándose en un segundo por encima del campanario, elevándose por encima de mí misma. Por un instante pierdo la

noción del espacio, viéndome abajo en la plaza, una figura escarlata, a la vez aquí y allá… Al volver bruscamente a mi cuerpo, jadeante, descubro el rostro de Reynaud asomado a un ventanal alto, con los ojos ensombrecidos por el rencor. Se le ve pálido; la claridad intensa del mediodía apenas roza su piel sin darle color. Sus manos se aferran al alféizar de piedra con los nudillos tan blancos como su semblante.

El viento se me ha subido a la cabeza. Le dedico un enérgico saludo con la mano antes de darme la vuelta para volver a la tienda. Sé que lo interpretará como un desafío imperdonable, pero esta mañana no me importa. El viento se ha llevado mis miedos. Le hago un ademán alegre al Hombre de Negro apostado en su atalaya, mientras la brisa juguetea alborotando mis faldas. Me siento delirante, llena de expectación.

Algo de este brío renovado parece haber contagiado a los vecinos de Lansquenet. Los observo encaminarse hacia el templo: los niños corren de cara al viento con los brazos abiertos simulando planeadores, los perros ladran con entusiasmo a la nada y los adultos caminan con las mejillas encendidas y los ojos llorosos por el frío. Caroline Clairmont luce un abrigo primaveral y sombrero a juego, del brazo de su hijo. Por una fracción de segundo, Luc me lanza una mirada rápida y me dedica una sonrisa cómplice oculta tras su mano enguantada. Joséphine y Paul-Marie Muscat avanzan entrelazados como dos enamorados, aunque el rostro de ella bajo su boina castaña denota una tensión crispada y desafiante; su marido me fulmina a través del escaparate y aprieta el paso mascullando entre dientes. Veo pasar a Guillaume: hoy viene sin Charly, aunque todavía lleva la correa de plástico brillante colgándole de la muñeca; una estampa desoladora, absurdamente despojada sin su fiel compañero. Arnauld mira hacia aquí y me saluda con una inclinación de cabeza. Narcisse se detiene a inspeccionar una maceta de geranios junto a la puerta, frota una hoja entre sus dedos encallecidos y se huele la savia fresca. Es goloso por mucho que aparente ser un cascarrabias; sé que vendrá más tarde a por su café moca y sus trufas.

La campana aminora su compás hasta un toque grave y constante —*¡dooom! ¡dooom!*— a medida que los fieles franquean las puertas abiertas. Vislumbro fugazmente a Reynaud —revestido ahora con su sotana alba, las manos

cruzadas sobre el pecho, solícito— recibiéndolos en el pórtico. Me parece que vuelve a mirarme: un parpadeo fugaz a través de la plaza, un envaramiento casi imperceptible en su porte bajo los ropajes sagrados; pero no puedo estar segura.

Me acomodo tras el mostrador con una taza tibia de chocolate entre las manos para aguardar la salida de la misa.

El oficio se prolongó más de lo habitual. Supongo que con la cercanía de la Semana Santa las exigencias de Reynaud irán en aumento. Pasaron más de noventa minutos antes de que asomaran los primeros feligreses con paso culpable y la cabeza baja, mientras el viento tironeaba con descaro de los pañuelos de cabeza y las chaquetas de los domingos, inflando las faldas con súbita lascivia y arreando al rebaño a través de la plaza desierta. Arnauld me dedicó una sonrisa tímida y avergonzada al pasar de largo: ni rastro de trufas al champán esta mañana. Narcisse entró como de costumbre, pero se mostró todavía más hosco y taciturno: sacó un periódico doblado de su gabardina de tweed y se puso a leer en silencio mientras bebía a sorbos lentos. Quince minutos después, media congregación continuaba en el interior del templo; supuse que estarían guardando turno para el confesionario. Me serví otra taza. Los domingos discurren aletargados. Más vale armarse de paciencia.

De improviso vi deslizarse por la puerta entreabierta de la iglesia una figura familiar con abrigo de cuadros escoceses. Joséphine oteó la plaza y, al verla despejada, echó a correr en dirección a la tienda. Al divisar a Narcisse en el mostrador vaciló un instante, pero acabó por entrar. Mantenía los puños apretados con gesto protector contra el estómago.

—No puedo quedarme —soltó a bocajarro—. Paul está en el confesionario. Tengo dos minutos exactos.

Su voz sonaba entrecortada y angustiada, atropellándose las palabras como fichas de dominó en caída libre.

—Tienes que mantenerte lejos de esa gente —soltó con desesperación—. De los que viven en el río. Tienes que decirles que se larguen. Tienes que avisarlos.

Los músculos de su rostro se contraían por el esfuerzo de hablar. Sus manos se abrían y cerraban compulsivamente.

La miré a los ojos:

—Siéntate, Joséphine, por favor. Tómate algo caliente.

—¡Que no puedo! —sacudió la cabeza con violencia. Sus cabellos alborotados por el vendaval le caían sobre la cara—. Ya te he dicho que no tengo tiempo. Haz lo que te digo, por favor te lo pido. —Parecía al límite de sus fuerzas, mirando de reojo hacia el atrio de la iglesia por miedo a ser vista conmigo—. Ha estado echando pestes contra ellos en el sermón —susurró con voz queda y urgente—. Y contra ti. Hablando de ti delante de todo el pueblo. Diciendo barbaridades.

Me encogí de hombros con indiferencia:

—¿Y qué? Me tiene sin cuidado.

Joséphine se llevó los puños a las sienes en un gesto de pura impotencia:

—Tienes que avisarlos —repitió—. Diles que se vayan. Avisa también a Armande. Dile que ha leído su nombre en voz alta esta mañana. Y el tuyo. Leerá el mío también como me descubra aquí, y Paul…

—No lo entiendo, Joséphine. ¿Qué puede hacerles? ¿Y por qué tendría que importarme a mí?

—Tú solo díselo, ¿vale? —Sus ojos escudriñaban con pavor la puerta del templo, de donde empezaban a salir algunas personas más—. No puedo quedarme más tiempo —dijo—. Tengo que irme ya.

Hizo ademán de salir.

—Espera, Joséphine…

Al darse la vuelta su rostro era un mapa desolador de congoja; estaba a punto de romper a llorar.

—Siempre pasa lo mismo —dijo con voz ronca y amarga—. Cada vez que encuentro una amiga, él se las arregla para destrozarlo todo. Acabará pasando

como siempre. Para entonces tú ya estarás muy lejos de aquí, a salvo de todo, pero yo…

Di un paso hacia ella para calmarla, pero Joséphine retrocedió con un ademán torpe de defensa:

—¡No! ¡No puedo! Sé que lo haces con buena intención, pero yo… simplemente no puedo. —Tragó saliva para recomponerse—. Tienes que entenderlo: yo vivo aquí. Tengo que seguir viviendo aquí. Tú eres libre, puedes marcharte adonde quieras cuando te plazca, pero yo…

—Tú también puedes marcharte —le respondí con infinita ternura.

Me miró entonces y me rozó muy levemente el hombro con la punta de los dedos:

—No lo comprendes —dijo sin reproche alguno—. Tú eres distinta. Durante un tiempo llegué a soñar que a lo mejor yo también podía aprender a ser diferente.

Se dio la vuelta, y la angustia pareció abandonarla de golpe para dar paso a una serenidad lejana, casi dulce. Volvió a hundir las manos en los bolsillos del abrigo.

—Lo siento mucho, Vianne —dijo—. Lo intenté de verdad. Sé que no es culpa tuya. —Por un segundo sus facciones recobraron un destello de vida —. Díselo a la gente del río —me suplicó—. Diles que tienen que marcharse. Tampoco es culpa de ellos… solo que no quiero que nadie salga lastimado —concluyó en un susurro—. ¿De acuerdo?

Me encogí de hombros:

—Nadie va a salir lastimado, te lo aseguro.

—Qué alivio. —Esbozó una sonrisa dolorosamente transparente—. Y no te preocupes por mí. Estoy bien. De verdad que estoy bien.

Otra vez esa sonrisa tensa y quebradiza. Al escurrirse junto a mí hacia la puerta vi un destello brillante en sus manos y me fijé en que los bolsillos de su abrigo estaban abarrotados de baratijas y bisutería barata: barras de labios, polveras, collares y sortijas se le escapaban entre los dedos.

—Toma. Esto es para ti —dijo con viveza, encasquetándome un puñado de su botín reluciente—. No pasa nada, tengo muchísimo más.

Y con una sonrisa de dulzura deslumbrante salió a la carrera, dejándome las manos colmadas de cadenas, pendientes y pedazos de plástico dorado que se me escurrían de entre los dedos y caían al suelo con un tintineo triste.

A media tarde bajé con Anouk a dar un paseo por Les Marauds. El campamento fluvial lucía alegre bajo el sol recién salido: la ropa tendida flameaba en las cuerdas extendidas entre barcaza y barcaza, y tanto los cristales como la pintura fresca relucían limpios. Armande descansaba en una mecedora en su resguardado jardín delantero, contemplando el discurrir del agua. En lo alto del tejado, encaramados a la pendiente pronunciada, Roux y Ahmed colocaban pizarras nuevas en los huecos desprendidos. Me fijé en que el alero podrido y los remates frontales habían sido reemplazados y pintados de un amarillo alegre y brillante. Les dediqué un saludo a los dos hombres y me senté sobre el murete de piedra junto a Armande, mientras Anouk corría hacia la orilla en busca de sus amigos de la noche anterior.

La anciana tenía un aspecto cansado, con el rostro abotargado bajo el ala ancha de su sombrero de paja. La labor de tapiz que descansaba sobre su regazo parecía inerte, intacta. Me saludó con una escueta inclinación de cabeza, sin articular palabra. Su mecedora oscilaba con una cadencia casi imperceptible —*tic-tic-tic-tic*— sobre el sendero enlosado. Su gata dormitaba hecha un ovillo a sus pies.

—Caro se ha dejado caer esta mañana —soltó al fin—. Supongo que debería sentirme muy honrada. —Un ademán de irritación contenida.

La mecedora: *tic-tic-tic-tic*.

—¿Quién demonios se cree que es? —estalló de repente—. ¿María Antonieta en persona? —Rumiaba su cólera mientras el balanceo cobraba fuerza —. Pretendiendo decirme lo que puedo y no puedo hacer. Y trayéndose a su médico de cabecera… —Se detuvo para clavar en mí su mirada aguda y penetrante—. Una entrometida de tomo y lomo. Siempre lo fue, ¿sabe? Siempre yendo con cuentos a su padre. —Soltó un ladrido de risa áspera—. Esos aires de grandeza no los ha heredado de mí, desde luego; faltaría más.

Jamás he necesitado a ningún médico —ni a ningún cura— para que me diga lo que tengo que pensar.

Armande sacó la barbilla con orgullo y meció la silla con más brío.

—¿Estaba Luc con ellos? —pregunté.

—No. —Sacudió la cabeza—. Se marchó a Agen a un torneo de ajedrez. —La dureza de sus facciones se suavizó al instante—. Ella no tiene ni la más remota idea de que estuvo aquí el otro día —afirmó con triunfo—. Y tampoco se va a enterar. —Sonrió con orgullo—. Es un buen chico mi nieto: sabe guardarse las cosas.

—Me han contado que nos han nombrado a las dos en el sermón de esta mañana —le comenté—. Por juntarnos con gente de mala calaña, según dicen.

Armande resopló:

—Lo que yo haga de puertas para adentro en mi propia casa es asunto mío y de nadie más —sentenció con sequedad—. Ya se lo dejé bien claro a Reynaud, y antes que a él, al padre Antoine. Pero esta gente nunca escarmienta: siempre vendiendo las mismas milongas de siempre. El espíritu comunitario, la tradición de nuestros mayores… Siempre la misma rancia comedia moralista.

—¿Entonces esto ya había pasado antes? —sentí curiosidad.

—¡Pues claro que sí! —asintió con vehemencia—. Hace años. Por aquel entonces Reynaud debía de tener la edad de Luc. Es verdad que desde entonces han seguido viniendo barcazas por aquí, pero nunca se quedaban. Hasta ahora. —Alzó la vista hacia la fachada recién pintada—. Va a quedar preciosa, ¿verdad? —dijo con orgullo—. Roux me ha prometido que la dejará lista esta misma noche. —Frunció el ceño de improviso—. Puedo contratarlo para que trabaje en mi casa siempre que me dé la real gana. Es un hombre honrado y un trabajador como la copa de un pino. Georges no tiene ningún derecho a venir a decirme lo contrario. Ninguno en absoluto.

Recogió su tapiz a medio hacer, pero lo soltó de nuevo sin dar una sola puntada:

—No logro concentrarme —dijo malhumorada—. Ya es bastante castigo que te despierten con esos campanazos al amanecer como para tener que aguantar la cara de mosquita muerta de Caro a primera hora: *«Rezamos por ti todos los días, madre; queremos que entiendas lo mucho que nos preocupas…»*. ¡Preocuparse por el qué dirán de los vecinos, más bien! Les da demasiada vergüenza tener una madre como yo, que les recuerde a cada minuto de dónde vienen. —Esbozó una sonrisa dura y complacida—. Mientras yo siga con vida sabrán que hay alguien que se acuerda de todo. De los líos en que se metió ella con aquel muchacho… ¿Quién pagó los platos rotos entonces, eh? Y de él… el señorito Reynaud, más blanco que la nieve. —Sus ojos brillaban de pura malicia—. Apuesto a que soy la única persona viva que se acuerda de aquel turbio asunto. Tampoco es que se enteraran muchos en el pueblo. Podría haber sido el mayor escándalo de toda la comarca si yo no hubiera sabido callarme a tiempo. —Me lanzó una mirada cargada de picardía—. Y no me mire con esa cara, muchacha: todavía sé guardar un secreto. ¿Por qué cree que no se atreve a meterse conmigo? Hay mil perrerías que podría hacerme si se lo propusiera. Caro lo sabe bien; ya lo intentó en su momento. —Armande soltó un cacareo burlón: *je-je-je*.

—Tenía entendido que Reynaud no era de aquí —observé intrigada.

Armande negó con la cabeza:

—Casi nadie se acuerda —repuso—. Se marchó de Lansquenet siendo apenas un crío. Era lo más cómodo para todos por aquel entonces. —Calló unos instantes, sumida en sus recuerdos—. Pero más le vale no intentar nada raro esta vez. Ni contra Roux ni contra ninguno de sus amigos. —La chispa se extinguió de su semblante y de pronto pareció mucho más vieja, quebradiza y enferma—. Me gusta que estén aquí. Me hacen sentir joven.

Sus manos sarmentosas jugueteaban maquinalmente con los hilos del tapiz. La gata, intuyendo el movimiento, se desperezó bajo la mecedora y saltó sobre sus rodillas ronroneando. Armande le rascó detrás de las orejas y el animal comenzó a refregarse contra su barbilla con mimos juguetones.

—Lariflette —dijo Armande. Tardé un segundo en comprender que ese era el nombre de la gata—. Lleva diecinueve años conmigo. En años perrunos

o gatunos casi tiene mi misma edad. —Le dedicó unos chasquidos de cariño y el ronroneo se hizo más sonoro—. Se supone que soy alérgica al pelo —comentó—. Asma o algo parecido. Les dije bien claro que prefería ahogarme antes que desprenderme de mis gatos. En cambio, hay ciertas personas a las que mandaría a paseo sin pensármelo dos veces. —Lariflette agitó perezosamente los bigotes.

Miré hacia el río y vi a Anouk jugando bajo el embarcadero con dos niños de cabello negro de las barcazas. Por lo que alcanzaba a oír, Anouk, que era la más pequeña de los tres, parecía estar al mando de las operaciones.

—Quédate a tomar un café —me propuso Armande—. Iba a poner la cafetera cuando llegaste. Además, tengo limonada fresca para Anouk.

Preparé el café yo misma en la singular y menuda cocina de Armande, con su cocina económica de hierro fundido y vigas bajas. Todo estaba impecable, pero la única ventanita daba directamente a la corriente del río, tiñendo la estancia de una luz verdosa, como de fondo submarino. De las vigas oscuras colgaban manojos de hierbas aromáticas envueltas en saquitos de gasa. En las paredes encaladas colgaban sartenes de cobre reluciente. La puerta —como todas las de la casa— tenía una gatera recortada en la base para que los animales entraran y salieran a su antojo. Otro gato me observaba con curiosidad desde una repisa alta mientras yo preparaba el café en una jarra de peltre esmaltado. La limonada, según comprobé, era sin azúcar, y lo que había en el azucarero era algún tipo de edulcorante químico. Pese a todas sus bravatas, parecía que después de todo sí tomaba ciertas precauciones.

—Un veneno asqueroso —comentó sin acritud mientras sorbía la infusión de una de sus tazas pintadas a mano—. Dicen que no se nota la diferencia con el azúcar de verdad, pero vaya si se nota. —Puso una mueca de disgusto —. Me lo trae Caro cuando viene de visita. Me revuelve las alacenas enteras. Supongo que lo hace con buena intención; la pobre no puede evitar ser una tonta redomada.

Le advertí que debería cuidarse más en serio. Armande resopló:

—Cuando se llega a mi edad, la maquinaria empieza a fallar por todos lados. Si no es una cosa, es otra; ley de vida. —Tomó otro trago del café

amargo—. Cuando tenía dieciséis años, Rimbaud decía que quería experimentarlo todo con la máxima intensidad posible. Pues bien: yo estoy a punto de cumplir ochenta, y empiezo a sospechar que el muchacho tenía toda la razón del mundo.

Sonrió con picardía, y una vez más me deslumbró la juventud que irradiaba su rostro: una cualidad que poco tenía que ver con la lozanía de la piel o los rasgos, sino con un fulgor interior, la mirada de quien apenas ha comenzado a descubrir lo que la vida tiene para ofrecer.

—Me parece que ya se le ha pasado la edad para alistarse en la Legión Extranjera —bromeé—. ¿Y no recuerda que las experiencias de Rimbaud rozaban a menudo el desastre y el exceso?

Armande me lanzó una mirada pícara:

—Exactamente —respondió—. Un poco de exceso no me vendría nada mal. A partir de ahora pienso ser una desmedida… una veleidosa. Escucharé música a todo volumen y leeré poesía escandalosa. ¡Pienso ser una desenfrenada! —anunció con absoluto regocijo.

Solté una carcajada:

—Está usted completamente loca —le dije con fingida severidad—. No me extraña que su familia se tire de los pelos.

Pero aunque me reí con ella, viéndola balancearse alegre en su mecedora, lo que ahora recuerdo con nitidez no son sus risotadas, sino lo que alcancé a vislumbrar tras ellas: una expresión de entrega vertiginosa, un júbilo casi desesperado.

Fue mucho más tarde, bien entrada la noche, cuando me desperté empapada en sudor de una pesadilla oscura a medio recordar, cuando comprendí dónde había visto antes aquella misma expresión.

«¿Qué te parecería Florida, mi amor? ¿Los Everglades? ¿Los Cayos? ¿Qué me dices de Disneylandia, cariño, o Nueva York, Chicago, el Gran Cañón, Chinatown, Nuevo México, las Montañas Rocosas…?»

Solo que en Armande no había nada del miedo aterrado de mi madre; nada de sus sutiles regates y escaramuzas con la muerte, ni de sus desquiciadas huidas hacia lo desconocido. En Armande solo palpitaba el hambre, el apetito feroz de vivir, la terrible y lúcida conciencia del tiempo que se escapa.

Me pregunto qué le habrá dicho el médico esta mañana y cuánto habrá comprendido ella en realidad. Estuve desvelada durante horas dándole vueltas en la oscuridad, y cuando por fin logré conciliar el sueño, soñé que Armande y yo paseábamos por Disneylandia de la mano de Reynaud y Caro, disfrazados respectivamente de la Reina de Corazones y el Conejo Blanco de Alicia, con guantes gigantescos de felpa blanca. Caro llevaba una corona escarlata sobre una cabeza desproporcionada y Armande sostenía un algodón de azúcar en cada mano.

A lo lejos se oía el rugido del tráfico de Nueva York, el estruendo de los cláxones acercándose a toda velocidad.

—¡Dios mío, no comas eso, es veneno puro! —chillaba la voz chillona de Reynaud; pero Armande seguía devorando el algodón dulce a dos manos, con la cara embadurnada y satisfecha. Intenté advertirla del taxi que se nos venía encima, pero ella se volvió hacia mí y me dijo con la voz exacta de mi madre: *«La vida es un carnaval, cariño; muere más gente atropellada al cruzar la calle, es una verdad estadística»,* y continuó comiendo con aquella voracidad espantosa. Entonces Reynaud se giró hacia mí y chilló con un hilo de voz, tanto más aterrador por su falta de resonancia: *«¡Todo esto es por tu culpa, por ti y por tu estúpido festival del chocolate! Todo estaba en orden hasta que apareciste tú, ¡y ahora todo el mundo se muere, SE MUERE, SE MUERE, SE MUERE…!».*

Alcé los brazos para protegerme:

—¡Yo no he sido! —susurré aterrada—. Eres tú, se supone que eres tú, tú eres el Hombre de Negro, tú eres…

De pronto caía de espaldas a través del espejo y los naipes salían disparados en todas direcciones a mi alrededor: el nueve de Espadas: MUERTE. El tres de Espadas: MUERTE. La Torre: MUERTE. El Carro: MUERTE.

Desperté dando un alarido, con Anouk inclinada sobre mí, con su carita morena desdibujada por el sueño y la angustia:

—Mamá, ¿qué te pasa?

Sus bracitos me rodearon el cuello con un calor reconfortante. Olía a chocolate, a vainilla y al sosiego plácido de un sueño limpio de sombras.

—Nada, cariño. Ha sido solo un mal sueño. No es nada.

Me canturreó con su vocecita dulce, y experimenté la turbadora sensación de un mundo puesto del revés: yo fundiéndome en ella como un nautilo en su espiral dorada, vueltas y más vueltas; su mano fresca acariciándome la frente y su boca apoyada en mi pelo.

—Fuera, fuera, fuera —murmuraba mecánicamente—. Malos espíritus, márchense de aquí. Ya pasó, mamá. Ya no queda nada.

Ignoro de dónde saca esas cosas. Mi madre solía pronunciar esas mismas palabras, pero no recuerdo habérselas enseñado jamás a Anouk. Y sin embargo las repetía como si se tratara de una letanía familiar aprendida de memoria. Me aferré a ella unos instantes, paralizada de amor puro.

—Todo va a salir bien, ¿verdad, Anouk?

—Claro que sí —su voz sonaba nítida, madura y cargada de aplomo—. Claro que saldrá bien. —Apoyó la cabecita en mi hombro y se acurrucó con sueño entre mis brazos—. Yo también te quiero, mamá.

Afuera, el alba apuntaba apenas como un temblor plateado sobre la línea grisácea del horizonte. Apreté a mi hija contra mi pecho mientras se quedaba dormida de nuevo, con sus rizos acariciándome la mejilla. ¿Era esto a lo que mi madre temía tanto?, me pregunté mientras escuchaba el trinar de los primeros pájaros: un graznido solitario al principio y luego un coro entero despertando a la vida. ¿Era de esto de lo que huía sin descanso? No de su propia muerte, sino de las miles de diminutas intersecciones que tejían su vida con la de los demás; los lazos involuntarios, los afectos que nos encadenan a pesar nuestro, las responsabilidades. ¿Acaso pasamos todos aquellos años huyendo del amor,

de las amistades sinceras, de aquellas palabras casuales que pueden torcer el rumbo de un destino para siempre?

Intenté recordar los retazos de mi pesadilla: el rostro desencajado de Reynaud —con su expresión perdida de pánico: *«¡Llego tarde, llego tarde!»*—, corriendo él también hacia una fatalidad atroz de la que yo formaba parte sin desearlo. Pero el sueño se había desmoronado, dispersando sus fragmentos como cartas aventadas por un golpe de viento. Resultaba difícil dilucidar si el Hombre de Negro era el cazador o la presa. Difícil incluso estar segura de si él era de verdad el Hombre de Negro. En su lugar regresaba la estampa del Conejo Blanco, semejante a un niño aterrorizado a lomos de una atracción de feria, suplicando desesperadamente que lo dejen bajar.

—¿Quién hace que las cosas cambien?

En medio de mi aturdimiento creí que la voz pertenecía a otra persona; un instante después comprendí que la pregunta había salido de mis propios labios. Pero al deslizarme de nuevo hacia el sueño tuve la absoluta certeza de oír a otra voz contestarme muy cerca: una voz que tenía algo del timbre de Armande y algo de la voz de mi madre.

Tú, Vianne —me susurró con dulzura—. Tú.

CAPÍTULO 20 — MARTES, 4 DE MARZO

El primer verdor del trigo nuevo confiere al paisaje un aspecto más apacible del que usted y yo acostumbramos a contemplar. A la distancia parece un tapiz lozano; unos pocos abejorros tempranos surcan el aire sobre las espigas que ondean con la brisa, prestando a los campos un aire de plácida modorra. Pero bien sabemos ambos que dentro de dos meses el sol implacable habrá reducido todo esto a rastrojos calcinados; la tierra se mostrará desnuda y agrietada como un barniz rojizo por el que ni siquiera los cardos se atreverán a brotar. Un viento ardiente barrerá lo que quede de la comarca trayendo consigo la sequía, y a su paso, una calma hedionda y pegajosa donde anidan las peores plagas.

Recuerdo el verano del 75, padre mío: aquel bochorno plomizo y aquel cielo blanco y cegador. Aquel estío padecimos azote tras azote. Primero fueron los nómadas del río, remontando lo que quedaba del cauce en sus inmundas pocilgas flotantes para quedar varados en los barrizales recalentados de Les Marauds. Luego vino la peste, que diezmó primero a sus bestias y enseguida a las nuestras: una suerte de hidrofobia rabiosa, los ojos en blanco, sacudidas agónicas en las patas y vientres hinchados a pesar de que los animales se negaban a beber una gota de agua; después los sudores fríos, los temblores espasmódicos y la muerte entre un enjambre asfixiante de moscas tornasoladas. ¡Dios todopoderoso! El aire apestaba a carroña podrida, dulce y densa como el jugo fermentado de una fruta descompuesta. ¿Se acuerda usted? El calor era tan atroz que las fieras salvajes bajaban desesperadas de los pantanos secos en busca de agua: zorros, garduñas, comadrejas, jaurías de perros famélicos.

Muchos de ellos rabiosos, empujados fuera de sus madrigueras por la sed y el hambre. Les disparábamos en cuanto asomaban a la orilla, o los rematábamos a pedradas.

Los chiquillos apedreaban también a los gitanos, pero ellos estaban tan atrapados y desesperados como sus propios animales y volvían una y otra vez. El horizonte se tornó azulenco por el humo de las hogueras y la peste a carne quemada con la que intentaban atajar el contagio. Cayeron los caballos primero, luego las vacas, los bueyes, las cabras, los perros. Los mantuvimos a raya, prohibiendo que se les vendieran alimentos o agua fresca, negándoles las medicinas. Atrapados en los fangales del Tannes menguante, bebían cerveza tibia de botella y agua estancada del río. Recuerdo contemplarlos desde lo alto de Les Marauds: aquellas siluetas encorvadas y taciturnas alrededor de sus fogatas nocturnas, y el lamento desgarrador de alguien —una mujer o un niño, creo— que cruzaba la negrura de las aguas.

Algunos vecinos, débiles de espíritu —Narcisse entre ellos—, comenzaron a balbucear sobre la caridad cristiana. Sobre la compasión. Pero usted se mantuvo firme como una roca. Usted sabía bien cuál era el deber.

Durante la misa leyó en voz alta los nombres de aquellos que flaqueaban en colaborar. Muscat —el viejo Muscat, el padre de Paul— les prohibió el paso a su café hasta que entraron en razón. Por las noches estallaban peleas a garrotazos entre los del río y la gente del pueblo. Hubo sacrilegios en la iglesia. Pero usted no dio su brazo a torcer.

Un amanecer los vimos intentar arrastrar sus barcazas a pulso por los lodazales hacia la corriente abierta. El fango era espeso y se hundían hasta los muslos, resbalando sobre las piedras limosas. Unos tiraban atados a las barcas con maromas; otros empujaban desde la popa. Al vernos apostados observándolos, algunos nos lanzaron maldiciones con voces roncas y desgarradas. Sin embargo, pasaron dos semanas más antes de que se marcharan para siempre, dejando tras de sí los cascos desfondados de sus naves. Un fuego fortuito, dijo usted, padre mío: un rescoldo desatendido por el borracho y la fulana que habitaban aquella barcaza, y las llamas propagándose en el aire seco

y cargado de electricidad hasta que el río entero pareció arder en una danza roja. Un lamentable accidente.

Hubo habladurías en el pueblo; siempre las hay. Decían que sus sermones habían encendido la mecha; miraban de soslayo al viejo Muscat y a su muchacho, tan oportunamente situados para verlo y oírlo todo pero que, aquella noche aciaga, no habían visto ni oído absolutamente nada. Con todo, la sensación general fue de inmenso alivio. Y cuando llegaron las lluvias del invierno y el Tannes recuperó su caudal bravo, hasta los pecios calcinados quedaron sepultados bajo las aguas.

Esta mañana he vuelto a bajar por allí, padre. Ese rincón me obsesiona. Apenas ha cambiado en veinte años: se respira en el ambiente una quietud taimada, una tensa espera. Las cortinas de las ventanas mugrientas se mueven a mi paso. Me parece percibir un rumor sordo y constante de risas burlonas flotando en el silencio. ¿Tendré la fuerza suficiente, padre? A pesar de todas mis buenas intenciones, ¿acabaré fracasando?

Tres semanas. Llevo ya tres semanas de penitencia en este desierto. Debería sentirme purificado de dudas y flaquezas. Sin embargo, el miedo persiste. Anoche soñé con ella. No fue un sueño de deleite carnal, sino de una amenaza incomprensible. Es ese desorden vital que trae consigo, padre, lo que me desquicia los nervios. Ese descaro salvaje.

Joline Drou me asegura que la hija es idéntica: corre asilvestrada por Les Marauds y habla de rituales y supersticiones. Joline me dice que la niña jamás ha pisado un templo ni ha aprendido a rezar una sola oración. Cuando le habla de la Pascua y de la Resurrección, la chiquilla le responde con un galimatías insensato de patrañas paganas. Y ahora ese festival sacrílego: hay un cartel en el escaparate de cada comercio. Los niños están enloquecidos de expectación.

—Déjelos que disfruten, señor cura; solo se es joven una vez —me suelta Georges Clairmont con paternal condescendencia. Su esposa me mira con fingida inocencia por debajo de sus cejas depiladas: —Bueno, no veo qué daño real puede hacer —añade con una sonrisita meliflua—. Cualquier cosa que refuerce el mensaje de la Pascua…

La verdad inconfesable es que su propio hijo ha mostrado interés por el festejo.

Ni me molesto en intentar hacerlos entrar en razón. Clamar contra una fiesta para niños equivaldría a exponerme al escarnio público. Ya ha llegado a mis oídos que Narcisse se refiere a mí como el jefe de la «brigada antichocolate», entre risitas desleales en el café. Pero me corroe las entrañas: que utilice la mayor solemnidad de la Iglesia para burlarse de ella… para destruirme a mí. Ya he puesto en entredicho mi autoridad; no me atrevo a tensar más la cuerda.

Y mientras tanto, su ponzoña se propaga sin descanso. En parte se debe al local en sí: mitad café, mitad confitería, destila una atmósfera de calidez cómplice, de confidencias al oído. A los pequeños les encantan esas figuritas de chocolate a precios de propina. A los mayores los seduce ese halo de pecado venial, de secretos susurrados, de agravios compartidos al calor de una taza humeante. Varias familias han empezado a encargar una tarta de chocolate para el almuerzo de los domingos; los veo desfilar con sus cajas primorosas atadas con lazos tras salir de misa. Jamás se había consumido tanto chocolate en Lansquenet-sous-Tannes.

Ayer mismo, Denise Arnauld estaba comiendo —¡comiendo!— dentro del mismísimo confesionario. Podía oler el aliento dulce y empalagoso a través de la rejilla, pero tuve que morderme la lengua para preservar el sigilo sacramental.

—Bendígame, padre, porque he pecado…

Oía claramente cómo masticaba, esos chasquidos viscosos de la saliva contra los dientes. Escuché con una cólera sorda una retahíla de faltas insignificantes a las que apenas presté atención, mientras la fragancia a cacao se tornaba más punzante y sofocante en el encierro del cubículo por momentos. Su voz sonaba pastosa por culpa del dulce, y sentí cómo mi propia boca se hacía agua contra mi voluntad. Al final no pude contenerme.

—¿Está usted comiendo algo? —espeté.

—No, padre —su tono fue de fingida indignación—. ¿Comiendo? ¿Por qué iba a comer?

—Estoy seguro de que la oigo mascar. —Ni me molesté en moderar el tono: me incorporé a medias en la penumbra del cubículo, aferrándome a la repisa de madera—. ¿Por quién me toma? ¿Por imbécil?

Una vez más me pareció oír el chasquido líquido de la lengua contra el paladar, y la furia me cegó por completo:

—La estoy oyendo con toda claridad, señora —le espeté con aspereza—. ¿O acaso se figura que además de invisible es inaudible?

—Padre, le juro que yo…

—¡Silencio, señora Arnauld, antes de cometer perjurio en sagrado! —bramé fuera de mí.

Y de golpe cesó el olor a chocolate; no hubo chasquidos, únicamente un grito ahogado de pavor herido y un ajetreo frenético de pasos mientras la mujer huía a la carrera del confesionario, con sus tacones resbalando sobre el entarimado del templo.

A solas en la oscuridad del cajón intenté recuperar el rastro del aroma, el chasquido, la certeza absoluta que había creído tener, la justificada indignación de mi celo pastoral. Pero a medida que las sombras me envolvían, oliendo únicamente a cera fría y a humo de incienso sin el menor vestigio de cacao, me tambaleé invadido por la duda. De pronto me golpeó el patético absurdo de la escena y me doblé en dos, sacudido por un ataque de risa convulsiva, tan imprevisto como aterrador. Me quedé temblando, empapado en un sudor gélido, con las tripas revueltas. La repentina certeza de que ella sería la única persona en el mundo capaz de comprender el humor atroz de la situación me provocó otra sacudida incontrolable, obligándome a suspender las confesiones con la excusa de una indisposición pasajera. Caminé con paso vacilante hasta la sacristía bajo la mirada perpleja de varios feligreses. Debo andar con más tiento: las malas lenguas no perdonan en Lansquenet.

Desde entonces reina una calma tensa. Atribuyo mi arrebato en el confesonario a unas décimas de fiebre que desaparecieron durante la noche. Al menos no se ha vuelto a repetir semejante bochorno. Por precaución he recortado todavía más mi magra cena para evitar las perturbaciones digestivas

que pudieran estar detrás de estos desvaríos. Aun así percibo una extraña zozobra —casi una expectación eléctrica— flotando en el aire. El vendaval ha aturdido a los chiquillos, que planean por la plaza con los brazos en cruz llamándose a gritos como pájaros salvajes. Los adultos también parecen volubles, oscilando con nerviosismo de un extremo a otro. Las mujeres hablan con voces demasiado altas y se callan de golpe, incómodas, en cuanto cruzo a su lado; algunas están al borde del llanto; otras se muestran insolentes. Esta mañana intenté dirigirle la palabra a Joséphine Muscat mientras limpiaba una mesa fuera del café, y esa mujer taciturna y gris me lanzó una sarta de veneno, con los ojos echando chispas y la voz trémula de rabia:

—¡No me dirija la palabra! —escupió entre dientes—. ¿Es que no ha hecho ya bastante daño?

Guardé las formas y no me rebajé a contestar por no dar pie a un escándalo callejero. Pero ha cambiado: se ha endurecido por dentro; la flojera apática de su rostro ha dado paso a una suerte de odio reconcentrado. Otra adepta más para las filas enemigas.

¿Por qué no son capaces de verlo, padre? ¿Por qué no comprenden lo que esa mujer nos está haciendo? Destruye nuestro sentido de comunidad, nuestra rectitud moral. Explota lo más bajo y endeble de nuestros corazones secretos. Se gana un afecto y una lealtad que —¡Dios me perdone!— soy lo bastante miserable para envidiar. Predica una parodia hedionda de benevolencia, de tolerancia y de piedad hacia esos parias del río, mientras la corrupción cala hondo en las conciencias.

El diablo no se abre paso mediante la maldad flagrante, padre, sino a través de la debilidad. Usted lo sabe mejor que nadie. Sin la firmeza y la pureza de nuestras convicciones, ¿qué nos queda? ¿Qué seguridad tenemos? ¿Cuánto tardará la podredumbre en alcanzar a la propia Iglesia? Ya hemos visto con qué rapidez avanza la gangrena. Mañana exigirán misas laicas abiertas a cualquier disparate esotérico, abolirán el sacramento de la confesión por considerarlo punitivo, ensalzarán el culto al ego, y antes de que se den cuenta todas sus modas liberales y bienintencionadas habrán pavimentado de manera irrevocable el ancho camino hacia el infierno.

Resulta irónico, ¿verdad? Hace una semana todavía me atormentaban las dudas sobre mi propia fe. Demasiado ensimismado para ver las señales del peligro. Demasiado blando para cumplir con mi deber. Sin embargo, las Sagradas Escrituras son diáfanas al respecto: la cizaña y el trigo no pueden convivir en paz. Cualquier labrador de esta tierra sabría decirle exactamente lo mismo.

CAPÍTULO 21 — MIÉRCOLES, 5 DE MARZO

❖ · ❖ · ❖

Luc volvió hoy a la tienda para encontrarse con Armande. Se le ve mucho más seguro de sí mismo, aunque todavía tartamudea con cierta fuerza; se relaja lo bastante como para soltar algún que otro chiste discreto, tras el cual sonríe con un asomo de sorpresa, como si el papel de gracioso fuera para él un territorio inexplorado. Armande estaba pletórica: había cambiado su sombrero de paja negra por un pañuelo de seda tornasolada. Llevaba las mejillas encendidas como manzanas rojas, aunque sospecho que ese rubor, al igual que el brillo inusual de sus labios, se debía más al artificio del colorete que a un arrebato de vitalidad natural.

En un lapso asombrosamente breve, abuela y nieto han descubierto que tienen más cosas en común de lo que ninguno de los dos llegó a sospechar; lejos de la presencia castradora de Caro, ambos se muestran extraordinariamente desenvueltos. Cuesta trabajo creer que hasta hace apenas una semana apenas se saludaban de pasada con una inclinación de cabeza. Ahora se percibe entre ellos una complicidad vibrante, un tono confidente, una cercanía íntima. Política, música, ajedrez, religión, rugby, poesía… revolotean de un tema a otro sin descanso, como sibaritas ante un bufé exquisito que no soportaran dejar un solo manjar sin catar. Armande despliega ante el muchacho todo el magnetismo arrollador de su ingenio: a ratos vulgar, luego erudita, seductora, traviesa, solemne y sabia.

No cabe la menor duda: esto es pura y llana seducción.

Esta vez fue Armande quien se percató de la hora:

—Se está haciendo tarde, muchacho —dijo con brusquedad—. Ya es hora de que vayas volviendo a casa.

Luc se interrumpió a mitad de una frase, con un gesto de cómica contrariedad:

—N-no me había dado cuenta de que fuera tan t-tarde. —Vaciló unos segundos, como si le doliera marcharse—. Supongo que d-debería irme —añadió sin entusiasmo—. Si llego tarde, m-mi madre va a ponerse histérica. O a montarme un n-número. Ya sabes c-cómo se las gasta.

Con gran inteligencia, Armande ha evitado poner a prueba la lealtad del chico hacia Caro, limitando sus comentarios mordaces al mínimo imprescindible. Ante esta confidencia velada, le dedicó una de sus sonrisas más malévolas:

—Vaya si lo sé —dijo—. Dime una cosa, Luc: ¿nunca te han dado ganas de rebelarte un poco? —Sus ojos desprendían una luz veraniega y burlona —. A tu edad deberías estar haciendo locuras: dejarte el pelo largo, escuchar música estridente, seducir a las chicas o cualquier disparate por el estilo. De lo contrario, te va a costar un triunfo aguantarte a ti mismo cuando cumplas los ochenta.

Luc sacudió la cabeza con firmeza:

—Demasiado arriesgado —repuso con sequedad—. Prefiero s-seguir vivo.

Armande soltó una carcajada encantada:

—¿Nos vemos la semana que viene, entonces?

Esta vez el chico se inclinó y le dio un beso suave en la mejilla:

—¿El m-mismo día?

—Por mí, perfecto. —Armande sonrió con picardía—. Mañana por la noche celebro la fiesta de inauguración de las obras en mi casa —anunció de improviso—. Para agradecer a los chicos del río el arreglo que le han hecho al tejado. Puedes venir tú también, si te apetece.

Por un momento Luc dudó:

—Claro que si Caro fuera a poner pegas… —dejó la frase en suspenso con ironía, clavando en él su mirada viva y desafiante.

—S-seguro que puedo inventarme alguna e-excusa —reaccionó Luc, creciendo ante su burla afectuosa—. Podría estar muy b-bien.

—¡Pues claro que estará bien! —sentenció Armande con rotundidad—. Vendrá todo el pueblo. Menos Reynaud y sus beatas de coro, por descontado. —Le guiñó un ojo con malicia—. Lo cual, según mi criterio, es una ventaja indiscutible.

Una sonrisa de culpable diversión iluminó las facciones del chico:

—Beatas de coro —repitió divertido—. Abuela, e-eso tiene m-mucha gracia.

—Yo siempre tengo gracia, muchacho —repuso Armande con fingida dignidad—. A ver qué te inventas para no faltar.

Armande apuraba su chocolate y yo estaba a punto de echar el cierre cuando entró Guillaume. Apenas lo había visto en toda la semana; tenía un aspecto desaliñado, descolorido y con una mirada rota de tristeza bajo el ala de su sombrero de fieltro. Siempre meticuloso, nos saludó con su habitual y grave cortesía, pero saltaba a la vista su abatimiento. La ropa parecía colgar verticalmente de sus hombros caídos, como si ya no hubiera un cuerpo debajo para sostenerla. Sus facciones menudas mostraban una expresión desorbitada y doliente, semejante a la de un capuchino desamparado. No venía acompañado por Charly, aunque advertí de nuevo que llevaba la correa del animal enrollada con fuerza alrededor de la muñeca. Anouk lo observó con curiosidad desde la puerta de la cocina.

—Sé que están a punto de cerrar —su voz sonó contenida y milimétrica, como la de una joven esposa de soldado en una de sus añoradas películas británicas de la guerra—. No las entretendré más de un minuto.

Le serví una tacita de mi café moca más concentrado y añadí un par de sus florentinas favoritas en el plato. Anouk se encaramó a un taburete y las miró con ojos golosos.

—No tengo ninguna prisa —le aseguré.

—Yo tampoco —terció Armande con su habitual desenvoltura—, pero si prefiere hablar a solas, me pongo en camino en un santiamén.

Guillaume negó con la cabeza:

—No, por favor, faltaría más. —Esbozó una sonrisa desprovista de toda convicción—. No es nada de importancia.

Esperé a que se explicara, presintiendo ya lo que iba a decir. Guillaume tomó una florentina y le dio un mordisco maquinal, colocando la otra mano debajo para no dejar caer migajas sobre el mostrador.

—Acabo de enterrar al pobre Charly —dijo con esa voz quebradiza—. Bajo el rosal de mi huertecillo. A él le habría gustado ese rincón.

Asentí con suavidad:

—Estoy segura de que sí.

Ahora podía percibir el olor del dolor que desprendía: un aroma agrio a tierra fresca y humedad. Llevaba restos de tierra seca bajo las uñas con las que sostenía el dulce.

Anouk lo contempló muy seria:

—Pobre Charly —dijo.

Guillaume apenas pareció escucharla:

—Al final no me quedó más remedio que llevarlo —prosiguió—. Ya no podía tenerse en pie, y se quejaba en cuanto intentaba moverlo. Anoche no paró de llorar en toda la madrugada. Me quedé a su lado toda la noche, pero supe que había llegado el final. —Guillaume bajó los ojos con gesto casi de disculpa, atrapado en un duelo demasiado doloroso para ponerlo en palabras —. Sé que es una estupidez —añadió—. Solo era un perro, como bien decía el cura. Es absurdo hacer una tragedia por esto.

—¡De tontería nada! —saltó Armande de improviso—. Un amigo es un amigo. Y Charly fue uno de los mejores. No espere que Reynaud sea capaz de comprender algo semejante.

Guillaume le dedicó una mirada cargada de gratitud:

—Es muy amable de su parte decir eso. —Se volvió hacia mí—: Y usted también, señora Rocher. Trató de advertirme la semana pasada, pero yo no estaba preparado para escucharlo. Supongo que me engañaba pensando que si fingía no ver las señales, Charly lograría salir adelante para siempre.

Armande lo observó con una extraña hondura en sus pupilas negras:

—A veces, sobrevivir a cualquier precio es la peor de las condenas —comentó en voz muy baja.

Guillaume asintió:

—Debí haberlo llevado antes a la clínica —dijo—. Para haberle evitado ese final indigno. —Su sonrisa era desgarradora en su desnudez—. Al menos debí habernos ahorrado a los dos esa última noche de agonía.

No supe qué responderle. En el fondo creo que no necesitaba consuelos prefabricados: solo necesitaba hablar. Evité los tópicos de siempre y me limité a guardar silencio a su lado. Guillaume terminó la florentina y volvió a dedicarme una de sus tristes sonrisas desvaídas:

—Es espantoso —confesó—, pero tengo un hambre atroz. Siento como si llevara un mes entero sin probar bocado. Acabo de enterrar a mi mejor amigo y me comería una… —Se detuvo abochornado—. Me parece algo horriblemente culpable —dijo—. Como si estuviera comiendo carne en Viernes Santo.

Armande soltó un carraspeo sonoro y le plantó una mano firme en el hombro. A su lado parecía un pilar de piedra, rotunda y capaz:

—Usted se viene conmigo ahora mismo —ordenó—. Tengo pan crujiente, paté casero y un camembert en su punto exacto para ser devorado. ¡Ah, y Vianne! —se giró hacia mí con un ademán imperioso—: prepáreme una caja grande de esas delicias… ¿cómo las llama? ¿Florentinas? Una caja hermosa y bien surtida.

Al menos eso sí puedo proporcionarlo: un pequeño consuelo, insignificante tal vez, para un hombre que acaba de perder a su compañero más fiel.

Con disimulo, tracé con la yema del índice un signo invisible de protección y fortuna sobre la tapa de la caja.

Guillaume intentó disuadirla, pero Armande lo cortó en seco:

—¡Ni una palabra más! —No admitía réplica; su energía desbordante parecía revivir al hombrecillo a pesar suyo—. ¿O qué piensa hacer si se va a su casa? ¿Quedarse sentado a oscuras a compadecerse de sí mismo? —Sacudió la cabeza con vehemencia—. De eso nada. Hacía mucho tiempo que no invitaba a un caballero a cenar en casa. Me va a venir de perlas la compañía. Además —añadió pensativa—, hay un asunto del que quiero hablar con usted.

Armande siempre se sale con la suya: es casi una ley natural. Los contemplé a los dos mientras envolvía la caja de bombones y le anudaba unas cintas de seda plateada. Guillaume comenzaba a responder a su calidez, aturdido pero profundamente agradecido:

—Señora Voizin…

—Armande —lo corrigió tajante—. Lo de «señora» me hace sentir como una momia.

—Armande —repitió él. Era una pequeña victoria.

—Y puede ir dejando eso ahí también.

Con infinita delicadeza, Armande desenredó la correa de cuero de la muñeca de Guillaume. Su compasión era firme pero carente de toda condescendencia:

—No tiene ningún sentido cargar con lastres inútiles. Eso no va a cambiar las cosas.

Vi a Armande empujar suavemente a Guillaume hacia el quicio de la puerta. Al salir, la anciana se detuvo medio segundo y me guiñó un ojo con picardía. Una oleada súbita de inmenso cariño hacia los dos me inundó el pecho. Y salieron juntos a la noche oscura.

Horas más tarde, tendidas en la cama viendo girar despacio la bóveda celeste a través del ventanuco abuhardillado, Anouk y yo seguimos despiertas. Mi hija ha permanecido muy callada desde la visita de Guillaume, sin nada de

su alegría habitual. Ha dejado abierta la puerta divisoria entre nuestros cuartos y aguardo con un nudo en la garganta la pregunta inevitable; yo misma me la formulé infinidad de noches tras la muerte de mi madre, y sigo sin hallar respuesta. Pero la pregunta no llega. En lugar de eso, mucho después de creer que ya se había dormido, se desliza sigilosa dentro de mi cama y me desliza una manita fría entre las mías.

—¿Mamá? —Sabe de sobra que estoy despierta—. Tú no te vas a morir, ¿verdad?

Suelto una risa suave en la penumbra:

—Nadie puede prometer una cosa así, cariño —le respondo con dulzura.

—Pero no dentro de poco, ¿a que no? —insiste—. Pasarán muchísimos años.

—Eso espero.

—Ah. —Asimila mis palabras en silencio, acurrucándose tibia contra mi costado—. Nosotros vivimos mucho más tiempo que los perros, ¿verdad?

Le confirmo que sí. Otro largo silencio.

—¿Dónde crees que está Charly ahora, mamá?

Hay mentiras piadosas que podría contarle; consuelos dulces. Pero me veo incapaz de mentirle.

—No lo sé, Nanou. Me gusta pensar que volvemos a empezar. En un cuerpo nuevo que no sea viejo ni esté enfermo. O tal vez en un pájaro, o en las hojas de un árbol. Pero nadie lo sabe a ciencia cierta.

—Ah. —Su vocecita denota incertidumbre—. ¿Los perros también?

—¿Por qué no habrían de hacerlo?

Es una hermosa fantasía. A veces me descubro atrapada en ella, como una niña en su propio cuento; me sorprendo buscando los rasgos vivos de mi madre en el semblante de mi pequeña forastera.

—Entonces deberíamos buscarle el perro a Guillaume —propone Anouk con renovado entusiasmo—. Podríamos hacerlo mañana mismo. ¿Verdad que eso le haría sentirse mucho mejor?

Intento explicarle que no es tan sencillo, pero se muestra decidida:

—Podríamos recorrer todas las granjas de los alrededores para enterarnos de qué perras han tenido cachorros hace poco. ¿Crees que seríamos capaces de reconocer a Charly?

Suspiro. Debería estar acostumbrada a estos senderos tortuosos. Su convicción me recuerda tanto a mi madre que se me hace un nudo en la garganta:

—No lo sé, pequeña.

—Pantoufle lo reconocería seguro —insiste con tozudez.

—Duérmete ya, Anouk. Mañana hay colegio.

—Lo encontraría, te lo juro. Pantoufle lo ve todo.

—Chist…

Oigo cómo su respiración se acompasa al fin. Su carita dormida reposa de cara a la ventana y la luz de las estrellas dibuja destellos en sus pestañas húmedas. Ojalá tuviera una certeza absoluta que regalarle. Pero no hay certezas en este mundo. La magia en la que mi madre creyó ciegamente no logró salvarla al final; ninguno de los rituales que compartimos dejó de poder explicarse por una mera casualidad. Nada es tan simple: los naipes, las velas, los inciensos y los encantamientos no eran más que trucos infantiles para espantar la oscuridad de la noche. Y sin embargo me desgarra pensar en la decepción de Anouk. En sueños, su rostro refleja una pureza y una confianza infinitas. Me imagino a las dos mañana embarcadas en una búsqueda absurda, inspeccionando camadas de cachorros por los corrales, y el corazón se me encoge en una protesta sorda. No debí prometerle lo que no puedo cumplir…

Con sumo cuidado para no despertarla, me deslizo fuera de las sábanas. Los tablones de madera se sienten lisos y fríos bajo mis pies descalzos. La puerta chirría levemente al abrirla, pero aunque murmura algo entre sueños, Anouk

no llega a despertarse. Tengo una responsabilidad con ella; sin pretenderlo, he asumido una promesa.

Las pertenencias de mi madre siguen guardadas en su baúl de madera, envueltas en serrín de sándalo y flores secas de lavanda: sus barajas de tarot, sus hierbas, sus cuadernos, sus aceites, la tinta perfumada que empleaba para la videncia, runas, amuletos, cristales y velas de todos los colores del arcoíris. De no ser por las velas, rara vez me atrevería a abrir ese arcón: exhala un olor demasiado penetrante a esperanzas malogradas. Pero por el bien de Anouk —que tanto me recuerda a ella— supongo que debo intentarlo. Me siento un poco ridícula; debería estar descansando para encarar la faena de mañana. Pero el semblante derrotado de Guillaume me desvela y las palabras de mi hija hacen que el sueño huya de mí. Hay peligro en todo esto, me prevengo a mí misma con desesperación: recurrir a estas artes olvidadas no hace sino acentuar mi condición de extraña y poner trabas a nuestro deseo de arraigar en este pueblo.

El hábito del ritual, arrinconado durante tanto tiempo, regresa con una facilidad asombrosa. Trazar el círculo de resguardo —un vaso de agua pura, un cuenco de sal gruesa y una vela encendida sobre el suelo— resulta casi un bálsamo, un regreso a los días en que todo parecía tener una explicación sencilla. Me siento con las piernas cruzadas sobre la madera, cierro los párpados y acompaso la respiración.

A mi madre le entusiasmaban los rituales pomposos y las letanías. Yo siempre fui más esquiva: decía, entre risas, que yo era demasiado tímida. Ahora me siento extraordinariamente próxima a ella, con los ojos cerrados y el rastro de su presencia en el polvo que roza mis dedos. Tal vez por eso esta noche el trance fluye sin resistencia. Quienes nada saben de la auténtica magia se la imaginan como un despliegue de artificios teatrales. Sospecho que por eso mi madre, enamorada de la dramaturgia, montaba semejantes ceremonias. Sin embargo, el fondo de la cuestión carece por completo de drama: se reduce a enfocar la mente con una determinación absoluta hacia el objetivo deseado. No existen los milagros instantáneos ni las apariciones sobrenaturales. Puedo visualizar al perro de Guillaume con total nitidez en el lienzo de mi mente, bañado por esa luz dorada de acogida; pero ningún animal se materializa

dentro del círculo. Quizá mañana, o pasado mañana, suceda una aparente coincidencia: como aquella silla naranja o los taburetes rojos que imaginamos el primer día. O quizá no ocurra absolutamente nada.

Al mirar el reloj que he dejado sobre las tablas comprendo que son casi las tres y media de la madrugada. Debo de haber permanecido aquí mucho más tiempo del previsto, pues la vela languidece casi consumida y tengo las piernas entumecidas por el frío. Y sin embargo la inquietud se ha disipado, dejándome un sosiego reparador, una plenitud que apenas alcanzo a comprender.

Me meto de nuevo en la cama —Anouk ha extendido sus dominios, adueñándose de las almohadas con los brazos abiertos— y me acurruco bajo el calor de las mantas. Mi pequeña y exigente forastera quedará satisfecha. Al sumergirme mansamente en el sueño, por un instante fugaz me parece escuchar la voz de mi madre, muy cerca de mi oído, susurrando en la penumbra.

CAPÍTULO 22 — VIERNES, 7 DE MARZO

❖ · ❖ · ❖

Los gitanos del río se marchan. Esta mañana temprano pasé junto a Les Marauds y ya estaban preparándolo todo para zarpar: apilando las nasas de pesca y descolgando sus interminables cuerdas de ropa tendida. Algunos levaron anclas anoche mismo, al amparo de la oscuridad; escuché el aullido estridente de sus bocinas y silbatos rasgando la noche como un último desafío, mientras los más supersticiosos aguardaban la primera claridad del alba. Eran poco más de las siete cuando crucé por allí. En la penumbra grisácea y descolorida del amanecer semejaban refugiados de guerra: pálidos, demacrados, amarrando con gesto hosco los últimos fardos de su circo flotante. Lo que anoche relucía como un carnaval mágico y deslumbrante no era ahora más que un campamento deslucido y gris, despojado de todo encanto. Una peste persistente a combustión y a gasóleo flota sobre la niebla matinal. Se oye el flamear sordo de las lonas y el traqueteo asmático de los primeros motores. Casi ninguno se digna a mirarme: continúan con sus faenas con los labios apretados y las miradas encendidas de recelo. Nadie articula una palabra.

No veo a Roux entre los rezagados. Tal vez partiera con los primeros que se hicieron a la corriente. Quedan todavía unas treinta barcazas sobre las aguas, con las proas hundidas bajo el peso de los enseres acumulados. La muchacha Zézette se afana junto a los restos calcinados de un casco destrozado, trasladando trozos renegridos de despojos irreconocibles a su propia barca. Una jaula con gallinas descansa en un precario equilibrio sobre

un colchón chamuscado y una caja de revistas viejas. Me lanza una mirada cargada de puro odio, pero no abre la boca.

No crea que soy insensible ante la suerte de esta gente, padre mío. No abrigo ningún rencor personal contra ellos; sin embargo, tengo el deber sagrado de velar por mi propia grey. No puedo malgastar mis energías predicando a extraños que solo me devolverían burlas e insolencias. Y sin embargo no soy un hombre inaccesible: cualquiera de ellos habría sido recibido con los brazos abiertos en mi iglesia si su arrepentimiento hubiera sido sincero. Si necesitan consuelo o guía espiritual, bien saben que pueden acudir a mí.

Anoche dormí fatal. Desde que comenzó la Cuaresma mis noches son un tormento continuo. A menudo abandono el lecho a deshoras esperando encontrar el sosiego en las páginas de un libro, o recorriendo las calles silenciosas y dormidas de Lansquenet, o paseando por la ribera del Tannes. Anoche me sentía más desasosegado que de costumbre, y sabiendo que no pegaría ojo, salí de casa a las once de la noche para dar una caminata de una hora junto a la corriente.

Rodeé Les Marauds y el campamento de las barcazas y me interné por los campos río arriba, aunque el bullicio de su algarabía me seguía llegando con toda nitidez a mis espaldas. Al mirar hacia abajo distinguí las hogueras prendidas en la orilla y siluetas humanas bailando recortadas contra el resplandor anaranjado de las brasas. Consulté mi reloj y comprobé que llevaba casi una hora andando; di media vuelta para desandar el camino. No tenía intención de pasar por Les Marauds, pero regresar cruzando de nuevo los campos abiertos me habría supuesto media hora más de marcha, y me sentía embotado y mareado por el cansancio. Peor aún: la combinación del aire gélido de la noche y la falta de sueño había despertado en mí un hambre voraz, casi dolorosa, que bien sabía yo que mi magro desayuno de café solo y mendrugo de pan no lograría saciar.

Fue por esa debilidad por lo que bajé hacia Les Marauds, padre: mis botas pesadas hundiéndose en la greda viscosa de la orilla y mi aliento condensándose con el resplandor de sus fogatas. Muy pronto estuve lo bastante cerca como para distinguir lo que ocurría. Habían montado una auténtica fiesta. Vi

farolillos de colores y velas encendidas pegadas a los costados de las barcazas, lo que confería a aquel festejo pagano un insólito aire devocional. Un aroma delicioso a leña quemada y a sardinas asadas a la brasa; y por debajo de todo ello, el perfume amargo y punzante del chocolate de Vianne Rocher cruzando las aguas. Debí haber imaginado que ella estaría allí: de no ser por su intromisión, los gitanos se habrían marchado hace mucho tiempo.

Pude verla en el embarcadero que queda bajo la casa de Armande Voizin: su largo abrigo rojo y su melena suelta le conferían un aspecto asombrosamente pagano en medio de las llamas. Por un segundo se volvió en mi dirección y vi brotar una llamarada azulada de sus manos abiertas: una llamarada viva que ardía entre sus dedos, bañando los rostros circundantes de un fulgor violáceo…

Por un instante me quedé paralizado de puro espanto. Visiones demenciales —sacrificios arcanos, misas negras, ofrendas de carne viva a algún dios sanguinario y primitivo— estallaron en mi cerebro y a punto estuve de huir despavorido, tropezando en el fango y estirando los brazos para no caer de bruces sobre las zarzas espinosas que me servían de parapeto. Luego vino el alivio. Un alivio inmenso, la comprensión inmediata y una vergüenza ardiente ante mi propio y ridículo extravío cuando ella se dio la vuelta y el fuego languideció entre sus manos:

—¡Madre de Dios! —Las rodillas casi se me doblan por la intensidad del sobresalto—. Panqueques. Crepes flambeados… Eso era todo.

Ahora me reía a solas, jadeando al borde de la histeria. Me dolía el estómago vacío y me clavé los puños en las entrañas para evitar que la risa se me desbordara a carcajadas. Mientras observaba desde las sombras, la vi encender otra torre de crepes y servirlos con pericia directamente de la sartén, con llamaradas líquidas corriendo de plato en plato como el fuego de San Telmo.

Crepes. A este estado me han reducido, padre. Oyendo voces y viendo prodigios que solo existen en mi mente afiebrada. Esto es lo que esa mujer me ha hecho, ella y sus compinches del río. Y sin embargo parece tan cándida… Su semblante es radiante, lleno de dicha. El timbre de su voz flotando sobre la

corriente —su risa entrelazada con la de los demás— resulta seductor, vibrante de afecto y de gracia. Me descubro preguntándome cómo sonaría mi propia voz en medio de ese coro, cómo resonaría mi risa fundida con la suya; y la noche se vuelve de pronto infinitamente solitaria, gélida y vacía.

«¡Ojalá pudiera!», pensé de repente. Salir de mi escondite y unirme a ellos. Comer, beber… La idea del alimento se convirtió de golpe en un mandato delirante, haciéndoseme la boca agua con amarga envidia. Atracarme de crepes calientes, calentarme junto a las brasas y buscar el abrigo del fulgor dorado de su piel.

¿Es esto la tentación, padre mío? Me consuelo diciéndome que logré resistirla, que mi temple interior salió victorioso; que mi plegaria desesperada —*«por favor, Dios mío, por favor, sálvame»*— fue una súplica de redención y no un aullido de deseo reprimido.

¿Sintió usted esto mismo alguna vez? ¿Rezaba usted en sus noches oscuras? Y cuando sucumbió aquel día aciago en la cancillería, ¿fue el placer tan ardiente y reconfortante como la hoguera de unos gitanos, o se quebró en un sollozo seco de puro agotamiento, en un alarido sordo sepultado en las tinieblas?

No debí haberlo juzgado con tanta dureza. Ningún hombre —ni siquiera un sacerdote consagrado— puede contener la marea viva para siempre. Yo era demasiado joven entonces para comprender la desgarradora soledad de la tentación o el sabor a hiel de la envidia. Era apenas un muchacho, padre. Lo idolatraba. No fue tanto la bajeza del acto en sí —ni la persona con quien lo cometió— sino la aterradora revelación de que usted era vulnerable al pecado. Incluso usted, padre mío. Y al comprender aquello comprendí que nada en este mundo estaba a salvo. Nadie. Ni siquiera yo mismo.

No sé cuánto tiempo permanecí inmóvil espiándolos, padre. Demasiado, sin duda, porque cuando intenté moverme tenía las manos y los pies completamente insensibles. Distinguí a Roux en medio del gentío, y a sus inseparables Blanche y Zézette; a Armande Voizin, a Luc Clairmont, a Narcisse, al árabe de cabeza rapada, a Guillaume Duplessis, a la muchacha de los tatuajes y a la mujer gruesa del pañuelo verde. Incluso los niños —en su mayoría críos del río, pero también Jeannot Drou y, cómo no, Anouk Rocher— correteaban

por allí: algunos medio dormidos en mantas, otros bailando descalzos junto a la orilla, devorando salchichas asadas envueltas en tortas gruesas de cebada o bebiendo limonada caliente con jengibre. Mis sentidos parecían agudizados hasta el delirio, de tal modo que casi podía saborear cada bocado: el pescado dorado sobre el rescoldo, el queso de cabra fundido, los crepes dorados, el bizcocho tierno de chocolate caliente, el confit de pato y las salchichas especiadas. Escuchaba la risa de Armande alzándose sobre el murmullo general: una risotada aguda como la de una niña agotada de jugar. Reflejadas en el agua, las velas y los farolillos semejaban luces de Navidad.

Al principio tomé el alarido de alarma por una broma de la fiesta: un grito agudo que parecía una risotada o un chillido histérico. Por un segundo temí que algún chiquillo hubiera caído al río. Entonces vi el fuego.

Brotó en una de las barcazas amarradas más cerca de la orilla, a escasa distancia de los invitados. Pudo haber sido un farol volcado, una colilla mal apagada o una vela goteando cera ardiendo sobre un rollo de lona seca. Fuera lo que fuese, se propagó con una rapidez fulminante. En un segundo las llamas lamían el techo de la cabina; al siguiente ya cubrían la cubierta entera. El fuego comenzó con ese tono azulado y etéreo de los crepes flambeados, pero fue cobrando fuerza al extenderse hasta tornarse del naranja furioso de un pajar ardiendo en una noche canicular de agosto.

El hombre pelirrojo, Roux, fue el primero en reaccionar. Supuse que se trataba de su propia barcaza. Apenas había cambiado el color de las llamas cuando ya estaba en pie, saltando de una embarcación a otra en dirección al fuego. Una de las mujeres le gritó angustiada, pero él ni se volvió. Se mueve con una agilidad felina asombrosa: cruzó dos barcas en menos de treinta segundos, tironeando de las amarras que las unían para soltarlas y apartando de una patada cada nave liberada para evitar el contagio. Vi a Vianne Rocher observando inmóvil con las manos abiertas; los demás formaban un círculo mudo y aterrado en el embarcadero. Las barcazas que habían quedado desamarradas se alejaban corriente abajo balanceándose sobre el agua revuelta.

La nave de Roux estaba ya sentenciada: pedazos de rescoldos negros ascendían en una columna de aire abrasador sobre el río. Pese a todo lo vi

aferrar un trozo de lona semicarbonizada e intentar sofocar el fuego a golpes ciegos, pero el calor era insoportable. Una pavesa prendió en sus pantalones vaqueros y otra en su camisa; soltó la lona y las apagó con las palmas de las manos desnudas. Intentó una vez más alcanzar el camarote cubriéndose la cara con el antebrazo; lo oí soltar una maldición desgarrada en su dialecto cerrado. Armande le gritaba desesperada desde la orilla, con una voz rota de angustia. Alcancé a oír algo sobre bidones de gasolina.

Sentí una punzada de miedo y una exaltación feroz que me arañaba las entrañas con una dulzura siniestra y nostálgica. Se parecía tanto a aquella otra noche… el olor a goma quemada, el rugido gutural de las llamas, los reflejos encendidos en el agua… Casi hubiera podido jurar que volvía a ser un muchacho, que usted seguía siendo el párroco al frente de todo y que ambos quedábamos absueltos por algún milagro de toda culpa.

Diez segundos después, Roux se arrojó al río desde la borda en llamas. Lo vi nadar de vuelta con brazadas desesperadas. El depósito de combustible no reventó hasta varios minutos más tarde, y cuando lo hizo fue con un estampido sordo y apagado, sin los fuegos artificiales que yo aguardaba con morbosa expectación. Por unos instantes el hombre desapareció de mi vista, oculto tras las lenguas de fuego que flotaban veloces sobre la superficie del agua. Me puse en pie, olvidando por completo el miedo a ser descubierto, estirando el cuello para vislumbrarlo entre el humo. Creo que recé una oración por su vida.

Ya lo ve, padre: no estoy desprovisto de piedad. Temí de veras por él. Vianne Rocher se había metido ya en el agua, hundiéndose hasta la cintura en el fango del río con su abrigo rojo empapado hasta los sobacos, resguardándose los ojos con la mano para escudriñar la negrura de la corriente. A su lado gritaba Armande, sonando vieja y desesperada. Y cuando finalmente lo arrastraron a salvo hasta el muelle de madera, chorreando agua y tosiendo, sentí un alivio tan descomunal que las piernas se me vencieron y caí de rodillas en el barro en actitud de plegaria.

Pero la dicha de ver arder su campamento… eso fue glorioso, como un rescoldo vivo de mi infancia; el éxtasis secreto de contemplarlo a oscuras, de saber… En medio de las sombras me sentí poderoso, padre mío: sentí que

en cierto modo yo mismo había desencadenado aquello —el fuego, el caos, el milagroso rescate del hombre—; que con mi sola presencia en la orilla había provocado la recreación exacta de aquel lejano verano de mi juventud. No un milagro divino, desde luego; nada tan tosco como eso. Sino una señal. Una señal inequívoca del cielo.

Regresé a casa en silencio, pegándome a las sombras protectoras de las tapias. En medio de aquel tropel de curiosos que bajaban a la carrera, de niños que lloraban y adultos desencajados que se tomaban de las manos frente al río en llamas como figuras atónitas de un cuento siniestro, un hombre solitario podía deslizarse con total facilidad sin llamar la atención. Un hombre… o dos.

Me topé con él en cuanto alcancé la cima de la colina.

Estaba jadeando y sudando a mares; tenía la cara roja como un pimiento por el esfuerzo y los cristales de las gafas manchados de grasa y vaho. Llevaba las mangas de su camisa de franela a cuadros arremangadas por encima de los codos, y bajo el resplandor cobrizo del incendio lejano su piel parecía dura y enrojecida como madera de cedro pulida. No mostró la menor sorpresa al verme aparecer: se limitó a sonreír con descaro. Una sonrisa boba y ladina, semejante a la de un pilluelo sorprendido en falta por un padre complaciente.

Percibí con toda claridad que apestaba a gasolina.

—Buenas noches, señor cura.

No me atreví a responderle ni con un gesto de la cabeza, como si al hacerlo me viera forzado a reconocer una complicidad de la que mi silencio pudiera eximirme. Agaché la frente como un socio vergonzante y apreté el paso sin mirar atrás. A mis espaldas sentí cómo Muscat clavaba sus ojos en mí, con la cara brillante de sudor y de reflejos; pero cuando por fin me atreví a volver la vista, ya se había esfumado en la oscuridad.

Una vela goteando cera sobre un trapo seco. Una colilla arrojada al agua que rebota sobre una pila de leña reseca. Uno de sus farolillos de papel ardiendo por descuido y derramando cenizas incandescentes sobre la cubierta.

Cualquier cosa pudo haber prendido la mecha.

Cualquier cosa en absoluto.

CAPÍTULO 23 — SÁBADO, 8 DE MARZO

Esta mañana pasé de nuevo a ver a Armande. Estaba sentada en su mecedora en la penumbra de su salón de techos bajos, con uno de sus gatos desparramado plácidamente sobre el regazo. Desde la noche del incendio en Les Marauds tiene un aspecto quebradizo y obstinado a la vez: su rostro redondo de manzana de invierno parece replegarse lentamente sobre sí mismo, devorados los ojos y los labios por una maraña de arrugas profundas. Vestía una bata gris de andar por casa sobre sus habituales medias negras de lana basta y llevaba el pelo cano suelto, sin trenzar.

—Ya habrás visto que se han marchado —dijo con voz apagada, casi indiferente—. No queda una sola barcaza en el río.

—Lo sé.

Al bajar la cuesta hacia Les Marauds su ausencia sigue provocándome una punzada de extrañeza, semejante al cerco amarillento y marchito que deja en la hierba el solar donde estuvo plantada la carpa de un circo ambulante. Solo permanece el casco calcinado del barco de Roux: un esqueleto de maderas renegridas empapadas de agua a escasos palmos de la superficie, recortándose con crudeza contra el cieno del río.

—Blanche y Zézette han atracado un poco más abajo, corriente abajo. Me prometieron que se dejarían caer hoy a lo largo del día para ver cómo marcha todo.

Armande comenzó a recogerse la larga melena gris en su trenza de costumbre. Sus dedos se movían rígidos y torpes, como sarmientos secos.

—¿Y Roux? ¿Cómo está?

—Rabioso. —Y con toda la razón del mundo. Sabe de sobra que el fuego no fue ningún descuido fortuito; sabe que no tiene pruebas para demostrarlo y sabe que, de tenerlas, de nada le servirían en este pueblo. Blanche y Zézette le ofrecieron un rincón en su abarrotada barcaza, pero él se negó en redondo. Las obras de la casa de Armande siguen a medio hacer, dijo con aspereza: primero tiene que rematar la faena. Yo misma no he vuelto a cruzar palabra con él desde la madrugada del incendio. Lo vi una sola vez, de pasada, en la orilla del río, quemando desperdicios abandonados por los otros nómadas. Se le veía hosco e impenetrable, con los ojos enrojecidos por el humo, negándose a responder cuando le dirigí la palabra. Se le quemó parte del pelo durante el rescate y se ha rapado el resto a trasquilones desiguales, de tal suerte que ahora parece una cerilla recién encendida.

—¿Qué piensa hacer ahora?

Armande se encogió de hombros:

—No lo sé a ciencia cierta. Me da la espina de que ha estado durmiendo en una de las casas abandonadas que hay al final del camino. Anoche le dejé un plato con comida en el escalón de la puerta y esta mañana ya no estaba. Quise darle dinero en mano, pero no consiente en aceptar un céntimo. —Tiró con irritación del extremo de su trenza—. Un chiquillo terco y orgulloso como él solo. ¿De qué demonios me sirve a mí todo ese dinero a mi edad? Mejor dárselo a él que dejárselo a la ralea de los Clairmont. Conociéndolos, seguro que acaba en el cepillo de limosnas de Reynaud de todos modos. —Soltó un resoplido de mofa—. Cabezonería pura, eso es lo que es. Hombres pelirrojos… ¡Dios nos libre! No hay quien les haga entrar en razón. —Sacudió la cabeza con mal humor—. Ayer se largó hecho una furia y no he vuelto a saber de él.

Sonreí a mi pesar:

—Hacen una buena pareja —le dije—. Son tan testarudos el uno como el otro.

Armande me clavó una mirada de fingida indignación:

—¿Yo? —exclamó—. ¿Me está comparando a mí con ese insolente cabeza de zanahoria?

Entre risas, retiré lo dicho:

—A ver si consigo dar con él —le prometí.

No logré encontrarlo, a pesar de que pasé cerca de una hora recorriendo las márgenes del Tannes. Ni siquiera las artes adivinatorias de mi madre me sirvieron para dar con su rastro. En cambio, sí descubrí el cubil donde pasa las noches: una vivienda ruinosa no muy lejos de la de Armande, una de las menos desvencijadas de aquella hilera de escombros. Las paredes sudan humedad a chorros, pero la planta alta parece aguantar firme y varios ventanales conservan todavía los cristales. Al pasar por delante advertí que la puerta había sido forzada y que quedaban rescoldos recientes en la chimenea del cuarto principal. Había más huellas de ocupación: un fardo de lona embreada rescatado del fuego, una pila de leña recogida del río y tres o cuatro muebles desvencijados, abandonados sin duda por carecer de valor alguno. Llamé a Roux por su nombre, pero nadie respondió.

A las ocho y media tenía que abrir La Praline, de modo que suspendí la búsqueda. Roux daría la cara cuando lo creyera oportuno. Guillaume Duplessis me aguardaba ya apostado ante la fachada de la confitería, a pesar de que la puerta no estaba cerrada con llave.

—Podías haber entrado a esperar al calor —le reproché con cariño.

—¡Oh, no! —su expresión mostraba una seriedad burlona—. Habría sido tomarme una confianza indebida.

—Aprende a vivir peligrosamente —le recomendé entre risas—. Pasa y prueba una de mis nuevas *religieuses*.

Sigue pareciendo mermado desde la muerte de Charly: encogido por debajo de su estatura normal, con su rostro de niño viejo arrugado y entris-

tecido por la pena. Sin embargo, conserva intacto su sentido del humor: una ironía melancólica y lúcida que lo pone a salvo de la autocompasión. Esta mañana venía desbordante de comentarios sobre lo acaecido a la gente del río.

—Ni una sola palabra del señor cura en la misa de esta mañana —afirmó mientras yo servía el chocolate caliente de la cafetera de plata—. Ni ayer ni hoy. Ni una sola mención en el sermón.

Reconocí que, teniendo en cuenta la obsesión de Reynaud con la comunidad fluvial, semejante mutismo resultaba desconcertante.

—A lo mejor sabe algo que no le está permitido revelar —apuntó Guillaume con voz queda—. Ya sabe: el sigilo sacramental de la confesión.

Me contó que había visto a Roux conversando con Narcisse a las puertas de sus viveros. Quizás Narcisse pudiera ofrecerle un empleo como peón. Ojalá fuera así.

—Suele contratar braceros de vez en cuando, ya sabe usted —explicó Guillaume—. Es viudo y no tuvo descendencia. No hay nadie para llevar las tierras salvo un sobrino que vive en Marsella. Y en verano, cuando aprieta la faena, le da igual a quién meter en los campos: con tal de que sean formales trabajando, le tiene sin cuidado si pisan la iglesia o no. —Guillaume esbozó una tenue sonrisa, como acostumbra cuando está a punto de soltar una reflexión atrevida—: A veces me pregunto si Narcisse no será mejor cristiano, en el sentido más puro de la palabra, que yo mismo, que Georges Clairmont o que el mismísimo párroco. —Tomó un sorbo de chocolate—. Al fin y al cabo, Narcisse ayuda de verdad —añadió muy serio—. Da trabajo a quien necesita ganar cuatro perras. Deja que acampen en sus tierras si hace falta. Todo el pueblo sabe que convivió con su asistenta durante años y solo pisa el templo para hacer negocios con los clientes, pero al menos echa una mano al que lo necesita.

Destapé la fuente de cristal y deposité un pastelillo en su plato:

—No creo que existan buenos o malos cristianos —le respondí—. Solo existen buenas o malas personas.

Guillaume asintió y tomó el dulce entre el índice y el pulgar:

—Puede ser.

Se hizo un silencio prolongado. Me serví una copa para mí, con un chorrito de licor de avellana y virutas crocantes. El aroma es denso e intoxicante, semejante a una pila de leña expuesta al sol del otoño tardío. Guillaume saboreó su dulce con morosa fruición, rebañando las motas del plato con la yema humedecida del dedo:

—En ese caso, todo lo que he creído a lo largo de mi vida… sobre el pecado, la expiación y la mortificación de la carne… usted diría que nada de eso tiene sentido, ¿verdad?

Sonreí ante su gravedad:

—Yo diría que has estado charlando con Armande —le dije con suavidad —. Y también diría que tanto ella como tú tienen pleno derecho a creer en lo que deseen. Siempre y cuando eso los haga felices.

—Vaya… —Me observó con suspicacia inocente, como si temiera verme brotar cuernos de un momento a otro—. ¿Y usted… si no es indiscreción por mi parte… en qué cree?

Alfombras voladoras, magia de runas antiguas, Alí Babá y visiones de la Virgen del Carmen, viajes astrales y el porvenir dibujado en los posos de una copa de vino tinto…

«¿Qué te parecería Florida, mi amor? ¿Disneylandia? ¿Los Everglades? ¿Qué me dices, cariño, eh?».

Buda. El viaje de Frodo a través de Mordor. La transubstanciación en el ara sagrada. Dorothy y el perrito Totó. El conejito de Pascua. Platillos volantes. El monstruo del armario. La Resurrección y la Vida al corte de un naipe… He creído en todas esas quimeras en un momento u otro de mi existencia. O he fingido creerlas. O he fingido descreerlas.

Lo que tú prefieras, madre. Lo que a ti te haga feliz.

¿Y ahora? ¿En qué creo yo ahora mismo?

—Creo que ser feliz es lo único verdaderamente importante en este mundo —le respondí al fin.

La felicidad. Sencilla como una taza de chocolate o intrincada como los recovecos del alma. Amarga. Dulce. Viva.

Por la tarde se presentó Joséphine. Anouk había vuelto ya del colegio y corrió de inmediato a jugar a Les Marauds, bien abrigada dentro de su anorak encarnado y bajo la severa advertencia de regresar a la carrera en cuanto asomaran las primeras gotas de lluvia. El aire huele cortante como madera recién aserrada, colándose bajo y traicionero por las esquinas de los edificios.

Joséphine llevaba el abrigo abrochado hasta el cuello, su boina castaña y una bufanda de lana roja recién estrenada que ondeaba rebelde ante sus ojos. Cruzó el umbral con una determinación altiva, y por una fracción de segundo pareció una mujer imponente y hermosa, con las mejillas encendidas y la mirada centelleante por el frío. Luego el espejismo se disipó y volvió a ser la de siempre: las manos enterradas en los bolsillos del abrigo y la cabeza agachada como para embestir a un adversario invisible. Se arrancó la boina descubriendo una maraña salvaje de cabellos y una rozadura amoratada, fresca y sanguinolenta, que le cruzaba la frente. Su semblante reflejaba una mezcla aterradora de espanto y euforia:

—Ya está —anunció con voz desbocada—. Vianne, lo he hecho.

Por un segundo espantoso temí que fuera a confesarme que había asesinado a su marido. Tenía esa misma expresión: un gesto hermoso y salvaje de entrega absoluta, los labios retraídos sobre los dientes como si acabara de morder una fruta amarga. Oleadas alternas de frío y calor manaban de su cuerpo.

—He dejado a Paul —soltó—. Al fin lo he hecho.

Sus ojos eran dos cuchillos afilados. Por primera vez desde que nos conocimos alcancé a ver a la Joséphine anterior a los diez años de matrimonio con Paul-Marie Muscat que la habían convertido en una sombra marchita y desgarbada. Enloquecida de terror, sí, pero bajo esa locura latía una lucidez tan descarnada que helaba el pulso.

—¿Él lo sabe ya? —le pregunté mientras le recogía el abrigo. Los bolsillos pesaban, aunque intuí que esta vez no guardaban baratijas.

Joséphine negó con la cabeza:

—Cree que he bajado al ultramarinos —dijo sofocada—. Se nos habían terminado las pizzas congeladas para el bar. Me mandó a comprar más. —Esbozó una sonrisa de traviesa picardía infantil—. Y me he llevado el dinero del gasto —añadió—. Lo guarda en una lata de galletas debajo del mostrador. Novecientos francos.

Bajo el abrigo lucía un suéter rojo y una falda plisada de color negro. Era la primera vez que la veía vestida sin sus eternos pantalones vaqueros gastados. Miró la hora en su muñeca:

—Póngame un expreso de chocolate, por favor —pidió—. Y una bolsa grande de almendras tostadas. —Dejó los billetes sobre la mesa—. Tengo el tiempo justo antes de que pase el autobús.

—¿El autobús? —me extrañé—. ¿Hacia dónde?

—A Agen. —Su mirada se tornó terca y huraña—. Y luego ya no sé. A Marsella, tal vez. Lo más lejos de él que pueda llegar. —Me miró de pronto con sorpresa y recelo—: No vayas a empezar ahora a decirme que no lo haga, Vianne. Fuiste tú quien me dio ánimos. Jamás se me habría pasado por la cabeza de no haber sido por ti.

—Lo sé, pero…

Sus palabras sonaban como un reproche.

—Me dijiste que yo era libre.

Tenía razón. Libre para huir a la deriva; libre para largarse al primer consejo de una desconocida, soltando amarras como un globo desbocado al capricho de los vientos. El miedo se tornó de golpe una gélida certeza en mi pecho: ¿era este el precio que debía pagar por quedarme en este pueblo? ¿Condenarla a ella al destierro en mi lugar? ¿Y qué elección real le había ofrecido?

—Pero allí estabas a salvo —balbuceé con un nudo en la garganta, viendo reflejado en su rostro el semblante atormentado de mi madre. Renunciar a la propia seguridad a cambio de una pizca de libertad, de un atisbo de horizonte… ¿y luego qué? El viento siempre nos devuelve al pie del mismo

muro despiadado. Un taxi en Nueva York. Un callejón oscuro y pestilente. Una helada implacable.

—No se puede huir de todo indefinidamente —le dije—. Lo sé por experiencia: yo misma lo he intentado.

—Pues yo no puedo quedarme en Lansquenet —estalló ella, y vi que estaba a punto de romper a llorar—. Con él no. Ya no más.

—Recuerdo perfectamente lo que era vivir así: siempre mudándonos de pensión, siempre huyendo hacia adelante.

Joséphine tiene su propio Hombre de Negro. Lo veo agazapado en el fondo de sus ojos. Posee la voz incontestable del amo, una lógica perversa que te paraliza, te vuelve dócil y te llena de pavor. Intentar quebrar ese terror, echar a correr entre la desesperanza y el anhelo, correr y descubrir que todo el tiempo lo llevabas incrustado en las entrañas como un tumor maligno. Mi madre lo comprendió en sus últimos meses: lo veía en cada esquina de cada avenida, en los posos amargos de cada taza. Sonriendo desde una valla publicitaria; vigilando tras el parabrisas de un coche a toda velocidad. Acercándose más y más a cada latido del corazón.

—En cuanto empiezas a huir, la huida no se detiene jamás —le solté con vehemencia—. Quédate conmigo. Quédate aquí y plantémosle cara juntas.

Joséphine me miró pasmada:

—¿Contigo? —Su asombro resultaba casi cómico.

—¿Por qué no? Tengo un cuarto libre en la buhardilla, una cama supletoria… —Ya sacudía la cabeza con desaliento y reprimí el impulso ciego de aferrarla del brazo para forzarla a quedarse. Sabía que tenía poder para retenerla—. Solo un tiempo, hasta que encuentres algo tuyo, hasta que des con un trabajo…

Soltó una risotada seca, histérica:

—¿Un trabajo? ¿Y qué sé hacer yo? Aparte de fregar suelos… guisar… vaciar ceniceros mugrientos… tirar cañas de cerveza… cavar la huerta y

acostarme con mi m-marido todos los viernes p-por obligación… —Se reía con más desesperación ahora, doblándose y agarrándose el vientre.

Intenté sujetarla por los hombros:

—Joséphine, te hablo totalmente en serio. Encontrarás alguna salida. No tienes por qué…

—Tendrías que verlo a veces —continuaba riendo a través de las lágrimas; cada palabra era un disparo amargo, su voz metálica de repugnancia hacia sí misma—. Un cerdo en celo. Un animal sudoroso y grasiento.

Rompió a llorar con los mismos chasquidos ásperos de su risa, apretándose los ojos con las palmas de las manos para contener un estallido interior. Esperé en silencio.

—Y en cuanto terminaba se daba la vuelta y se ponía a roncar como una bestia. Y a la mañana siguiente yo intentaba… —el rostro se le contrajo en un espasmo espantoso— intentaba sacudir la peste de su cuerpo de las sábanas, y mientras tanto no dejaba de pensar: ¿qué ha sido de mí? ¿Qué fue de Joséphine Bonnet, que sacaba las mejores notas en la escuela y soñaba con ser bailarina? —Se volvió hacia mí de improviso, con la cara encendida en llanto pero con una frialdad repentina—: Parecerá una estupidez, pero solía engañarme pensando que todo esto tenía que ser una equivocación; que cualquier mañana alguien vendría a decirme que era mentira, que todo era la pesadilla de otra mujer y que nada de esto me había pasado a mí de verdad…

Le tomé la mano. Estaba helada y trémula. Tenía una de las uñas arrancada de cuajo hasta la carne viva y manchas de sangre seca incrustadas en los pliegues de la palma.

—Lo más curioso de todo es que intento recordar lo que sentía cuando lo quería… y no encuentro nada. Ni un solo recuerdo. Solo un hueco negro. Me acuerdo de todo lo demás: de la primera vez que me levantó la mano, de eso me acuerdo como si fuera ayer; pero cualquiera diría que incluso con Paul-Marie debió de haber algo hermoso que guardar. Alguna disculpa para justificar todo este tiempo perdido.

Se detuvo en seco y miró el reloj:

—He hablado demasiado —dijo desconcertada—. No me va a dar tiempo a tomarme el chocolate si quiero subirme al autobús.

La miré fijamente:

—Tómate el chocolate y olvídate del autobús —le dije—. Invita la casa. Ojalá pudiera ofrecerte champán del caro.

—Tengo que marcharme —repitió con terquedad infantil, hundiendo los puños contra las costillas y bajando la frente como un morlaco enfurecido.

—No. —Le sostuve la mirada—. Tienes que quedarte aquí. Tienes que plantarle cara cara a cara. De lo contrario, daría exactamente igual que no te hubieras marchado nunca.

Me sostuvo la mirada unos instantes, a medias rebelde:

—No soy capaz —había una súplica desgarradora en su tono—. No voy a poder. Empezará a soltar mentiras, a retorcerlo todo…

—Aquí tienes amigos que te apoyan —le susurré con ternura—. Y aunque todavía no te hayas dado cuenta, eres una mujer muy fuerte.

Entonces Joséphine se sentó, con una lentitud deliberada, en uno de mis taburetes de piel roja, apoyó la frente contra la madera pulida del mostrador y rompió a llorar en silencio.

La dejé desahogarse. No le solté tópicos vacíos diciéndole que todo saldría bien; no intenté abrazarla. Hay ocasiones en que es infinitamente mejor respetar el duelo y dejar que las lágrimas sigan su curso natural. En lugar de eso me retiré a la cocina y preparé el expreso de chocolate con una lentitud casi litúrgica. Cuando lo hube servido, aromatizado con unas gotas de coñac y virutas amargas, y hube acomodado las tazas en una bandeja amarilla con un terrón de azúcar envuelto en cada platillo, Joséphine había recuperado la calma. Es una magia doméstica, lo sé bien, pero a menudo obra pequeños prodigios.

—¿Por qué cambiaste de idea? —le pregunté cuando llevaba media taza consumida—. La última vez que tocamos el tema estabas convencida de que jamás dejarías a Paul.

Se encogió de hombros, evitando mirarme a los ojos.

—¿Fue porque volvió a pegarte?

Esta vez me miró con asombro. Se llevó una mano maquinal a la frente, donde la herida abierta lucía enrojecida e inflamada:

—No.

—¿Entonces por qué?

Sus ojos rehuyeron los míos una vez más. Con la yema de los dedos palpó el borde de porcelana de la taza, como para cerciorarse de que era real:

—Por nada. No lo sé. Por nada en especial.

Era una mentira evidente. De forma refleja intenté adentrarme en sus pensamientos, tan transparentes hacía apenas unos minutos: necesitaba cerciorarme de que no había sido yo quien la había forzado a dar el paso a pesar de mis buenas intenciones. Pero en este instante su mente se mostraba opaca, envuelta en brumas impenetrables. No alcanzaba a ver más que una densa oscuridad.

Insistir habría sido un error. Hay en Joséphine una veta de terquedad cerril que rechaza cualquier apremio. Ya me lo contará a su debido tiempo, si es que lo desea.

Fue ya anochecido cuando Muscat se presentó a buscarla. Para entonces ya le habíamos preparado la cama en la habitación de Anouk; provisionalmente, Anouk dormirá en el catre plegable junto a mí. Mi hija aceptó la llegada de Joséphine con la más absoluta naturalidad, tal como asume tantas otras mudanzas y contingencias de nuestra vida errante. Sentí una punzada de culpa por despojarla de la primera habitación propia que había tenido en su corta vida, pero le prometí que la situación no se prolongaría.

—Tengo una idea —le propuse—. ¿Qué te parecería si habilitáramos el desván bajo el tejado para convertirlo en un dormitorio solo para ti, con una escalera de madera para subir, una trampilla en el suelo y dos ojos de buey recortados en la cubierta? ¿Te gustaría?

Es una idea tan seductora como peligrosa: insinúa la promesa de que vamos a quedarnos aquí durante mucho tiempo.

—¿Podré ver las estrellas desde la cama? —preguntó Anouk con los ojos brillantes.

—Por descontado.

—¡Bieeen! —exclamó la pequeña, y subió las escaleras a brincos para contárselo todo a Pantoufle.

Cenamos juntas en la cocina menuda. La mesa es una herencia de los antiguos panaderos del local: un tablón macizo de pino rústico surcado de viejas hendiduras de cuchillo, en cuyas grietas se han petrificado antiguos restos de masa seca hasta formar una superficie pulida que recuerda al mármol. La vajilla está compuesta por piezas desparejadas: un plato verde, uno blanco, el de flores de Anouk. Los vasos son también todos distintos: uno alto de tubo, uno bajo y otro que todavía conserva la etiqueta de cristal de la mostaza Amora. Y sin embargo es la primera vez que poseemos cosas verdaderamente nuestras: en los hoteles usábamos loza anónima y cubiertos de plástico; incluso en Niza, donde residimos más de un año, los muebles venían arrendados con la confitería. El sabor de la pertenencia es para nosotras una novedad exótica, un tesoro precioso y embriagador. Envidio las cicatrices de la mesa, las marcas de quemaduras dejadas por los moldes calientes del pan. Envidio su aplomada certidumbre del paso del tiempo y desearía poder decir con orgullo: «Esto lo hice yo hace cinco años. Yo dejé este cerco oscuro de una taza de café derramada; esta quemadura de cigarrillo; esta hilera de cortes en el veteado de la madera. Aquí grabó Anouk sus iniciales en secreto tras una pata cuando cumplió los seis años. Este tajo lo di yo con el cuchillo jamonero una tarde calurosa de verano hace siete años. ¿Te acuerdas? ¿Te acuerdas de aquel verano en que se secó el cauce del río? ¿Te acuerdas?».

Envidio la serenidad con que la mesa echa raíces en su rincón. Lleva aquí una eternidad. Pertenece a este suelo.

Joséphine me ayudó a preparar la cena: ensalada de judías verdes y tomates frescos aliñados con aceite especiado, aceitunas negras y verdes del puesto del mercado de los jueves, pan tierno de nueces, albahaca recién cortada

de los huertos de Narcisse, queso fresco de cabra y vino tinto de Burdeos. Charlamos distendidas mientras comíamos, pero evitamos mencionar a Paul-Marie Muscat. En lugar de eso le hablé de nosotras: de Anouk y de mí, de los rincones del mundo que habíamos recorrido, de la bombonería de Niza, de nuestra estancia en Nueva York cuando Anouk acababa de nacer y de las correrías anteriores: de París, de Nápoles, de todas las escalas provisionales que mi madre y yo transformamos en hogares efímeros durante nuestra prolongada huida por el mapa.

Esta noche solo deseo evocar los recuerdos luminosos, las anécdotas cómicas, los momentos felices. Ya hay demasiada pesadumbre flotando en el ambiente. Encendí una vela blanca en el centro de la mesa para espantar las malas vibraciones, y su aroma a cera limpia desprendía una calidez reconfortante. Le reviví a Joséphine el canal del Ourcq, el Panteón de París, la Place des Artistes, la alameda señorial de Unter den Linden, el transbordador rumbo a Jersey, los pastelillos vieneses devorados en plena calle envueltos en sus papeles calientes, el paseo marítimo de Juan-les-Pins o los bailes callejeros en San Pedro. Vi cómo su semblante iba desprendiéndose de su rigidez. Le relaté cómo mi madre le vendió un asno a un labriego cerca de Rivoli y cómo el animal se empeñó en seguirnos el rastro una y otra vez casi hasta las puertas de Milán. Y la peripecia de las floristas de Lisboa, cuando abandonamos la ciudad escondidas en una furgoneta frigorífica que nos desembarcó ateridas de frío cuatro horas después en los muelles soleados de Oporto. Joséphine empezó a sonreír y acabó riéndose a carcajadas. Hubo épocas doradas en que tuvimos dinero de sobra y Europa entera parecía soleada y cuajada de promesas. Se las recordé esta noche: aquel caballero árabe del bólido blanco que le cantó serenatas a mi madre en San Remo, lo mucho que nos reímos y lo desahogadas que vivimos durante meses gracias al dinero que le regaló.

—Has conocido tanto mundo… —su voz denotaba envidia y asombro—. Y eres tan joven todavía.

—Tengo prácticamente tu misma edad.

Sacudió la cabeza con tristeza:

—Yo tengo mil años encima. —Esbozó una sonrisa tierna y nostálgica—: Me habría encantado ser una aventurera: perseguir el sol con una sola maleta en la mano y sin tener la menor idea de dónde voy a despertar mañana.

—Créeme —le respondí con suavidad—: uno termina agotándose. Y al cabo del tiempo, todos los lugares empiezan a parecerte el mismo.

Me miró con escepticismo:

—Hazme caso: lo digo de verdad.

No es rigurosamente cierto: cada ciudad posee su propia alma y regresar a una urbe donde has vivido es como reencontrarte con un viejo camarada. Pero la gente… la gente empieza a parecerte idéntica: las mismas caras desfilando en ciudades separadas por miles de leguas, los mismos gestos mecánicos. La mirada gélida y hostil del funcionario de aduanas. La curiosidad bovina del aldeano. El tedio impasible de los turistas. Los mismos amantes, las mismas madres, mendigos, lisiados, vendedores callejeros, atletas, niños, policías, taxistas, rufianes. Con el tiempo se apodera de uno cierta paranoia, como si toda esa gente te estuviera siguiendo en secreto de pueblo en pueblo, mudando de atuendo pero permaneciendo en el fondo idéntica, atendiendo a sus vidas grises mientras te vigilan de soslayo a ti, la intrusa. Al principio sientes una secreta superioridad: somos una raza aparte, los errantes; hemos visto y vivido infinitamente más que ellos, resignados a consumir sus tristes vidas en la rueda sin fin de trabajo-sueño-trabajo, cuidando sus jardincillos mimados, sus casas clónicas y sus sueños mezquinos; los contemplas con cierto desdén. Luego, con el tiempo, brota la envidia. La primera punzada parece casi absurda: un pellizco fugaz que se disipa de inmediato. Una madre en un parque inclinándose sobre el cochecito de su bebé, iluminadas ambas caras por un fulgor que no es el sol. Luego llega la segunda herida, y la tercera: una pareja de muchachos en el espigón caminando abrazados; unas oficinistas almorzando entre risas cómplices… y muy pronto la punzada se convierte en un dolor sordo y permanente. No, los lugares no pierden su identidad por mucho que viajes: es el corazón el que se va desgastando con los kilómetros. La cara que te devuelve el espejo de la pensión parece difuminada algunas mañanas, borrada por tantas miradas anónimas. A las diez habrán cambiado

las sábanas y barrido la moqueta. Los nombres en el libro de registro van mudando a nuestro paso. No dejamos huella alguna. Como fantasmas, no proyectamos sombra sobre la tierra.

Unos golpes secos e imperiosos en la puerta de la calle me arrancaron de mis cavilaciones.

Joséphine se puso en pie a medias, con el terror dilatándole las pupilas y ambos puños apretados contra las costillas. Era lo que habíamos estado aguardando todo el tiempo: la cena, las risas, no habían sido más que un vano simulacro de normalidad. Me levanté de la silla:

—Tranquila —le dije—. No voy a dejarlo pasar.

Tenía los ojos vidriosos de puro pánico:

—No pienso hablar con él —susurró con un hilo de voz—. No puedo.

—Tal vez tengas que hacerlo —le advertí—, pero no temas: los muros no se pueden atravesar.

Esbozó una sonrisa descompuesta:

—Ni siquiera quiero oír su voz. No sabes cómo es cuando se pone así… Te aseguro que empezará a soltar…

Me encaminé hacia la estancia a oscuras de la tienda:

—Sé perfectamente qué clase de hombre es —le aseguré con firmeza—. Y por mucho que te figures lo contrario, no tiene nada de excepcional. La gran ventaja de haber viajado tanto es descubrir que la mayoría de los déspotas se parecen asombrosamente en todas partes.

—Odio las broncas —murmuró Joséphine en un susurro mientras yo encendía la luz de la confitería—. Odio los gritos.

—Esto terminará enseguida —le prometí mientras los golpes arreciaban contra la madera—. Anouk puede prepararte otra taza de chocolate.

La puerta está asegurada con una cadena de seguridad interior. La instalé en cuanto llegamos al pueblo, acostumbrada como estaba a la prudencia de las ciudades, aunque hasta esta noche jamás había tenido necesidad de correr

el cerrojo. A través del resquicio de luz que se proyectaba sobre la acera, el rostro de Muscat lucía hinchado y desfigurado por la rabia:

—¿Está ahí mi mujer?

Su voz era pastosa y aguardentosa; su aliento, fétido y pesado.

—Sí —respondí sin rodeos. No había motivo para andarse con fingimientos. Más valía dejarle las cosas claras desde el principio—. Me temo que lo ha dejado a usted, señor Muscat. Le he ofrecido cobijo aquí por unas noches, hasta que las cosas se aclaren. Me pareció lo más prudente.

Procuré mantener un tono neutral y escrupulosamente educado. Conozco de sobra a los de su calaña: mi madre y yo tropezamos con miles de ejemplares idénticos en infinidad de paradas. Me miró boquiabierto, aturdido por la estupefacción. Luego la malicia calculadora de sus ojos cobró el mando: entornó la mirada y abrió las manos mostrando las palmas vacías para dar a entender que era inofensivo, que estaba perplejo, dispuesto a tomárselo a broma. Por un instante pareció casi encantador. Entonces dio un paso hacia el quicio de la puerta. Me llegó el hedor rancio de su aliento: mezcla de cerveza rancia, tabaco negro y rencor fermentado.

—Señora Rocher… —su tono era zalamero, casi persuasivo—: le ordeno que le diga a esa gorda asquerosa que mueva el culo de ahí dentro ahora mismo, o entraré yo a sacarla a rastras. Y como se me cruce usted por delante, so zorra feminista… —Comenzó a sacudir la puerta con violencia—. ¡Quite la cadena! —Sonreía de oreja a oreja, rogando y amenazando a la vez, despidiendo una cólera hedionda a química podrida—. ¡He dicho que quite la puta cadena antes de que la reviente a patadas!

Su voz se quebraba en un falsete agudo cuando se enfurecía: un chillido histérico semejante al de un cerdo acorralado.

Le expuse la situación con suma frialdad, midiendo cada sílaba. Muscat se desató en juramentos e improperios, propinando varias patadas furibundas contra el madero que hicieron crujir los goznes.

—Si intenta forzar la entrada de mi casa, señor Muscat —le advertí con aplomo glacial—, lo consideraré un allanamiento peligroso. Guardo en el cajón

de la cocina un spray de gas pimienta de alta potencia que solía llevar encima cuando vivía en París. Lo he probado en un par de ocasiones: le aseguro que sus efectos son devastadores.

La amenaza lo frenó en seco. Sospecho que vive en la convicción de que él es el único con derecho a amedrentar al prójimo:

—Usted no lo entiende —empezó a gimotear con tono quejumbroso—. Es mi esposa. La quiero con locura. No sé qué milongas le habrá contado, pero…

—Lo que me haya contado es irrelevante, señor Muscat. La decisión es suya y de nadie más. Si yo fuera usted dejaría de montar este bochornoso espectáculo y me volvería a casa a dormir la mona.

—¡Me cago en todo! —Se acercó tanto a la rendija que sus salivazos me salpicaron la cara con perdigones calientes y asquerosos—. ¡Todo esto es por su culpa, perra sarnosa! Usted ha empezado a lavarle el cerebro con esas memeces de la liberación de la mujer. —Imitó la voz de Joséphine en un chirrido grotesco—: «¡Ay, es que Vianne dice esto! ¡Es que Vianne piensa lo otro!». Déjeme cruzar dos palabras con ella a solas y ya veremos qué dice.

—No creo que eso sea…

—No te preocupes.

Joséphine había aparecido silenciosamente detrás de mí, sosteniendo una taza de chocolate entre las manos entrelazadas para templarse los dedos.

—Tendré que hablar con él, o no se marchará en toda la noche.

La miré: estaba serena, con la mirada limpia y firme. Asentí:

—De acuerdo.

Me eché a un lado y Joséphine se asomó a la abertura de la puerta. Muscat intentó soltar una andanada, pero ella lo cortó en seco con una voz sorprendentemente templada y firme:

—Paul, escúchame bien.

El tono frío desarmó sus baladronadas en el acto, dejándolo mudo a mitad de una blasfemia.

—Márchate de aquí. No tengo nada más que hablar contigo. ¿Te queda claro?

Temblaba de pies a cabeza, pero su voz no vaciló un milímetro. Sentí una repentina oleada de orgullo por ella y le apreté el antebrazo en un gesto reconfortante. Muscat enmudeció por unos instantes. Luego recuperó ese tono melifluo y zalamero, aunque por debajo se percibía el chirrido de su rabia contenida, como las interferencias de una emisora lejana:

—José… —susurró con dulzura afectada—, esto es una locura. Sal un minuto y lo hablamos como personas civilizadas. Eres mi mujer, José… ¿Acaso nuestro matrimonio no se merece al menos otra oportunidad?

Ella sacudió la cabeza:

—Es demasiado tarde, Paul —sentenció con una rotundidad inapelable—. Lo siento mucho.

Y cerró la puerta despacio, con un golpe firme y definitivo. Y aunque él continuó aporreando la madera durante diez minutos interminables, alternando juramentos, ruegos y amenazas desesperadas, rompiendo incluso a lloriquear cuando la borrachera lo puso sensiblero y comenzó a creerse sus propias patrañas, ninguna de las dos volvió a responder.

Hacia la medianoche lo oí vociferar en medio de la plaza. Un terrón compacto de tierra golpeó el cristal de la ventana alta con un estampido sordo, dejando un rastro fangoso sobre el vidrio limpio. Me asomé para ver qué sucedía y alcancé a divisar a Muscat en la plaza desierta: una silueta achaparrada y siniestra, como un duende malévolo, con las manos hundidas en los bolsillos de tal modo que el michelín grasiento del estómago desbordaba la cinturilla del pantalón. Iba borracho perdido.

—¡No van a poder esconderse ahí dentro para siempre! —Vi encenderse una bombilla en una ventana vecina—. ¡Tendrán que salir tarde o temprano! ¡Y cuando salgan, par de zorras… cuando salgan se van a enterar!

De manera refleja, le devolví su maleficio en la oscuridad trazando los cuernos con un chasquido veloz de mis dedos.

«Rechazo y conjuro. Malos espíritus, márchense de aquí».

Otro de los reflejos inculcados por mi madre. Y sin embargo resulta asombroso lo segura y resguardada que me siento ahora. Permanecí despierta en la cama durante largo rato, escuchando el respirar acompasado de mi hija y contemplando las formas caprichosas que la luz de la luna proyectaba a través del follaje. Creo que intenté escudriñar de nuevo en las sombras, buscando en sus dibujos cambiantes una señal de confirmación, una palabra de consuelo… Por la noche tales portentos resultan más verosímiles, con el Hombre de Negro vigilando desde su atalaya y la veleta chillando su lamento agudo en lo más alto del campanario. Pero no alcancé a vislumbrar nada ni a presentir nada, y finalmente el sueño me venció de nuevo para llevarme a soñar con Reynaud, de pie junto a la cama de hospital de un anciano moribundo, sosteniendo un crucifijo en una mano y una caja de fósforos en la otra.

CAPÍTULO 24 — DOMINGO, 9 DE MARZO

❖ · ❖ · ❖

Armande se presentó muy temprano esta mañana en busca de chismes frescos y una taza de chocolate. Lucía un sombrero nuevo de paja rubia adornado con una cinta roja y parecía mucho más fresca y llena de vida que ayer. El bastón que ha adoptado últimamente no es más que una coquetería: rematado con un lazo escarlata brillante parece un pequeño estandarte de desafío. Pidió un chocolate vienés bien cargado y una generosa porción de mi tarta de capas de bizcocho blanco y negro, acomodándose a sus anchas en un taburete. Joséphine, que me está echando una mano en la tienda durante unos días mientras decide qué rumbo tomar, la observaba con cierto recelo desde el quicio de la cocina.

—Me he enterado de que anoche hubo jaleo del bueno —soltó Armande con su habitual brusquedad. La ternura de sus ojos negros y brillantes rescata siempre su atrevimiento—. Ese patán de Muscat, según me han contado, berreando ahí fuera como un energúmeno.

Le resumí lo ocurrido con la mayor delicadeza posible. Armande escuchó con evidente regocijo:

—Lo único que me extraña es que no lo haya mandado a paseo hace diez años —sentenció cuando hube concluido—. Su padre era exactamente igual: demasiado largos de lengua los dos, y todavía más largos de manos. —Le dedicó un cabeceo cómplice y afectuoso a Joséphine, que permanecía inmóvil en el umbral con una jarrita de leche humeante en la mano—. Siempre supe

que acabarías entrando en razón, muchacha. Ni se te ocurra dejar que nadie te coma la oreja ahora.

Joséphine sonrió tímidamente:

—No se preocupe —respondió—; no pienso hacerlo.

Tuvimos más clientela esta mañana en La Praline de la que hayamos visto en ningún otro domingo desde que Anouk y yo pusimos el pie en el pueblo. Nuestros parroquianos habituales —Guillaume, Narcisse, Arnauld y unos cuantos más— apenas abrieron la boca: se limitaron a saludar a Joséphine con una inclinación respetuosa de cabeza y continuaron con sus consumiciones como si tal cosa.

Guillaume apareció a la hora del almuerzo acompañado por Anouk. Con el ajetreo de los últimos dos días apenas había podido cruzar con él un par de frases corteses, pero al verlo cruzar la puerta me quedé maravillada ante su transformación: se había esfumado ese aire de hombre derrotado y encogido. Caminaba ahora con un paso ágil y desenvuelto, y llevaba al cuello una bufanda roja brillante que le confería un porte casi galante. Por el rabillo del ojo creí vislumbrar una sombra oscura a sus pies. *Pantoufle.* Anouk se adelantó a la carrera, balanceando su cartera escolar, y se deslizó bajo el mostrador para plantarme un beso sonoro en la mejilla.

—¡Mamá! —me sopló entusiasmada al oído—. ¡Guillaume se ha encontrado un perro!

Me di la vuelta para mirar, todavía con la niña en brazos. Guillaume aguardaba junto a la entrada, con las mejillas encendidas. A sus pies, un cachorro mestizo de pelaje blanco y marrón, que apenas levantaba dos palmos del suelo, lo contemplaba embelesado con la lengua fuera.

—Chist, Anouk, que no es mío —se apresuró a aclarar Guillaume, debatiéndose entre la vergüenza y el orgullo—. Andaba suelto por Les Marauds. Me da la impresión de que alguien quería deshacerse de él.

Anouk ya estaba arrodillada cebando al animal con terrones de azúcar:

—Fue Roux quien lo encontró —canturreó la niña—. Lo oyó llorar en la orilla del río. Me lo ha contado él mismo.

—¿Ah, sí? ¿Has visto a Roux?

Anouk asintió distraída mientras le rascaba la tripa al perro, que se revolcaba patas arriba soltando gruñiditos de satisfacción:

—Es una preciosidad —dijo la niña—. ¿Te lo vas a quedar, Guillaume?

Guillaume esbozó una sonrisa teñida de melancolía:

—No creo, corazón. Ya sabes, después de lo de Charly…

—¡Pero si está desamparado, no tiene adónde ir!

—Seguro que sobran buenas personas en el pueblo dispuestas a darle un buen hogar a un animalillo tan noble. —Guillaume se inclinó y le acarició las orejas caídas con infinita ternura—. Es un compañero de lo más cariñoso y despierto.

—¿Y cómo lo vas a llamar? —insistió Anouk.

Guillaume sacudió la cabeza:

—No creo que se quede conmigo el tiempo suficiente para ponerle nombre, mi cielo.

Anouk me lanzó una mirada cómplice cargada de picardía y le devolví un leve movimiento de cabeza advirtiéndole que no apretara más.

—Había pensado que a lo mejor podrías poner un cartelito en el escaparate —propuso Guillaume acomodándose ante el mostrador—, para ver si aparece el dueño, ya sabes.

Le serví una taza humeante de café moca y la coloqué frente a él, acompañada por un par de florentinas en el platillo.

—Por descontado que sí —le aseguré con una sonrisa.

Cuando volví la vista un minuto después, el perrito estaba encaramado en las rodillas de Guillaume, devorando las galletas crujientes directamente de su mano. Anouk me miró de hito en hito y me guiñó un ojo.

Narcisse llegó poco después trayéndome un canasto de endibias frescas de sus huertos; al descubrir a Joséphine tras la barra, extrajo del bolsillo de su abrigo un ramillete apretado de anémonas encarnadas y se lo tendió entre dientes, mascullando que servirían para alegrar un poco el ambiente.

Joséphine se puso roja como la grana, pero se le iluminó la cara y balbuceó un agradecimiento emocionado. Narcisse se marchó a paso vivo, abochornado por su propio arranque de galantería y refunfuñando disculpas.

Tras los bienintencionados llegaron los curiosos. La noticia de que Joséphine Muscat se había refugiado en La Praline había corrido como la pólvora durante la homilía, y durante toda la mañana el local fue un desfile incesante de visitas disimuladas. Joline Drou y Caro Clairmont hicieron su entrada enfundadas en sus conjuntos de punto primaverales y pañuelos de seda, portando unas invitaciones formales para una merienda benéfica el Domingo de Ramos.

Armande soltó una carcajada estrepitosa en cuanto las vio asomar:

—¡Vaya, vaya! ¡Pero si ha llegado la pasarela de la alta costura dominical! —exclamó con sorna.

Caro frunció el ceño, ofendida:

—Tú no deberías estar aquí, madre —reprochó con sequedad—. Ya sabes de sobra lo que te advirtió el médico.

—¡Vaya si lo sé! —replicó Armande sin inmutarse—. ¿Qué pasa, que no me estoy muriendo lo bastante deprisa para tu gusto? ¿Por eso tienes que mandarme a ese espantapájaros de bata blanca a amargarme la mañana?

Las mejillas empolvadas de Caro se encendieron de indignación:

—Madre, por favor, no deberías soltar esas barbaridades delante de…

—¡Yo me morderé la lengua en cuanto tú dejes de meter la nariz donde nadie te llama! —le espetó Armande con agilidad felina, y Caro casi se deja los tacones contra las baldosas en su prisa por poner pies en polvorosa.

Después apareció Denise Arnauld para averiguar si nos hacía falta pan adicional para el día:

—Por si acaso —soltó con las pupilas bailándole de pura curiosidad—. Ya que ahora tienen una huésped permanente en la casa y todo eso…

Le aseguré con cortesía que si necesitábamos más provisiones sabríamos adónde acudir.

Más tarde desfilaron Charlotte Édouard, Lydie Perrin y Georges Dumoulin: una buscando un regalo adelantado de cumpleaños; otra pidiendo pormenores sobre el festival de chocolate —*«una idea tan original y fresca, señora Rocher»*—; y un tercero fingiendo haber extraviado una cartera frente a la iglesia para ver si la habíamos encontrado nosotras. Mantuve a Joséphine detrás del mostrador protegida con uno de mis delantales amarillos limpios para resguardar su ropa del polvo de cacao, y se desenvolvió con una soltura admirable. Se había esmerado en su aspecto: el suéter rojo y la falda negra plisada le conferían un porte pulcro y profesional, con su melena oscura recogida primorosamente con una cinta. Sonreía con cortesía profesional y mantenía la cabeza erguida; y aunque de cuando en cuando sus ojos se desviaban hacia la puerta abierta con una sombra de zozobra, en su compostura apenas quedaba rastro de una mujer temerosa por su honra o por su pellejo.

—Descarada, eso es lo que es: una fresca —siseó Joline Drou a Caro Clairmont al cruzar apresuradas frente al escaparate—. Menudo desahogo. Cuando pienso en lo que ese pobre hombre ha tenido que aguantar…

Joséphine estaba de espaldas, pero vi cómo se tensaba al instante. Un silencio momentáneo en la tienda hizo que las palabras de la mujer resonaran con una claridad hiriente; y aunque Guillaume fingió un ataque repentino de tos para cubrir el agravio, supe que no se le había escapado una sola sílaba.

Se produjo una pausa incómoda y pesada. Entonces intervino Armande:

—Bueno, muchacha, una sabe que va por el buen camino cuando ese par de arpías te retiran el saludo —dijo con voz sonora—. ¡Bienvenida al bando de los réprobos!

Joséphine la miró primero con recelo, y al comprobar que la broma no encerraba burla alguna, rompió a reír con ganas. Fue una risa limpia, franca y desahogada; sorprendida de su propia soltura, se llevó la mano a la boca como

para comprobar que aquella risa le pertenecía de verdad. Ese gesto la hizo reír con más fuerza todavía, y todos los presentes nos unimos a su regocijo.

Todavía estábamos riendo cuando la campanilla del quicio tintineó y el párroco Francis Reynaud entró silenciosamente en el establecimiento.

—Señor cura…

Vi cómo el semblante de Joséphine mudaba antes incluso de que yo alcanzara a verlo a él: se tornó hosco y apático en un parpadeo, y sus manos regresaron de inmediato a su refugio instintivo sobre el estómago.

Reynaud inclinó la cabeza con una gravedad solemne:

—Señora Muscat. —Cargó un énfasis punzante en la primera palabra—. He lamentado no verla en el templo esta mañana.

Joséphine balbuceó una respuesta inaudible y esquiva. Reynaud dio un paso firme hacia el mostrador y ella amagó con refugiarse a la carrera en la cocina, pero recapacitó en el último segundo y se cuadró para plantarle cara.

—Muy bien hecho, muchacha —aplaudió Armande con orgullo—. No dejes que te venga con sermones baratos. —Se encaró con el sacerdote apuntándolo con una porción de pastel en la mano—: Deja en paz a la chica, Francis. Si tuvieras dos dedos de frente deberías estar dándole la bendición en vez de reproches.

Reynaud fingió no escucharla:

—Escúchame con atención, hija mía —dijo con voz grave y persuasiva—. Tenemos que hablar a solas. —Desvió la mirada con visible desagrado hacia la bolsita roja de la suerte colgada junto a la entrada—. No aquí dentro.

Joséphine negó con la cabeza:

—Lo siento mucho, pero tengo faena que hacer. Y no tengo el menor interés en escuchar lo que tenga que decirme.

La boca del párroco se crispó en una línea rígida:

—Jamás has necesitado tanto el amparo de la Iglesia como en este momento. —Me lanzó una mirada rápida y gélida—: Has flaqueado en tu fe.

Te has dejado embaucar por influencias perniciosas. La santidad inviolable del sacramento del matrimonio…

Armande volvió a interrumpirlo con un graznido burlón:

—¿La santidad del matrimonio? ¿De qué baúl apolillado has sacado eso? Habría jurado que tú, precisamente tú…

—Por favor, señora Voizin. —Al fin asomó una grieta de aspereza en su tono plano. Sus ojos eran dos esquirlas de hielo—. Le agradecería profundamente que tuviera la decencia de…

—¡Habla como te enseñaron a hablar en tu casa! —le espetó Armande sin piedad—. Tu madre jamás te enseñó a hablar con la boca llena de melindres, ¿a que no? —Soltó una risita seca—. Pretendiendo darnos lecciones de moral… ¿o es que se te olvidó de dónde saliste en cuanto te mandaron a ese seminario de señoritos?

Reynaud se puso rígido como una estaca. Podía palparse la tensión que emanaba de su cuerpo. Se le nota una pérdida de peso alarmante en las últimas semanas: la piel se le tensa como el pergamino de un tambor sobre los huecos oscuros de las sienes y la mandíbula se recorta con crudeza bajo una carne consumida. Un mechón lacio y rebelde le cruzaba la frente prestándole un aire extrañamente desvalido; el resto de su sotana era una pulcritud milimétrica.

—Joséphine… —su voz volvió a tornarse dulce, envolvente, aislándonos a todos los demás como si estuvieran solos en la nave de una iglesia vacía —. Sé que en el fondo buscas ayuda. He hablado largo y tendido con Paul-Marie. Me ha asegurado que has estado sometida a una gran presión nerviosa últimamente. Me dice que…

Joséphine volvió a sacudir la cabeza con firmeza:

—Padre… —El aturdimiento había desaparecido de su rostro y ahora reflejaba una serenidad asombrosa—. Sé que sus intenciones son buenas. Pero no pienso dar marcha atrás.

—Pero el sacramento del matrimonio… —Reynaud parecía descompuesto ahora; se inclinó hacia delante apoyándose contra el mostrador con el

semblante desencajado por la angustia. Aferró el borde acolchado de madera como buscando un asidero en medio del naufragio. Otra mirada furtiva hacia el saquito rojo colgado en el quicio—. Comprendo que te sientas confundida. Otras personas han manipulado tu voluntad. —Y añadió con intención punzante—: Si tan solo pudiéramos conversar en privado…

—No —su voz no admitía fisuras—. Me quedo aquí con Vianne.

—¿Y durante cuánto tiempo? —El tono del cura traslucía espanto bajo una máscara de fingido escepticismo—. La señora Rocher podrá ser tu amiga, Joséphine, pero es una comerciante: tiene un negocio que atender y una hija a la que alimentar. ¿Cuánto tiempo crees que tolerará a una extraña metida en su casa?

Ese dardo dio en el blanco. Vi a Joséphine titubear: la sombra de la incertidumbre ensombreció de nuevo sus pupilas. Conocía de sobra esa mirada en los ojos de mi madre: ese terror pánico a no pertenecer a ninguna parte.

«No necesitamos a nadie más que a nosotras dos», me susurraba con fiereza en la negrura sofocante de cuartos de hotel de medio mundo. *«¿Para qué demonios íbamos a querer a nadie más?».* Palabras arrogantes para espantar el llanto en la oscuridad. Y sin embargo la sentía temblar imperceptiblemente bajo las mantas mientras me apretaba contra su pecho, como una convaleciente consumida por fiebres secretas. Quizá por eso huía despavorida de todos aquellos hombres amables, de aquellas mujeres generosas que pretendían ofrecerle cariño, amistad y cobijo. Éramos contagiosas: enfermas de desconfianza, portando nuestro orgullo herido como el último reducto de los desheredados.

—Le he ofrecido un empleo formal a Joséphine aquí en la chocolatería —intervine con una voz tan almibarada como cortante—. Voy a necesitar toda la ayuda del mundo para preparar el festival de Pascua a tiempo.

La mirada que Reynaud me clavó, despojada al fin de toda compostura clerical, era de un odio absoluto y descarado.

—Voy a instruirla en los secretos del oficio —proseguí con naturalidad—. Ella se encargará de atender el mostrador mientras yo trabajo en el obrador de la trastienda.

Joséphine me miró con una mezcla de perplejidad y deslumbramiento. Le guiñé un ojo con disimulo:

—Me hace un favor inmenso y estoy segura de que el sueldo le vendrá de maravilla —rematé con una sonrisa diáfana—. Y en cuanto a vivir aquí… —me dirigí directamente a ella, sosteniéndole la mirada con ternura—: Joséphine, puedes quedarte en mi casa todo el tiempo que te plazca. Es una alegría inmensa tenerte con nosotras.

Armande soltó otro graznido de júbilo:

—Ya lo ves, señor cura —se regodeó la anciana—. No hace falta que pierdas más el tiempo aquí. Parece que las cosas marchan viento en popa sin necesidad de tus consejos. —Saboreó un sorbo de chocolate con deleite provocador—. Deberías probar un poco de esto: te sentaría de perlas. Tienes un aspecto lamentable, Francis… ¿No habrás vuelto a darle al vino de consagrar a escondidas?

Reynaud le dedicó una sonrisa semejante a un puñetazo cerrado:

—Muy agudo, señora. Me alegra comprobar que no pierde usted el sentido del humor.

Luego dio media vuelta sobre sus talones con una marcialidad impecable, y tras un seco e impersonal «Señores, damas» dirigido al resto de los presentes, cruzó el umbral y desapareció como un oficial prusiano en una película barata de la guerra.

CAPÍTULO 25 — LUNES, 10 DE MARZO

Sus risotadas me persiguieron fuera de la confitería y se derramaron por la calzada como una bandada de pájaros desquiciados. El aroma dulzón del chocolate, mezclado con el hedor ardiente de mi propia indignación, me provocó un mareo súbito, un arrebato casi eufórico de pura cólera. Teníamos razón, padre mío: esto nos otorga la razón de manera inapelable. Al golpear con saña en los tres pilares que sostienen nuestra fe —la comunidad parroquial, las festividades sagradas y ahora uno de los sacramentos más santos e indisolubles— esa mujer se muestra al fin tal cual es. Su ponzoña es virulenta y de avance fulminante: ha echado raíces ya en una docena, en dos docenas de almas crédulas.

Esta misma mañana descubrí el primer diente de león de la temporada en el camposanto, encajado en la hendidura sombría tras una losa sepulcral. Su raíz blanca y gruesa como un dedo se hunde ya a mayor profundidad de la que alcanzan mis manos, buscando las tinieblas bajo la piedra. En el plazo de una semana la planta entera habrá rebrotado, más vigorosa y dañina que antes.

Muscat se presentó a comulgar esta mañana, aunque no se dignó a pasar antes por el confesionario. Tiene un aspecto demacrado y colérico; se le nota incómodo dentro de su traje de los domingos. Ha encajado el abandono de su mujer como una afrenta intolerable.

Al salir de la chocolatería me aguardaba apostado junto a la arcada de la entrada principal, fumando con avidez:

—¿Y bien, señor cura?

—He hablado con su esposa.

—¿Cuándo vuelve a casa?

Negué con la cabeza con ademán pausado:

—No quisiera infundirle falsas esperanzas —le dije con cautela.

—Es una vaca terca como ella sola —soltó arrojando la colilla al suelo y aplastándola con rabia bajo el tacón—. Perdone que hable así, padre, pero las cosas son como son. ¡Cuando pienso en todo lo que sacrifiqué por esa zorra desquiciada… el dineral que me ha costado mantenerla…!

—Ella también ha tenido que soportar una pesada cruz —le advertí con severidad, recordando las innumerables confesiones susurradas al otro lado de la rejilla.

Muscat se encogió de hombros con descaro:

—No pretendo ser un santo, padre; bien conozco mis debilidades. Pero dígame una cosa: —abrió las manos en un ademán de fingida súplica— ¿es que no tenía motivos de sobra para perder los estribos? Despertarme todas las mañanas viendo su cara de boba… Pillándola una y otra vez con los bolsillos llenos de chismes robados del mercado: pintalabios, frascos de colonia, baratijas de plástico… Tener que aguantar que todo el pueblo me mire en misa con recochineo… ¿Eh? ¿Acaso no he tenido yo mi propio calvario que arrastrar?

Conozco su cantinela de memoria: el desaliño de la mujer, su torpeza, sus pequeños hurtos, su desgana para las faenas del hogar. A mí no me corresponde emitir juicios sobre esos pormenores domésticos: mi misión pastoral se limita a ofrecer consejo espiritual y consuelo. Y sin embargo me produce una profunda náusea escuchar sus disculpas y esa ridícula convicción de que, de no haber sido por su esposa, él habría alcanzado empresas nobles y grandiosas.

—No estamos aquí para repartir culpas —le reproché en tono seco—. Nuestro deber es hallar el camino para salvar su matrimonio.

Se aplacó al instante:

—Perdóneme, padre. No debí haberme desbocado así. —Intentó fingir sinceridad, enseñando unos dientes amarillentos como marfil viejo—: No vaya a creer que no le tengo afecto, señor cura. Al fin y al cabo quiero que vuelva a casa, ¿no es así?

¡Pues claro que sí! Para que le prepare las comidas calientes. Para que le planche las camisas de franela. Para que atienda las mesas de su café mugriento. Y, por encima de todo, para demostrarle a los parroquianos que nadie —absolutamente nadie— se burla de Paul-Marie Muscat. Desprecio esa hipocresía barata. Es imperativo que la recupere, en eso estoy de acuerdo; pero no por semejantes bajezas.

—Si de verdad pretende que regrese a su lado, Muscat —le solté con aspereza mordaz—, hasta ahora ha actuado usted de la forma más rematadamente estúpida que quepa imaginar.

Se revolvió herido en su orgullo:

—Tampoco creo que haya sido para tanto…

—¡No sea imbécil!

¡Señor todopoderoso, padre mío, cómo lograba usted conservar la paciencia con esta ralea de gentes!

—¿Insultos a voz en grito? ¿Blasfemias escandalosas? ¿El bochornoso espectáculo de borracho que montó usted anoche en plena plaza? ¿De verdad cree que esa es la manera de ganarse a una mujer?

—No podía consentir que se saliera con la suya, padre —respondió con hosco resentimiento—. Todo el mundo murmura que mi mujer me ha dejado plantado. Y esa maldita forastera de la Rocher metiendo cizaña… —Sus ojos porcinos se entornaron tras los cristales de las gafas—: Bien merecido se tendría que le pasara una desgracia a su tiendecita de marras —escupió con frialdad—. Para quitarnos a esa perra de encima para siempre.

Lo miré con un sobresalto:

—¿Qué insinúa?

Sus palabras rozaban de un modo intolerable mis propios y oscuros pensamientos, padre mío. ¡Dios se apiade de mi alma!: aquel júbilo salvaje al contemplar las llamas consumiendo la barcaza… Es un placer primitivo, indigno de mi investidura sagrada, un regocijo pagano que por derecho no debería profanar mi espíritu. He luchado a brazo partido contra esa sombra en las madrugadas insomnes; he logrado someterla en mi interior, pero al igual que los dientes de león, rebrota tozuda extendiendo sus raíces invisibles. Quizá por eso —porque en el fondo comprendía demasiado bien su pulsión— mi voz sonó con una dureza implacable al responder:

—¿En qué clase de desgracia está usted pensando, Muscat?

Murmuró una evasiva inaudible.

—¿Un fuego fortuito, tal vez? ¿Un oportuno incendio? —Sentí la opresión de la cólera golpeándome las costillas con un sabor metálico y dulzón a podredumbre en la garganta—: ¿Un incendio tan providencial como el que nos libró de los gitanos del río?

Esbozó una mueca ladina:

—Quién sabe… Esas casonas viejas son un peligro con las instalaciones eléctricas.

—¡Escúcheme bien! —De pronto me invadió un terror asfixiante al comprender que aquel salvaje hubiera podido interpretar mi silencio de aquella noche en la colina como una tácita complicidad—: Si llego a sospechar —siquiera de manera vaga fuera del confesionario— que usted tiene la menor participación en semejante atrocidad… si le ocurre el más leve rasguño a esa confitería…

Lo agarré con fuerza por la solapa, clavándole los dedos en la carne fofa del hombro.

Muscat puso cara de agravio:

—Pero padre, usted mismo dijo que…

—¡Yo no he dicho una sola palabra! —Mi voz rebotó seca contra los soportales de la plaza y me apresuré a bajar el tono—. Jamás pretendí que

usted… —Tragué saliva para aclararme la garganta, que de pronto sentía cerrada a cal y canto—: No estamos en la Edad Media, Muscat —sentencié con gélida firmeza—. Nosotros no nos tomamos la justicia por nuestra mano ni acomodamos la ley divina a nuestras conveniencias. Ni la ley divina ni las leyes de los hombres —rematé mirándolo fijamente a los ojos. Tenía la esclerótica tan amarillenta y sucia como su dentadura—. ¿Nos hemos entendido?

—Sí, señor cura —masculló con sordo rencor.

—Porque como llegue a suceder cualquier percance, Muscat… lo más mínimo: un cristal roto, un conato de fuego, la menor alteración…

Le saco una cabeza entera de estatura: soy más joven y poseo una fuerza física muy superior a la suya. Respondió con el instinto cobarde del matón ante la intimidación corporal. Le di un empujón firme que lo hizo tambalearse contra la piedra del muro a su espalda. Apenas logro contener el asco que me corroe: que este patán se atreva —¡que ose siquiera imaginarlo!— a usurpar mi papel providencial, padre mío; que tenga que ser este miserable borracho quien me ponga en la humillante tesitura de verme obligado a actuar como protector oficial de la mujer que encarna a mi mayor enemiga.

Hice acopio de toda mi voluntad para dominarme:

—Manténgase muy lejos de esa chocolatería, Muscat. Si hay medidas que tomar, me encargaré yo mismo de ellas. ¿Le queda claro?

—Sí, padre —balbuceó sumiso, evaporadas ya todas sus bravatas.

—Deje este asunto enteramente en mis manos.

Tres semanas exactas hasta su famoso festival de chocolate. Ese es todo el margen que me queda: tres semanas para dar con el modo de neutralizar su influencia antes de la catástrofe. He clamado contra ella en el púlpito sin más resultado que cosechar mi propio ridículo: me replican que el chocolate no es una cuestión moral. Incluso el matrimonio Clairmont contempla mi severidad como una manía excéntrica: ella insinuando con fingida alarma que me encuentro sobreexcitado por el ayuno, y su marido sonriendo de oreja a oreja.

Vianne Rocher, por su parte, ni se inmuta. Lejos de intentar pasar desapercibida, hace ostentación de su condición de advenediza: me lanza saludos descarados desde el otro extremo de la plaza, le ríe las gracias a las bufonadas de Armande y se pasea escoltada por esa chiquillería cuyo salvajismo alienta día tras día. Incluso en medio de una multitud resultaría inconfundible: donde los demás caminan con paso mesurado, ella avanza a la carrera; sus cabellos sueltos y sus ropas extravagantes desafían al viento con colores de flores silvestres: naranjas encendidos, amarillos chillones, lunares y estampados alegres. En plena naturaleza, un periquito de plumaje brillante entre gorriones pardos no tardaría en ser despedazado por su singularidad. Aquí, en cambio, la reciben con simpatía y benevolencia: lo que en cualquier otro lugar escandalizaría, en Lansquenet se consiente porque «no es más que Vianne».

Hasta el propio Clairmont se muestra sensible a sus encantos, y la hostilidad de su esposa nada tiene que ver con la rectitud moral, sino con una envidia mezquina que retrata a Caro de cuerpo entero. Al menos Vianne Rocher no es una hipócrita que utilice la palabra de Dios para encumbrarse en la escala social del pueblo.

Y sin embargo ese pensamiento —que trasluce una simpatía, un aprecio involuntario que un sacerdote en mi posición jamás puede permitirse— entraña un peligro todavía mayor. No puedo consentirme flaquezas sentimentales: la atracción y la ira resultan igualmente nefastas. Debo mantenerme imparcial y frío como el mármol por el bien de mi parroquia y el honor de la Iglesia. Esas son las únicas lealtades que guían mis pasos.

CAPÍTULO 26 — MIÉRCOLES, 12 DE MARZO

❖ · ❖ · ❖

Llevamos varios días sin cruzar palabra con Muscat. Joséphine, que durante las primeras jornadas se negaba en redondo a asomar la nariz fuera de La Praline, se deja convencer ya para cruzar la calle hasta la panadería o llegarse al puesto de las flores en la plaza sin necesidad de que yo la acompañe. Como rehúsa volver al Café de la République a recoger sus pertenencias, le he prestado varias prendas de mi propio guardarropa. Hoy luce un suéter azul celeste y un pareo estampado de flores alegres; tiene un aspecto fresco, desenvuelto y juvenil.

En apenas unos días la transformación es asombrosa: esa expresión de rencor hosco y aturdido se ha esfumado por completo, al igual que sus gestos de defensa instintiva. Parece más esbelta, más alta, habiendo desterrado su postura encorvada y las múltiples capas de ropa vieja que le daban un aire pesado y marchito. Atiende a los clientes con soltura mientras yo faeno en el obrador, y ya le he enseñado a templar la cobertura de cacao, a mezclar densidades y a elaborar las variedades más sencillas de bombones de praliné. Tiene unas manos ágiles, dotadas de una destreza natural. Cuando le recuerdo entre risas la puntería y la rapidez de pistolero que demostró aquel primer día en el café, se sonroja de pura timidez:

—¡Jamás te robaría un solo céntimo a ti! —su indignación es tierna y sincera—. Vianne, ¿verdad que no crees que yo sería capaz de…?

—Claro que no, mujer.

—Sabes de sobra que yo…

—Por descontado.

Armande y ella, que apenas se saludaban en el pasado, se han hecho grandes amigas. La anciana se deja caer por la confitería a diario: unas veces para charlar de bueyes perdidos y otras para llevarse un cucurucho de sus trufas favoritas de albaricoque. A menudo viene del brazo de Guillaume, que se ha convertido en un parroquiano habitual. Hoy también estaba Luc con ellos; los tres se acomodaron en un velador del rincón ante una cafetera humeante de chocolate negro y unos relámpagos de crema. Desde la trastienda me llegaban el eco risueño de sus risas y sus exclamaciones cómplices.

Poco antes de la hora del cierre apareció Roux en el umbral, con un aire de cautela y retraimiento. Era la primera vez que lo veía de cerca desde la noche del incendio y me impresionó el cambio que ha experimentado: se le ve más delgado, con el pelo cortado a trasquilones y engominado hacia atrás sobre un rostro enjuto e impenetrable. Lleva un vendaje mugriento en una mano y en el lado izquierdo de la cara luce todavía una mancha rojiza y tirante que recuerda a una quemadura solar de primer grado.

Se quedó descolocado al toparse con Joséphine tras el mostrador:

—Perdona… Creí que Vianne estaba… —Hizo ademán de marcharse.

—No, pasa, por favor. Está en la trastienda.

Aunque la presencia de Joséphine ha ganado mucha naturalidad tras el mostrador, sonó cohibida e intimidada ante el aspecto hosco del recién llegado.

Roux dudó un segundo:

—Tú eres la del café —dijo al fin—. Eres…

—Joséphine Bonnet —lo atajó ella con orgullo—. Ahora vivo y trabajo aquí.

—Vaya…

Salí del obrador en ese instante y descubrí a Roux contemplándola con una mirada calculadora y perspicaz en sus ojos claros. Pero no insistió en el asunto y Joséphine se retiró aliviada hacia la cocina.

—Me alegro mucho de verte, Roux —le dije con franqueza—. Quería pedirte un favor.

—¿Ah, sí?

Es capaz de cargar un monosílabo de significados insondables: sonó a incredulidad cortés y a pura desconfianza felina, semejante a un gato acorralado a punto de soltar un zarpazo.

—Necesito hacer unas reformas en la casa y me preguntaba si tú podrías…

Resulta endiabladamente difícil dar con las palabras adecuadas con él: sé de sobra que no tolerará nada que huela a caridad encubierta.

—Esto no tendrá nada que ver con nuestra amiga Armande, ¿me equivoco? —Su tono era suave pero acerado. Se volvió hacia la mesa donde conversaban la anciana y los demás—: ¿Volviendo a hacer buenas obras de tapadillo, señora Voizin? —soltó con sarcasmo cortante.

Al mirarme de nuevo, su semblante era una máscara de hielo:

—No he venido aquí a mendigar trabajo. He venido a preguntarte si viste a alguien merodeando cerca de mi barcaza aquella noche.

Negué despacio con la cabeza:

—Lo siento mucho, Roux. No vi a nadie.

—Vale. —Dio media vuelta para cruzar la puerta—. Gracias.

—¡Espera un segundo! —lo llamé alzando la voz—. ¿No puedes quedarte al menos a tomar algo caliente?

—Otro día será.

Su aspereza rozaba la grosería abierta. Podía palparse cómo su furia buscaba a ciegas un blanco contra el que estallar.

—Seguimos siendo tus amigos —le recordé cuando alcanzaba el quicio —. Armande, Luc y yo. No te pongas a la defensiva: solo estamos intentando darte una mano.

Roux se volvió en redondo, con el semblante desencajado y las pupilas reducidas a dos rendijas afiladas:

—Entérense de una vez por todas, ¡todos ustedes! —soltó con un desprecio sordo, tan marcado el acento que las palabras apenas resultaban inteligibles —: No necesito la ayuda de nadie. Jamás debí haberme mezclado con ustedes desde el principio. La única razón por la que sigo pudriéndome en este pueblo asqueroso es porque esperaba averiguar quién le prendió fuego a mi barco.

Y sin añadir una palabra más, salió de estampida con paso torpe y pesado, haciendo sonar la campanilla del quicio en un tintineo estridente y enfurecido.

Tras su marcha, los presentes nos quedamos mirándonos en silencio.

—Hombres pelirrojos… —sentenció Armande con hondo sentimiento —. Más tercos que una piara de mulas.

Joséphine parecía consternada:

—Qué tipo tan desagradable —dijo al fin—. Tú no le prendiste fuego a su barca. ¿Con qué derecho la toma contigo de esa manera?

Me encogí de hombros con suavidad:

—Se siente acorralado, impotente y lleno de rabia, y no sabe a quién hacer responsable —le expliqué con dulzura—. Es una reacción humana. Y sospecha que le ofrecemos ayuda solo por lástima.

—Odio las broncas —murmuró Joséphine, y supe que sus pensamientos habían volado de inmediato hacia su marido—. Me alegro de que se haya largado. ¿Crees que se marchará definitivamente de Lansquenet?

Sacudí la cabeza con melancolía:

—No lo creo —le respondí—. A fin de cuentas, ¿adónde podría ir?

CAPÍTULO 27 — JUEVES, 13 DE MARZO

❖ · ❖ · ❖

Ayer por la tarde bajé a Les Marauds para hablar con Roux, sin más fortuna que la última vez. La casa ruinosa tenía el candado echado por dentro y los postigos cerrados a cal y canto. Me lo imaginé atrincherado en la penumbra con su cólera, como un animal salvaje acorralado. Lo llamé por su nombre; supe que me oía, pero se negó a responder. Pensé en dejarle una nota prendida de la puerta, pero desistí: si decide volver, habrá de ser bajo sus propias condiciones.

Anouk venía conmigo cargando un barquito de papel que le doblé con la portada satinada de una revista vieja. Mientras yo aguardaba inútilmente ante la puerta de Roux, la niña bajó por la pendiente de la orilla para botarlo en el agua, impidiendo que la corriente se lo llevara con ayuda de una vara larga y flexible de sauce. Al ver que Roux no daba señales de vida regresé a La Praline, donde Joséphine había comenzado ya a templar la remesa semanal de cobertura, dejando a Anouk entregada a sus juegos junto a la ribera.

—¡Mucho ojo con los cocodrilos! —le advertí con fingida gravedad.

Anouk me sonrió con descaro por debajo de su boina amarilla. Con su trompeta de juguete en una mano y la vara de mando en la otra, se puso a tocar una alarma estridente y desafinada, saltando de un pie a otro en un crescendo de júbilo:

—¡Cocodrilos! ¡Ataque de cocodrilos! —berreaba—. ¡Todos a los cañones!

—¡Cuidado! —le grité—. No te vayas a caer al agua.

Anouk me lanzó un beso teatral al aire y reanudó la batalla. Al coronar la cima de la colina me volví para mirar: estaba bombardeando a los cocodrilos con terrones de hierba y todavía me llegaba el eco agudo de la trompeta —*¡paaa-pa-raaá!*— entreverado de efectos sonoros vocales —*¡fushhh! ¡pummm!*— mientras el combate naval proseguía con furia.

Resulta asombroso que todavía me conmueva hasta la raíz ese arrebato de ternura infinita. Si entrecierro los ojos contra la luz rasante del atardecer casi alcanzo a vislumbrar los cocodrilos: esas formas oscuras y alargadas acechando bajo el agua, el destello dorado de los cañonazos imaginarios. Al moverse entre las sombras de las casas, el rojo de su anorak y el amarillo de su boina despiden chispazos luminosos en la penumbra, y creo distinguir la corte de animales fantásticos que custodian sus pasos. Al verme en lo alto se detiene, agita los brazos frenéticamente, me grita un *«¡Te quiero, mamá!»* que cruza la distancia y regresa muy seria a sus faenas de corsario.

Por la tarde cerramos al público. Joséphine y yo trabajamos sin descanso para dejar listos bombones praliné y trufas suficientes para abastecer la demanda del fin de semana. Ya he comenzado con las figuras especiales de Pascua, y Joséphine ha demostrado una habilidad primorosa para decorar conejos y gallinitas y acomodarlos en cajitas de regalo adornadas con lazos multicolores. El sótano resulta el enclave idóneo para almacenarlos: fresco, pero sin el frío excesivo de una nevera que hace aflorar ese velo blanquecino y mate en la superficie del chocolate; oscuro y seco, lo que nos permite conservar la producción especial en cajas de cartón sin restarle espacio a las provisiones domésticas. El suelo es de losas viejas de piedra pulida, pardas como madera de roble, suaves y frescas al pisar descalza. Una bombilla solitaria pende del techo. La puerta es de pino sin desbastar, con una gatera recortada en la base por donde entraba algún gato olvidado de los antiguos dueños. A Anouk le fascina el sótano: huele a piedra húmeda y a vino añejo, y se ha entretenido dibujando con tizas de colores sobre el enlosado y las paredes encaladas: pájaros, castillos con almenas, constelaciones de estrellas y animales fantásticos.

En la tienda, Armande y Luc estuvieron charlando un buen rato antes de marcharse juntos. Se ven con mucha mayor frecuencia ahora, y no siempre en

La Praline: Luc me confesó que ha subido dos tardes a casa de su abuela esta semana para echarle una mano en el jardín.

—N-necesita que le remuevan los arriates ahora que el t-tejado está listo —me explicó con seriedad—. Ya no tiene fuerzas para cavar la tierra como antes, pero dice que este año no quiere ver solo cardos y malas hierbas: quiere f-flores de verdad.

Ayer mismo se trajo una bandeja repleta de plantones del vivero de Narcisse y los plantó en la tierra fresca al pie del muro de piedra de Armande:

—Le he puesto l-lavandas, prímulas, tulipanes y narcisos amarillos —detalló con orgullo—. Le gustan las flores olorosas y de colores vivos. Como ya no ve muy bien de lejos, le he plantado lilas, alhelíes y retama para que pueda olerlas y distinguirlas desde la mecedora. —Esbozó una sonrisa tímida —: Quiero que estén bien arraigadas antes de su c-cumpleaños.

Le pregunté qué día cumplía años.

—El veintiocho de marzo —me dijo—. Cumple ochenta y uno. Ya he pensado qué r-regalo hacerle.

—¿Ah, sí?

Asintió:

—He pensado comprarle una c-camisola de seda fina. —Su tono se tornó ligeramente defensivo—: Le chifla la ropa interior bonita.

Conteniendo una sonrisa cómplice, le aseguré que me parecía una idea formidable.

—Tendré que acercarme a Agen en autobús —añadió pensativo—. Y tendré que escondérsela a mi m-madre, porque si se entera le da un síncope. —De pronto sonrió de oreja a oreja—: A lo mejor podríamos organizarle una fiesta sorpresa. Ya sabes: para darle la bienvenida a su nueva d-década.

—Podríamos consultarlo con ella a ver qué le parece —propuse.

Hacia las cuatro de la tarde Anouk regresó agotada, radiante y con barro hasta los sobacos. Joséphine preparó un té con limón mientras yo llenaba

la bañera de agua caliente. Tras despojarla de sus ropas enfangadas sumergí a la niña en un baño tibio que olía a miel y jabón suave; después nos sentamos las tres a merendar napolitanas de hojaldre recién hechas, bollos de brioche con mermelada casera de frambuesa y albaricoques carnosos y dulces traídos directamente del invernadero de Narcisse. Joséphine parecía abstraída, haciendo rodar suavemente un albaricoque maduro entre las palmas de las manos:

—No dejo de darle vueltas a lo de ese hombre —dijo al fin—. Ya sabes: el que vino esta mañana.

—Roux.

Asintió despacio:

—Eso de que le quemaran la barcaza… —soltó con cautela—. ¿Tú no crees que pudiera haber sido un accidente fortuito?

—Él está convencido de que no. Aseguró que olía a gasolina.

—¿Y qué crees que haría si se enterara… —hizo una pausa dolorosa para tragar saliva— de quién fue?

Me encogí de hombros:

—No tengo la menor idea. ¿Por qué lo preguntas, Joséphine? ¿Acaso sospechas de alguien?

—¡No! —se apresuró a responder—. Pero si alguien supiera la verdad… y se la callara… —Dejó la frase en suspenso con amargura—. ¿Él… qué crees que…?

La miré con fijeza. Rehuía mis ojos, haciendo girar el albaricoque una y otra vez sobre la piel de sus dedos. Por una fracción de segundo capté el humo espeso de sus pensamientos:

—Tú sabes quién fue, ¿verdad?

—¡Que no!

—Joséphine, si sabes algo…

—¡No sé absolutamente nada! —su tono sonó plano y cortante—. Ojalá lo supiera.

—No pasa nada, nadie te está culpando. —Suavice la voz para calmarla.

—¡Te juro que no sé nada! —repitió con un deje histérico—. De verdad que no. Además, él mismo dijo que se va a marchar; no es de aquí y jamás debió venir y… —Se mordió la lengua con un chasquido seco de los dientes.

—Yo estuve con él esta tarde —terció Anouk con la boca llena de brioche —. Vi su casa por dentro.

Me volví hacia ella con curiosidad:

—¿Hablaste con él?

La niña asintió muy convencida:

—Pues claro que sí. Me ha prometido que la próxima vez me va a tallar un barco de madera de verdad, de los que no se hunden. Claro que eso si los malditos desgraciados no se lo queman también.

Imita su acento con asombrosa puntería: en sus labios infantiles las asperezas de la jerga de Roux cobran un aire casi cómico. Me di la vuelta disimulando la risa.

—Su casa mola un montón —prosiguió la niña—. Tiene una hoguera encendida en medio de la sala. Me ha dicho que puedo bajar a visitarlo siempre que quiera. —Se llevó una manita culpable a la boca—: Aunque me dijo que no te lo contara a ti. —Soltó un suspiro melodramático—: Y te lo he soltado todo, mamá… ¿a que sí?

La abracé entre risas:

—Vaya si me lo has soltado.

Vi que Joséphine ponía cara de espanto:

—No creo que debas dejarla entrar en esa ruina —le advirtió alarmada—. Casi no conoces a ese sujeto, Anouk: podría ser un hombre peligroso.

—No creo que haya ningún peligro —le guiñé un ojo a mi hija—. Siempre y cuando me lo cuente todo.

Anouk me devolvió el guiño con picardía.

Esta mañana hubo un entierro en el pueblo —una anciana del asilo de Les Mimosas, allá abajo junto al río— y la confitería estuvo desierta, entre el luto y la superstición. La finada era una mujer de noventa y cuatro años, según me sopló Clothilde, la florista: una tía lejana de la difunta madre de Narcisse. Vi pasar a Narcisse, cuya única concesión al duelo era una corbata negra raída bajo su chaqueta de tweed de diario; y al cura Reynaud, apostado bajo el arco del templo en su sobrio atuendo blanco y negro, con el crucifijo de plata en una mano y la otra extendida con gravedad pastoral para recibir al cortejo. Eran cuatro gatos: apenas una docena de ancianas a las que no conocía, una de ellas en silla de ruedas empujada por una enfermera rubia; algunas menudas y encorvadas como Armande, otras con esa delgadez casi transparente de la extrema vejez, todas vestidas de riguroso negro de pies a cabeza: tocas, medias oscuras y pañuelos enlutados; algunas con guantes de hilo, otras apretando sus manos pálidas y deformadas por la artrosis contra el pecho seco como vírgenes de Grünewald. Veía desfilar sus cabezas gachas en un grupito compacto que murmuraba rezos entre dientes: de cuando en cuando una mirada gris y suspicaz me escudriñaba desde el amparo del grupo mientras la enfermera empujaba con resolutiva energía. No parecían sentir aflicción alguna: la de la silla de ruedas sostenía un devocionario negro y canturreaba con un hilo de voz aflautada al cruzar el atrio. Las demás avanzaban en silencio, inclinando la cabeza ante Reynaud antes de perderse en la penumbra; alguna le entregó una esquela ribeteada de luto para que leyera su nombre durante el oficio. El único coche fúnebre del pueblo llegó con retraso. En su interior, un ataúd cubierto por un paño negro con una solitaria corona de flores marchitas. Una esquila dobló con un tañido seco. Mientras aguardaba en la tienda vacía escuché cómo el órgano desgranaba unas notas fúnebres y fugitivas, semejantes a piedras cayendo en el fondo de un pozo seco.

Joséphine, que salía del obrador con una bandeja de merengues de crema de chocolate recién horneados, se detuvo estremecida:

—Es tétrico —dijo en un susurro.

Recordé el crematorio municipal de Nueva York: la música de órgano enlatada —una tocata de Bach—, el féretro barato y reluciente, el olor penetrante a cera y flores marchitas. El pastor protestante pronunció mal el apellido de mi madre: «Jean Roacher». Todo despachado en escasos diez minutos.

«La muerte debería ser una fiesta —me repetía siempre—. Como un cumpleaños. Cuando me llegue la hora quiero subir al cielo como un cohete de feria y estallar en una lluvia de estrellas de colores, y que todo el mundo exclame con asombro: ¡Aaaah!».

Esparcí sus cenizas sobre las aguas oscuras del puerto la noche del Cuatro de Julio. Hubo fuegos artificiales, algodón de azúcar y petardos retumbando contra el muelle, el olor acre a pólvora quemada en el aire, el aroma a perritos calientes con cebolla frita y la peste salobre a basura flotando en la bahía. Era toda la estampa americana con la que ella siempre había soñado: un gigantesco parque de atracciones, luces de neón temblando en la noche, música a todo volumen, gentíos apretujados cantando y empujándose; toda esa vulgaridad sentimental y deslumbrante que a ella tanto la fascinaba. Aguardé al momento culminante del castillo de fuegos, cuando el cielo entero se convirtió en una erupción temblorosa de luz y color, y dejé que sus cenizas se deslizaran suavemente en la corriente del aire, tornándose azulencas, blancas y escarlatas en su caída hacia el agua. Habría querido pronunciar unas palabras solemnes, pero sentí que ya no quedaba nada por decir.

—Tétrico —repitió Joséphine—. Odio los entierros: jamás piso uno.

No dije nada: me limité a contemplar la plaza desierta y a escuchar los lamentos del órgano. Al menos no estaban tocando la misma tocata de Bach. Los mozos de la funeraria cargaron el féretro en hombros: parecía no pesar nada, y sus pasos resonaban apresurados y poco solemnes sobre los adoquines.

—Ojalá no estuviéramos tan pegadas a la iglesia —se quejó Joséphine con inquietud—. No logro concentrarme con ese lamento fúnebre sonando al lado.

—En China la gente viste de blanco riguroso en los funerales —le conté —. Reparten regalos envueltos en paquetes rojos para desear buena fortuna. Encienden tracas de petardos. Cantan, ríen, bailan y lloran a la vez. Y al final

de la ceremonia, todos saltan por encima de las brasas de la pira funeraria, uno a uno, para bendecir el humo que asciende hacia el cielo.

Me miró con curiosidad:

—¿Viviste allí también?

Negué con la cabeza:

—No. Pero tratamos con muchas familias chinas en Nueva York. Para ellos la muerte no era más que la celebración de la vida de quien se marcha.

Joséphine frunció el ceño con escepticismo:

—No veo cómo se puede celebrar morirse —dijo al fin.

—No se celebra la muerte —le aclaré con dulzura—: lo que se celebra es la vida. Toda ella. Incluso su final.

Retiré la cafetera de chocolate de la placa caliente y serví dos vasos altos.

Al cabo de unos minutos fui a la cocina a buscar dos merengues, que todavía conservaban su corazón tibio y meloso bajo la cobertura crujiente de cacao, servidos con una generosa cucharada de nata Chantilly y avellanas picadas.

—No me parece muy decente estar dándonos este banquete en un momento así —comentó Joséphine, aunque advertí que no dejó ni las migajas.

Eran casi las doce del mediodía cuando los asistentes al sepelio salieron a la calle, aturdidos y parpadeando bajo la claridad del sol. Nos habíamos terminado el chocolate y los dulces, manteniendo a raya las sombras durante un rato más. Vi a Reynaud despidiéndolos en el pórtico; luego las ancianas subieron a un minibús destartalado —con el rótulo «Les Mimosas» pintado en amarillo chillón en el lateral— y la plaza recuperó su sosiego habitual. Narcisse entró en la tienda tras ver partir a la comitiva, sudando la gota gorda dentro de su cuello almidonado. Cuando le di el pésame se limitó a encogerse de hombros:

—Apenas la traté en vida —repuso con indiferencia—. Era tía abuela de mi difunta esposa. La ingresaron en el Mortoir hace veinte años. Había perdido la cabeza por completo.

El Mortoir. Vi a Joséphine torcer el gesto al oír el apodo siniestro. Tras todo ese barniz dulzón a mimosas en flor, eso es lo que es en realidad: un almacén donde aguardar la muerte. Narcisse se limitaba a cumplir con el expediente social. Para él, aquella mujer llevaba muerta dos décadas.

Le serví una taza de chocolate negro y amargo:

—¿Le apetece un trozo de tarta? —le ofrecí.

Dudó unos instantes:

—Será mejor que no, estando de luto riguroso —soltó con una lógica inescrutable—. ¿De qué es?

—Bavaresa con glaseado de caramelo tofe.

—Bueno… un trozo pequeño, si acaso.

Joséphine miraba a través del escaparate hacia la plaza vacía:

—Ese hombre anda merodeando otra vez por ahí fuera —advirtió—. El de Les Marauds. Se está metiendo en la iglesia.

Me asomé a la puerta. Roux estaba apostado junto a la entrada lateral de Saint-Jérôme. Parecía sumamente agitado: cambiando el peso de un pie a otro con nerviosismo y apretándose los brazos contra el pecho como si estuviera aterido de frío.

Algo iba mal. Una certidumbre ciega y angustiosa me atenazó el estómago: algo iba terriblemente mal. Mientras lo observaba, Roux se volvió bruscamente hacia La Praline. Cruzó la plaza a medio galope y se plantó bajo el quicio de la puerta con la cabeza gacha, rígido de culpa y pesadumbre:

—Es Armande —soltó sin aliento—. Creo que me la he cargado.

Nos quedamos mirándolo de piedra. Hizo un ademán torpe y desesperado con las manos, como espantando una pesadilla:

—Iba a buscar al cura… No tiene teléfono en la casa y pensé que a lo mejor él… —Se interrumpió. La angustia le trababa el acento de tal modo que sus palabras sonaban guturales e incomprensibles, una mezcla bárbara de argot y dialecto cerrado—: La vi que… me dijo que fuera a la nevera y… que allí había medicinas… —Se volvió a quebrar con creciente pavor—: ¡Yo no la toqué! Jamás le puse una mano encima, se lo juro… —escupía las palabras a trompicones, como dientes rotos—: Dirán que la ataqué para robarle el dinero. Es mentira… Le di un trago de coñac para reanimarla y de pronto se…

Se detuvo, luchando por no romper a llorar.

—Cálmate —le ordené con una serenidad forzada—. Me lo cuentas todo por el camino. Joséphine se queda al frente de la tienda. Narcisse, ve a la floristería y llama al médico de urgencia desde su teléfono.

—Yo no vuelvo allí —se encabritó Roux con terquedad—. Ya he hecho todo lo que he podido. No quiero líos con…

Lo agarré con fuerza del antebrazo y tiré de él hacia la calle:

—¡No tenemos tiempo para tonterías! Te necesito conmigo ahora mismo.

—Van a culparme a mí… la policía…

—¡Armande se está muriendo! ¡Muévete!

De camino a Les Marauds logré recomponer los pedazos de su relato atropellado: Roux, avergonzado por su estallido de cólera del día anterior en La Praline, y viendo la puerta de Armande abierta de par en par, había decidido entrar a disculparse; la encontró desplomada en su mecedora, casi inconsciente. Logró reanimarla lo justo para que balbuceara unas palabras inconexas: «Medicina… nevera…». Sobre la nevera descubrió una botella de coñac; llenó un vaso y le obligó a tragar unos sorbos entre los labios:

—Y se quedó sin fuerzas… se desplomó en el suelo. No hubo forma de hacerla reaccionar. —El pánico manaba de sus poros—. Entonces me acordé de que es diabética… A lo mejor la he matado intentando socorrerla.

—Tú no has matado a nadie —le respondí sin aliento por la carrera, con un pinchazo agudo clavándoseme en el costado—. Va a salir de esta. Has pedido auxilio a tiempo.

—¿Y si se muere? ¿Quién demonios va a creerme a mí? —su voz era pura hiel.

—Guarda aire: el médico llegará en cualquier momento.

La puerta de Armande sigue abierta; un gato está enroscado en el marco. Dentro de la casa reina un silencio sepulcral. Un tramo de canalón suelto gotea agua de lluvia desde el tejado. Veo los ojos de Roux clavarse en él con una deformación profesional automática: *«Tendré que arreglar eso»*. Duda en el umbral como esperando permiso para franquearlo.

Armande yace tendida sobre la alfombra junto a la chimenea; tiene el rostro de un tono grisáceo y apagado como un hongo marchito y los labios azulencos. Al menos Roux ha tenido la cordura de colocarla en posición de seguridad: un brazo extendido bajo la nuca para despejar las vías respiratorias. Permanece inmóvil, pero un hilo tenue de respiración entrecortada entre sus labios me confirma que sigue con vida. Su labor de tapiz descansa olvidada en el suelo; una taza de café volcada dibuja una mancha con forma de coma sobre la alfombra. La estampa resulta extrañamente plana, como el fotograma congelado de una película muda.

Su piel se siente fría y viscosa bajo mis dedos; sus pupilas oscuras se transparentan bajo unos párpados tan finos como papel de fumar mojado. Su falda negra se ha remangado un poco sobre las rodillas, dejando al descubierto el encaje escarlata de sus enaguas. Siento una punzada repentina de infinita ternura hacia esas rodillas ancianas y artríticas enfundadas en medias bastas de lana y hacia la seda alegre que esconde bajo su bata gris.

—¿Y bien? —La angustia hace que la voz de Roux suene como un ladrido.

—Creo que se pondrá bien.

Sus ojos me miran cargados de recelo y desesperanza:

—Tiene que haber insulina en el frigorífico —le ordeno—. A eso debía de referirse. Tráela deprisa.

La guarda junto a la huevera: un recipiente de plástico contiene seis ampollas y jeringuillas desechables. Al lado descansa una caja de trufas con el rótulo dorado de La Céleste Praline. Por lo demás, apenas hay comida en la despensa: una lata abierta de sardinas, un trozo de papel grasiento con restos de paté y tres tomates. Le inyecto la dosis precisa en la flexura del codo: es una técnica que domino a la perfección. Durante las etapas finales de la enfermedad contra la que mi madre ensayó tantas terapias alternativas —acupuntura, homeopatía, visualizaciones curativas— acabamos recurriendo a la vieja y socorrida morfina; morfina comprada de contrabando cuando los médicos se negaban a recetarla, y aunque mi madre aborrecía los fármacos la recibía con alivio mientras su cuerpo se consumía en fiebres y las torres de Nueva York se disolvían ante sus ojos como un espejismo en el desierto.

Armande no pesa casi nada entre mis brazos; la cabeza se le vence inerte. Un resto de colorete en una mejilla le presta un aire trágico de payaso triste. Le froto las manos rígidas y heladas entre las mías, desentumeciendo las articulaciones, masajeando los dedos:

—Armande. Despierte. Armande.

Roux observa de pie, indeciso, con el semblante desgarrado entre la confusión y la esperanza. Los dedos de la anciana tintinean como un manojo de llaves entre mis palmas:

—¡Armande! —le hablo con firmeza, con tono de mando—. No puede dormirse ahora. Tiene que despertar.

Ahí está: un temblor minúsculo, semejante a una hoja mecida por la brisa contra otra.

—Vianne…

En un segundo Roux cae de rodillas a nuestro lado. Está blanco como la cal, pero sus pupilas arden de vida:

—¡Vuelva a decirlo, vieja testaruda! —El alivio es tan desgarrador que duele oírlo—. ¡Sé que sigue ahí dentro, Armande; sé que me está escuchando! —Se vuelve hacia mí, anhelante, al borde de la risa histérica—: Ha hablado, ¿verdad? No me lo he imaginado, ¿a que no?

Negué con la cabeza:

—Es fuerte —le aseguré—. Y la encontraste a tiempo, antes de que entrara en coma profundo. Hay que darle unos minutos a la insulina para que haga efecto. Sigue hablándole.

—Vale.

Empezó a hablar con voz entrecortada y febril, escudriñando su rostro en busca de signos de conciencia. Yo continué frotándole las manos, sintiendo cómo el calor retornaba poco a poco a su piel:

—No engaña a nadie, Armande, vieja bruja. Está más sana que un roble; nos va a enterrar a todos. Además, acabo de terminarle el tejado: ¿acaso se cree que me he dejado el lomo trabajando para que su hija se quede con toda la herencia? Sé que me oye, Armande; sé que me está escuchando. ¿A qué espera? ¿Quiere que le pida disculpas? Pues le pido perdón. —Las lágrimas le surcaban la mugre de la cara—. ¿Me oye? Ya me he disculpado: soy un cabrón malnacido e ingrato y lo siento de corazón. Ahora despierte y…

—…bocazas…

Roux se calló en seco a mitad de la frase. Armande soltó una risita ahogada. Sus labios se movieron sin emitir sonido; sus ojos brillaban lúcidos y despiertos. Roux le acunó la cara entre sus manos con infinita ternura:

—Menudo susto le he dado, ¿eh? —Su voz sonaba fina como una gasa.

—Ninguno —mintió él.

—Vaya si te has asustado… —había un rastro de picardía y triunfo en su murmullo.

Roux se secó las lágrimas con el dorso de la mano:

—Todavía me debe el dinero de la obra —dijo con la voz quebrada—. Solo tenía miedo de que la palmara antes de pagarme lo que me debe.

Armande volvió a reír con un hilillo de voz. Iba recobrando las fuerzas por momentos y entre los dos logramos incorporarla y acomodarla en su mecedora. Seguía muy pálida, con el rostro hundido sobre sí mismo como una fruta vieja, pero sus ojos estaban completamente despejados. Roux se volvió hacia mí, con el semblante desarmado por primera vez desde la noche del incendio. Nuestras manos se rozaron. Por un segundo fugaz vislumbré su rostro recortado contra la luz de la luna, la curva suave de un hombro desnudo sobre la hierba fresca, el aroma espectral de las lilas en flor… Sentí que abría los ojos con una sorpresa culpable. Roux debió de percibir algo parecido, pues dio un paso atrás, azorado. A nuestras espaldas se alzó una risita queda de Armande:

—Narcisse ha ido a avisar al médico —le dije fingiendo serenidad—. Estará al llegar.

Armande me miró de hito en hito. Un entendimiento mudo cruzó entre ambas y, no por primera vez, me pregunté con qué asombrosa lucidez era capaz de calar en las personas:

—No quiero a ese matasanos en mi casa —sentenció—. Pueden mandarlo de vuelta por donde ha venido. No necesito que venga nadie a decirme lo que tengo que hacer.

—Pero está usted enferma —protesté—. Si Roux no hubiera aparecido a tiempo podría haber muerto.

Me dedicó una de sus miradas socarronas:

—Vianne, hija mía —dijo con paciencia infinita—: eso es exactamente lo que hace la gente vieja: morirse. Es ley de vida. Pasa a diario en todas partes.

—Sí, pero…

—Y no pienso poner los pies en el Mortoir —remató con rotundidad—. Puede dejárselo bien claro de mi parte: no pueden obligarme a encerrarme

allí. Llevo sesenta años viviendo entre estas cuatro paredes y cuando me llegue la hora de estirar la pata, pienso hacerlo en mi propia cama.

—Nadie va a obligarla a ir a ninguna parte —intervino Roux con aspereza —. Tuvo un descuido con las dosis de las inyecciones, eso es todo. La próxima vez andará con más ojo.

Armande sonrió con ternura:

—No es tan sencillo, muchacho.

—¿Y por qué no? —se encabritó él.

Se encogió de hombros:

—Guillaume lo sabe bien —respondió—. He estado hablando largo y tendido con él estos días; él lo comprende perfectamente. —Su voz sonaba casi normal ahora, aunque todavía débil—: No quiero pasarme lo que me queda de vida pinchándome todos los días. No quiero vivir pendiente de dietas de hospital. No quiero que me atiendan enfermeras caritativas que me hablen como si tuviera cuatro años. ¡Tengo ochenta años cumplidos, por el amor de Dios! Y si a mi edad no puedo tener la libertad de decidir cómo quiero vivir y cómo quiero morirme… —Se calló de golpe—. ¿Quién viene ahí?

No hay nada que reprocharle a su oído: yo también lo escuché, el rugido quejumbroso de un motor subiendo por el camino de tierra. El médico.

—Si es ese charlatán meapilas, dile que está perdiendo el tiempo —ordenó Armande con sequedad—. Dile que estoy como una rosa y que se busque a otro al que sacarle los cuartos. No pienso dejarlo pasar.

Eché un vistazo por la ventana:

—Parece que se ha traído a medio pueblo con él —observé con calma.

El coche, un Citroën azul marino, venía abarrotado de pasajeros: además del doctor Cussonnet, un hombre pálido enfundado en un traje gris marengo, alcancé a distinguir a Caroline Clairmont, a su inseparable Joline y al párroco Reynaud apretujados en el asiento trasero. Delante viajaba Georges Clairmont, con cara de cordero degollado gesticulando en vano. Oí el portazo del vehículo y los chillidos agudos de Caroline elevándose por encima del griterío:

—¡Yo se lo advertí! ¿Verdad que se lo advertí mil veces, Georges? ¡Nadie podrá acusarme de haber descuidado mis obligaciones de hija! Me he dejado la piel por esa mujer, ¿y para qué? Para que ahora…

Un crujido frenético de pasos sobre la grava y las voces estallaron en una algarabía insoportable al franquear la puerta principal:

—¿Madre? ¿Madre querida? ¡Aguanta, cariño, que ya estoy aquí! ¡Por aquí, señor Cussonnet, pase por aquí… ah, sí, ya se conoce el camino de memoria, ¿verdad?! ¡Dios mío, las veces que se lo he dicho… sabía de sobra que terminaría pasando una desgracia…!

Georges intentaba mediar con un hilo de voz:

—¿De verdad crees que deberíamos entrometernos, Caro? Quiero decir: deja que el médico haga su trabajo…

Joline, con su tono gélido y doctoral:

—Habría que preguntarse qué hacía ese sujeto metido en su casa, en cualquier caso.

Reynaud, casi inaudible al fondo:

—Deberían haberme avisado a mí primero…

Sentí a Roux tensarse como una fiera antes incluso de que cruzaran el umbral de la sala, buscando desesperadamente una salida de escape. Para cuando lo intentó ya era demasiado tarde.

Primero hicieron su entrada Caroline y Joline con sus moños impecables, sus chaquetillas de punto fino y sus pañuelos de Hermès al cuello; pisándoles los talones avanzaba Clairmont —con traje oscuro y corbata, una indumentaria insólita para su jornada en el aserradero, a menos que su esposa le hubiera hecho mudarse de ropa para la ocasión—, el médico de cabecera y el sacerdote. Parecía una escena de melodrama decimonónico: todos congelados en la puerta, con rostros alternativamente pasmados, culpables, beatos, ofendidos y furiosos.

Roux los desafiaba con la mirada cargada de insolencia, la mano vendada y el pelo húmedo cayéndole sobre los ojos; yo misma permanecía junto a

la pared, con mi falda naranja salpicada de barro por la carrera; y Armande, pálida pero soberana, balanceándose plácidamente en su mecedora con sus pupilas negras echando chispas de malicia y un dedo sarmentoso alzado como una hechicera:

—Vaya, los buitres ya están aquí —su voz sonaba afable y temible a la vez —. No han tardado mucho en acudir al banquete, ¿verdad? —Le clavó una mirada glacial a Reynaud, que guardaba la retaguardia—: ¿Pensabas que al fin te había llegado la oportunidad de oro, eh? —soltó con acíbar—. ¿Creías que podrías colarme un par de bendiciones y la extremaunción mientras no estaba en mi sano juicio? —Soltó su risotada desvergonzada—: Mala suerte, Francis: todavía no tengo ninguna prisa por recibir los santos óleos.

Reynaud torció el gesto, amargado:

—Eso parece —repuso con frialdad. Y lanzándome una mirada fugaz añadió con velada ponzoña—: Ha sido una suerte que mademoiselle Rocher se muestre tan… competente… en el manejo de las jeringuillas.

Caroline permanecía tiesa como un huso, con una sonrisa forzada que no lograba ocultar su rabia:

—Madre, cariño… ya ves lo que ocurre en cuanto te dejamos sola medio día: matándonos a todos del disgusto.

Armande la contempló con soberano aburrimiento:

—Molestando a tanta gente importante, quitándoles su valioso tiempo…

Lariflette saltó sobre su regazo en mitad de la filípica y la anciana se puso a acariciarla con desgana.

—¿Comprendes ahora por qué te insistimos tanto en que…?

—¿En que estaría muchísimo mejor encerrada en el Mortoir? —remató Armande sin pestañear—. De verdad, Caro, no te cansas nunca, ¿eh? Eres el vivo retrato de tu padre: cabezota y pesada. Era una de sus cualidades más enternecedoras.

Caro puso cara de vinagre:

—No es ningún Mortoir: es la residencia Les Mimosas. Y si te dignaras a visitarla al menos…

—Comida triturada por un tubo, ¿y un celador que te lleve al retrete de la mano para que no te caigas?

—No digas disparates.

Armande se rio con ganas:

—Hija mía: a mi edad tengo derecho a decir todos los disparates que me vengan en gana. Soy lo bastante vieja como para permitirme cualquier extravagancia.

—Estás actuando como una chiquilla caprichosa —protestó Caro con tono quejumbroso—. Les Mimosas es una residencia modelo, sumamente exclusiva; podrías conversar con personas de tu misma edad, asistir a excursiones organizadas, tenerlo todo resuelto sin mover un dedo…

—Suena verdaderamente celestial.

Armande continuó meciéndose al compás de la mecedora.

Caro se volvió hacia el médico, que aguardaba incómodo a su lado. Era un hombre enjuto y nervioso que parecía lamentar amargamente haber acudido, como un tímido extraviado en medio de una orgía:

—¡Simon, dile algo!

—Bueno, yo no estoy seguro de que me corresponda a mí…

—Simon coincide plenamente conmigo —atajó Caro sin contemplaciones —. En tu estado de salud y con tus achaques no puedes continuar viviendo sola en esta casa. En cualquier momento te puede dar un colapso y…

—Exactamente, señora Voizin —terció Joline con tono suave y doctoral —. Debería sopesar lo que dice Caro… Es comprensible que no desee renunciar a su independencia, pero por su propio bien…

Los ojos de Armande eran dos ascuas afiladas. Se quedó mirando a Joline fijamente durante unos segundos insoportables. Joline tragó saliva y desvió la vista, sonrojándose hasta la raíz del pelo:

—Quiero que se larguen de mi casa —dijo Armande con infinita calma —. Todos ustedes.

—Pero, madre…

—¡Todos fuera! —repitió con una rotundidad de piedra—. Le concedo dos minutos al matasanos en privado —parece que voy a tener que recordarle el juramento hipocrático, señor Cussonnet— y para cuando termine con él espero que la bandada de cuervos haya levantado el vuelo.

Intentó ponerse en pie apoyándose en los brazos de la mecedora con dificultad; la sujeté por el codo para ayudarla a incorporarse y me dedicó una mirada traviesa y cómplice:

—Gracias, Vianne —susurró con cariño—. Y a ti también. —Esto último se lo dirigió a Roux, que seguía arrinconado en el otro extremo de la habitación con aspecto hosco e impenetrable—. Quiero hablar contigo a solas en cuanto despache al médico: no te me vayas a escapar.

—¿Conmigo? —Roux se removió incómodo.

Caro lo midió de arriba abajo con un desprecio incontenible:

—Considero que en un trance tan delicado como este, madre, es la familia quien debería…

—Si necesito a mi familia ya sé dónde encontrarla —cortó Armande con aspereza—. Por el momento tengo ciertos preparativos que acordar con él.

Caro clavó sus ojos en Roux:

—¿A-ah, sí? —la sílaba destiló una ponzoña almibarada—. ¿Preparativos?

Lo escudriñó de pies a cabeza con una mirada inquisitiva y vi a Roux encogerse imperceptiblemente. Era el mismo reflejo condicionado que ya había observado en Joséphine: un envaramiento instantáneo, los hombros hundidos, las manos embutidas en los bolsillos del pantalón vaquero para ofrecer un blanco menor a los golpes. Bajo aquel escrutinio implacable cada defecto saltaba a la vista: por un segundo fugaz se vio a sí mismo tal como ella lo veía: un vagabundo mugriento y marginal.

Por pura rebeldía decidió asumir hasta las últimas consecuencias el papel que le adjudicaban, y le espetó con aspereza salvaje:

—¿Qué coño miras con tanta insistencia?

Caroline dio un respingo de espanto y retrocedió dos pasos. Armande sonrió complacida:

—Nos vemos más tarde, Vianne —me despidió—. Y muchas gracias por todo.

Caro me siguió hasta la salida con evidente mortificación: debatida entre su insaciable curiosidad y su repugnancia a dirigirme la palabra, se mostró altiva y condescendiente. Le referí los hechos estrictos sin añadir adornos. Reynaud escuchaba con la inexpresividad marmórea de una de sus imágenes sagradas. Georges intentó dárselas de conciliador con una sonrisa bobalicona y tres o cuatro frases hechas.

Nadie se ofreció a llevarme en coche de vuelta al pueblo.

CAPÍTULO 28 — SÁBADO, 15 DE MARZO

Esta mañana volví a presentarme en casa de Armande Voizin para intentar hablar con ella. Una vez más se negó en redondo a recibirme. Su perro guardián pelirrojo entreabrió la puerta y me gruñó cuatro insolencias en su dialecto barriobajero, cruzando los hombros contra el quicio para cerrarme el paso. Me soltó que Armande se encuentra perfectamente: que un poco de reposo bastará para que se restablezca por completo. Su nieto está haciéndole compañía y sus amistades la visitan a diario —todo ello aderezado con una socarronería que me obligó a morderme la lengua para no perder los papeles —. Tiene órdenes estrictas de no molestarla.

Me subleva tener que rebajarme a suplicarle a este individuo, padre mío, pero conozco bien cuál es mi deber sacerdotal. Por muy degradante que sea la compañía en que ha caído esa mujer, por muchos desprecios que me arroje a la cara, mi obligación permanece intacta: consolar —incluso a quien rechaza el consuelo— y guiar a las ovejas descarriadas. Sin embargo, resulta imposible hablarle del alma a semejante sujeto: tiene la mirada vacía e indiferente de una fiera salvaje. Intenté hacérselo entender: Armande es una mujer anciana, le advertí. Vieja y porfiada. Nos queda tan poco tiempo a los dos… ¿Es que no es capaz de comprenderlo? ¿Acaso piensa consentir que se mate a sí misma por pura soberbia e insensatez?

Se limitó a encogerse de hombros:

—Está la mar de bien —respondió con una apatía cargada de antipatía—. Nadie la está descuidando. Muy pronto estará como una rosa.

—Eso no es verdad —mi voz sonó deliberadamente severa—. Está jugando a la ruleta rusa con su medicación. Se niega a acatar las órdenes del médico. ¡Se atiborra de bombones de chocolate, por el amor de Dios! ¿Se ha parado usted a pensar por un segundo lo que eso puede provocarle en su estado?

Su rostro se cerró en banda, volviéndose impenetrable y distante:

—No quiere verle la cara, señor cura. Eso es todo.

—¿Es que no le importa un bledo? ¿No le conmueve ver cómo se quita la vida a base de gula y desenfreno?

Volvió a encogerse de hombros. Puedo sentir el rescoldo de su rabia contenida tras esa falsa máscara de desgana. Resulta estéril apelar a sus buenos sentimientos: se limita a montar guardia como un mastín bien adiestrado. Muscat me ha asegurado que Armande le ha ofrecido dinero; tal vez este advenedizo tenga un interés bastardo en verla morir cuanto antes. Conozco de sobra su perversidad: desheredar a los suyos en beneficio de este forastero encajaría a la perfección con su retorcido afán de venganza.

—Esperaré aquí fuera —le advertí—. El día entero si hace falta.

Aguardé durante dos horas interminables plantado en el jardín delantero. Pasado ese tiempo empezó a llover. No llevaba paraguas y la sotana no tardó en empaparse pesadamente de agua fría. Comencé a sentirme entumecido y mareado. Al cabo de un rato se abrió una ventana alta y me golpeó el aroma enloquecedor a café recién hecho y a pan caliente horneándose en la cocina. Descubrí al mastín pelirrojo contemplándome con un desprecio hosco y comprendí que podría caer fulminado de bruces sobre el barro sin que él moviera un dedo por auxiliarme. Sentí su mirada clavada en mi espalda mientras remontaba lentamente la cuesta de regreso a Saint-Jérôme. En algún rincón sobre el agua creí escuchar el eco burlón de una carcajada.

Tampoco he tenido suerte con Joséphine Muscat. Aunque rehúsa pisar el templo, he intentado abordarla en varias ocasiones, pero sin el menor

provecho. Parece poseer ahora un núcleo endurecido de metal rebelde, una insolencia soterrada, a pesar de que se empeña en mantener un tono ceremonioso y una voz apacible durante nuestras conversaciones. Jamás se aleja demasiado de La Céleste Praline, y fue precisamente en el umbral del comercio donde tropecé con ella esta mañana: estaba barriendo los adoquines junto a la entrada, con el pelo recogido con un pañuelo amarillo. Al aproximarme pude oírla canturrear para sus adentros con desparpajo.

—Buenos días, señora Muscat.

La saludé con escrupulosa cortesía: sé muy bien que si he de reconquistarla para el redil debe ser mediante la mansedumbre y la templanza. Ya habrá tiempo de imponerle la debida penitencia más adelante, cuando la labor esté cumplida.

Me dedicó una sonrisa afilada. Se la ve mucho más segura de sí misma: la espalda erguida, la cabeza alta, ademanes que ha calcado al milímetro de Vianne Rocher:

—Ahora soy Joséphine Bonnet, señor cura.

—No a los ojos de la ley, señora.

—¡Bah, la ley! —se encogió de hombros con desdén.

—A los ojos de la ley de Dios —insistí con gravedad, clavándole una mirada de reproche—. He rezado mucho por usted, hija mía; he rogado por su redención.

Soltó una carcajada franca, desprovista de acritud:

—Pues entonces sus plegarias han sido escuchadas, padre: jamás en toda mi vida he sido tan feliz.

Parece inexpugnable. Apenas una semana bajo el influjo de esa mujer y ya resuena la voz de la forastera a través de sus labios. Sus risas me resultan intolerables. Su burla, como la de Armande, es un aguijón que me aturde y me llena de cólera sorda. Comienzo a percibir cómo algo en mi interior flaquea y responde a la tentación, padre mío: una debilidad secreta que creía haber erradicado para siempre.

Al contemplar la chocolatería desde el otro extremo de la plaza —con su escaparate luminoso y las jardineras repletas de geranios fucsias, rojos y anaranjados alegrando los balcones y escoltando la entrada—, siento deslizarse en mi juicio la serpiente insidiosa de la duda, y se me hace la boca agua al evocar su fragancia: esa emulsión de nata fresca, malvavisco, azúcar tostada y el embriagador maridaje de coñac añejo con cacao recién molido. Es el aroma que exhala la nuca de una mujer, justo en ese hoyuelo tibio donde el cráneo se funde con el cuello; la fragancia de los albaricoques maduros abiertos al sol del mediodía; el perfume del brioche caliente con canela, del té al limón y de los lirios del valle. Es un incienso pagano que el viento dispersa desplegándolo con suavidad como una bandera de sedición: el rastro mismo del Maligno, que no huele a azufre quemado como nos inculcaron en la infancia, sino a este perfume sutil y voluptuoso, quintaesencia de mil especias que hace zumbar los oídos y arrebata los sentidos.

Me descubro a mí mismo inmóvil ante Saint-Jérôme con el rostro alzado hacia el vendaval, desesperado por atrapar una brizna de esa fragancia. Se cuela en mis pesadillas y despierto bañado en sudor y atenazado por un hambre caníbal. En mis sueños me atiborro de bombones de chocolate; me revuelco en ríos de cacao espeso cuya textura no es crujiente sino blanda y cálida como la carne humana: miles de labios carnosos posándose sobre mi cuerpo desnudo para devorarme a mordisquitos suaves. Perecer bajo semejante gula voluptuosa parece la consumación de todas las tentaciones que he reprimido en mi vida; y en tales instantes de delirio casi alcanzo a comprender a Armande Voizin arriesgando la existencia a cada bocado extático.

He dicho «casi». Conozco cuál es mi deber.

Apenas duermo ya, habiendo endurecido mi disciplina para purgar estos instantes de extravío. Me duelen las articulaciones, pero bendigo ese castigo físico: el deleite carnal es la grieta por donde el demonio introduce sus raíces venenosas. Rehúyo los olores dulces. Tomo una única colación al día, compuesta exclusivamente por viandas insípidas y desabridas. Cuando las obligaciones parroquiales me dan tregua me entrego a las faenas del camposanto: cavando los arriates y arrancando las malas hierbas alrededor de las sepulturas. Aquel rincón ha padecido dos años de abandono y me invade

una honda inquietud al contemplar el caos salvaje que se ha adueñado de lo que antaño fue un jardín ordenado. Lavandas, mejoranas, varas de oro y salvias púrpuras han brotado en una anarquía exuberante entre las gramíneas y los cardos borriqueros. Tantas fragancias me desasosiegan: desearía hileras simétricas de arbustos y flores dóciles, tal vez cercadas por un seto de boj bien recortado. Este desenfreno me parece impropio, casi sacrílego: un empuje ciego de vida desatada donde unas plantas asfixian a otras en una encarnizada lucha por la supremacía. Se nos otorgó el dominio sobre la Creación, según proclaman las Escrituras; y sin embargo no experimento dominio alguno: me invade una sensación amarga de impotencia, pues a medida que cavo, podo y arranco raíces, los ejércitos verdes brotan a mis espaldas sacándome largas lenguas vegetales de burla ante mis fatigas.

Narcisse me observa con una condescendencia burlona:

—Será mejor que empiece a plantar algo decente, señor cura —me aconseja—. Ocupa esos huecos con plantas de provecho; de lo contrario, las malas hierbas siempre acabarán ganando la partida.

Tiene toda la razón, desde luego. Le he encargado un centenar de plantones de su vivero: especies dóciles y disciplinadas que sembraré en hileras rectas. Prefiero las begonias blancas, los lirios enanos, las dalias de tono amarillo pálido y los lirios de Pascua: inodoros pero primorosos en sus coronas perfectas de hojas tiesas. Bellos pero jamás invasivos, me asegura Narcisse. La naturaleza doblegada por la mano del hombre.

Vianne Rocher cruza la calle para curiosear mi labor. Finjo ignorar su presencia. Viste un jersey azul turquesa y pantalones vaqueros ceñidos con botines de ante morado. Su cabellera suelta flamea al viento como la enseña de un navío pirata.

—Tiene usted un jardín precioso —comenta con desenvoltura.

Pasa los dedos sobre una mata densa de vegetación; cierra el puño y se lo acerca a la nariz aspirando la fragancia:

—Cuántas hierbas aromáticas… —murmura—. Melisa, menta bergamota, salvia piña…

—Ignoro sus nombres —le respondo con aspereza—. No soy jardinero. Además, no son más que hierbajos.

—A mí me encantan los hierbajos.

No esperaba otra cosa de ella. Sentí cómo la indignación me hinchaba el pecho… ¿o era acaso el influjo de los aromas? Me incorporé con las hierbas ondeando a la altura de mis caderas y sentí crujir las vértebras lumbares bajo la repentina tensión:

—Dígame una cosa, mademoiselle.

Ella me miró solícita, con una sonrisa serena:

—Dígame qué pretende conseguir empujando a mis feligreses a desarraigar sus vidas y renunciar a su seguridad.

Puso cara de inocencia:

—¿Desarraigar? —Echó un vistazo perplejo al montón de rastrojos arrancados que se apilaba junto al sendero.

—Me refiero a Joséphine Muscat —espeté.

—Ah… —Acarició un tallo de lavanda fresca—. Era muy desdichada.

Parecía considerar que con esa sola frase quedaba todo justificado.

—¿Y usted se figura que quebrando sus sagrados votos matrimoniales, arrojando por la borda cuanto poseía y renunciando a su antigua vida va a ser más feliz?

—Por descontado que sí.

—Una filosofía admirable —solté con desdén— para quien no cree en la existencia del pecado.

Ella soltó una carcajada limpia:

—Es que no creo en el pecado —repuso—. No creo en él en absoluto.

—En tal caso compadezco de corazón a su pobre criatura —le repliqué con acritud—: educada al margen de Dios y desprovista de toda moral.

Sus ojos se estrecharon en una mirada carente de humor:

—Anouk distingue perfectamente lo que está bien de lo que está mal —dijo, y supe que al fin había logrado rozarle una fibra sensible; una pequeña muesca a mi favor—. Y en cuanto a Dios… —Se calló medio segundo para templar la voz—: no creo que ese cuello almidonado le otorgue el monopolio de acceso a lo divino —concluyó con calma—. Imagino que en alguna parte habrá sitio suficiente para los dos, ¿no le parece?

No me rebajé a responder a semejante desatino: conozco de sobra las trampas de su falsa tolerancia.

—Si de verdad abriga el menor deseo de obrar bien —le advertí con gravedad—, convencerá a la señora Muscat de que reconsidere su insensata resolución. Y hará entrar en razón a Armande Voizin.

—¿En razón?

Fingió ignorancia, pero sabía perfectamente a qué me refería. Le repetí gran parte de lo que le había espetado a su esbirro pelirrojo: que Armande es una mujer anciana, caprichosa y soberbia; que las gentes de su generación son incapaces de asimilar los dictámenes médicos modernos: la disciplina de la dieta, las dosis de los tratamientos y la cerrazón a aceptar la realidad de los hechos.

—Pero Armande es muy feliz viviendo en su casa —argumentó con pasmosa serenidad—. No quiere abandonar sus pertenencias para pudrirse en un asilo: quiere morir en el sitio que eligió para vivir.

—¡No tiene ningún derecho a decidir tal cosa! —sentí cómo mi voz restallaba como un látigo a través de la plaza—. ¡Esa elección no le corresponde a ella! Podría vivir muchos años más… ¡diez años por lo menos!

—Y tal vez los viva —su tono rezumaba reproche—. Todavía es una mujer lúcida, ágil e independiente…

—¡¿Independiente?! —Apenas logré disimular mi desprecio—. ¡¿Cuando dentro de seis meses estará completamente ciega?! ¿Qué piensa hacer entonces?

Por primera vez la vi vacilar, descompuesta:

—No la entiendo… —balbuceó al fin—. La vista de Armande no está tan mal, ¿verdad? Quiero decir: ni siquiera utiliza gafas para leer.

La miré fijamente: era evidente que no tenía la menor idea.

—No ha hablado usted con el médico, ¿me equivoco?

—¿Por qué tendría que hablar con él? Armande me…

La corté en seco:

—Armande padece un mal irreversible —le revelé—. Un deterioro que se ha empeñado en negar sistemáticamente. Ya ve hasta dónde alcanza su obstinación cerril: se niega a reconocerlo ante sí misma y ante su propia familia…

—Por favor… dígame qué tiene.

Sus ojos brillaban duros e implacables como ágatas pulidas.

Se lo conté todo.

CAPÍTULO 29 — DOMINGO, 16 DE MARZO

❖ · ❖ · ❖

Al principio Armande fingió no tener la menor idea de qué le estaba hablando. Luego, adoptando un aire de soberana altivez, exigió saber quién se había ido de la lengua, mientras me acusaba de ser una entrometida insoportable y de no tener ni repajolera idea de las cosas de la vida.

—Armande —la atajé en cuanto se detuvo a tomar aire—, háblame con el corazón en la mano. Explíqueme qué significa exactamente eso: ¿retinopatía diabética?

Se encogió de hombros con fastidio:

—Total, para lo que sirve callárselo, si ese maldito matasanos se va a dedicar a pregonarlo a los cuatro vientos por todo el pueblo… —Sonaba contrariada—. Tratándome como si ya no tuviera dos dedos de frente para gobernarme sola. —Me clavó una mirada severa—: Y usted no es mucho mejor, señorita: todo el santo día cacareando a mi alrededor como una clueca alarmada… ¡Que no soy ninguna niña, Vianne!

—Sé de sobra que no lo es.

—Pues entonces.

Alargó la mano hacia la taza de té que descansaba junto a su codo. Reparé en la cautela milimétrica con que tanteó la loza, comprobando su posición antes de levantarla del platillo. No ha sido ella, sino yo, quien ha estado ciega todo este tiempo: el bastón rematado con el lazo rojo, los ademanes dubita-

tivos, el tapiz inconcluso abandonado en el regazo, los ojos permanentemente resguardados bajo el ala de una sucesión interminable de sombreros…

—Tampoco es que usted pueda hacer nada para remediarlo —prosiguió Armande con un tono más sosegado—. Por lo que he alcanzado a entender es algo incurable, así que no es asunto de nadie más que mío. —Tomó un sorbo de la infusión y torció el gesto con repugnancia—: Manzanilla… —dijo con desgana—. Se supone que ayuda a eliminar toxinas. Sabe a orines de gato. —Volvió a posar la taza con el mismo cuidado meticuloso—. Echo de menos leer —confesó—. Cada día me cuesta más distinguir las letras impresas, pero Luc me lee en voz alta de vez en cuando. ¿Se acuerda de cómo le hice leerme a Rimbaud la primera tarde que vino a la confitería?

Asentí conmovida:

—Lo dice como si hubiera ocurrido hace una eternidad.

—Es que ha pasado una vida entera —su voz sonaba ligera, casi ingrávida —. He tenido entre las manos lo que jamás soñé que volvería a tener, Vianne: mi nieto sube a verme a diario; conversamos de tú a tú, como dos adultos. Es un muchacho de oro, lo bastante bueno como para guardar un poco de luto por mí cuando me haya ido…

—La quiere con locura, Armande —la interrumpí—. Todos la queremos.

Soltó una risita seca:

—Bueno, no todos; pero eso me tiene sin cuidado. Tengo todo cuanto he deseado tener en este mundo, aquí y ahora: mi casa hermosa, mis amigos verdaderos, Luc… —Me lanzó una mirada llena de rebelde desafío—: Y no pienso permitir que nadie me lo arrebate.

—No lo entiendo: nadie puede obligarla a…

—No me estoy refiriendo a ninguna persona en particular —me cortó con aspereza—. Cussonnet puede llenarse la boca todo lo que quiera hablando de implantes de retina, escáneres modernos y tratamientos con láser —su desprecio por la parafernalia médica resultaba evidente—, pero eso no va a cambiar la cruda realidad de los hechos: me estoy quedando ciega a marchas

forzadas y no hay nada en este mundo que pueda detenerlo. —Se cruzó de brazos con un ademán tajante y definitivo—. Debí haber acudido a la consulta mucho antes —admitió sin amargura—. Ahora el daño es irreversible y avanza sin tregua. Seis meses de visión borrosa es lo máximo que me concede ese hombre; después, el Mortoir, me guste o no, hasta el día en que estire la pata. —Hizo una pausa—. Y podría arrastrarme viva diez años más —añadió pensativa, repitiendo exactamente las mismas palabras que Reynaud me había espetado en el camposanto.

Abrí la boca para discutir, para consolarla diciéndole que la medicina avanza y que las cosas no tenían por qué ser tan negras, pero volví a cerrarla sin articular palabra.

—No me ponga esa cara de funeral, muchacha —Armande me dio un empujoncito cariñoso—. Después de un banquete soberbio de cinco platos, a usted le apetece rematarlo con un buen café y una copa de licor de hierbas, ¿verdad? No se le ocurriría de pronto pedir un plato de papilla insípida para estirar la velada, ¿a que no? ¿Solo por el capricho de tener un plato más en la mesa?

—Armande…

—No me interrumpa. —Sus ojos negros ardían de lucidez—. Le estoy diciendo que hay que saber cuándo retirarse, Vianne. Hay que saber cuándo empujar el plato hacia el centro y pedir los licores. Cumpliré ochenta y un años dentro de dos semanas…

—¡Eso no es ser tan vieja! —gemí a mi pesar—. ¡No puedo creer que se rinda de esta manera!

Me miró fijamente:

—Y sin embargo fue usted misma quien le aconsejó a Guillaume que le permitiera a Charly marcharse con un poco de dignidad, ¿no es cierto?

—¡Usted no es ningún perro! —repliqué dolida, encendiéndome de rabia.

—No —respondió Armande en un susurro—; y por eso mismo yo sí tengo la libertad de elegir.

Un rincón amargo, Nueva York: con sus misterios deslumbrantes y chillones; gélida en el invierno y asfixiante de bochorno en los meses de estío. Al cabo de tres meses incluso el estruendo se vuelve familiar, una segunda naturaleza: los rugidos de los motores, los cláxones histéricos y los gritos de los transeúntes fundiéndose en un tapiz sonoro continuo que lo envuelve todo como una cortina de lluvia sucia.

Cruzando la calzada desde la tienda de ultramarinos con el almuerzo apretado en una bolsa de papel estraza contra el pecho, yo saliendo a su encuentro a mitad de camino, encontrando su mirada al otro lado de una avenida atestada de tráfico, con un gigantesco cartel publicitario de cigarrillos Marlboro a sus espaldas: un vaquero solitario recortado contra un horizonte de montañas rojas.

Vi venir el bólido a toda velocidad. Abrí la boca para gritar, para advertirla del peligro… y me quedé paralizada. Durante un segundo entero, solo eso: un segundo interminable. ¿Fue el terror lo que me pegó la lengua al paladar? ¿Fue la lentitud atroz de los reflejos cuando el peligro es inminente, tardando la orden del cerebro una eternidad en sacudir la carne entumecida? ¿O fue la esperanza? Esa clase de esperanza siniestra que brota cuando se han agotado todas las quimeras y solo queda la agonía despiadada del fingimiento cotidiano: *«Claro que sí, mamá; claro que llegaremos a Florida. Te lo prometo».*

Su rostro crispado en una sonrisa eterna; sus ojos demasiado brillantes, encendidos como fuegos artificiales del Cuatro de Julio.

«¿Qué haría yo en este mundo sin ti, mi cielo?». «Todo saldrá bien, mamá; lo conseguiremos. Confía en mí».

El Hombre de Negro aguarda a un lado con una mueca burlona en los labios y durante aquel segundo infinito comprendí que existen cosas peores, infinitamente peores, que la propia muerte. Entonces el espanto quebró mi parálisis y solté un alarido desgarrador; pero el grito de alarma llegó demasiado tarde. Mi madre volvió el rostro vagamente hacia mí, con una sonrisa dulce asomando a sus labios pálidos —*«¿Qué sucede, cariño?»*— y el alarido que debió haber sido su nombre quedó sepultado bajo el chirrido atroz de unos frenos desbocados.

—¡Florida!

Sonó como el nombre propio de una mujer, rasgando el aire por encima del estrépito de la avenida; la muchacha joven corriendo entre el tráfico mientras se le caen las compras al suelo —un fardo de verduras, un cartón de leche que se revienta contra el asfalto—, con la cara desfigurada por el espanto. Sonó como un nombre de persona, como si aquella mujer madura que agonizaba en la acera se llamara en verdad Florida. Y murió antes de que pudiera alcanzarla: en silencio y sin dramatismos teatrales, de tal suerte que casi me dio vergüenza montar semejante alboroto; y una mujer corpulenta vestida con un chándal rosa me rodeó con sus brazos carnosos, pero lo que más experimenté en el fondo de las entrañas fue alivio: un alivio inmenso y doloroso, como un absceso purulento que revienta al fin; y mis lágrimas fueron lágrimas de alivio puro, un alivio amargo y ardiente por haber alcanzado al fin la orilla. Por haber llegado al desenlace intacta… o casi intacta.

—No debería llorar, muchacha —dijo Armande con infinita dulzura—. ¿No es usted la que siempre anda diciendo que lo único que importa en esta vida es ser feliz?

Me sorprendió notar las mejillas empapadas en lágrimas tibias.

—Además, necesito su ayuda. —Pragmática y resuelta como siempre, sacó un pañuelo limpio de su bolsillo y me lo tendió; olía a lavanda fresca—: Voy a organizar una fiesta por todo lo alto para mi cumpleaños —anunció—. Ha sido idea de Luc. Sin reparar en gastos. Y quiero que usted se encargue de todo el banquete.

—¿Qué? —Me sentí desconcertada, pasando del abismo de la muerte a la abundancia de un festín en un parpadeo.

—Mi último plato —me aclaró Armande—. Pienso tomarme religiosamente las medicinas hasta que llegue ese día, como una niña buena. Me beberé hasta esa pócima inmunda de manzanilla. Quiero celebrar mis ochenta y un años rodeada de todos mis amigos verdaderos. ¡Qué demonios!, a lo mejor hasta invito a esa tonta de mi hija. Le daremos la bienvenida a su festival de chocolate por la puerta grande. Y después… —Se encogió de hombros con soberana tranquilidad—: No todo el mundo tiene esta suerte —reflexionó—:

tener la oportunidad de dejarlo todo bien atado y despedirse en paz. Y otra cosa más: —me clavó una mirada penetrante, afilada como un rayo láser— ni una sola palabra de esto a nadie en el pueblo. A nadie en absoluto. No pienso tolerar que nadie meta las narices en mis asuntos. Es mi decisión, Vianne: mi fiesta. No quiero a nadie lloriqueando ni haciendo tragedias en mi mesa. ¿Estamos de acuerdo?

Asentí con un nudo en la garganta.

—¿Me lo promete? —Parecía una chiquilla terca y decidida.

—Se lo prometo.

Su semblante recuperó de golpe esa expresión de glotona satisfacción que siempre adopta cuando se habla de buena mesa. Se frotó las manos con entusiasmo:

—Y ahora… vayamos al menú.

CAPÍTULO 30 — MARTES, 18 DE MARZO

❖ · ❖ · ❖

Joséphine reparó en mi mutismo mientras faenábamos juntas en el obrador. Llevamos elaboradas más de trescientas cajas especiales de Pascua desde que comenzamos la producción: apiladas en primorosas torres en el sótano y adornadas con lazos de colores; pero tengo planeado alcanzar al menos el doble. Si consigo venderlas todas obtendremos una ganancia considerable, suficiente tal vez para instalarnos definitivamente en este pueblo. Y si no… prefiero no contemplar esa posibilidad, aunque la veleta del campanario me lance chirridos burlones desde lo alto de su atalaya.

Roux ha comenzado ya las obras para habilitar la habitación de Anouk en la buhardilla. El festival es una apuesta arriesgada, qué duda cabe; pero nuestras vidas siempre han estado regidas por tales lances de azar. Y no hemos escatimado esfuerzos para asegurar su éxito: hemos distribuido carteles hasta en Agen y en las comarcas vecinas; la emisora de radio local lo anunciará a diario durante toda la Semana Santa; contaremos con música en vivo —unos viejos camaradas de Narcisse han formado una orquesta modesta—, flores frescas y juegos tradicionales. Hablé con varios feriantes del mercado de los jueves y montarán puestos de artesanía y recuerdos en la plaza. Habrá una búsqueda de huevos de Pascua para los más pequeños liderada por Anouk y su pandilla, y cucuruchos de sorpresas dulces para cada participante. Y presidiendo el escaparate de La Céleste Praline, una colosal estatua de chocolate representando a la diosa Ostara, con una gavilla de espigas doradas en una

mano y una canasta colmada de huevos en la otra, que será repartida en porciones entre todos los asistentes el Domingo de Resurrección.

Faltan menos de dos semanas. Modelamos primorosos bombones rellenos de licor, racimos de pétalos de rosa escarchados, monedas envueltas en papel de oro fino, cremas de violeta, guindas al coñac y mazapanes de almendra en tandas de cincuenta piezas, extendiéndolos sobre bandejas engrasadas para que enfríen al aire. Abrimos cuidadosamente huevos huecos y figuras de animales para rellenar sus entrañas con estas delicias. Nidos de caramelo hilado con huevos de azúcar duro rematados por una gallinita de chocolate negro; conejos moteados cargados de almendras tostadas aguardando en hileras a ser empaquetados; un desfile entero de criaturas de mazapán marchando por los estantes. Los efluvios a esencia de vainilla, a coñac añejo, a manzana caramelizada y a cacao amargo saturan cada rincón de la casa.

Y ahora hay que preparar también el banquete de Armande. Tengo anotada una lista con todos sus caprichos para encargar a los proveedores de Agen: foie gras de pato, botellas de champán selecto, trufas negras y chantarelas frescas traídas de los bosques de Burdeos, fuentes monumentales de marisco fresco del mejor abastecedor de la comarca. Yo misma elaboraré los pasteles de celebración y los chocolates de sobremesa.

—Suena a una fiesta maravillosa —me comenta alegremente Joséphine desde la cocina mientras le resumo los preparativos. Me muerdo la lengua para no traicionar mi promesa a Armande.

—Estás formalmente invitada —le aseguro—. Ella misma me lo recalcó.

A Joséphine se le encienden las mejillas de pura dicha:

—Qué detalle tan hermoso —dice con emoción—. Todo el mundo se está portando tan bien conmigo…

Posee una asombrosa falta de rencor: está siempre dispuesta a ver la bondad en los demás. Ni siquiera el tormento padecido junto a Paul-Marie ha logrado quebrar su optimismo natural: insiste en que gran parte de la culpa de lo sucedido fue suya por haber sido débil, por no haberle plantado cara a tiempo. En cuanto a Caro Clairmont y a sus secuaces de coro, las despacha

con una sonrisa complacida: «Solo son un par de pobres tontas», me asegura con madurez.

Es un alma sencilla y pura: vive ahora en paz, en perfecta armonía con el mundo. Yo misma, en cambio, me descubro cada día más desasosegada, atrapada en un absurdo espíritu de contradicción. Y sin embargo la envidio: ha hecho falta tan poco para devolverle la luz… Un poco de calor humano, cuatro prendas de ropa prestadas y el resguardo de un cuarto humilde en el desván. Al igual que una flor de primavera se orienta ciegamente hacia los rayos del sol, sin detenerse a diseccionar los mecanismos que la impulsan a florecer. Ojalá yo fuera capaz de hacer lo mismo.

Mi pensamiento regresa una y otra vez a la conversación del domingo con Reynaud. Lo que late en el fondo de ese hombre continúa siendo un enigma indescifrable para mí. Hay un halo de desesperación sorda en su figura estos días mientras faena en el camposanto: cavando y escardando con una furia desmedida —arrancando a menudo hermosos matorrales y flores silvestres junto con las malas hierbas—, con el sudor chorreándole por la espalda y dibujando un triángulo oscuro sobre el lienzo de su sotana. No disfruta con el esfuerzo físico: observo sus facciones crispadas por el agotamiento mientras clava la azada en la tierra. Parece aborrecer el suelo que pisa; parece odiar a las criaturas vivas contra las que combate. Recuerda a un avaro condenado a palear fajos de billetes dentro de una caldera ardiente: una mezcla atroz de apetito insaciable, náusea y fascinación culpable.

Y sin embargo jamás se rinde.

Al contemplarlo experimento una familiar punzada de temor, aunque ignoro a qué temo en realidad. Es como una maquinaria implacable, este hombre, mi adversario. Cuando me mira me siento extrañamente despojada ante su escrutinio: necesito reunir todo mi aplomo para sostenerle la mirada, para sonreír con fingida indiferencia… mientras por dentro algo en mí aúlla desesperadamente intentando escapar.

No es simplemente la afrenta del festival del chocolate lo que lo enfurece hasta el delirio: lo sé con la misma certidumbre que si pudiera leer en sus pensamientos más sombríos. Es mi sola existencia en este pueblo lo que no

puede tolerar: para él encarno un ultraje viviente. Me está vigilando ahora mismo, de soslayo desde su jardín a medio cavar, desviando los ojos hacia mi escaparate para volver de inmediato a su faena con un rictus de triunfo mezquino. No hemos vuelto a cruzar palabra desde el domingo y se cree vencedor de la escaramuza: Armande no ha vuelto a dejarse ver por La Praline y puedo leer en su mirada que se atribuye a sí mismo el mérito de haberla disuadido. Dejémoslo engañarse si eso le hace feliz.

Anouk me contó que ayer visitó la escuela del pueblo. Les habló sobre el significado litúrgico de la Pascua —asuntos inocuos, aunque me hiela la sangre imaginar a mi hija bajo su tutela—, les leyó un cuento y prometió volver pronto. Le pregunté a la niña si se había dirigido a ella personalmente.

—¡Pues claro! —respondió con la mayor naturalidad—. Es muy simpático. Me dijo que podía ir a visitar su iglesia cuando quisiera: para ver la estatua de san Francisco y a todos los animalitos esculpidos a sus pies.

—¿Y tú quieres ir?

Anouk se encogió de hombros:

—A lo mejor.

Me repito a mí misma —en las horas muertas de la madrugada, cuando todo parece posible y los nervios me chirrían como los goznes oxidados de la veleta— que mi miedo es completamente irracional. ¿Qué daño real podría hacernos? ¿Cómo podría lastimarnos, aunque ese fuera su empeño? No sabe nada de nosotras; no puede saber absolutamente nada. Carece de todo poder.

«Claro que tiene poder —me susurra la voz de mi madre en el pecho—. Es el Hombre de Negro».

Anouk se revuelve inquieta en su sueño. Extremadamente sensible a mis estados de ánimo, intuye cuándo estoy en vela y lucha por despertar ella misma a través de una maraña de pesadillas. Respiro hondo y acompaso el pulso hasta que la niña vuelve a sumergirse en la calma.

El Hombre de Negro no es más que una fábula, me prevengo con firmeza: la personificación de nuestros terrores infantiles bajo una máscara de cartón

piedra; un cuento para noches oscuras; sombras chinescas proyectadas sobre las paredes de un cuarto desconocido.

En lugar de una respuesta racional regresa a mi mente aquella visión, nítida como una diapositiva luminosa: Reynaud aguardando de pie junto al lecho de un anciano moribundo, con los labios moviéndose en una plegaria silenciosa y una llamarada ardiente a sus espaldas semejante al sol atravesando una vidriera gótica. No es una estampa tranquilizadora: hay algo depredador en el porte del sacerdote, un aire de familia entre ambos semblantes amoratados, y el resplandor de las llamas ardiendo entre los dos encierra una amenaza atroz. Intento aplicar mis viejos estudios de psicología: no es más que una proyección del arquetipo de la Muerte, un reflejo de mi pavor a la incertidumbre. Pero la explicación no convence a nadie. La parte de mi alma que todavía le pertenece a mi madre habla con una elocuencia infinitamente mayor:

«Eres mi hija, Vianne —me advierte con voz inexorable—. Tú sabes de sobra lo que eso significa».

Significa levar anclas en cuanto el viento cambie de rumbo; descifrar el destino al corte de una baraja; convertir nuestras vidas en una fuga perpetua hacia ninguna parte.

—No tengo nada de especial…

Apenas soy consciente de haber pronunciado las palabras en voz alta.

—¿Mamá? —la vocecita de Anouk suena pastosa de sueño.

—Chist… —la tranquilizo acariciándole la frente—. Todavía no ha amanecido, mi amor. Duérmete otro rato.

—Cántame una nana, mamá —me pide tendiéndome la mano en la penumbra—. Cántame otra vez la copla del viento.

Y me pongo a canturrear muy bajo, escuchando el timbre de mi propia voz entrelazarse con los quejidos lejanos de la veleta sobre el tejado:

«V'la l'bon vent, v'la l'joli vent,
V'la l'bon vent, ma vie m'appelle…

V'la l'bon vent, v'la l'joli vent,
V'la l'bon vent, ma mie m'attend.»

Al cabo de unos minutos la respiración de Anouk vuelve a sosegarse y sé que ha conciliado el sueño. Su manita tibia reposa entre las mías, vencida por el descanso. Cuando Roux termine las obras de la buhardilla tendrá de nuevo un cuarto propio y las dos podremos descansar mejor. La noche se parece demasiado a aquellas habitaciones anónimas de hotel que compartí con mi madre: envueltas en el vaho de nuestra propia respiración, con el sudor empañando los cristales y el rumor inacabable del tráfico rodando afuera.

«V'la l'bon vent, v'la l'joli vent…».

Esta vez no, me prometo a mí misma en el silencio de la noche. Esta vez nos quedamos. Pase lo que pase.

Pero incluso al deslizarme de nuevo hacia el sueño me descubro contemplando esa promesa no solo con un anhelo infinito, sino con una profunda e irremediable incredulidad.

CAPÍTULO 31 — MIÉRCOLES, 19 DE MARZO

❖ · ❖ · ❖

Parece registrarse menos movimiento en la confitería de la mujer Rocher estos días. Armande Voizin ha dejado de dejarse ver por allí, aunque la he cruzado un par de veces desde su restablecimiento: camina con paso enérgico y apenas se apoya en su bastón de coquetería. Guillaume Duplessis suele acompañarla casi siempre, llevando detrás a ese chucho flaco y desgarbado que recogió del barro; y Luc Clairmont baja a diario a Les Marauds.

Al enterarse de que su hijo ha estado visitando a escondidas a su abuela, Caroline Clairmont tuerce el gesto en una mueca amarga de despecho:

—Ya no sé qué hacer con él, señor cura —se lamenta con aspavientos—. Un chico tan dócil, tan educado de toda la vida… ¿y ahora esto? —Se lleva sus manos manicuradas al pecho en un ademán teatral—: Solo le dije —de la manera más dulce y comprensiva del mundo— que tal vez debió haberme avisado de que iba a visitar a su abuela. —Suspira con teatralidad—: Como si fuera a parecerle mal a su madre… ¡chiquillo tonto! Por descontado que me alegro, le dije: es maravilloso que te lleves tan bien con ella… al fin y al cabo algún día heredarás todo lo que tiene. Y de pronto me sale con que no le importa un pimiento el dinero; que la única razón por la que no me lo dijo era porque sabía de sobra que yo lo estropearía todo… ¡y que yo era una «beata de coro insoportable»! Palabras textuales de mi madre, padre mío: apostaría la cabeza a que fue ella quien se las metió en la cabeza.

Se frotó los ojos con el dorso de la mano con sumo cuidado para no estropear su impecable maquillaje.

—¿Qué he hecho yo para merecer esto, padre? —gimoteó—. Me he desvivido por ese muchacho; le he dado todo cuanto ha estado en mi mano. Y tener que ver cómo me da la espalda y me arroja mis sacrificios a la cara por culpa de esa mujer… —Su voz se tornó acerada tras el puchero—: *«Más afilado que el diente de una víbora es el hijo ingrato»*, como bien dice la Escritura. No puede usted imaginarse el calvario que esto supone para una madre, señor cura.

—No es usted la única que padece las consecuencias de las entrometidas ocurrencias de mademoiselle Rocher —le recordé—. Mire a su alrededor y compruebe los descalabros que ha sembrado en el pueblo en apenas un mes.

Caroline resopló con desdén:

—¡Buenas intenciones! Es usted demasiado caritativo, padre: esa mujer es una víbora venenosa, eso es lo que es. A punto estuvo de matar a mi madre de un disgusto, me ha puesto a mi propio hijo en contra…

Asentí para darle ánimos.

—Por no mencionar lo que le ha hecho al matrimonio de los Muscat —prosiguió Caroline—. Me asombra la paciencia infinita que ha tenido usted con ella, señor cura: se lo digo de corazón. —Sus ojos despidieron un chispazo de malicia pura—: Me sorprende que no haya hecho valer su autoridad todavía.

Me encogí de hombros con aparente modestia:

—No soy más que un humilde párroco de aldea —repuse—. Carezco de un poder temporal como tal. Puedo desaprobar públicamente su conducta, pero…

—¡Usted puede hacer muchísimo más que desaprobar con la cabeza! —estalló Caroline con vehemencia—. Tendríamos que haberle escuchado desde el primer domingo, padre: jamás debimos tolerar la presencia de semejante elemento entre nosotros.

Volví a encogerme de hombros:

—Cualquiera es sabio a toro pasado —le recordé con ironía—. Si la memoria no me falla, hasta usted misma frecuentaba su establecimiento al principio.

Se sonrojó de ira:

—Bueno, pero ahora podemos prestarle ayuda —insistió—. Paul Muscat, Georges, los Arnauld, los Drou, los Prudhomme… Si cerramos filas y nos unimos todos… Si corremos la voz por el pueblo… Todavía estamos a tiempo de cambiar las tornas en su contra.

—¿Con qué pretexto? Esa mujer no ha quebrantado ninguna ley civil. Los demás dirían que se trata de habladurías y rencores vecinales, y quedaríamos en una posición todavía más desairada.

Caroline esbozó una sonrisa estrecha y despiadada:

—Podríamos reventarle su famoso festival del chocolate: de eso no cabe la menor duda.

—¿Ah, sí?

—¡Pues claro que sí! —El odio la volvía fea y desagradable—. Georges trata a muchísima gente en la comarca: es un hombre acaudalado y respetado. Muscat también tiene peso e influencia en el vecindario: sabe convencer a la gente y preside la Asociación de Comerciantes…

Por descontado que sí. Me acuerdo de su padre en aquel bochornoso verano de los gitanos.

—Si sufre pérdidas cuantiosas con ese festejo… y me consta que ha invertido una fortuna en provisiones y moldes de Pascua… a lo mejor se ve forzada a…

—Podría ser —respondí con mesura fingida—. Por descontado, mi investidura me impide formar parte visible de semejante iniciativa: resultaría… poco caritativo a ojos de la grey.

Bastó ver el brillo de su mirada para comprobar que había captado a la perfección cada matiz:

—Por descontado, padre mío —su tono rezumaba una avidez rencorosa.

Por un segundo sentí una repugnancia infinita hacia ella: una criatura servil y ponzoñosa, halagándome con el celo servil de una perra faldera. Y sin embargo, padre mío, con instrumentos tan mezquinos y ruines como este es como a menudo nos vemos obligados a librar las batallas más difíciles.

A fin de cuentas, padre, usted debería saberlo mejor que nadie.

CAPÍTULO 32 — VIERNES, 21 DE MARZO

El dormitorio de la buhardilla está prácticamente rematado: el yeso todavía presenta manchas húmedas aquí y allá, pero la ventana nueva —redonda y guarnecida de latón dorado como el ojo de buey de un navío de época— ha quedado perfecta. Mañana mismo Roux clavará los tablones del suelo, y en cuanto los hayamos lijado y barnizado a conciencia trasladaremos la camita de Anouk a sus nuevos dominios. No hay puerta: el acceso se realiza a través de una trampilla en el techo que se alcanza tras una docena de peldaños de madera empinados.

Anouk está enloquecida de ilusión: se pasa las horas asomando la cabeza por el hueco de la trampilla, vigilando las faenas y dando instrucciones precisas sobre dónde colocar cada cosa. El resto del tiempo lo pasa conmigo en la cocina, contemplando los preparativos de Pascua. Jeannot suele acompañarla casi siempre: se sientan los dos en el umbral de la trastienda hablando a la vez sin parar. A menudo tengo que sobornarlos con chocolatinas para que me dejen espacio para maniobrar.

Roux parece haber recuperado su antiguo humor desde la convalecencia de Armande: silba melodías alegres mientras da los últimos retoques a las paredes de la habitación. Ha hecho un trabajo impecable, aunque no deja de lamentar la pérdida de sus herramientas en el incendio: las que maneja ahora, alquiladas en el aserradero de Clairmont, son de peor calidad, según refunfuña; en cuanto reúna algo de dinero se comprará un juego propio.

—Hay un desguace en Agen que vende barcazas de segunda mano —me comentó hoy ante una taza humeante de chocolate y unos relámpagos de crema—. Podría conseguir un casco viejo y restaurarlo con calma a lo largo del invierno. Quedaría como nuevo, bien caliente y marinero.

—¿Cuánto dinero te haría falta?

Se encogió de hombros:

—A lo mejor cuatro mil francos para empezar, o cinco mil. Depende del estado del motor.

—Armande te prestaría esa cantidad encantada.

—Ni hablar. —En este punto es inamovible—: Bastante ha hecho ya por nosotros. —Trazó un círculo distraído sobre el borde de la taza con la yema del índice—. Además, Narcisse me ha ofrecido faena fija en sus tierras: primero en los viveros; luego en la vendimia cuando empiece la recogida de la uva; y después con las patatas, las judías, los pepinos y las berenjenas… Faena de sobra para mantenerme ocupado hasta noviembre.

—Me alegro de todo corazón.

Sentí una cálida oleada de afecto ante su entusiasmo recobrado y su renovado apetito por la vida. Se le ve mucho más descansado y saludable, libre ya de aquella máscara hosca y sombría que ensombrecía sus facciones como un caserón desierto. A petición expresa de Armande ha estado pasando las últimas noches en la casa de la anciana:

—Por si me da otro de mis desmayos —afirma ella con gravedad fingida, dedicándome un guiño de complicidad por detrás de su espalda. Farsa o no, me tranquiliza saber que no pasa las noches sola.

Quien no opina lo mismo es Caroline Clairmont: se dejó caer por La Praline el miércoles por la mañana en compañía de Joline Drou, pretextando una consulta sobre Anouk. Roux estaba sentado en la barra tomando un café moca. Joséphine, que todavía parecía intimidada ante la presencia del marinero, faenaba en la cocina empaquetando bombones. Anouk terminaba de desayunar con su tazón amarillo de leche con chocolate y medio cruasán

sobre el mostrador. Las dos mujeres dedicaron sonrisas empalagosas a la niña y fulminaron a Roux con un desdén cargado de aprensión. Roux les devolvió una mirada de absoluta insolencia.

—Espero no interrumpir en mal momento —dijo Joline con esa voz meliflua y ensayada, todo compasión y buenos modales por fuera y pura frialdad por dentro.

—En absoluto: estábamos terminando de desayunar. ¿Les apetece tomar algo caliente?

—No, gracias: jamás pruebo bocado a estas horas. —Lanzó una mirada melindrosa a Anouk, quien con la cabeza metida en el tazón ni se dio por enterada—. Me gustaría hablar con usted —añadió Joline con dulzura afectada —. A solas.

—Si lo desea, adelante —respondí—, aunque no creo que haga falta tanta reserva. Puede decirlo aquí mismo: le aseguro que a Roux no le incomoda en absoluto.

Roux sonrió de oreja a oreja y Joline torció el gesto:

—Se trata de un asunto un tanto delicado.

—En tal caso, ¿está segura de que soy yo la persona indicada? Habría jurado que el párroco Reynaud resultaría mucho más adecuado para confidencias morales.

—Deseo tratarlo con usted directamente —sentenció Joline apretando los labios.

—Usted dirá. ¿De qué se trata?

—De su hija. —Esbozó una sonrisa quebradiza—: Como bien sabe, soy su maestra en la escuela.

—Lo sé perfectamente. —Le serví otra taza a Roux—. ¿Qué ocurre? ¿Acaso va retrasada en los estudios? ¿Tiene dificultades de aprendizaje?

Sé de sobra que Anouk no tiene ningún problema: devora libros desde los cuatro años y habla inglés con tanta soltura como francés, una herencia de nuestra estancia en Nueva York.

—No, en absoluto —se apresuró a matizar Joline—. Es una niña extraordinariamente despierta.

Lanzó otra mirada de soslayo hacia Anouk, pero mi hija parecía completamente absorta en su cruasán: aprovechando que creía que nadie la vigilaba, hurtó un ratoncito de chocolate del mostrador y lo embutió en el corazón del bollo para fabricarse un *pain au chocolat* improvisado.

—¿Su conducta, entonces? —pregunté con fingida preocupación—. ¿Es desobediente, maleducada o alborotadora?

—No, no… nada de eso.

—¿Entonces?

Caro me contemplaba con una expresión avinagrada:

—El padre Reynaud ha visitado la escuela varias veces esta semana —nos informó—. Para explicarles a los pequeños el misterio sagrado de la Pascua y la Resurrección de Nuestro Señor.

Asentí animándola a continuar. Joline me dedicó otra de sus sonrisas piadosas:

—Pues bien: Anouk parece… en fin, no es que alborote la clase, pero le ha estado haciendo unas preguntas verdaderamente insólitas al sacerdote. —Su sonrisa quedó atrapada entre dos paréntesis severos de desaprobación—: Unas preguntas desconcertantes, por decirlo suavemente.

—Bueno —repuse con ligereza—, siempre ha sido una niña curiosa. Imagino que en la escuela no pretenderán desalentar el espíritu de indagación de sus alumnos. Y además —añadí con picardía—, no me dirá usted que existe alguna materia teológica para la que el señor cura no tenga una respuesta preparada.

Joline emitió un quejido de protesta:

—Está escandalizando a los demás niños de la escuela, señora.

—¿De verdad?

—Anouk se ha empeñado en asegurarles que la Pascua no es una fiesta cristiana en absoluto, y que la Resurrección de Cristo no es más que… —se detuvo abochornada— un calco pagano de antiguos mitos sobre dioses de las cosechas y ritos de fertilidad primitiva. —Soltó una risita forzada, pero su voz era puro hielo.

—Vaya. —Le acaricié los rizos oscuros a mi hija—. Ya ve que es una niña muy leída, ¿verdad, Nanou?

—Solo le pregunté por la diosa Ostara —soltó Anouk con aplomo infantil —. El cura decía que ya nadie celebra esas cosas antiguas y yo le contesté que nosotras sí las celebramos.

Me tapé la boca con la mano para disimular la risa:

—Supongo que el párroco no comprende esas cosas, cariño —le dije—. A lo mejor no deberías hacerle tantas preguntas difíciles si se disgusta.

—Disgusta a los niños, señora Rocher —insistió Joline.

—¡Mentira! —replicó Anouk de inmediato—. Jeannot dice que deberíamos encender una fogata enorme cuando llegue la fiesta, y poner velas rojas y blancas en las ramas. Jeannot dice que…

Caroline la interrumpió con aspereza:

—Ese chico parece tener demasiadas opiniones últimamente.

—Debe de haber salido a su madre —comenté con dulzura.

Joline se sintió ofendida:

—No parece usted tomarse esto muy en serio —dijo perdiendo la compostura.

Me encogí de hombros:

—No veo dónde está el drama —respondí con calma—. Mi hija participa activamente en los debates escolares: ¿no es eso lo que me está diciendo?

—¡Hay ciertos temas sagrados que no admiten debate alguno! —estalló Caro, y por una fracción de segundo, bajo su barniz de dama remilgada, asomó el genio autoritario y dominante de su madre. Casi me cayó simpática por mostrar algo de sangre en las venas—. ¡Hay dogmas que deben aceptarse por la fe, y si la niña tuviera una educación moral y cristiana como Dios manda…! —Se mordió la lengua al advertir su arrebato—. Claro que no me corresponde a mí decirle cómo criar a su propia hija —concluyó con frialdad.

—Me alegro profundamente —sonreí con amabilidad—. Habría lamentado mucho tener que discutir con usted.

Ambas me miraron con una mezcla idéntica de perplejidad y antipatía contenida.

—¿Seguro que no les apetece una taza de chocolate caliente?

Los ojos de Caro se desviaron con morboso anhelo hacia el escaparate: las trufas, los bombones praliné, las cerezas maceradas en licor, los mazapanes y las almendras garrapiñadas:

—Me sorprende que a esa niña no se le hayan podrido los dientes todavía —escupió con resentimiento.

Anouk le dedicó una sonrisa de oreja a oreja, haciendo gala de una dentadura deslumbrante e impecable. La blancura de sus dientes pareció redoblar la hiel de Caroline:

—Aquí estamos perdiendo el tiempo —le espetó con sequedad a su amiga.

Yo guardé silencio y Roux soltó una risotada entre dientes. Desde el obrador se escuchaba el transistor de Joséphine tocando una melodía alegre.

—¡Vámonos! —ordenó Caro tirando del brazo de Joline—. ¡Que no se crea que no sé a qué juego está jugando usted! —lanzó a modo de despedida antes de cruzar la puerta de golpe, haciendo repicar los tacones sobre las losas mientras cruzaban la plaza rumbo a Saint-Jérôme.

A la mañana siguiente descubrimos el primer panfleto.

Estaba arrugado en una bola sobre el arroyo de la calle; Joséphine lo recogió mientras barría la acera y me lo trajo a la trastienda: un folio mecano-

grafiado, fotocopiado en papel rosa chillón y doblado en dos. Venía sin firmar, pero el estilo retórico delataba con creces a sus autores.

El encabezado rezaba: *«La Pascua y el retorno a la verdadera fe»*. Le eché un vistazo rápido: la mayor parte del texto era la habitual cantinela cuaresmal sobre la penitencia, la purificación del alma y los gozos del perdón sacramental. Pero a mitad de página, impreso en letras mayúsculas y negrita, un subtítulo me llamó la atención:

LOS NUEVOS FALSOS PROFETAS: LA PROFANACIÓN DEL ESPÍRITU PASCUAL

Siempre habrá desaprensivos dispuestos a comerciar con nuestras tradiciones sagradas para su lucro personal. Peor aún son aquellos que pretenden resucitar cultos paganos involucrando a nuestros inocentes hijos bajo el disfraz del entretenimiento.
¿Cómo ha podido nuestra comunidad permitir que se organice un pretendido «Festival del Chocolate» a las mismas puertas de nuestro templo la mañana del Domingo de Resurrección? ¡Hacemos un llamamiento urgente a boicotear semejante ultraje!

¡LA IGLESIA, NO EL CHOCOLATE, ES EL VERDADERO MENSAJE DE LA PASCUA!

—«La Iglesia, no el chocolate» —solté una carcajada—. La verdad es que como lema publicitario tiene bastante gancho, ¿no te parece?

Joséphine me miraba descompuesta:

—No te comprendo, Vianne: parece que no te preocupara en absoluto.

—¿Y por qué habría de preocuparme? —me encogí de hombros—. No es más que un papelucho barato. Y sé perfectamente de qué manos ha salido.

Asintió convencida:

—De Caro —sentenció con rabia—. De Caro y de Joline: es su estilo exacto, con todas esas monsergas sobre los «hijos inocentes». —Soltó un bufido de desprecio—: Pero la gente de este pueblo las escucha, Vianne: esto

puede hacer que muchos se lo piensen dos veces antes de venir al festival. Joline es la maestra del pueblo y Caro es miembro de la Asociación de Vecinos y Comerciantes.

—¿Ah, sí? —Ni siquiera sabía que existiera semejante junta de beatos remilgados—. ¿Y qué pueden hacer? ¿Mandarnos a la gendarmería?

Joséphine negó con la cabeza y bajó la voz:

—Paul también forma parte de esa junta.

—¿Y bien?

—Ya sabes de sobra de lo que es capaz ese salvaje —suplicó Joséphine, clavándose los pulgares en el esternón en ese gesto defensivo de antaño—. Está loco de remate… es capaz de cualquier…

Se detuvo angustiada, con los puños apretados. Una vez más tuve la certeza de que guardaba un secreto atroz, de que sabía algo decisivo. Le tomé la mano intentando leer suavemente en sus pensamientos, pero no vislumbré más que lo de antes: humo espeso, grasiento y gris recortándose contra un cielo amoratado.

¡Humo! Apreté los dedos sobre los suyos. ¡Humo de maderas ardiendo! Ahora que comprendía lo que estaba viendo logré distinguir los detalles: un rostro desencajado en la oscuridad, una sonrisa rapaz y sanguinaria de triunfo. Ella me miró en silencio, con los ojos anegados de culpa:

—¿Por qué no me lo dijiste antes? —le susurré al fin.

—No tienes pruebas —balbuceó Joséphine—. Yo no te he dicho nada.

—No hacía falta que abrieras la boca. ¿Es por eso por lo que tienes miedo de cruzarte con Roux? ¿Por lo que hizo Paul aquella noche?

Alzó la barbilla con terquedad culpable:

—Yo no le tengo miedo.

—Pero te niegas a dirigirle la palabra: sales huyendo en cuanto entra en una habitación y eres incapaz de mirarlo a la cara.

Joséphine se cruzó de brazos con la rigidez de quien ha decidido sellar los labios para siempre.

Le tomé la cara suavemente con las palmas de las manos, obligándola a mirarme a los ojos:

—Joséphine…

—¡Está bien! —estalló con una furia desesperada—. ¡Lo sabía, vale! ¡Sabía perfectamente lo que Paul pensaba hacer! Le juré que lo delataría si intentaba ponerle una mano encima a esa gente… le advertí que bajaría a avisarles… ¡Y fue entonces cuando me molió a palos! —Me clavó una mirada abrasada de dolor y llanto contenido—: ¡Así que ya sabes lo que soy: una cobarde de mierda! No soy valiente como tú: soy una embustera y una cobarde. Me quedé callada y dejé que lo hiciera… ¡Podría haber muerto alguien! Podría haberse quemado vivo Roux, o Zézette, o su criatura… ¡y todo habría sido por mi culpa!

Tomó aire con un estertor desgarrador:

—Por favor, no se lo cuentes a él… No podría soportarlo.

—Yo no pienso decirle una palabra a Roux —le respondí con infinita dulzura—. Vas a ser tú quien se lo cuente.

Sacudió la cabeza con violencia:

—¡No puedo! ¡Te juro que no soy capaz!

—Tranquilízate, Joséphine: tú no tuviste la culpa de nada. Y afortunadamente nadie salió herido.

—No me atrevo… de verdad que no puedo.

—Roux no se parece en nada a Paul —le aseguré—. Tiene mucho más en común contigo de lo que te figuras.

—No sabría qué decirle… —se retorcía las manos con angustia—. Ojalá se largara del pueblo de una vez por todas… Ojalá cogiera su dinero y se marchara muy lejos.

—Eso no es lo que deseas de verdad —le repliqué—. Y además no piensa marcharse a ninguna parte. —Le referí lo que me había contado sobre su trabajo con Narcisse y el barco que pensaba reparar en Agen—. Se merece saber quién fue el causante de su ruina —insistí con firmeza—. De ese modo comprenderá que la culpa es únicamente de Muscat y que nadie más en este pueblo le desea ningún mal. Tú deberías entenderlo mejor que nadie, Joséphine: sabes lo que se siente cuando el mundo entero parece estar en tu contra.

Joséphine dejó escapar un largo suspiro de renuncia:

—Hoy no —suplicó—. Se lo contaré, te lo prometo, pero otro día con más calma.

—Nunca será más fácil que hoy —le advertí—. ¿Quieres que te acompañe arriba?

Se me quedó mirando con ojos desorbitados:

—Le toca parar a descansar en unos minutos —le sugerí con una sonrisa —. Podrías subir a llevarle una taza de chocolate caliente.

Se produjo una pausa tensa. Tenía la cara pálida y las manos le temblaban a los costados. Tomé una trufa de chocolate amargo de una bandeja y se la metí en la boca entreabierta antes de que tuviera tiempo de protestar:

—Para que te dé valor —le guiñé un ojo mientras servía una taza colmada —. Vamos: mastica despacio.

Escuché una risita tímida entre sus dientes. Le puse la taza en las manos:

—¿Lista?

—Supongo que sí —respondió con la voz pastosa por el dulce—. Voy a intentarlo.

Las dejé a solas. Me entretuve releyendo el panfleto que Joséphine había rescatado del fango: *«La Iglesia, no el chocolate»*. La verdad es que resulta cómico: parece que al fin el Hombre de Negro ha encontrado algo parecido al sentido del humor.

Hacía calor afuera a pesar de la brisa. Les Marauds resplandecía bajo la claridad del sol. Bajé despacio hacia la orilla del Tannes, saboreando la caricia tibia de los rayos sobre mis hombros. La primavera ha estallado sin preámbulos, como quien dobla un recodo pedregoso para toparse con un valle fértil: los jardines y ribazos han florecido de improviso, cuajados de narcisos, lirios silvestres y tulipanes tempranos. Incluso las casas ruinosas de Les Marauds lucen toques de color exuberante: un saúco florecido brotando en el balcón que mira a la corriente; un tejado enteramente alfombrado de dientes de león dorados; violetas asomando entre las grietas de una fachada desconchada. Especies antaño domésticas han regresado a su estado salvaje: geranios desgarbados abriéndose paso entre las matas de cicuta y amapolas diseminadas al azar que han mutado del rojo escarlata al naranja encendido y al malva más pálido. Un par de mañanas soleadas han bastado para despertarlas de su letargo invernal; tras las lluvias alzan sus corolas buscando la luz. Si uno arranca un puñado de esos supuestos hierbajos descubre salvias, lirios, clavellinas y matas de lavanda escondidas bajo la maleza.

Vagué junto a la orilla el tiempo necesario para que Joséphine y Roux limaran sus asperezas en la intimidad; luego regresé con calma al pueblo bordeando las callejuelas traseras: subiendo por la ruelle des Frères de la Révolution y la rue des Poètes, con sus muros sombríos y casi ciegos, rotos únicamente por las cuerdas de tender tendidas de balcón a balcón o por alguna jardinera solitaria donde colgaban festones verdes de enredaderas silvestres.

Al entrar en la tienda los encontré sentados juntos ante el mostrador, con una cafetera de chocolate a medio consumir entre los dos. Joséphine tenía los ojos enrojecidos por el llanto pero su semblante reflejaba un alivio infinito, casi radiante. Roux se reía abiertamente ante un comentario de ella: una risa franca y limpia, extraña y fascinante por lo poco que acostumbra prodigarla. Por una fracción de segundo sentí una punzada muy parecida a la envidia al pensar: «Están hechos el uno para el otro».

Conversé con Roux a solas más tarde, cuando ella salió a hacer unos recados al mercado. Se cuida mucho de no traicionar sus emociones cuando habla de Joséphine, pero en el fondo de sus ojos brilla una luz cálida, como

una sonrisa esperando a desbordarse. Resultó que ya sospechaba de Muscat desde aquella misma noche:

—Hizo muy bien en largarse de su lado y mandar al carajo a ese bastardo —dijo con rabia sincera—. ¡Las perrerías que le hacía pasar…! —Por un momento pareció azorado; movió una taza sobre el mostrador sin motivo y la volvió a colocar en su sitio—: Un animal como ese no se merece tener una mujer a su lado —masculló.

—¿Qué piensas hacer? —le pregunté.

Se encogió de hombros con serenidad práctica:

—No hay nada que hacer: lo negará todo ante el juez. A la policía de Agen le importa un rábano lo que nos pase a nosotros. Además, prefiero mantener a los uniformados lo más lejos posible de mis asuntos.

No añadió más y me guardé de indagar en viejas heridas de su pasado errante.

Desde aquella tarde, sin embargo, Joséphine y él conversan con frecuencia y naturalidad: ella le sube chocolate caliente y galletas crujientes cuando él se toma un respiro en la obra, y a menudo escucho el eco alegre de sus risas en la trastienda. Ella ha desterrado su semblante de animal asustado y me he fijado en que se viste y se peina con un esmero coqueto. Esta mañana incluso me anunció su firme propósito de acercarse al Café de la République a recoger sus enseres personales:

—Te acompaño —me ofrecí de inmediato.

Joséphine sacudió la cabeza con dulzura:

—No hace falta: me las arreglaré perfectamente sola. —Parecía orgullosa de su propia determinación—: Además, si no le planto cara a Paul alguna vez… —Se calló ligeramente avergonzada—: Solo quiero recoger mis cosas, nada más: tengo libros, ropa buena… Quiero recuperarlos antes de que a Paul le dé por tirarlos a la basura.

Asentí despacio:

—¿Cuándo piensas ir?

—El domingo por la mañana —respondió sin vacilar—. Paul estará en misa mayor. Con un poco de suerte podré entrar y salir del café sin tropezarme siquiera con él. No me llevará más de diez minutos.

La miré a los ojos:

—¿Seguro que no prefieres que vaya contigo?

Volvió a negar con una sonrisa mansa:

—No estaría bien que vinieras: ese es su terreno… nuestro terreno… marcado por diez años de vida en común. Tú no pintas nada allí dentro. Estaré bien, te lo aseguro: sé de sobra cómo tratarlo si se pone pesado; ya lo he toreado antes.

—Espero que no tengas que torear nada.

—Ya verás como no. —Y con un gesto enternecedor me tomó la mano entre las suyas como si fuera ella quien intentara darme ánimos a mí—: Te prometo que todo saldrá a pedir de boca.

CAPÍTULO 33 — DOMINGO, 23 DE MARZO, DOMINGO DE RAMOS

La campana tañe con un son apagado y plano contra las fachadas encaladas de las viviendas y los comercios. Hasta los adoquines parecen vibrar bajo su lamento: puedo sentir su zumbido sordo a través de la suela de mis zapatos. Narcisse nos ha provisto de los ramos: pequeñas cruces trenzadas que reparto al término de la misa y que los fieles prenderán de sus solapas o colocarán sobre las chimeneas y cabeceros de cama durante toda la Semana Santa. A usted también le llevaré una, padre mío, junto con un cirio bendito para que arda junto a su cabecera: no veo motivo alguno para privarlo de ese consuelo. Las enfermeras me observan con una socarronería apenas disimulada; solo el respeto y el temor reverencial a mis hábitos talares les impiden soltar una carcajada abierta en mi presencia. Sus rostros rozagantes de doncellas de hospital brillan con una risa burlona y secreta. En el pasillo, sus voces cantarinas suben y bajan en murmullos apagados por la distancia y la acústica fría de la planta:

«Se figura que lo escucha… ¡ay, sí!… se cree que va a despertar… ¿En serio?… ¡Te lo juro!… Le habla al oído, cariño… yo misma lo pillé una tarde… rezando…».

Y a continuación unas risitas de colegialas bobas —*¡ji-ji-ji-ji-ji!*— que se desparraman como cuentas de cristal sobre el suelo de linóleo.

Por descontado que no se atreven a reírse en mi cara. Parecen novicias dentro de sus uniformes blancos e inmaculados, con las cofias almidonadas y

los ojos bajos; colegialas de internado que balbucean las fórmulas de cortesía obligadas —*«sí, señor cura; no, señor cura»*— mientras por dentro bullen de diversión reprimida. Mis propios feligreses comparten a menudo ese mismo espíritu díscolo —una mirada distraída durante la homilía, una prisa indecorosa por correr a la chocolatería nada más salir del atrio—; sin embargo, hoy todo discurre con un orden ejemplar. Me saludan con respeto reverente, casi con temor. Narcisse se disculpa humildemente explicándome que los ramos no son de palma auténtica, sino ramitas tiernas de cedro trenzadas para simular la hoja tradicional:

—No es un árbol autóctono de estas tierras, padre —se disculpa con voz ronca—. No arraiga bien aquí: las heladas tardías lo queman sin remedio.

Le palmeo el hombro con un ademán paternal:

—No se preocupe por eso, hijo mío.

El regreso de mis ovejas al redil me llena de una indulgencia benévola y complacida:

—No tiene la menor importancia.

Caroline Clairmont me estrecha la mano entre sus dedos enguantados:

—Una ceremonia preciosa, padre —su tono es almibarado—. Realmente conmovedora.

Georges repite sus palabras como un eco sumiso. Luc permanece a su espalda, con semblante hosco y la mirada baja. Tras ellos aguarda el matrimonio Drou con su hijo, que parece avergonzado dentro de su cuello marinero. No alcanzo a distinguir a Muscat entre los fieles que van saliendo, pero supongo que andará entre el gentío.

Caroline Clairmont me dedica una sonrisa cómplice y cargada de suficiencia:

—Parece que lo hemos conseguido —anuncia con satisfacción mal disimulada—. Hemos reunido un pliego con más de cien firmas…

—El festival del chocolate… —la atajo en voz baja, visiblemente contrariado. Es un lugar demasiado concurrido para ventilar tales maniobras. Ella, sin embargo, no se da por enterada.

—¡Pues claro que sí! —su voz se torna aguda y sobreexcitada—. Repartimos doscientos panfletos por todo el pueblo. Hemos recogido la adhesión de media comarca. Visitamos todas y cada una de las casas… —hace una pausa escrupulosa para corregirse—: bueno, casi todas las casas —esboza una sonrisita aviesa—. Con un par de excepciones obvias, como comprenderá.

—Ya veo —mi voz suena deliberadamente gélida—. Será mejor que tratemos este asunto en otro momento.

La veo acusar el desaire; se pone encendida como la grana:

—Por descontado, señor cura.

Tiene toda la razón, por lo demás: los resultados saltan a la vista. La chocolatería ha permanecido prácticamente desierta a lo largo de los últimos días. El rechazo abierto de la Asociación de Vecinos y Comerciantes no es ninguna nimiedad en una comunidad tan cerrada, como tampoco lo es la censura tácita de la Iglesia. Atreverse a comprar bombones, a regodearse y a atiborrarse de golosinas bajo la mirada censora de todo el pueblo… eso exige una audacia y un espíritu de rebeldía mucho mayores de lo que la mujer Rocher les atribuye. A fin de cuentas, ¿cuánto tiempo lleva viviendo entre nosotros? La oveja descarriada siempre regresa al redil, padre mío: por puro instinto ancestral. Ella no ha sido para ellos más que una distracción pasajera, nada más. Al final la gente siempre vuelve a sus viejos cauces. No me engaño pensando que lo hagan movidos por una honda compunción espiritual —el rebaño no destaca precisamente por su capacidad de raciocinio—, pero sus reflejos atávicos, mamados desde la cuna, son certeros: sus propios pies los traen de vuelta a casa aunque la cabeza se les extravíe de cuando en cuando. Hoy experimento una oleada súbita de afecto hacia ellos: hacia mi grey, hacia mi pueblo. Deseo estrechar sus manos entre las mías, rozar su carne tibia y dócil, deleitarme en su veneración y en su confianza ciega.

¿Era esto por lo que tanto había suplicado en mis oraciones, padre? ¿Es esta la lección que estaba destinado a asimilar?

Vuelvo a escudriñar la plaza en busca de Muscat. Jamás falta a los oficios de los domingos, y hoy, en una fecha tan señalada, no puede haberse ausentado sin motivo grave… Sin embargo, a medida que la nave se vacía sigo sin ver rastro de él. No recuerdo haberlo visto comulgar. Y no me cabe en la cabeza que se haya marchado sin cruzar dos palabras conmigo. Tal vez siga esperando en el interior de Saint-Jérôme, me digo a mí mismo: el drama con su esposa lo ha dejado destrozado; quizá necesite un poco de consuelo espiritual.

El rimero de cruces trenzadas a mi lado va menguando: cada una sumergida en el hisopo de agua bendita, una oración susurrada a media voz, una leve imposición de manos. Luc Clairmont esquiva mi contacto con un gruñido hosco; su madre le reprende débilmente, dedicándome una sonrisa forzada por encima de las cabezas inclinadas. De Muscat, ni rastro.

Recorro el templo con la mirada: salvo tres ancianas desgranando el rosario junto al altar mayor, la iglesia está desierta. La estatua de san Francisco custodia la puerta, absurdamente risueña para tratarse de un santo varón: rodeado de palomas de escayola, su faz radiante recuerda más a la de un demente o un beodo que a la de un bienaventurado. Me invade una punzada de irritación contra quienquiera que haya tenido la peregrina idea de emplazar la talla en semejante lugar, tan pegada a la entrada. Considero que mi santo patrón debería poseer mayor empaque y solemnidad; en cambio, este monigote sonriente y tosco parece mofarse de mí, con una mano extendida en un vago ademán de bendición y la otra apretando una paloma de yeso contra su panza redonda, como si estuviera soñando con un pastel de pichón. Intento hacer memoria de si la imagen ocupaba ese mismo rincón cuando nos marchamos de Lansquenet, padre: ¿se acuerda usted, o la habrán trasladado después gentes envidiosas con el avieso propósito de burlarse de mí? San Jerónimo, el titular que da nombre al templo, goza de mucho menor relieve: en su hornacina sombría, ante un lienzo al óleo ennegrecido por los siglos, apenas resulta visible; el mármol antiguo del que fue esculpido aparece manchado de un amarillo nicotina por el humo de miles de velas. San Francisco, por el contrario, resplandece de un blanco yeso inmaculado a pesar de la humedad de las paredes, desmoronándose en una feliz insolencia ante la reprobación tácita

de su venerable colega. Me hago el propósito firme de ordenar su traslado a un rincón más discreto en cuanto me sea posible.

Muscat no está en la iglesia. Registro los alrededores albergando la vana esperanza de que me aguarde en los jardines, pero no hay señales de él. Tal vez haya caído enfermo: únicamente una dolencia de gravedad mantendría a un feligrés tan asiduo lejos del templo un Domingo de Ramos.

Me despojo del alba limpia para enfundarme mi sotana de diario, dejando los ornamentos solemnes a buen recaudo en la sacristía. Guardo el cáliz y la patena sagrada bajo siete llaves: en sus tiempos, padre mío, semejante precaución habría resultado superflua; pero en estos tiempos oscuros no cabe fiarse de nadie: los vagabundos y los gitanos del río —por no mencionar a ciertos vecinos del pueblo— conceden mucho más valor a un puñado de monedas contantes y sonantes que a la perspectiva de la condenación eterna.

Bajo a paso vivo en dirección a Les Marauds. Muscat se ha mostrado huraño y esquivo desde la semana pasada: apenas lo he visto de pasada, con un aspecto macilento y enfermizo, encorvado como un penitente amargado y los ojos hundidos bajo unos párpados abotargados. Ya casi nadie se acerca por su café, atemorizada la clientela ante su semblante demacrado y sus prontos violentos. Yo mismo bajé por allí el viernes: el local estaba prácticamente desierto. No habían barrido el suelo desde la marcha de Joséphine: las colillas aplastadas y los envoltorios grasientos crujían bajo las suelas de los zapatos; los vasos sucios abarrotaban cada rincón de la barra. Cuatro emparedados resecos y un disco grasiento y rojizo que pretendía ser una pizza congelada descansaban con tristeza bajo la vitrina de cristal. Al lado yacía un fardo de los panfletos de Caroline, aplastados con un jarro de cerveza sucio. Flotaba en el aire una peste nauseabunda a vómito rancio y a moho fermentado por debajo del humo acre de los Gauloises.

Muscat estaba borracho:

—Vaya, el señor cura… —su tono era hosco, al borde mismo de la agresión—. ¿Viene a decirme otra vez que ponga la otra mejilla? —Dio una calada honda al cigarrillo que le colgaba babeado entre los labios—: Debería estar contento: hace días que no me acerco a esa zorra.

Negué con la cabeza:

—No debe dejarse carcomer por el rencor.

—¡En mi propio negocio seré lo que me dé la real gana! —soltó con una agresividad pastosa—. Es mi taberna, ¿no es así, padre? No pretenderá que se la entregue a ella en bandeja de plata también, ¿verdad?

Le aseguré que comprendía perfectamente su dolor. Soltó una risotada seca y me tosió en la cara un aliento cargado de cerveza agria:

—¡Qué gran consuelo, señor cura! —Su respiración era fétida y caliente como la de una fiera—. Por descontado que lo entiende… ¡faltaría más! La Iglesia le arrancó los cojones en cuanto se enfundó esa sotana: es lógico que pretenda que yo me quede tan capado como usted.

—Está usted ebrio, Muscat —lo atajé con sequedad.

—¡Premio para el caballero! —rugió con sorna—. No se le escapa una, ¿eh? —Hizo un ademán desorbitado con la mano del pitillo—: Lo único que le falta a esa perra es ver este antro convertido en un estercolero —escupió —. Con eso ya tiene para ser feliz el resto de sus días: sabiendo que me ha arruinado la vida… —estaba al borde de las lágrimas ahora, con los ojos anegados en la pegajosa autocompasión del borracho—… sabiendo que ha puesto nuestro matrimonio en la picota para que todo el pueblo se descojone de mí… —Soltó un estertor nauseabundo, mitad sollozo y mitad eructo—: ¡Sabiendo que me ha destrozado el puto corazón! —Se limpió los mocos de un manotazo con el dorso de la mano.

—No se crea que no me entero de lo que traman ahí dentro —prosiguió bajando la voz con malignidad—: esa zorra y sus amiguitos invertidos. Sé de sobra lo que hacen.

Comenzaba a levantar la voz de nuevo; miré a mi alrededor con apuro al comprobar que los tres o cuatro parroquianos rezagados en las mesas lo observaban boquiabiertos. Le apreté el brazo en señal de advertencia:

—No pierda la esperanza, Muscat —le rogué conteniendo la náusea de estar tan próximo a él—. Esta no es la manera de recuperar a su mujer. Recuerde que muchos matrimonios atraviesan crisis de fe, pero…

Soltó una risita burlona:

—¿Crisis de fe, dice? —Chascó la lengua con desprecio—: Le digo una cosa, señor cura: concédame cinco minutos a solas con ella en una habitación y le aseguro que le quito las dudas de un plumazo. La hago volver al redil por las buenas o por las malas, se lo garantizo.

Sonaba brutal y sanguinario, apenas capaces sus labios de articular las palabras alrededor de su sonrisa de escualo. Lo agarré con fuerza por ambos hombros y le hablé con una claridad tajante, esperando que al menos una brizna de lucidez lograra traspasar su embriaguez:

—¡No va a ponerle una mano encima! —le espeté a la cara, ignorando a los bebedores de la barra—. Va a comportarse como una persona civilizada, Muscat; acudirá a los tribunales si considera que le asiste la razón, ¡y se mantendrá muy lejos de esas dos mujeres! ¿Me ha entendido bien?

Muscat gimoteó soltando obscenidades entre dientes:

—Se lo advierto muy en serio, Muscat: he tolerado muchas cosas de usted, pero jamás consentiré semejantes bravuconadas de matón de cantina. ¿Queda claro?

Murmuró una respuesta incomprensible: ignoré si era una disculpa o una amenaza velada. En aquel instante me pareció oír un humilde *«lo siento»* pero al recordarlo ahora bien pudo haber sido un siniestro *«se va a arrepentir»,* con sus ojos despidiendo destellos de rencor tras las lágrimas de beodo.

Arrepentirse… ¿Pero quién habría de arrepentirse? ¿Y de qué?

Apretando el paso cuesta abajo hacia Les Marauds me asaltó la angustiosa sospecha de haber interpretado erróneamente las señales: ¿sería aquel hombre capaz de atentar contra su propia vida? ¿Habría pasado por alto, en mi celo por evitar un escándalo público, la trágica realidad de que aquel infeliz se encontraba al borde mismo de la desesperación?

Al llegar al Café de la République encontré la persiana cerrada; sin embargo, un corro de vecinos aguardaba apiñado en la calzada, mirando con aprensión hacia uno de los ventanales de la primera planta. Reconocí entre ellos a Caroline Clairmont y a Joline Drou. Guillaume Duplessis también estaba allí: una estampa sobria y caballerosa con su sombrero de fieltro y su cachorro juguetón brincando a sus pies. Por encima del murmullo de la multitud me pareció percibir un grito agudo y desgarrador que subía y bajaba en oleadas frenéticas, quebrado de cuando en cuando en insultos, maldiciones y un alarido de terror…

—¡Padre! —la voz de Caro sonaba sofocada y febril; tenía las mejillas encendidas y los ojos desorbitados con esa misma expresión extática que he visto en las portadas satinadas de ciertas revistas prohibidas, haciéndome enrojecer de culpa al recordarlo.

—¿Qué ocurre? —pregunté con sequedad—. ¿Muscat?

—¡Es Joséphine! —chilló Caro desbordada de morboso entusiasmo—. ¡La tiene encerrada en el piso de arriba, señor cura, y la mujer no para de chillar!

Apenas había pronunciado la última palabra cuando una nueva andanada de estruendos —mezcla de chillidos histéricos, blasfemias feroces y estampidos de vajilla estrellándose— brotó del ventanal abierto, arrojando una lluvia de esquirlas sobre los adoquines de la calle. Una voz femenina, lo bastante aguda como para quebrar los cristales, rugía fuera de sí —no con acento de pavor, advertí con asombro, sino con una furia salvaje y desatada— seguida casi al instante por una descarga de metralla doméstica: libros viejos, jirones de ropa, discos de vinilo, figuras de loza… la artillería cotidiana de una batalla conyugal.

Alcé la voz hacia la ventana abierta:

—¡Muscat! ¿Puede oírme? ¡Muscat!

Una jaula vacía de canarios salió despedida por el aire estrellándose contra el suelo.

—¡Muscat!

Desde el interior no hubo respuesta. Aquellos dos combatientes no parecían seres humanos: asemejaban un trol embrutecido y una arpía rabiosa; y por un segundo sentí que el suelo temblaba bajo mis pies, como si el mundo se hubiera internado un paso más en las tinieblas que nos separan de la luz. Si franqueaba esa puerta… ¿qué atrocidad contemplarían mis ojos?

Por una fracción de segundo el viejo trauma regresó con la fuerza de un rayo y volví a tener dieciséis años, abriendo con sigilo la puerta de la vieja cancillería parroquial: cruzando de la penumbra del templo a una oscuridad todavía más profunda, mis pisadas amortiguadas sobre el entarimado encerado, con los jadeos y estertores de una fiera invisible resonando en mis oídos. Empujando la madera con el corazón golpeándome la garganta, los puños cerrados, las pupilas dilatadas de espanto… y descubriendo sobre las alfombras a aquella bestia arqueada y pálida, de proporciones familiares pero monstruosamente duplicada: dos semblantes alzados de golpe hacia mí con expresiones congeladas de horror, culpa y furia.

¡Mamá! ¡El párroco Antoine!

Una locura, bien lo sé: no puede haber conexión alguna. Y sin embargo, al contemplar el semblante encendido y febril de Caroline Clairmont me pregunto si ella no experimentará en las entrañas ese mismo estremecimiento morboso ante la violencia desatada: ese instante de poder absoluto cuando la cerilla prende, cuando el golpe se descarga, cuando la gasolina estalla en llamas…

No fue únicamente su traición lo que me heló la sangre en las venas aquel día, padre mío: yo apenas conocía el pecado carnal como una abstracción repugnante, semejante a unirse con las bestias del campo. Que pudiera encerrar algún placer me resultaba inconcebible. Y sin embargo usted y mi madre… sudorosos, sofocados, entregados a aquel rito mecánico con la precisión de dos pistones lubricados, no enteramente desnudos pero tanto más obscenos por las prendas a medio desabrochar: la blusa arrugada, la falda alzada, la sotana recogida hasta la cintura…

No, no fue la carnalidad lo que me causó tanto asco: contemplé aquella estampa con un desapego helado y distante. Fue la desgarradora certeza de

que me había condenado por usted, padre mío: apenas dos semanas antes había manchado mi alma eterna por amor a usted: el tacto resbaladizo de la botella de combustible en la palma de mi mano, el escalofrío de una justicia ciega, el suspiro de éxtasis salvaje cuando la mecha prendió en el aire y la botella se estrelló contra la cubierta de aquella miserable barcaza en una ola voraz de llamas danzarinas… *Chisss-fushhh* contra las lonas resecas, chasquidos crujientes contra la madera carcomida, lamiendo la nave con voluptuoso regocijo.

Sospecharon de un incendio provocado, padre; pero jamás del muchacho piadoso y dócil de la parroquia: no del joven Francis, que cantaba en el coro y escuchaba con devoción ejemplar sus homilías dominicales. Nunca del pálido y ejemplar Francis, incapaz de romper un plato. De los Muscat, tal vez: del viejo Muscat y de su díscolo muchacho se podía esperar cualquier barbaridad. Durante semanas reinó una frialdad desconfiada hacia ellos; esta vez la cosa había ido demasiado lejos. Pero ellos lo negaron con juramentos y, al fin y al cabo, no había pruebas concluyentes. Las víctimas no eran de los nuestros. Nadie vinculó aquel fuego destructor con la súbita quiebra del matrimonio Reynaud, la separación de mis padres y la precipitada partida del chico hacia un internado selecto del Norte…

¡Lo hice por usted, padre mío! ¡Por pura devoción hacia su persona! La barcaza ardiendo en los lodazales iluminaba la noche cobriza; las gentes corrían descalzas gritando desesperadas, arañando la greda seca de las orillas del Tannes, intentando en vano extraer un cubo de lodo del cauce exhausto para sofocar las llamas; mientras yo aguardaba agazapado entre las zarzas, con la boca seca y el vientre inundado de un calor triunfal.

Yo no podía saber que había personas durmiendo en el interior de la cabina, me repetí mil veces. Sumergidos en un letargo tan profundo y etílico que ni el fuego logró despertarlos. Soñé con ellos durante años: carbonizados el uno contra el otro, fundidos como dos amantes eternos. Durante meses desperté aullando en la noche al ver aquellos brazos renegridos extendiéndose hacia mí, escuchando sus voces hechas de ceniza pronunciar mi nombre con labios calcinados.

Pero usted me concedió la absolución, padre mío: solo eran un borracho y su ramera, me consoló. Despojos inservibles arrastrados por las aguas sucias del río. Veinte padrenuestros y otras tantas avemarías bastaron para saldar sus vidas. Ladrones sacrílegos que habían profanado el templo y ofendido a su párroco: no merecían otra suerte. Yo era un muchacho inocente con un porvenir brillante por delante, con unos padres respetables que habrían muerto de dolor si hubieran llegado a enterarse. Además —añadió usted con acento persuasivo—, bien pudo haber sido un designio divino: Dios escribe derecho con renglones torcidos.

Lo creí a pies juntillas. O fingí creerlo. Y todavía le guardo una gratitud infinita.

Una mano me tocó en el hombro. Me sobresalté aterrado: asomado al abismo de mis recuerdos sentí un vértigo atroz al regresar al presente. Armande Voizin aguardaba a mi lado, clavándome sus ojos negros y penetrantes. Duplessis permanecía junto a ella:

—¿Piensas quedarte ahí pasmado, Francis, o vas a mover un dedo antes de que esa bestia de Muscat cometa un asesinato? —Su voz era tajante como el hielo. Una mano sarmentosa aferraba su bastón y la otra señalaba con gesto imperioso la puerta cerrada.

—No me… —mi voz sonó aflautada e infantil, irreconocible para mí mismo—. No me corresponde a mí intervenir en querellas de…

—¡Tonterías! —Me propinó un golpe seco con el bastón en los nudillos—. Pienso poner punto final a este despropósito ahora mismo: ¿vienes conmigo o prefieres quedarte ahí mirando con la boca abierta como un pasmarote?

No esperó mi respuesta: empujó la puerta de la taberna.

—Está cerrada con llave —balbuceé con torpeza.

Armande se encogió de hombros y, de un solo golpe certero con el pomo de su bastón, reventó uno de los cristales de la puerta:

—La llave está puesta por dentro —ordenó con aspereza—. Mete la mano y gira el cerrojo, Guillaume.

La puerta cedió al girar la cerradura. La seguí escaleras arriba. El estrépito de gritos y vidrios rotos resonaba con mayor violencia en la caja de la escalera. Muscat bloqueaba el descansillo de la primera planta con su corpulencia desgarbada: el dormitorio estaba atrancado por dentro y una rendija de luz asomaba entre la puerta desencajada y el marco. Mientras observaba, Muscat arremetió de nuevo con todo su peso contra la madera; se escuchó un crujido sordo al volcarse algún mueble pesado y, soltando un bufido de triunfo salvaje, logró abrirse paso al interior.

Una mujer soltó un chillido desgarrador.

Estaba acorralada contra la pared del fondo. Había apilado muebles —un tocador, un armario ropero, varias sillas— contra la entrada, pero la bestia había conseguido derribar la barricada. No había podido mover la cama, un armatoste de hierro fundido, pero utilizaba el colchón a modo de escudo mientras se agazapaba en el rincón con una pila de proyectiles a mano. Había resistido atrincherada durante todo el oficio dominical, comprendí con asombro: broken glass cubría los peldaños, huellas de forcejeo en la cerradura y una mesa baja destrozada que él había empleado a modo de ariete. En el rostro de Muscat, al volverse hacia nosotros, se distinguían los arañazos desesperados de unas uñas que le habían abierto la carne en la sien, la nariz hinchada y la camisa de franela desgarrada en jirones. Había regueros de sangre en las tablas del suelo y huellas sanguinolentas impresas contra la puerta.

—¡Muscat! —mi voz temblaba descontrolada—. ¡Muscat, deténgase!

Se volvió hacia mí con la mirada extraviada: tenía las pupilas reducidas a dos cabezas de alfiler en medio de una masa de carne abotargada. Armande se plantó a mi lado blandiendo su bastón como si fuera un estoque de esgrima: parecía la espadachina más vieja del mundo.

—¿Estás bien, muchacha? —le gritó a Joséphine.

—¡Sáquenlo de aquí! ¡Díganle que se largue!

Muscat nos mostró sus manos ensangrentadas. Parecía enfurecido pero a la vez aturdido y exhausto, como un chiquillo pillado en una reyerta con muchachos mayores:

—¿Lo ve, señor cura? —empezó a gimotear—. ¿Ve a lo que me refería? ¿Qué le dije yo? ¡Mire cómo me ha dejado!

Armande lo apartó de un empujón:

—No tienes nada que hacer, Muscat —su voz sonaba infinitamente más entera y juvenil que la mía, y tuve que recordarme a mí mismo que se trataba de una anciana enferma—. El pasado no vuelve: apártate y déjala marchar en paz.

Muscat le escupió al suelo; se quedó de una pieza cuando Armande le devolvió el salivazo a la cara con la puntería y la velocidad de una cobra. El hombre se limpió la mejilla balbuceando:

—¡Vieja pelleja…!

Guillaume dio un paso al frente interponiéndose con una gallardía conmovedora; su perrillo soltó unos ladridos agudos, pero Armande los esquivó a los dos soltando una risotada sonora:

—¡A mí no me vas a amedrentar, Paul-Marie Muscat! —le espetó con desprecio—. Todavía me acuerdo de cuando no eras más que un mocoso con mocos colgando, escondiéndote por los fangales de Les Marauds para huir de las palizas de tu padre borracho. No has cambiado un pelo, salvo que ahora estás más gordo y más feo. ¡Apártate de una vez!

Aturdido, Muscat retrocedió dos pasos. Por un instante pareció buscar mi auxilio:

—Señor cura… dígaselo usted. —Tenía los ojos enrojecidos como si se hubiera frotado sal en las órbitas—: Usted sabe bien cómo son las cosas… ¿verdad que sí?

Fingí no escucharle. No hay nada en común entre nosotros: ningún puente tendido. Percibía su hedor corporal: la peste rancia a sudor acumulado en su ropa mugrienta y el vaho a alcohol fermentado. Me agarró desesperado del antebrazo:

—Usted me comprende, padre… —repitió con un ruego angustioso—. Yo le eché una mano con lo de los gitanos… ¿Se acuerda? Yo le ayudé.

Armande podrá estar perdiendo la vista, pero lo ve todo con una claridad despiadada; ¡maldita sea mil veces! Vi sus pupilas negras clavarse en mi rostro:

—¿Conque le echó una mano? —soltó su risotada desvergonzada—. Tal para cual, ¿eh, señor cura?

—No tengo la menor idea de qué desvaríos está soltando este hombre —atajé con gélida firmeza—. Está borracho como una cuba.

—Pero padre… —gimoteó Muscat con la cara amoratada por la confusión —… si usted mismo me dijo que…

—¡Yo no le he dicho absolutamente nada! —sentencié como una losa de mármol.

Muscat abrió la boca boqueando en vano como un pez moribundo sobre los lodos del Tannes en estío:

—¡Nada en absoluto!

Armande y Guillaume ayudaron a Joséphine a ponerse en pie y la escoltaron hacia la salida con un brazo protector sobre sus hombros. La mujer me lanzó una mirada extraña y penetrante que me estremeció hasta los huesos: llevaba el rostro tiznado de mugre y las manos manchadas de sangre, pero en aquel instante exacto irradiaba una belleza perturbadora. Me miró como si por un segundo fuera capaz de leer en lo más recóndito de mi conciencia. Quise gritarle que yo no tenía la culpa; que yo no era como él; que yo no era un hombre corriente sino un sacerdote consagrado, una criatura de otra estirpe… pero el pensamiento se desvaneció en el acto como una blasfemia grotesca.

Armande se la llevó escaleras abajo y me quedé a solas con Muscat: sus lágrimas calientes manchándome la pechera de la sotana, sus brazos sudorosos aferrándose a mi cuello. Durante unos instantes perdí el sentido de la realidad, hundiéndome con él en el cenagal de mis propios fantasmas. Luego logré zafarme: al principio con cautela, pero enseguida con una violencia salvaje, arremetiendo contra su vientre fofo a base de empujones, puñetazos y codazos rabiosos. Y todo el tiempo vociferando por encima de sus sollozos con una voz aguda y quebrada que no reconocí como mía:

—¡Apártate de mí, bastardo inmundo! ¡Lo has echado todo a perder! ¡Lo has arruinado todo…!

—¡Francis, perdóname… te lo juro…!

—¿Padre…?

—¡Lo has destrozado todo… fuera de mi vista!

Bufando por el esfuerzo logré quebrar su abrazo pegajoso, soltándome con un éxtasis desesperado —¡libre al fin!— para rodar escaleras abajo a la carrera, torciéndome un tobillo en un peldaño desvencijado mientras sus alaridos de borracho me perseguían como una maldición pegajosa.

Más tarde tuve que parlamentar con Caro y con Georges. Me negué en redondo a dirigirle la palabra a Muscat. Por lo demás, corre el rumor de que ha hecho las maletas a toda prisa, ha cargado sus bártulos en su furgoneta vieja y se ha largado del pueblo para siempre. El café permanece cerrado a cal y canto, con el cristal roto como único testigo de la batalla de la mañana.

Bajé hasta allí al caer la noche: permanecí largo rato contemplando el escaparate mudo. El cielo sobre Les Marauds era de un tono sepia y verdoso, rasgado por un hilo de nubes blanquecinas en el horizonte. El río discurría en una calma tenebrosa y silenciosa.

Le dejé meridianamente claro a Caroline que la Iglesia no respaldará su campaña de boicot contra el festival del chocolate. Yo no pienso apoyarla bajo ningún concepto: ¿es que no se da cuenta de la realidad? La Asociación de Vecinos carece de toda autoridad moral tras el bochornoso espectáculo protagonizado por Muscat. Esta vez ha sido demasiado público, demasiado sangriento. Todo el pueblo vio su rostro desfigurado por el odio y la demencia salvaje: saber en privado que un hombre maltrata a su esposa es una cosa… pero contemplarlo a plena luz del día en toda su crudeza… No: jamás logrará reponerse de semejante oprobio.

Caro ya se ha apresurado a pregonar a los cuatro vientos que ella siempre sospechó de él, que jamás se dejó engañar. Se desmarca como mejor puede del escándalo —*«¡Quién hubiera imaginado semejante falsedad en ese hombre!»*— y yo me veo obligado a hacer exactamente lo mismo: hemos estado demasiado

próximos a él; lo utilizamos cuando nos convenía y ahora no podemos permitirnos que nos vinculen a su nombre. Por nuestra propia salvaguarda debemos dar un paso atrás.

No le he revelado nada del otro turbio asunto: de los gitanos y de la barcaza quemada; pero esa sospecha no deja de martillearme la cabeza. Armande abriga certezas: por pura inquina podría empezar a hablar en cualquier momento. Y ese otro secreto… sepultado durante tantos años pero todavía encendido en la memoria de esa anciana temible.

No: estoy atado de pies y manos. Peor aún: debo mostrarme benevolente y tolerante con ese festejo del demonio. De lo contrario se desatarán las murmuraciones, y nadie sabe dónde podrían terminar. Mañana mismo tendré que predicar tolerancia desde el púlpito; frenar la marea que yo mismo contribuí a levantar y apaciguar los ánimos de la congregación. Quemaré los panfletos que quedan por repartir. Y los carteles que debían distribuirse hasta Montauban tendrán que ser destruidos sin demora.

Se me parte el alma en pedazos, padre mío, pero ¿qué otra salida me queda? El escándalo acabaría por destruirme.

Ha comenzado la Semana Santa. Falta apenas una semana para su festival sacrílego. Y esa mujer ha ganado la partida, padre. Ha ganado la partida.

Solo un milagro podría salvarnos ahora.

CAPÍTULO 34 — MIÉRCOLES, 26 DE MARZO

❖ · ❖ · ❖

Ni rastro de Muscat. Joséphine pasó la mayor parte del lunes en La Praline, pero ayer por la mañana decidió armarse de valor y regresar al café. Esta vez Roux la acompañó, aunque lo único que encontraron fue el descalabro de la refriega del domingo. Parece que los rumores no mentían: Muscat ha puesto tierra de por medio.

Roux, que ha dejado ya terminada la nueva habitación de Anouk en la buhardilla, se ha puesto manos a la obra con la reforma del café: cerraduras nuevas en las puertas, el linóleo mugriento arrancado de cuajo y las cortinillas grasientas retiradas de las ventanas. Sostiene que con un poco de empeño —un buen blanqueo de cal viva en las paredes rústicas, una mano de pintura fresca en el mobiliario maltrecho y abundante agua caliente y jabón de sosa— el establecimiento se convertirá en un rincón acogedor y luminoso. Se ofreció a hacer las obras gratis, pero Joséphine no quiso ni oír hablar de limosnas: Muscat vació la cuenta corriente mancomunada antes de huir, qué duda cabe, pero ella conserva unos ahorros propios y tiene la absoluta certeza de que el nuevo negocio será todo un éxito. El cartel descolorido que rezaba *«Café de la République»* desde hacía treinta y cinco años ha sido finalmente descolgado. En su lugar luce un toldo alegre de rayas rojas y blancas —gemelo del mío — y un rótulo primoroso pintado a mano en el aserradero de Clairmont que proclama: *«Café des Marauds»*. Narcisse ha plantado geranios en las jardineras de hierro forjado que cuelgan de las ventanas y sus capullos escarlatas se abren

pletóricos ante la repentina calidez primaveral. Armande contempla las obras con soberana complacencia desde su jardín, ladera abajo:

—Es una chica de primera —me comenta con su habitual rotundidad —. Ahora que se ha quitado de encima a ese borracho saldrá adelante sin despeinarse.

Roux se ha instalado provisionalmente en una de las habitaciones de la planta alta del café, y Luc ha ocupado su lugar en casa de Armande para cuidarla, para desesperación e histeria de su madre:

—¡Ese cuchitril no es un lugar digno para que se aloje mi hijo! —chilló Caroline a la salida de la iglesia. Yo aguardaba en la plaza cuando los vi asomar: él con su traje de los domingos y ella con otro de sus infinitos conjuntos en tonos pastel y un pañuelo de seda anudado al cuello.

La respuesta de su hijo fue de una serenidad imperturbable:

—S-solo hasta la f-fiesta, mamá —dijo—. No hay nadie para atenderla y le p-podría dar otro ataque.

—¡Tonterías! —le reprochó con desdén—. Sé de sobra lo que trama esa vieja: quiere abrir una brecha entre nosotros. Te prohíbo terminantemente que pases una sola noche más en esa casa. ¡Y en cuanto a esa ridícula fiesta…!

—N-no creo que debas p-prohibirme nada, mamá.

—¿Y por qué no? Eres mi hijo, ¡maldita sea! ¡No puedes plantarte ahí delante y soltarme tan campante que prefieres obedecer a esa loca antes que a tu propia madre! —Los ojos se le llenaron de lágrimas de despecho y la voz le tembló.

—Tranquilízate, mamá. —El muchacho no se inmutó ante el drama, pero le pasó un brazo afectuoso por los hombros—: No será por mucho tiempo: solo hasta el banquete, te lo prometo. Tú también estás invitada, ya lo sabes: a ella le haría muchísima ilusión que vinieras.

—¡No pienso poner los pies en ese aquelarre! —chilló Caroline, sonando mezquina y llorosa como una niña caprichosa.

Luc se encogió de hombros con pasmosa madurez:

—Pues no vayas si no quieres; pero luego no esperes que te escuche cuando le pidas favores.

Ella lo miró de hito en hito:

—¿Qué estás insinuando?

—Que yo p-podría hablar con ella… c-convencerla. —Este chico conoce al dedillo a su madre: la comprende infinitamente mejor de lo que ella jamás sospechará—: Podría hacerla entrar en razón sobre la herencia… pero si no quieres ni intentarlo…

—Yo no he dicho eso. —En un repentino impulso Caroline se abrazó a su cuello—: Eres un chico muy listo… Tú podrías convencerla, ¿verdad que sí? —Le plantó un beso sonoro en la mejilla y el muchacho se dejó agasajar con infinita paciencia—: Mi niño bueno y listo… —ronroneó ella; y se marcharon juntos del brazo, el hijo ya más alto que la madre, mirándola de reojo con la templanza con que un padre indulgente contempla los berrinches de una criatura mimada.

Vaya si lo sabe.

Con Joséphine volcada en las reformas de su negocio apenas he tenido ayuda en el obrador para las faenas de Pascua; por fortuna lo más pesado ya está listo, quedando únicamente unas docenas de cajitas por rematar. Trabajo hasta altas horas de la noche modelando tartas, bombones de licor, campanas de pan de especias y figuritas doradas de jengibre. Echo de menos la soltura de Joséphine para atar lazos y envolver regalos, pero Anouk me echa una mano en lo que puede: ahuecando blondas de celofán y prendiendo florecillas de seda en infinidad de bolsitas perfumadas.

He ocultado el escaparate principal con una gran pantalla de papel de plata mientras monto la escenografía del domingo, de modo que la fachada luce casi idéntica a cuando llegamos por vez primera al pueblo. Anouk ha decorado el papel plateado con siluetas recortadas de huevos y conejitos de cartulina de colores, y en el centro preside un hermoso cartel que anuncia:

¡GRAN FESTIVAL DEL CHOCOLATE!
DOMINGO DE RESURRECCIÓN
PLAZA DE SAINT-JÉRÔME
Degustaciones, juegos, música y la gran escultura de Ostara

Ahora que han comenzado las vacaciones escolares la plaza es un hervidero de chiquillos que pegan las narices al cristal esperando atisbar los preparativos. He recibido ya más de ocho mil francos en encargos —algunos procedentes de comarcas lejanas como Montauban e incluso de la misma Agen— y la confitería rara vez se queda vacía. La campaña de pasquines de Caroline ha quedado completamente desactivada: Guillaume me asegura que el propio Reynaud ha informado a los feligreses de que el festival del chocolate cuenta con su total respaldo pastoral, desmintiendo «las habladurías malintencionadas de ciertos vecinos». Con todo, a veces lo descubro vigilándome desde su ventanuco alto, y sus pupilas arden de rencor y de un apetito oscuro. Sé que en el fondo me desea todo el mal del mundo, pero de algún modo su veneno ha sido neutralizado. Cuando intento preguntarle a Armande, que sabe mucho más de lo que calla, se limita a sacudir la cabeza con aire enigmático:

—Todo aquello ocurrió hace un siglo —me despacha con deliberada vaguedad—. Mi memoria ya no es lo que era.

En lugar de fantasmas del pasado, Armande prefiere repasar cada milímetro del menú que he diseñado para su fiesta, saboreando cada bocado por adelantado. Está desbordante de sugerencias: *brandade* trufada de bacalao, *vol-au-vents* a las tres setas cocinados con vino blanco y nata con chantarelas silvestres de guarnición, cigalas frescas a la plancha sobre un lecho de rúcula salvaje, cinco variedades distintas de tartas de chocolate —todas sus favoritas — y helado casero de cacao amargo… Sus pupilas brillan de entusiasmo y pura picardía infantil:

—Jamás me organizaron una fiesta en mi juventud —me confiesa—. Ni una sola. Fui a un baile una vez, en Montauban, con un muchacho de la costa. ¡Uuuuh! —hizo un ademán travieso y desvergonzado con la mano—.

Tenía la piel oscura como la melaza y era igual de dulce. Tomamos champán francés y sorbete de fresas silvestres, y bailamos hasta que nos dolieron los pies… —Suspiró—. Tendrías que haberme visto por aquel entonces, Vianne: nadie lo creería ahora. Me soltó que parecía la mismísima Greta Garbo, el muy zalamero, y los dos fingimos que hablaba totalmente en serio. —Dejó escapar una risita queda—: Claro que no era de los que se casan —añadió con sabia filosofía—: esa clase de hombres nunca sientan la cabeza.

Apenas logro conciliar el sueño estas noches: visiones de confites y azúcares danzan ante mis ojos cerrados. Anouk duerme plácidamente en su nuevo dormitorio abuhardillado y yo paso las madrugadas en duermevela: despierto, dormito, sueño, despierto… hasta que los párpados me arden de insomnio y la estancia entera parece cabecear a mi alrededor como un navío en mitad de un temporal.

«Un día más —me repito para mis adentros—. Solo un día más».

Anoche me levanté a oscuras y saqué las cartas del arcón donde juré que permanecerían guardadas. Se sentían frías y pulidas entre mis dedos, suaves como marfil viejo, desplegando su abanico de colores sobre las palmas de mis manos —azul, morado, verde esmeralda, negro azabache—; los arcanos conocidos deslizándose ante mi mirada como flores secas prensadas entre cristales oscuros. La Torre. La Muerte. Los Enamorados. La Muerte. El Seis de Espadas. La Muerte. El Ermitaño. La Muerte.

Me repito a mí misma que no significa nada. Mi madre creía ciegamente en ellas, ¿y de qué le sirvió? Huyendo sin descanso, siempre a la carrera.

La veleta de Saint-Jérôme permanece muda esta noche, en una calma inquietante. El viento ha cesado por completo. Esa tregua me desasosiega mucho más que los chirridos estridentes del hierro oxidado. El aire se siente tibio y perfumado con las primeras fragancias del estío que se avecina: el verano llega a galope tendido a Lansquenet tras los vendavales de marzo y huele a circo ambulante: a serrín fresco, a masa frita en aceite hirviendo, a madera verde recién talada y a estiércol de establo.

Mi madre me susurra desde mis adentros: *«Ha llegado la hora de partir».*

La casa de Armande tiene las luces encendidas: alcanzo a distinguir el cuadradito dorado de su ventanal desde aquí, proyectando destellos quebrados sobre las aguas del Tannes. Me pregunto qué estará haciendo en la penumbra. No ha vuelto a mencionarme su destino final desde aquella tarde en su cocina: se limita a debatir recetas culinarias, el mejor secreto para esponjar un bizcocho borracho o la proporción exacta de azúcar y aguardiente para macerar las cerezas al licor.

Consulté su diagnóstico en mi manual médico: la jerga técnica no es más que otra forma de evasión, tan oscura y teórica como las figuras simbólicas de los arcanos del tarot. Resulta inconcebible que tales palabras asépticas puedan aplicarse a la carne viva: su visión mengua por momentos; islotes de tinieblas flotan sobre sus pupilas hasta fragmentar cuanto contempla en un mosaico borroso, desdibujado y finalmente sepultado en la negrura absoluta. Y después… la oscuridad total.

Comprendo sus razones: ¿para qué prolongar una existencia condenada a semejante desamparo? El pánico al derroche —el dogma inculcado por mi madre, forjado a lo largo de décadas de estrecheces y sobresaltos— resulta mezquino aquí. Mil veces preferible el gesto soberbio, la apoteosis final: fuegos artificiales resplandecientes y la noche súbita después. Y sin embargo una voz infantil aúlla en mi pecho protestando que no es justo… albergando tal vez la vana esperanza de un milagro de última hora. De nuevo los delirios de mi madre: Armande posee una lucidez infinitamente mayor.

Durante sus últimas semanas de vida —cuando la morfina comenzaba a adueñarse de cada instante y su mirada era un velo perpetuo de ensueño — mi madre perdía el contacto con la realidad durante horas enteras, revoloteando entre quimeras como una mariposa entre flores marchitas: a veces eran visiones dulces de ingravidez y de luces doradas, encuentros astrales con viejas estrellas del celuloide y entidades de planos superiores; otras veces la paranoia se adueñaba de ella. El Hombre de Negro nunca andaba lejos en tales trances: acechaba en las esquinas de los bulevares, se sentaba al otro lado del cristal de una cafetería o aguardaba tras el mostrador de una droguería. A veces oficiaba de taxista: su vehículo era un coche fúnebre negro semejante a los carruajes antiguos de Londres, con una gorra de béisbol calada hasta las cejas; la palabra

DODGERS aparecía bordada en la visera —me aseguraba ella con un hilo de voz—, y era porque andaba a la caza de nosotras, de todos aquellos que habíamos logrado esquivarlo en el pasado; pero no para siempre, me advertía moviendo la cabeza con tristeza: nunca para siempre.

Durante uno de aquellos episodios de sombra extrajo una cartera de plástico amarillo y me la mostró: estaba atiborrada de recortes de prensa amarillentos, en su mayoría fechados a finales de los años sesenta y principios de los setenta. Casi todos estaban en francés, pero había algunos en italiano, alemán o griego: todos versaban sobre secuestros infantiles, desapariciones misteriosas y asaltos a menores de edad.

—Es tan fácil perderse… —me susurraba con los ojos inmensos y extraviados—. Ciudades gigantescas… Es tan fácil extraviar a una criatura… a una niña hermosa como tú… —Me guiñó un ojo con aire ausente. Yo le acaricié la mano para tranquilizarla:

—No pasa nada, mamá: tú siempre fuiste muy prudente. Siempre me cuidaste muy bien: jamás me perdí.

Volvió a guiñarme el ojo:

—¡Vaya si te perdiste! —afirmó sonriendo de oreja a oreja—. Te perdiste del todo… —Se quedó con la mirada clavada en el vacío unos minutos, sonriendo y torciendo el gesto, con su mano pareciendo un manojo de sarmientos secos entre las mías—: Te perdisteeee… —repitió con un hilo de voz desolada, y rompió a llorar amargamente.

La consolé como mejor supe mientras guardaba los recortes de vuelta en la carpeta. Al hacerlo me percaté de que varios artículos cubrían el mismo caso: la misteriosa desaparición de una pequeña de dieciocho meses llamada Sylviane Caillou en París. Su madre la había dejado asegurada en la sillita del coche durante escasos dos minutos mientras entraba en una farmacia, y al regresar el bebé se había esfumado sin dejar rastro: habían desaparecido también la bolsa con los pañales y los juguetes de la niña, un elefante rojo de peluche y un oso pardo.

Mi madre me sorprendió leyendo la noticia y volvió a sonreír con una malicia extraña:

—Creo que tú tenías dos años por aquel entonces —dijo con voz ladina—. O casi dos años. Y aquella niña era mucho más rubia que tú… No podías haber sido tú, ¿verdad que no? Y de todos modos, yo fui una madre infinitamente mejor que ella.

—Claro que sí, mamá —le respondí con un nudo en la garganta—. Fuiste una madre maravillosa: no te atormentes. Jamás habrías hecho nada que me pusiera en peligro.

Ella se limitó a mecerse y sonreír:

—Un descuido imperdonable —canturreó—. Un simple descuido. No se merecía tener una niña tan linda a su lado, ¿a que no?

Sacudí la cabeza, sintiendo de pronto que un frío gélido me calaba los huesos:

—Yo no era una mala mujer, ¿verdad, Vianne? —gimoteó como una niña asustada.

Me estremecí: el papel amarillento parecía escamoso bajo mis dedos.

—No, mamá —le aseguré con firmeza—: tú nunca fuiste mala.

—Te cuidé como a la niña de mis ojos, ¿a que sí? Jamás consentí en entregarte: ni siquiera cuando aquel cura me dijo… me soltó aquellas barbaridades. Jamás te solté.

—No, mamá. Jamás lo hiciste.

El frío me atenazaba el pensamiento, paralizándome por completo. Lo único en lo que alcanzaba a pensar era en aquel nombre, tan dolorosamente parecido al mío; en las fechas que coincidían… ¿Acaso no recordaba yo aquel elefante rojo desgastado hasta la lona que arrastré incansablemente de París a Roma y de Roma a Viena?

Por descontado que bien pudo haber sido solo uno más de sus desvaríos provocados por la morfina: tenía tantos otros, como la serpiente que acechaba

bajo las sábanas o la mujer desconocida atrapada en los espejos. Pudo ser una fantasía pura: casi toda la existencia de mi madre estuvo tejida de patrañas semejantes. Y además… después de tanto tiempo transcurrido, ¿qué importancia tenía ya?

A las tres de la madrugada me levanté de la cama: las sábanas ardían y el sueño se encontraba a leguas de distancia. Encendí una vela y me trasladé al dormitorio vacío de Joséphine. Las cartas descansaban en su arcón de madera, agitándose como ascuas vivas bajo mi contacto. Los Enamorados. La Torre. El Ermitaño. La Muerte.

Sentada con las piernas cruzadas sobre el entarimado desnudo las barajé con algo más que mera curiosidad ociosa: La Torre derrumbándose con sus habitantes cayendo al vacío la comprendo perfectamente: encarna mi pavor ancestral al desarraigo, al destierro, a la pérdida. El Ermitaño con su capucha monacal y su linterna se parece asombrosamente a Reynaud: su rostro pálido y astuto asomando entre las sombras. A la Muerte la conozco de memoria, y le tracé los cuernos con los dedos —*¡rechazo y conjuro!*— con el viejo reflejo automático.

¿Pero y los Enamorados? Pensé en Roux y en Joséphine, tan semejantes en su orgullo herido sin saberlo, y no pude reprimir una leve punzada de envidia. Y sin embargo presentí con repentina certeza que aquel arcano no había desvelado todavía todos sus enigmas: una fragancia a lilas frescas inundó de golpe la habitación; tal vez se hubiera roto el precinto de alguna de las botellitas de esencias de mi madre. Experimenté un calor súbito en el estómago que desafiaba el frío de la noche: ¿Roux? ¿Roux y yo?

Giré la carta a toda prisa, con dedos trémulos: un día más; lo que tenga que ser puede aguardar un día más.

Volví a barajar, pero carezco de la agilidad mágica de mi madre y los naipes se me escurrieron de las manos desparramándose por las tablas. El Ermitaño cayó boca arriba: a la luz temblorosa del cirio recordaba más que nunca a Reynaud, con una mueca aviesa recortándose entre las sombras. *«Encontraré la manera —prometía con descaro—. Te crees vencedora, pero encontraré el modo de destruirte»*. Podía palpar su inquina en la yema de mis dedos.

Mi madre lo habría tomado como una señal inapelable. En un arrebato ciego tomé la carta del Ermitaño y la acerqué a la llama de la vela: el fuego acarició la cartulina rígida unos instantes hasta que el cartón comenzó a humear y a burbujear; el semblante pálido se retorció en un espasmo antes de carbonizarse:

—Te vas a enterar —susurré fuera de mí—. ¡Atrévete a cruzarte en mi camino y te juro que…!

Una llamarada viva brotó de improviso y solté la carta ardiendo sobre el suelo; el fuego se extinguió en el acto, dejando un reguero de ceniza y rescoldos negros sobre la madera.

Me invadió una extraña euforia: ¿quién hace que las cosas cambien ahora, madre? Y sin embargo esta noche no logro desprenderme de la angustiosa sospecha de haber sido manipulada: empujada a desenterrar secretos que habrían debido permanecer sepultados en el olvido. Yo no he provocado nada, me consuelo: no abrigaba ninguna maldad en el pecho.

Aun así, esta noche no consigo apartar la zozobra de mi cabeza: me siento ingrávida y frágil como la pelusa de un cardo, lista para que cualquier golpe de viento me arrebate y me lleve lejos de aquí.

CAPÍTULO 35 — VIERNES, 28 DE MARZO, VIERNES SANTO

❖ · ❖ · ❖

DEBERÍA ESTAR CON MI REBAÑO, PADRE. Lo sé muy bien. La iglesia está saturada de incienso, sumida en una atmósfera fúnebre de púrpura y negro, sin una sola pieza de plata a la vista, sin una sola ofrenda de flores. Debería estar allí. Hoy es mi día más solemne, padre: la piedad austera, el recogimiento absoluto, el órgano retumbando como una campana gigantesca bajo el agua… con las campanas verdaderas enmudecidas, por supuesto, guardando luto por la crucifixión de Cristo. Yo mismo envuelto en negro y morado, mi voz convertida en la nota media del órgano que entona las letanías. La congregación me observa con ojos desorbitados y oscuros. Hasta los rebeldes de siempre han acudido hoy, vestidos de estricto luto y con el cabello engominado. Su necesidad, su vaga expectativa, llena el inmenso vacío que llevo por dentro. Por el instante más fugaz llego a sentir amor por ellos; un amor por sus culpas, por su redención final, por sus mezquinas preocupaciones y su irremediable pequeñez. Sé que usted me comprende, porque usted también fue su pastor. En un sentido muy real, usted murió por ellos tanto como lo hizo Nuestro Señor: para protegerlos de sus propios pecados y de los de usted. Jamás se enteraron, ¿verdad, padre? Jamás lo supieron por mí. Pero cuando los encontré a usted y a mi madre en la cancillería… Un derrame cerebral masivo, diagnosticó el médico. La conmoción debió de ser demasiado brutal. Usted se replegó. Se aisló en lo más hondo de sí mismo, aunque sé que todavía puede escucharme, sé que ahora ve con mucha más lucidez que nunca.

Y tengo la certeza de que algún día regresará con nosotros. He ayunado y he orado sin tregua, padre. Me he humillado ante el altar. Y, sin embargo, sigo sintiéndome indigno. Todavía queda una última cosa que no he hecho.

Al terminar el oficio, una niña —Mathilde Arnauld— se me acercó con timidez. Puso su manita en la mía y, sonriendo con una inocencia desarmante, me susurró:

—¿A usted también le traerán chocolates, señor cura?

—¿Quién va a traerme chocolates? —le pregunté, desconcertado.

—¡Pues las campanas, claro! —exclamó con impaciencia y una risita cantarina—. ¡Las campanas voladoras!

—Ah, las campanas. Por supuesto.

Me quedé descolocado, sin saber qué responder por un segundo. La niña tironeó con insistencia de mi sotana.

—Ya sabe, las campanas que vuelan hasta Roma para ver al Papa y luego regresan cargadas de chocolates.

Se ha convertido en una auténtica obsesión. Un estribillo monocorde, un murmullo que se transforma en grito y contamina cada pensamiento de este pueblo. Fui incapaz de contener el tono bronco de mi voz, que se alzó con cólera y transformó la ilusión de su carita en puro espanto y desconcierto. Bramé:

—¡¿Es que nadie en este pueblo sabe pensar en otra cosa que no sea el chocolate?!

La pequeña echó a correr sollozando a través de la plaza. Al fondo, el escaparate de la confitería, atiborrado de cajas de regalo y cintas primorosas, parecía sonreírme con una burla triunfal mientras mis disculpas tardías se desvanecían en el aire.

Esta noche tendrá lugar el entierro ceremonial de la Hostia en el sepulcro, la escenificación de las últimas horas de Nuestro Señor representada por los niños de la parroquia y el encendido de los cirios a medida que la luz del día se extingue. Suele ser uno de los momentos más hondos del año para

mí, el instante en que siento que verdaderamente me pertenecen: mis hijos espirituales, envueltos en mantos negros y rostros graves. Pero este año, ¿estarán pensando en la Pasión de Cristo, en la solemnidad sagrada de la Eucaristía, o se les estará haciendo la boca agua en anticipation al banquete pagano? Las fábulas de esa mujer —campanas aladas, festines interminables— lo impregnan todo con su veneno seductor. Intento infundir a mis sermones la grandeza de nuestras propias promesas, pero las glorias severas de la Iglesia palidecen frente a sus alfombras mágicas de azúcar y fantasía.

Esta tarde fui a la casa de Armande Voizin. Es su cumpleaños y el lugar era un hervidero caótico. Sabía de antemano que planeaba algún tipo de festejo, pero jamás imaginé un despliegue semejante. Caroline me lo había mencionado un par de veces —ella misma se resistía a acudir, aunque albergaba la esperanza de aprovechar la ocasión para firmar la paz definitiva con su madre —, pero dudo que ni siquiera ella haya previsto la magnitud de semejante despropósito. Vianne Rocher estaba instalada en la cocina, donde llevaba casi todo el día trajinar entre fogones. Joséphine Muscat había ofrecido la cocina del café como anexo para abastecer la preparación, pues la pequeña casa de Armande era incapaz de albergar semejante derroche culinario. Cuando llegué, una verdadera cuadrilla de ayudantes transportaba cazuelas, fuentes humeantes y soperas desde el café hasta la vivienda de la anciana. Un aroma denso, embriagador, cargado de vino y hierbas aromáticas, escapaba por la ventana abierta y, muy a mi pesar, sentí que se me hacía la boca agua. Narcisse faenaba en el jardín, sujetando guirnaldas y flores frescas a una suerte de enrejado de madera construido entre la fachada y la cancela. El resultado visual era llamativo: clemátides, campanillas, lilas y celindas parecían derramarse en cascada sobre la armazón, tejiendo una techumbre vegetal de vivos colores a través de la cual la luz solar se filtraba con suavidad dorada. De Armande, ni rastro.

Me di la vuelta, profundamente perturbado por semejante ostentación mundana. Típico de ella haber escogido precisamente el Viernes Santo para montar este escándalo. La opulencia de todo el cuadro —las flores, la comida desbordante, las cajas de champán que descargaban ante la puerta y enterraban en cubos de hielo para enfriarlo— rozaba la blasfemia más abierta: una

carcajada burlona arrojada a la cara del Dios inmolado. Mañana tendré que hablar muy seriamente con ella. Estaba a punto de marcharme cuando divisé a Guillaume Duplessis arrimado al murete, acariciando con parsimonia a uno de los gatos de Armande. Se levantó el sombrero con gesto educado.

—¿Ayudando también? —le espeté con aspereza.

Guillaume asintió con serenidad.

—Le prometí que le echaría una mano —admitió—. Todavía queda bastante por hacer antes de que anochezca.

—Me asombra que te prestes a colaborar en esto —le recriminé secamente —. ¡Y hoy, de entre todos los días del año! Sinceramente, creo que Armande ha ido demasiado lejos esta vez. El gasto desmedido, por no hablar de la falta de respeto hacia la Iglesia…

Guillaume se encogió de hombros con calma.

—Tiene todo el derecho del mundo a su pequeña celebración —respondió con mansedumbre.

—Lo más probable es que termine matándose de un atracón —solté con amargura punzante.

—Creo que ya es bastante mayorcita para hacer lo que le venga en gana —repuso Guillaume.

Lo miré con un reproche que no me molesté en disimular. Ha cambiado de manera desconcertante desde que empezó a frecuentar a esa mujer, la Rocher. Aquel aire de sumisión compungida y luto perpetuo se le ha borrado del semblante; en su lugar asoma un temple obstinado, casi desafiante.

—No me gusta la manera en que su familia pretende manejarle la vida a Armande —prosiguió con firmeza tranquila.

Me encogí de hombros con desdén.

—Me deja perplejo que tú, precisamente tú, salgas en su defensa en un asunto como este.

—La vida está llena de sorpresas, señor cura —dijo Guillaume.

Ojalá lo estuviera.

CAPÍTULO 36 — VIERNES, 28 DE MARZO, VIERNES SANTO

❖ · ❖ · ❖

EN ALGÚN MOMENTO BASTANTE TEMPRANO OLVIDÉ POR COMPLETO el motivo de la fiesta y comencé a disfrutar de verdad. Mientras Anouk jugaba en Les Marauds, me dediqué a orquestar los preparativos para la comida más opulenta y desmesurada que jamás hubiera cocinado en mi vida, perdiéndome con delicia en cada detalle suculento. Contaba con tres cocinas a mi disposición: mis propios hornos grandes en La Céleste Praline, donde horneé los pasteles y la repostería; la cocina del Café des Marauds, unos metros más arriba, reservada para el marisco; y la diminuta cocina de Armande para las sopas, las verduras, las reducciones y las guarniciones. Joséphine se ofreció a prestarle a Armande la vajilla y los cubiertos adicionales que pudieran hacer falta, pero la anciana sacudió la cabeza con una sonrisa pícara.

—Todo eso ya está resuelto —le contestó.

Y así era: el jueves a primera hora de la mañana había aparecido una furgoneta con el logotipo de una prestigiosa firma de porcelana de Limoges, descargando dos cajas repletas de cristalería y cubertería de plata, y una tercera con vajilla de porcelana fina, todo primorosamente envuelto en virutas de papel. El transportista sonrió mientras Armande firmaba el albarán de entrega.

—¿Se nos casa alguna de las nietas, eh? —preguntó con simpatía.

Armande soltó una carcajada cristalina.

—Podría ser —replicó—. Bien podría ser.

Pasó todo el viernes con un humor rebosante de euforia, fingiendo supervisar las faenas pero, en realidad, metiéndose en medio a cada paso. Igual que una niña traviesa, metía los dedos en las salsas humeantes, espiaba bajo las campanas de los platos y levantaba las tapas de las cacerolas, hasta que no me quedó más remedio que suplicarle a Guillaume que se la llevara a la peluquería a Agen durante un par de horas, aunque solo fuera para quitármela de los pies. Cuando regresó, la transformación era asombrosa: el cabello recién cortado a la última moda, peinado bajo un sombrero nuevo e insolente, guantes nuevos, zapatos flamantes. El sombrero, los guantes y los zapatos compartían exactamente el mismo matiz rojo cereza, el color predilecto de Armande.

—Voy avanzando de abajo arriba —me informó con inmensa satisfacción mientras se acomodaba en su mecedora para contemplar el ajetreo—. Al final de la semana tal vez reúna el valor necesario para comprarme un vestido rojo entero. ¡Imagíname entrando así vestida en la iglesia! ¡Ajá!

—Descansa un poco —le ordené con fingida severidad—. Esta noche tienes una fiesta y no quiero que te quedes dormida a mitad del postre.

—No lo haré —prometió, pero aceptó dormitar una hora bajo el tibio sol de la tarde mientras yo vestía la mesa y los demás se marchaban a sus casas para asearse y arreglarse para la velada.

La mesa del comedor era inmensa, absurda para las dimensiones de la modesta salita de Armande, pero colocada con mimo nos acogería a todos con holgura. Una pieza maciza de roble oscuro que exigió el esfuerzo de cuatro personas para sacarla al cenador que Narcisse acababa de levantar en el patio, donde quedó cobijada bajo una bóveda de ramajes y flores recién cortadas. El mantel era de damasco antiguo con una primorosa puntilla de encaje en los bordes, y aún desprendía el tenue aroma a lavanda seca en el que había permanecido doblado desde el día de su boda: un regalo de su propia abuela que jamás se había estrenado. Los platos de Limoges eran de un blanco inmaculado, con un sutil ribete de florecillas amarillas perfilando el borde; las copas —de tres tipos distintos— eran de cristal fino, verdaderos nidos de sol que proyectaban destellos irisados sobre el mantel blanco. En el centro, un despliegue de flores primaverales colocado por Narcisse, y servilletas dobladas

con esmero junto a cada cubierto. Sobre cada servilleta, una tarjeta caligrafiada con el nombre de los comensales: *Armande Voizin, Vianne Rocher, Anouk Rocher, Caroline Clairmont, Georges Clairmont, Luc Clairmont, Guillaume Duplessis, Joséphine Bonnet, Julien Narcisse, Michel Roux, Blanche Demand, Cerisette Planpon.*

Por un instante no reconocí los dos últimos nombres, hasta que me vinieron a la memoria Blanche y Zezette, todavía amarradas río arriba a la espera. Comprendí que hasta ese momento jamás había sabido el verdadero nombre de pila de Roux; siempre había dado por hecho que «Roux» era un apodo debido al tono cobrizo de su pelo.

Los invitados comenzaron a congregarse a las ocho. Yo me había escapado de mi cocina a las siete para darme una ducha rápida y cambiarme de ropa; cuando regresé, la barcaza ya estaba atracada justo al pie del jardín y la gente del río iba subiendo la orilla. Blanche con su falda tirolesa roja y una blusa de encaje blanco; Zezette con un viejo vestido negro de noche, los brazos cubiertos de tatuajes de henna y un pequeño rubí engarzado en la ceja; Roux con pantalones vaqueros limpios y una camiseta blanca. Todos traían pequeños obsequios, envueltos en retales de papel de regalo, pedazos de papel pintado o pañuelos de tela. Luego llegó Narcisse, embutido en su traje de los domingos; detrás Guillaume, luciendo una flor amarilla en el ojal; y finalmente los Clairmont, con una jovialidad decidida y calculada. Caroline contemplaba a los nómadas del río con una mirada cautelosa, pero resuelta a pasar una velada agradable si tal sacrificio era lo que se requería de ella.

Entre aperitivos, piñones tostados y galletitas saladas, nos dispusimos a contemplar cómo Armande abría sus regalos: de parte de Anouk, el dibujo de un gato dentro de un sobre rojo; de Blanche, un tarro de miel silvestre; de Zezette, bolsitas de lavanda bordadas con la letra *B.* («No me dio tiempo a bordar tu inicial —se disculpó con despreocupada franqueza—, pero te prometo que lo haré para el año que viene»); de Roux, una hoja de roble tallada en madera, tan delicada y perfecta como una auténtica, con un racimo de bellotas prendidas al tallo; de Narcisse, un cesto rebosante de frutas tempranas y flores frescas. Los Clairmont aportaron regalos más costosos: un pañuelo de seda para el cuello de parte de Caroline —no era de Hermès, advertí de inmediato, pero sí de auténtica seda— y un jarrón de plata para las flores;

de parte de Luc, algo brillante y carmesí envuelto en papel celofán crujiente, que el muchacho procuraba ocultar a los ojos de su madre bajo el montón de envoltorios descartados. Armande sonrió con socarronería y me susurró a hurtadillas detrás de la mano: «¡Ajá!». Joséphine le entregó un pequeño guardapelo de oro antiguo, disculpándose con una tímida sonrisa:

—No es nuevo… —dijo en voz baja.

Armande se lo abrochó al instante alrededor del cuello, la estrechó en un abrazo vigoroso y sirvió generosas copas de Saint-Raphaël con mano pródiga. Desde los fogones me llegaban los retazos de la conversación; elaborar semejante banquete exigía una concentración absoluta, pero lograba captar la cadencia general de las voces. Caroline se mostraba complaciente y solícita; Joséphine guardaba un silencio sereno; Roux y Narcisse habían descubierto una pasión compartida por los árboles frutales exóticos. Zezette canturreaba una tonada popular con su voz atiplada, mientras acunaba al bebé en el pliegue del brazo. Noté que hasta la criatura había sido marcada ceremoniosamente con manchas de henna, luciendo como un rollizo melón dorado con sus ojos verdeazulados.

Pasaron a la mesa. Armande, en la cúspide de su entusiasmo, acaparaba la mayor parte de la charla. Escuché la voz sosegada y amable de Luc relatando las páginas de un libro que acababa de descubrir. El tono de Caroline se tensó ligeramente; sospeché que su madre acababa de servirse otra copa de licor.

—Mamá, sabes de sobra que no deberías… —la oí advertir, pero Armande se limitó a soltar una carcajada desdeñosa.

—Es mi fiesta —sentenció con alegre firmeza—. No voy a tolerar que nadie se amargue la noche en mi fiesta. Y mucho menos yo.

Por el momento, el tema quedó zanjado. Oí a Zezette coquetear con Georges. Roux y Narcisse continuaban debatiendo apasionadamente sobre ciruelas.

—La *Belle du Languedoc* —insistía el hortelano con vehemencia—. Esa es insuperable para mí. Dulce, menuda, con una capa de cera sobre la piel que parece el polvo de las alas de una mariposa.

Pero Roux no daba su brazo a torcer.

—La *Mirabelle* —defendía con terquedad—. La única ciruela amarilla que de verdad merece la pena cosechar. La *Mirabelle*.

Volví la atención a las cacerolas y durante un buen rato no presté oído a nada más. Cocinar es para mí un talento autodidacta, nacido de una obsesión infantil. Nadie me enseñó a cocinar. Mi madre destilaba ungüentos y brebajes mágicos; yo sublimé toda aquella herencia transformándola en una alquimia más dulce y tangible. Jamás nos parecimos demasiado, ella y yo. Mi madre soñaba con ingravideces, desdoblamientos astrales y esencias invisibles; yo me pasaba las horas absorta en recetas y cartas de menús sustraídas furtivamente de restaurantes en los que jamás habríamos podido permitirnos almorzar. Ella se burlaba con ternura de mis apetitos terrenales.

—Menos mal que no tenemos un centavo —solía decirme entre risas—. De lo contrario, engordarías como una cochinita.

Pobre madre mía. Incluso cuando el cáncer ya le había devorado las entrañas, conservaba suficiente coquetería para regocijarse de los kilos perdidos. Y mientras ella echaba las cartas y mascullaba encantamientos entre dientes, yo hojeaba mi colección de recortes culinarios, repitiendo en voz baja los nombres de platillos que jamás había probado, como si fueran fórmulas secretas de vida eterna. *Boeuf en daube. Champignons farcis à la grecque. Escalopes à la reine. Crème caramel. Schokoladentarte. Tiramisù.* En los fogones clandestinos de mi imaginación los preparé todos, los probé, los ajusté; y a cada parada del camino añadía nuevos recortes a mi cuaderno, pegándolos entre las páginas manchadas de grasa como si fuesen retratos de viejos amigos entrañables. Aquellos recortes de papel satinado le otorgaban peso y anclaje a nuestras errancias, brillando en la penumbra como balizas a lo largo de nuestro rumbo a la deriva.

Ahora los iba trayendo a la mesa igual que a camaradas reencontrados tras una larga ausencia. Una *soupe de tomates à la gasconne*, servida con albahaca fresca del huerto y acompañada por una porción de *tartelette méridionale*, armada sobre una masa quebrada fina como una oblea y rebosante de los sabores del aceite virgen de oliva, las anchoas maceradas y los jugosos tomates maduros

de la comarca, guarnecida con olivas negras y horneada a fuego pausado para alcanzar una concentración de matices que rozaba lo imposible. Serví en copas altas un Chablis de la cosecha del 85. Anouk bebía limonada en su propia copa con un fingido aire de dama distinguida. Narcisse se interesó de inmediato por los ingredientes de la tarta, alabando las virtudes del tomate rústico y deforme de huerta frente a la insípida uniformidad de las variedades comerciales. Roux encendió los braseros a ambos costados de la mesa y arrojó hojas de citronela al carbón para ahuyentar a los insectos nocturnos. Sorprendí a Caroline vigilando a su madre con gesto ceñudo. Yo apenas probé bocado. Haber estado impregnada de los vahos de la cocina durante todo el día me provocaba una extraña ligereza en la cabeza; me sentía hipersensible, alerta, de tal modo que cuando la mano de Joséphine me rozó la pantorrilla por casualidad bajo la mesa, di un respingo que a punto estuvo de hacerme soltar un grito. El Chablis entraba fresco y seco, y bebí más de la cuenta. Los colores adquirieron una vivacidad inusitada; los sonidos cobraron una nitidez cristalina. Oí a Armande colmar de alabanzas el banquete. Serví una ensalada de brotes frescos y aromáticos para limpiar el paladar, y después *foie gras* tibio sobre rebanadas de pan de hogaza tostado. Descubrí que Guillaume se había traído a su perro, al que alimentaba a escondidas bajo el borde del mantel con los bocados más selectos. La conversación fue saltando sin esfuerzo de la coyuntura política y los separatistas vascos a las modas femeninas, pasando por el mejor método para cultivar rúcula y la indiscutible superioridad de las lechugas silvestres sobre las de invernadero. El Chablis fluía con aterciopelada suavidad. Luego llegaron los *vol-au-vents*, livianos como una bocanada de brisa veraniega; un sorbete helado de flor de saúco, y a continuación la gran bandeja de frutos del mar: cigalas a la brasa, camarones grises, gambas, ostras frescas, lapas, centollos y los imponentes bueyes de mar —cuyas tenazas son capaces de amputarle los dedos a un hombre con la misma facilidad con que yo sesgo una ramita de romero—, caracolillos, almejas de concha fina y, coronándolo todo con porte soberbio sobre un lecho de algas húmedas, un gigantesco bogavante negro azabache. La inmensa fuente relucía en una policromía de rojos, rosas, verdes marinos, blancos nacarados y púrpuras profundos: un tesoro extraído de las grutas de una sirena que exhalaba una nostálgica fragancia marina, como los recuerdos lejanos de la infancia junto a la playa. Repartimos pinzas para

las tenazas, pequeños tenedores de plata para extraer los moluscos, y cuencos con gajos de limón fresco y mayonesa casera. Era imposible conservar las distancias o la rigidez frente a semejante festín: exigía mancharse las manos, derribar protocolos, entregarse al placer sin miramientos. Las copas y la plata centelleaban al resplandor de los farolillos suspendidos del enrejado. La noche olía a flores frescas y al cauce manso del río. Los dedos de Armande se movían con la agilidad prodigiosa de una encajera veterana; ante su plato, la montañita de caparazones y pinzas vacías crecía sin el menor esfuerzo. Traje más botellas de vino; las pupilas se dilataban, los rostros se encendían con el empeño laborioso de arrancarle la carne secreta al marisco. Aquel era un manjar que requería dedicación, un banquete que reclamaba tiempo y pausa. Joséphine comenzó a distenderse, e incluso cruzó algunas palabras con Caroline mientras esta batallaba con la tenaza de un cangrejo. La mano de Caroline resbaló y un chorrito de agua salada le salpicó el ojo. Joséphine soltó una risita espontánea. Tras un segundo de duda, Caroline terminó riéndose también. Me descubrí charlando animadamente con unos y otros. El vino era pálido y engañoso: su embriaguez se escondía tras una tersura casi imperceptible. Caroline ya estaba bastante achispada, las mejillas arreboladas y varios mechones de pelo escapándose de su peinado. Georges me apretó la pierna bajo el mantel y me guiñó un ojo con complicidad lasciva. Blanche hablaba de sus viajes; teníamos ciudades en común, ella y yo: Niza, Viena, Turín. El bebé de Zezette empezó a lloriquear; su madre mojó un dedo en el vino blanco y se lo dio a chupar para calmarlo. Armande debatía sobre Alfred de Musset con Luc, cuyo tartamudeo se desvanecía a medida que bebía. Por fin retiré los despojos de la bandeja marina, reducida ya a un amasijo nacarado repartido en doce platos vacíos. Serví cuencos de agua tibia con limón y hojitas de menta para enjuagarse los dedos y refrescar el aliento. Despejé las copas usadas y las reemplacé por copas de champán. Caroline volvió a mostrarse alarmada. Cuando me retiré de nuevo a la cocina, alcancé a oírla hablar con su abuela en un susurro apremiante.

Armande la mandó callar con un ademán tajante:

—Hablaremos de eso más tarde. Esta noche he venido a celebrar.

Recibió las botellas de champán con un chillido de absoluto deleite. El broche dulce era una *fondue* de chocolate artesanal. Un manjar que conviene

elaborar únicamente en días despejados —los cielos nublados y húmedos le apagan el brillo satinado al chocolate fundido— con una cobertura negra al setenta por ciento, mantequilla fresca, unas gotas de aceite de almendras y crema doble espesa incorporada en el último hervor, calentada suavemente sobre un fogoncillo de cobre. Pinchábamos trozos de bizcocho esponjoso y frutas frescas en las brochetas para sumergirlos en la crema espesa y aromática. Yo había preparado los bocados favoritos de todos, aunque solo el *gâteau de Savoie* estaba pensado para mojar. Caroline aseguró que no le cabía un gramo más de comida, pero terminó comiéndose dos generosas porciones del arrollado bicolor de chocolate blanco y negro. Armande cató absolutamente todo, arrebolada y desinhibida, haciéndose más expansiva a cada minuto. Joséphine le confiaba a Blanche los motivos por los que había abandonado a su marido. Georges me sonreía con socarronería detrás de unos dedos manchados de chocolate. Luc le hacía cosquillas a Anouk, que cabeceaba de sueño en su silla. El perro mordisqueaba con suavidad una de las patas de madera de la mesa. Zezette, con total naturalidad, se desabrochó la blusa y se puso a amamantar a su criatura. Caroline pareció a punto de hacer un comentario mordaz, pero se encogió de hombros y guardó silencio. Descorché otra botella de champán.

—¿Seguro que estás bien, abuela? —le preguntó Luc en un murmullo protector—. Quiero decir… ¿no te sientes cansada ni nada por el estilo? ¿Te has estado tomando tu medicina?

Armande se echó a reír con ganas.

—Te preocupas demasiado para ser un muchacho de tu edad —le riñó con cariño—. Deberías estar por ahí dando guerra y poniendo a tu madre al borde de un ataque de nervios, no dándole lecciones de vida a tu abuela.

Seguía de excelente humor, pero advertí que empezaba a mostrarse fatigada. Llevábamos casi cuatro horas sentados a la mesa. Faltaban diez minutos para la medianoche.

—Ya lo sé —repuso el chico con una sonrisa tímida—. Pero es que no tengo ninguna prisa por heredar… todavía.

Ella le dio unas palmaditas cariñosas en el dorso de la mano y le rellenó la copa. El pulso le tembló ligeramente y un chorrito de vino se derramó sobre el mantel.

—No pasa nada —dijo con vivacidad—. Queda mucho más de donde ha salido este.

Completamos el festín con helado artesanal de chocolate amargo, trufas espolvoreadas con cacao y café servido en diminutas tazas de porcelana, escoltado por copitas de calvados añejo, bebido directamente del fondo caliente de la taza como una explosión de flores y fuego. Anouk reclamó su *canard*, un terrón de azúcar empapado en unas gotas de licor, y luego exigió otro idéntico para Pantoufle. Las tazas quedaron vacías; los platos, despejados. Las brasas de los braseros iban consumiéndose poco a poco. Observé a Armande: seguía charlando y sonriendo, pero con un ritmo mucho más pausado; entornaba los párpados y retenía la mano de Luc bajo la mesa.

—¿Qué hora es? —preguntó un rato después.

—Casi la una —respondió Guillaume.

Ella suspiró hondamente.

—Llegó la hora de irme a la cama —anunció—. Ya no soy ninguna jovencita, ¿saben?

Se puso en pie tambaleándose un poco, recogiendo al mismo tiempo el brazado de regalos que descansaban bajo su silla. Vi a Guillaume observándola con suma atención. Él lo sabía. Armande le dedicó una sonrisa cargada de una dulzura extraña, cómplice e inescrutable.

—No se crean que voy a soltar un discurso —dijo con una brusquedad fingida y cómica—. Detesto los discursos. Solo quería darles las gracias a todos… a cada uno de ustedes, y decirles lo bien que me lo he pasado. No recuerdo una noche mejor en toda mi vida. No creo que haya existido jamás una fiesta mejor que esta. La gente siempre se imagina que la diversión se acaba cuando te haces vieja. Pues se equivocan: no se acaba.

Roux, Georges y Zezette prorrumpieron en vítores y aplausos. Armande asintió con solemnidad pícara.

—Eso sí, no se les ocurra venir a visitarme demasiado temprano mañana —advirtió torciendo el gesto en una mueca divertida—. No creo haber bebido tanto desde que tenía veinte años, y necesito dormir.

Me lanzó una mirada rápida y elocuente, casi una advertencia.

—Necesito dormir —repitió en un murmullo lejano, empezando a apartarse de la mesa.

Caroline se levantó de un salto para sostenerla por el brazo, pero Armande la apartó con un ademán tajante y soberano.

—No te angusties, muchacha —le dijo—. Siempre has sido igual. Viviendo en un sobresalto perpetuo. —Me dirigió una mirada lúcida y chispeante—. Vianne me ayudará —dictaminó—. Todo lo demás puede esperar a que amanezca.

La acompañé hasta su dormitorio mientras los demás invitados se despedían con parsimonia, entre risas y charlas quedas. Caroline iba del brazo de Georges; Luc la sostenía por el otro costado. Su cabello se había soltado por completo, lo que le devolvía un aire juvenil y dulcificaba las facciones de su rostro. Al abrir la puerta de la habitación de Armande, alcancé a oír que Caroline decía: «…prácticamente me prometió que ingresaría en Les Mimosas… qué gran peso me he quitado de encima…». Armande también lo escuchó y soltó una risita soñolienta.

—No debe de ser nada fácil tener una madre delincuente —comentó con socarronería—. Ayúdame a meterme en la cama, Vianne. Antes de que me desplome aquí mismo.

La ayudé a desvestirse. Había un camisón de lino blanco pulcramente planchado sobre la almohada. Fui doblando sus prendas mientras ella se lo pasaba por la cabeza.

—Los regalos —indicó Armande con un hilo de voz—. Ponlos ahí, donde pueda verlos bien. —Señaló con un gesto vago hacia la cómoda—. Mmm. Eso está perfecto.

Obedecí sus instrucciones en una especie de trance sereno. Tal vez yo también había bebido más de lo prudente, porque me embargaba una calma absoluta. Al revisar el refrigerador había visto la cantidad de ampollas de insulina intactas; supe que había dejado de administrarse las inyecciones hacía un par de días. Sentí el impulso de preguntarle si estaba segura de su decisión, si de verdad comprendía el alcance de lo que hacía. En lugar de eso, desplegué el regalo de Luc —un camisón de seda de un rojo insolente, suntuoso e inequívoco— sobre el respaldo de la silla para que pudiera contemplarlo. Ella volvió a sonreír con picardía y estiró la mano arrugada para acariciar la suavidad de la seda.

—Ya puedes marcharte, Vianne. —Su voz sonó suave pero inquebrantable —. Ha sido una noche maravillosa.

Vacilé un segundo. En el espejo del tocador se reflejó por un instante la imagen de las dos. Con el pelo recién cortado, Armande se parecía de un modo asombroso al anciano de mi visión del tarot, pero sus manos eran una mancha roja y ardiente sobre la colcha, y sonreía con paz infinita. Había cerrado los ojos.

—Deja la luz encendida, Vianne —añadió, en lo que supe que era una despedida definitiva—. Buenas noches.

Me incliné y la besé con infinita ternura en la mejilla. Olía a lavanda y a chocolate amargo. Salí hacia la cocina para terminar de fregar los cacharros.

Roux se había quedado atrás para ayudarme. Los demás comensales ya se habían marchado. Anouk dormía plácidamente en el sofá, con el pulgar encajado en la comisura de los labios. Lavamos los platos en un silencio compartido y fui guardando la vajilla reluciente y las copas en los armarios de Armande. En una o dos ocasiones Roux intentó entablar conversación, pero me sentía incapaz de articular palabra; solo el leve tintineo percusivo de la loza y el cristal interrumpía la quietud.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó al fin.

Su mano se posó con suavidad sobre mi hombro. Su cabello rojizo parecía un manto de caléndulas encendidas.

Respondí lo primero que me vino a la mente:

—Estaba pensando en mi madre.

Por extraño que pareciera, comprendí que era la más pura verdad.

—A ella le habría fascinado todo esto. Adoraba los fuegos de artificio.

Él se me quedó mirando. Sus insólitos ojos del color del horizonte se habían ensombrecido hasta volverse casi violetas bajo la luz mortecina y amarilla de la cocina. Deseé con toda mi alma poder contarle lo de Armande.

—No sabía que te llamabas Michel —le dije al cabo de un instante.

Se encogió de hombros con desinterés.

—Los nombres no importan.

—Estás perdiendo el acento —advertí con sorpresa—. Solías tener un deje marsellés marcadísimo, pero ahora…

Sonrió con aquella calidez suya tan infrecuente y dulce.

—Los acentos tampoco tienen ninguna importancia.

Sus manos me rodearon el rostro. Eran suaves para pertenecer a un jornalero del río; pálidas y delicadas como las manos de una mujer. Me pregunté si algo de cuanto me había contado hasta entonces era cierto. En aquel instante, nada de eso parecía tener la menor relevancia. Lo besé. Olía a pintura fresca, a jabón limpio y a chocolate. Saboreé el chocolate en sus labios y pensé en Armande. Siempre había creído que entre él y Joséphine existía un vínculo tácito. Incluso mientras lo besaba era plenamente consciente de ello, pero esta era la única magia que teníamos al alcance de las manos para combatir la oscuridad de la noche. La magia más elemental, la hoguera montaraz que hacíamos rodar por la ladera de la colina en la noche de Beltane; este año, llegada con un poco de adelanto. Pequeños consuelos para desafiar a las tinieblas. Sus manos buscaron el calor de mis pechos bajo el suéter.

Por un segundo titubeé. Había habido ya demasiados hombres a lo largo del camino; hombres como él, hombres nobles a quienes había querido pero sin llegar a amarlos de verdad. Si no me equivocaba y Joséphine y él estaban destinados a encontrarse, ¿qué consecuencias acarrearía esto para ellos? ¿Y para mí? Sus labios eran ligeros; sus caricias, diáfanas y sencillas. Del exterior me llegaba la fragancia de las lilas, arrastrada por la tibia corriente de los braseros.

—Afuera —le susurré al oído—. En el jardín.

Él miró de reojo a Anouk, que seguía profundamente dormida en el sofá, y asintió. Juntos salimos descalzos bajo un firmamento púrpura tachonado de estrellas.

El patio aún conservaba el calor templado de las brasas. Las celindas y las lilas del enrejado de Narcisse nos envolvían bajo una manta espesa de aromas. Nos tendimos sobre la hierba como dos niños perdidos. No hicimos promesas de futuro ni pronunciamos palabras de amor; sin embargo, él fue tierno, casi despojado de frenesí, recorriendo mi piel con una lentitud dulce y precisa, acariciando mi cuerpo con leves aleteos de su lengua. Sobre nuestras cabezas, el cielo se extendía en una negrura violácea semejante al color de sus ojos, y alcancé a distinguir la franja inmensa de la Vía Láctea extendida como un camino blanco alrededor del mundo. Supe con certeza que aquella sería la única vez que compartiríamos algo así, y la certidumbre apenas me causó una vaga melancolía. En su lugar, una creciente sensación de plenitud y sosiego me inundó por dentro, disipando mi soledad e incluso el dolor inminente por la partida de Armande. Ya habría tiempo para guardar el luto más adelante. En aquel momento no cabía más que un asombro límpido: asombro de verme desnuda sobre la hierba verde, asombro por el hombre silencioso que yacía a mi lado, asombro ante la inmensidad que se abría en lo alto y la inmensidad que despertaba en mis entrañas. Permanecimos largo rato así, Roux y yo, hasta que el sudor de nuestros cuerpos se fue enfriando, pequeños insectos nocturnos corretearon sobre nuestra piel y respiramos la fragancia a lavanda y tomillo del parterre a nuestros pies mientras, entrelazando los dedos, contemplábamos el giro lento e insoportablemente hermoso del cielo nocturno.

Entre dientes, alcancé a oír que Roux tarareaba una vieja tonada marinera:

V'là l'bon vent, v'là l'joli vent…
V'là l'bon vent, ma mie m'appelle…

El viento soplaba ahora en mi propio interior, tironeando de mí con su mandato implacable. Y en el mismísimo centro, un espacio diminuto e inmóvil, milagrosamente sereno, y la intuición casi familiar de algo nuevo que comenzaba a gestarse. Esto también forma parte de una magia profunda, un misterio que mi madre jamás llegó a comprender; y, sin embargo, siento una certeza mucho más luminosa sobre esto —este calor nuevo, milagroso y vivo que late dentro de mí— que sobre cualquier otra cosa que haya hecho en la vida. Por fin comprendo por qué robé la carta de los Enamorados aquella noche. Abrazando ese conocimiento en el pecho, cerré los ojos e intenté soñar con ella, tal como solía hacerlo en los meses previos al nacimiento de Anouk: soñar con una pequeña desconocida de mejillas sonrosadas y ojos oscuros y chispeantes.

Cuando desperté, Roux se había marchado y el viento había vuelto a cambiar.

CAPÍTULO 37 — SÁBADO, 29 DE MARZO, VÍSPERA DE PASCUA

❖ · ❖ · ❖

AYÚDAME, PADRE. ¿Acaso no he rezado lo suficiente? ¿No he sufrido bastante por expiar nuestros pecados? Mi penitencia ha sido intachable. La cabeza me da vueltas por la falta de alimento y el insomnio. ¿No es este el tiempo de la redención, cuando todas las culpas quedan lavadas? La plata ha regresado al altar; los cirios están encendidos en espera de la vigilia. Hay flores, por primera vez desde que comenzó la Cuaresma, adornando la capilla. Hasta el desquiciado San Francisco está coronado de lirios, y su fragancia fresca evoca la carne limpia. Hemos esperado tanto tiempo, usted y yo, desde aquel primer ataque. Incluso entonces se negó a hablarme, aunque sí les hablaba a los demás. Luego, el año pasado, sobrevino el segundo derrame. Los médicos me aseguran que usted es inaccesible, pero sé bien que es una farsa, un compás de espera. Despertará cuando llegue su momento.

Esta mañana encontraron a Armande Voizin. Rígida y todavía sonriendo en su cama, padre: otra alma que se nos ha escapado de las manos. Le administré la extremaunción, aunque sé que jamás me lo habría agradecido ni siquiera en caso de haberme escuchado. Quizás yo sea el único que todavía encuentra consuelo en semejantes ritos.

Tenía planeado morir anoche; lo dispuso todo hasta el detalle más minucioso: la comida, la bebida, la concurrencia. Su propia familia rodeándola en la mesa, engañada por sus fingidas promesas de enmienda. ¡Su condenable soberbia! Pagará por ello, me jura Caroline entre lágrimas: veinte misas, treinta

misas. Recé por ella. Rece por nosotros. Descubro que todavía tiemblo de cólera. Me veo incapaz de responderle con sosiego. El funeral se celebrará el martes. Me la imagino ahora mismo, expuesta de cuerpo presente en el mortuorio del hospital, con peonías a la cabecera y esa misma sonrisa insolente fijada en sus labios pálidos; y la imagen no me despierta piedad ni alivio, sino una furia atroz e impotente.

Por supuesto, sabemos de sobra quién está detrás de todo esto: la mujer Rocher. Caroline me lo desveló todo. Ella es la instigadora, padre, el parásito que ha infestado nuestro jardín. Debí haber hecho caso a mis instintos desde el primer día: arrancarla de raíz en cuanto puso un pie en este pueblo. Esa intrusa que me ha desafiado a cada paso, burlándose de mí detrás de su escaparate protegido, extendiendo tentáculos corruptores en todas direcciones. Fui un iluso, padre. Armande Voizin ha muerto por culpa de mi debilidad. El Mal convive entre nosotros. El Mal viste con una sonrisa encantadora y ropajes de colores vivos. Cuando era niño, escuchaba aterrado el cuento de la casita de chocolate, la bruja que seducía a los niños pequeños para comérselos. Contemplo su tienda, primorosamente envuelta en papeles brillantes como un regalo a la espera de ser abierto, y me pregunto a cuántas personas, a cuántas almas inocentes habrá empujado ya más allá de toda salvación posible: Armande Voizin, Joséphine Muscat, Paul-Marie Muscat, Julien Narcisse, Luc Clairmont. Hay que expulsarla. A ella y a su mocosa. Por cualquier medio a nuestro alcance. Ya es tarde para andarse con miramientos, padre. Mi propia alma ya está manchada. Ojalá tuviera dieciséis años otra vez. Intento evocar la ferocidad salvaje de los dieciséis años, la audacia despiadada del muchacho que una vez fui: el muchacho que arrojó la botella incendiaria y jamás volvió a mirar atrás. Pero aquellos tiempos ya pasaron. Ahora debo ser astuto. No puedo permitirme desacreditar mi investidura. Y, sin embargo, si fracaso…

¿Qué haría Muscat en mi lugar? Sí, es un ser brutal, despreciable en muchos sentidos. Y, a pesar de todo, vio el peligro mucho antes que yo. ¿Qué haría él? Debo tomar a Muscat como modelo: Muscat el cerdo, embrutecido, pero astuto como un animal acorralado.

¿Qué haría él? El festival del chocolate es mañana. De ese festejo depende el éxito o la ruina definitiva de esa mujer. Ya es demasiado tarde para cambiar la

marea de la opinión pública en su contra. Mi conducta debe parecer intachable a los ojos de todos. Detrás de sus cristales vedados, millares de figuras de chocolate aguardan para ser vendidas: huevos primorosos, animales fantásticos, nidos de Pascua atados con cintas de seda, estuches de regalo, conejitos envueltos en crujiente celofán… Mañana un centenar de niños despertarán al clamor de las campanas de Pascua, y su primer pensamiento no será: «¡Ha resucitado!», sino: «¡Chocolates! ¡Chocolates de Pascua!».

Pero ¿y si no hubiera chocolates?

La idea me paraliza. Por una fracción de segundo, una oleada de júbilo ardiente me recorre la sangre. El cerdo astuto que llevo dentro sonríe y se relame. Podría entrar en su casa por la fuerza, me susurra. La puerta trasera es vieja y la madera está medio podrida; podría forzarla con una palanca sin hacer ruido. Colarme en la tienda armado con una tranca. El chocolate es quebradizo, fácil de destruir. Cinco minutos entre sus figuras de regalo bastarían para arrasar con todo. Ella duerme en la última planta; no oiría nada. Además, seré rápido como una sombra. Podría cubrirme el rostro con una máscara, por si acaso me viera… Todo el mundo culparía de inmediato a Muscat, un ajuste de cuentas por venganza. El hombre no está aquí para negarlo y, de cualquier modo, ¿a quién le importaría?

Padre… ¿acaso se ha movido? Por un instante tuve la certeza de que su mano se estremecía sobre la sábana, con los dos primeros dedos doblados como si trazara una bendición en el aire. De nuevo, ese espasmo involuntario, semejante al pistolero que rememora viejas batallas en sueños.

Una señal.

Alabado sea el Señor. Una señal.

CAPÍTULO 38 — DOMINGO, 30 DE MARZO, DOMINGO DE RESURRECCIÓN, 4:00 H

❖ · ❖ · ❖

APENAS PUDE PEGAR OJO ANOCHE. La ventana de su buhardilla estuvo iluminada hasta las dos de la madrugada, y ni siquiera entonces me atreví a moverme, temeroso de que permaneciera desvelada en la penumbra. Descabecé un sueño ligero de un par de horas hundido en el sillón, tras poner el despertador para no quedarme dormido. Una precaución innecesaria: mi descanso, si es que mereció tal nombre, estuvo acribillado por punzadas de pesadillas tan fugaces que apenas lograba recordarlas en el instante mismo en que me despertaban con un sobresalto. Creo haber visto a Armande —una Armande juvenil a quien, obviamente, jamás conocí en vida— corriendo con un vestido carmesí y la melena negra al viento por los prados a espaldas de Les Marauds. O tal vez era Vianne, y en mi delirio las había confundido a las dos. Luego soñé con el gran incendio de Les Marauds, con la descarriada y su amante, con las orillas rojizas y áridas del Tannes, y con usted, padre, y con mi madre en la cancillería… La cosecha más amarga de aquel verano remoto se filtraba a través de mis sueños y yo, como un cerdo que hoza en busca de trufas podridas, desenterraba una y otra vez aquellos manjares descompuestos para atiborrarme, atiborrarme sin fin.

A las cuatro me levanto del sillón. He dormido vestido con ropa de calle, tras despojarme de la sotana y del alzacuello. La Iglesia no tiene nada que ver con este asunto. Me preparo un café muy cargado, negro y sin una gota de azúcar, aunque técnicamente mi penitencia haya concluido. Digo técnica-

mente: en el fondo de mi corazón sé que la Pascua todavía no ha llegado. Él aún no ha resucitado. Si tengo éxito hoy, entonces y solo entonces resucitará.

Descubro que me tiemblan las manos. Como un mendrugo de pan seco para infundirme valor. El café está hirviendo y amarga como la hiel. Cuando haya cumplido mi cometido, me prometo a mí mismo una comida pantagruélica: huevos frescos, jamón curado, bollos azucarados de la panadería de Poitou. Se me hace la boca agua solo de pensarlo. Sintonizo en la radio una emisora de música clásica: «Las ovejas pueden pacer seguras», de Bach. Mi boca se tuerce en una mueca seca y dura de desprecio. No es momento para idilios pastorales; es la hora del cerdo, del cerdo astuto. Apago la música de un manotazo.

Son las cinco menos cinco. Al asomarme a la ventana distingo la primera rendija pálida de luz en el horizonte. Tengo tiempo de sobra. El vicario no llegará hasta las seis para repicar el carillón pascual; dispongo de más de una hora para mi misión secreta. Me calzo el pasamontañas de lana que había dejado preparado; en el espejo mi aspecto es irreconocible, alarmante. Un saboteador. La estampa me arranca otra sonrisa torva. Mi boca bajo la tela parece implacable y cínica. Casi desearía que me sorprendiera despierta.

5:10 h. La puerta trasera está sin cerrojo. Apenas puedo dar crédito a semejante golpe de suerte. Es el reflejo de su engreimiento, de su insolente convicción de que nadie es capaz de hacerle frente. Descarto el destornillador grueso con el que pensaba forzar la cerradura y sujeto con ambas manos el pesado garrote de madera: un fragmento de dintel caído durante la guerra, padre. La puerta cede y se abre hacia el silencio más absoluto. Otra de sus bolsitas rojas cuelga sobre el dintel; la arranco de un tirón y la arrojo al suelo con desprecio. Durante unos segundos me siento desorientado. El local ha cambiado mucho desde los tiempos en que albergaba la panadería y, de todos modos, la trastienda me resulta menos familiar. Solo un débil reflejo de penumbra resbala por las superficies alicatadas; me alegro de haber traído la linterna de bolsillo. La enciendo y, por un instante, el haz casi me deslumbra con la blancura de las superficies esmaltadas: las encimeras, los fregaderos y los viejos hornos resplandecen con un brillo lunar bajo el estrecho cono de luz. No hay chocolates a la vista. Por supuesto: esta es únicamente el

área de elaboración. No acabo de entender por qué me asombra tanto ver el obrador tan inmaculado; en mi imaginación la tenía por una mujer desastrosa y desaliñada, de las que dejan cacerolas sin fregar, platos amontonados en la pila y largos cabellos negros en la masa de los pasteles. En cambio, todo luce con un orden escrupuloso: hileras de cazuelas alineadas en los estantes por riguroso tamaño, el cobre con el cobre, el esmalte con el esmalte, cuencos de porcelana al alcance de la mano y cucharones y espumaderas colgando de los ganchos en la pared encalada. Sobre la vieja mesa de madera reposan varios moldes rústicos de panadería. En el centro, un jarrón con dalias amarillas de pétalos revueltos proyecta una llamarada de sombras. Por algún motivo absurdo, las flores me enfurecen. ¿Con qué derecho exhibe flores frescas mientras Armande Voizin yace muerta? El cerdo que llevo dentro vuelca el jarrón sobre la mesa con una sonrisa burlona. Le dejo hacer; necesito de su ferocidad salvaje para la tarea que me espera.

5:20 h. Los chocolates tienen que estar en la tienda propiamente dicha. Con paso cauteloso cruzo la cocina y empujo la pesada puerta de pino que comunica con la parte delantera del edificio. A mi izquierda, los peldaños de la escalera conducen a la vivienda superior. A mi derecha, el mostrador, las vitrinas, los anaqueles, las cajas primorosas… El aroma a chocolate, aunque esperado, me golpea con la fuerza de un mazazo. La oscuridad parece haberlo condensado hasta convertirlo en una sustancia casi tangible: el olor *es* la propia tiniebla, envolviéndome como un polvo pardo y suntuoso que sofoca cualquier raciocinio. El haz de la linterna va recortando destellos de plata y oro: papeles metalizados, lazos de satén, nubes centelleantes de celofán. La cueva del tesoro me rodea por entero. Un estremecimiento voluptuoso me sacude la espina dorsal. Estar aquí, en la mismísima guarida de la hechicera, invisible, convertido en un intruso. Tocar sus pertenencias en secreto mientras ella duerme arriba. Me invade una necesidad imperiosa de ver el escaparate, de desgarrar el velo de papel que lo oculta y ser el primero en contemplarlo; un deseo absurdo, considerando que he venido a destrozarlo todo. Pero la pulsión no admite demoras. Avanzo sin hacer ruido sobre mis suelas de goma, empuñando con ligereza la viga de madera. Tengo tiempo de sobra.

Tiempo más que suficiente para saciar mi curiosidad. Además, este instante es demasiado exquisito para desperdiciarlo: quiero saborearlo.

5:30 h. Con sumo cuidado tiro de una esquina del pliego de papel que cubre el cristal. Se desprende con un chasquido suave de rasgadura; lo pliego a un lado mientras aguzo el oído, temeroso de percibir algún crujido en la planta alta. Nada. Silencio absoluto. La luz de mi linterna inunda el escaparate y, por unos segundos, olvido por completo a qué he venido. Es un deslumbramiento de opulencia: frutas escarchadas, flores de mazapán y auténticas montañas de bombones sueltos de todas las formas y colores imaginables; conejos, patos, gallinas, polluelos y corderitos que me devuelven la mirada con ojos de cacao pícaros y graves, semejantes a las legiones de terracota de los emperadores chinos; y presidiéndolo todo desde lo alto, la escultura de una mujer de porte divino, cuyos gráciles brazos de chocolate sostienen una gavilla de trigo dorado y cuya melena parece ondular en el aire. El detalle es de una maestría sobrecogedora: los cabellos modelados en un chocolate más oscuro y los ojos perfilados con finas pinceladas de crema blanca. El perfume del cacao es arrebatador, una fragancia densa y carnal que desciende por la garganta dejando una estela de dulzura exquisita. La diosa de la gavilla sonríe apenas con la comisura de los labios, como si custodiara misterios ancestrales.

Pruébame. Tócame. Saboreame.

El cántico resuena con más fuerza que nunca, aquí, en el mismísimo nido de la tentación. Me bastaría estirar la mano en cualquier dirección para cosechar uno de estos frutos prohibidos y morder su pulpa clandestina. El pensamiento me traspasa con mil agujas ardientes.

Pruébame. Tócame. Saboreame.

Nadie se enteraría jamás.

Pruébame. Tócame. Saborea…

¿Por qué no?

5:40 h. Cogeré lo primero que caiga bajo mis dedos. No debo perderme en vacilaciones. Un único bombón… No es un robo en sentido estricto, sino un rescate: la única pieza de entre toda su estirpe que sobrevivirá al naufragio. Mi

mano revolotea muy a su pesar, como una libélula suspendida sobre un festín de delicias. Una bandeja de plexiglás con tapadera las resguarda; el nombre de cada variedad está rotulado sobre la cubierta con una caligrafía primorosa. Las denominaciones son un hechizo: *Crujiente de naranja amarga. Mazapán de albaricoque. Cerisette russe. Trufa de ron blanco. Manon blanc. Pezones de Venus.* Siento que el rubor me enciende las mejillas bajo el pasamontañas. ¿Cómo puede alguien atreverse a bautizar un dulce con semejante descaro? Y, sin embargo, lucen prodigiosos: de una blancura mórbida bajo la linterna, coronados por una pizca de chocolate amargo. Tomo uno de la fila superior. Me lo acerco a la nariz: huele a nata fresca y vainilla bourbon. Nadie lo sabrá jamás. Me doy cuenta de que no he probado el chocolate desde que era un muchacho, hace más años de los que alcanzo a recordar, y aun entonces se trataba de un chocolate corriente de tableta, con apenas un quince por ciento de cacao —veinte a lo sumo para el amargo— y un regusto pegajoso de manteca y azúcar barata. En alguna ocasión compré una tableta de Suchard en el supermercado, pero a cinco veces su precio habitual era un lujo que rara vez podía permitirme. Esto es algo enteramente distinto: la leve resistencia de la corteza al ceder entre los labios, el corazón untuoso de trufa que se rinde en el interior… Hay capas y más capas de matices que se despliegan como el buqué de un vino de reserva: un fondo amargo y noble, una riqueza tostada semejante al café recién molido; el calor de la boca despierta los aromas y me inunda el paladar, un súcubo voluptuoso que me arranca un gemido involuntario.

5:45 h. Pruebo otro justo después, convenciéndome de que una pieza más no alterará nada. Vuelvo a deleitarme con los rótulos: *Crème de cassis. Racimo de tres nueces.* Escojo un lingote oscuro de una bandeja titulada *Viaje a Oriente*. Jengibre confitado dentro de una cáscara dura de azúcar que estalla liberando un sorbo de licor especiado, un soplo de aire aromático donde el sándalo, la canela y la lima rivalizan con el cedro y la pimienta de Jamaica. Tomo otro más de la bandeja rotulada *Pêche au miel millefleurs*: una lámina de melocotón macerada en miel y aguardiente, coronada por una lasca crujiente sobre la cubierta de cacao. Consulto el reloj. Todavía tengo tiempo.

Sé muy bien que debería dar comienzo a mi obra justiciera sin más dilación. Lo expuesto en la tienda, aunque deslumbrante, no basta para abastecer los

centenares de encargos que ha recibido para la feria. Debe de existir otro escondrijo donde guarde los estuches de regalo, los pedidos empaquetados, el grueso de las existencias. Lo que hay aquí es mera exhibición. Atapo una *amandine* y me la meto en la boca para ayudarme a pensar. Luego un bombón de caramelo fundente. Después un *manon blanc*, esponjoso de nata montada y pasta de almendras. Queda tan poco tiempo, y aún restan tantos bocados exquisitos por catar… Podría despachar mi trabajo en cinco minutos, tal vez en menos, siempre que localice el almacén. Tomaré un último bombón, por pura suerte, antes de ponerme a buscar. Solo uno más.

5:55 h.

Es exactamente igual que una de mis peores pesadillas. Me revuelco entre chocolates. Me imagino flotando en un mar de cacao, tendido en una playa de bombones, hozando, devorando, engullendo sin freno. Ya no me detengo a descifrar las etiquetas: me embucho puñados enteros a ciegas. Ante semejante orgía de placeres, el cerdo astuto pierde toda su sagacidad y vuelve a ser una bestia irracional; y aunque un rincón lúcido en la coronilla me grita con desesperación que me detenga, soy incapaz de obedecer. Una vez desatada la vorágine, nada puede frenarla. Esto no tiene nada que ver con el hambre: me los trago a la fuerza, con las mejillas abultadas y las manos pringadas. Por un instante aterrador creo ver el espectro de Armande regresando de entre los muertos para castigarme, para maldecirme quizás con su propio tormento: la condena de morir de gula. Me escucho a mí mismo emitir gemidos guturales mientras mastico: alaridos sordos de éxtasis y de congoja, como si el cerdo que llevo agazapado en las entrañas hubiera encontrado por fin su verdadera voz.

6:00 h.

¡Ha resucitado!

El clamor repentino de las campanas me arranca brutalmente del delirio. Me descubro sentado sobre el entarimado del suelo, rodeado de bombones destrozados y papeles arrugados, como si en verdad me hubiera revolcado sobre ellos. El garrote de madera yace olvidado a mi costado. En algún momento me arranqué el pasamontañas asfixiante. El escaparate, completamente

despojado de sus papeles de embalaje, se abre de par en par a los primeros rayos pálidos del amanecer.

¡Ha resucitado!

Me pongo en pie tambaleándome como un borracho. En cinco minutos los feligreses más madrugadores comenzarán a cruzar la plaza para la primera misa de Pascua. A estas horas ya habrán notado mi ausencia. Intento asir el garrote con dedos viscosos de chocolate derretido. De pronto comprendo dónde guarda las provisiones: en la vieja bodega subterránea, fresca y seca, donde antiguamente se almacenaban los sacos de harina. Aún puedo bajar hasta allí. Sé que puedo lograrlo.

¡Ha resucitado!

Me doy la vuelta empuñando la viga de madera, desesperado por arañar unos segundos, unos pocos segundos más…

Ella está allí, aguardándome. Me observa con calma desde el umbral, tras la cortina de cuentas de cristal. No tengo forma de saber cuánto tiempo lleva mirándome. Una sonrisa tenue y enigmática le curva los labios. Con una suavidad infinita, casi compasiva, extiende la mano y me arrebata el garrote de los dedos. Entre sus dedos sostiene un pedazo de papel coloreado y chamuscado por las esquinas. Una carta del tarot, tal vez.

Y así fue como me descubrieron, padre: agazapado entre las ruinas del escaparate, con la cara embadurnada de cacao hasta las cejas y los ojos desorbitados de pavor. De la nada, la gente del pueblo pareció acudir en tromba a su llamada. Guillaume Duplessis sujetando la correa de su perro con una mano, plantado en guardia junto a la puerta principal. La mujer Rocher recostada en la puerta trasera con mi garrote encajado bajo el codo. Poitou, el panadero de enfrente, que había madrugado para hornear, asomándose a la acera y llamando a los curiosos para que vinieran a ver el espectáculo. Los Clairmont boquiabiertos, con los ojos saltones como carpas arrojadas a la orilla. Narcisse alzando el puño en el aire.

Y las risas. ¡Dios del cielo! Aquellas carcajadas estruendosas y desatadas.

Y mientras tanto, las campanas de la iglesia continuaban repicando su jubiloso himno a través de la plaza de Saint-Jérôme:

¡Ha resucitado!

Él ha resucitado.

CAPÍTULO 39 — LUNES, 31 DE MARZO, LUNES DE PASCUA

❖ · ❖ · ❖

DESPEDÍ A REYNAUD EN CUANTO LAS CAMPANAS CESARON DE REPICAR. Jamás llegó a oficiar la misa pascual. En lugar de eso, echó a correr en dirección a Les Marauds sin articular una sola palabra. Muy pocos repararon en su ausencia. Por nuestra parte, dimos comienzo al festival mucho antes de lo previsto, sirviendo chocolate caliente y pasteles recién horneados en los veladores frente a La Céleste Praline mientras yo limpiaba a toda prisa el estropicio del obrador. Por fortuna, los daños fueron mínimos: apenas unos centenares de bombones desparramados y aplastados contra el entarimado, pero ni una sola de las cajas de regalo empaquetadas había sufrido el menor desperfecto. Un par de retoques al escaparate y volvió a lucir tan primoroso y deslumbrante como siempre.

El festival colmó todas nuestras esperanzas. Puestos de artesanía, fanfarrias de metales, la orquesta de Narcisse —quien, para sorpresa de todos, toca el saxofón con una soltura insolente y virtuosa—, malabaristas y tragafuegos. La gente del río regresó —al menos por ese día—, y las callejuelas del pueblo cobraron una vitalidad desbordante con sus figuras abigarradas. Algunos montaron sus propios puestos ambulantes: trenzaban abalorios en el pelo, vendían miel y mermeladas caseras, dibujaban tatuajes de henna o leían la buenaventura en las palmas de las manos. Roux ofrecía muñecos primorosos que él mismo había tallado en pedazos de madera flotante. Solo faltaron los Clairmont, aunque a cada instante creía vislumbrar a Armande con los ojos de

la memoria, como si en una fiesta semejante fuera sencillamente inconcebible su ausencia. Un pañuelo rojo que cruzaba entre la multitud, la curva rolliza de una espalda encorvada con delantal gris, un sombrero de paja alegremente engalanado con cerezas bailoteando sobre el gentío bullicioso… Parecía estar en todas partes. Por extraño que pareciera, descubrí que no sentía congoja ni desconsuelo: únicamente la convicción creciente de que en cualquier segundo reaparecería a mi lado, levantando las tapas de las cajas para fisgonear lo que guardaban, chupándose los dedos con avidez o soltando un chillido de puro alborozo ante el jaleo, la risa y la algarabía general. En un momento dado estuve completamente segura de oír su voz cascada —«¡Ajá!»— rozándome la oreja mientras me inclinaba para alcanzar un paquete de pasas bañadas en chocolate, aunque al girarme no encontré más que el aire tibio de la tarde. Mi madre lo habría comprendido al instante.

Despaché todos los encargos pendientes y vendí la última caja de regalo a las cuatro y cuarto. La búsqueda del huevo de Pascua la ganó Lucie Prudhomme, pero todos los niños que participaron recibieron un cucurucho de sorpresas repleto de bombones, trompetillas de plástico, panderetas y serpentinas de colores. Una solitaria carroza, primorosamente alfombrada con flores frescas, servía de reclamo publicitario para el vivero de Narcisse. Algunos de los muchachos más jóvenes se atrevieron a improvisar un baile al son de la música bajo la severa mirada de piedra de San Jerónimo, y el sol brilló en lo alto durante toda la jornada.

Y, sin embargo, mientras permanezco sentada con Anouk en el silencio sosegado de nuestra casa, con un libro de cuentos de hadas en la mano, me invade una extraña inquietud. Intento convencerme de que no es más que el desinfle inevitable que sigue a la consumación de un acontecimiento largamente esperado: el cansancio acumulado, tal vez, la ansiedad latente, la irrupción enloquecida de Reynaud a última hora, el bochorno del sol, la marea de gente… También el duelo por Armande, que aflora ahora que el bullicio de la fiesta ha enmudecido; un dolor teñido de tantas sensaciones encontradas: soledad, pérdida, incredulidad y, al mismo tiempo, una serenidad honda que me asegura que todo ha sucedido como debía. Mi querida Armande: te habría

fascinado tanto todo esto… Pero tú tuviste tus propios fuegos de artificio, ¿verdad que sí?

Guillaume vino a visitarnos a última hora de la tarde, mucho después de que hubiéramos recogido y limpiado cualquier vestigio del festival en la plaza. Anouk se disponía a acostarse, todavía con las retinas encendidas por las luces de la fiesta.

—¿Puedo pasar?

Su perro ha aprendido a sentarse a la primera orden, y aguarda paciente y solemne junto al quicio de la puerta. Guillaume sostiene algo en la mano: una carta.

—Armande me pidió que te entregara esto. Ya sabes… después.

Tomo el sobre entre los dedos. En el interior, algo menudo y pesado repiquetea suavemente contra el papel.

—Gracias.

—No me quedo —dice, clavando sus ojos en los míos por un instante antes de tenderme la mano, en un ademán contenido pero conmovedor.

Su apretón es firme y fresco. Siento un escozor ardiente en los ojos; una lágrima brillante cae sobre la manga de la chaqueta del anciano: no sé con certeza si es suya o mía.

—Buenas noches, Vianne.

—Buenas noches, Guillaume.

El sobre contiene un único pliego de papel. Al extraerlo, dos objetos metálicos ruedan con un tintineo sordo sobre la mesa: monedas de oro, advierto al instante. La caligrafía de Armande es grande, temblorosa, fruto de un esfuerzo indomable.

Querida Vianne:

Gracias por todo. Sé muy bien cómo debes de sentirte. Habla con Guillaume si lo necesitas; él lo comprende mejor que nadie en este mundo. Lamento no haber podido estar en tu festival, pero lo he presenciado tantas veces en mi cabeza que en realidad poco importa. Dale un beso enorme a Anouk de mi parte y dale una de las monedas que te adjunto; la otra es para la criatura que viene en camino… creo que sabrás con certeza a qué me refiero.

Me siento cansada ahora, y puedo oler en el aire que se avecina un cambio en el viento. Creo que dormir me sentará de maravilla. Y quién sabe: tal vez volvamos a encontrarnos algún día.

Tuya siempre,

Armande Voizin

P.D.: Ni se les ocurra asomar las narices por el funeral, ninguna de las dos. Esa es la fiesta de Caroline y supongo que tiene todo el derecho a disfrutarla si esa es la clase de cosas que le complacen. En lugar de eso, inviten a todos nuestros buenos amigos a La Praline y tómense una buena jícara de chocolate espeso a mi salud. Los quiero a todos. A.

Al terminar la lectura, deposito la carta sobre el mueble y busco las dos monedas errantes: una ha quedado sobre la mesa y la otra sobre el asiento de una silla. Dos soberanos de oro puro que destellan con un fulgor cálido y rojizo en la cuenca de mi mano. Una para Anouk y la otra… Por puro instinto, llevo la palma libre hacia el lugar tibio y sosegado que late en mis entrañas: ese rincón secreto y sagrado que ni siquiera a mí misma he terminado de confesar por entero.

La cabecita de Anouk descansa plácidamente contra mi hombro. Casi sumida en el sueño, le canturrea entre dientes a Pantoufle mientras yo leo en voz baja. Apenas habíamos tenido noticias de Pantoufle durante estas últimas semanas, eclipsado como estaba por compañeros de juegos mucho más reales y de carne y hueso. Resulta revelador que reaparezca justo ahora, en el preciso instante en que el viento ha virado de rumbo. Algo dentro de mí reconoce la fatal inevitabilidad del cambio. La fantasía de permanencia que

tan minuciosamente construí en este pueblo se parece a los castillos de arena que solíamos levantar en la playa, a la espera de una marea alta. Incluso sin la embestida de las olas, el sol termina desmoronándolos: mañana casi habrán desaparecido. Aun así, siento una punzada sutil de rabia, una pequeña herida en el orgullo. Pero la fragancia del carnaval ambulante vuelve a llamarme con insistencia: el viento viajero, el viento cálido procedente de… ¿dónde esta vez? ¿Del sur? ¿Del este? ¿De América? ¿De Inglaterra? Es solo cuestión de tiempo. Lansquenet, con todas sus esquinas y recuerdos, comienza a desdibujarse en mi interior, desvaneciéndose ya en la lejanía de la memoria. La maquinaria se apaga; el mecanismo guarda silencio. Quizás sea lo que sospeché desde el primer día: que Reynaud y yo estábamos unidos por un hilo invisible, que el uno era el contrapeso del otro y que, sin su presencia hostil, mi estancia aquí carece de propósito. Sea lo que fuere, la carencia desesperada del pueblo se ha disipado; en su lugar percibo una plenitud satisfecha, una saciedad de vientre colmado que ya no deja hueco para nosotras. En los hogares de Lansquenet, las parejas hacen el amor en la penumbra, los niños juegan, los perros ladran a la luna y los televisores rugen en las salas de estar. Sin necesidad de nosotras. Guillaume acaricia a su perro mientras contempla *Casablanca* en la pantalla. A solas en su buhardilla, Luc recita a Rimbaud en voz alta sin un ápice de tartamudeo. Roux y Joséphine, cobijados en la intimidad de su nuevo hogar recién pintado, van descubriéndose el uno al otro desde el alma, despacio, caricia a caricia. *Radio-Gascogne* dedicó un espacio informativo al festival del chocolate esta misma tarde, anunciando con orgullo el festejo de Lansquenet-sous-Tannes como «una encantadora y arraigada tradición comarcal». Los turistas ya no cruzarán de largo este pueblo para dirigirse a otros destinos: he colocado este rincón invisible en el mapa del mundo.

El viento huele a mar abierto, a ozono y a fritura dulce; a los paseos marítimos de Juan-les-Pins, a buñuelos calientes, a aceite de coco, a carbón vegetal y a sudor viajero. Tantos lugares esperando a que el viento sople… Tantas almas necesitadas de consuelo. ¿Cuánto tiempo esta vez? ¿Seis meses? ¿Un año entero? Anouk acurruca su carita contra mi cuello y yo la estrecho con demasiada fuerza, tanta que se despierta a medias y murmura una queja soñolienta. La Céleste Praline volverá a transformarse en una panadería de

pueblo. O tal vez en una confitería tradicional, con ristras de nubes de azúcar colgando del techo como salchichas de colores pastel y cajas de pan de especias con el lema *Recuerdo de Lansquenet-sous-Tannes* estarcido sobre la tapa. Al menos tenemos dinero ahorrado, más que de sobra para volver a empezar de cero en cualquier otro rincón: en Niza, quizás, en Cannes, en Londres o en París. Anouk refunfuña entre sueños. Ella también presiente la partida.

Y, sin embargo, hemos avanzado. Ya no nos aguarda la frialdad anónima de los cuartos de hotel, el zumbido impersonal de los neones ni la huida ciega de norte a sur al capricho de una tirada de cartas. Por fin nos hemos enfrentado cara a cara con el Hombre de Negro, Anouk y yo, y lo hemos visto tal como verdaderamente es: un pobre hombre atrapado en sus propios miedos, una máscara de carnaval desprovista de poder. No podemos quedarnos aquí para siempre. Pero quizás él nos haya despejado el sendero para establecernos definitivamente en alguna otra parte: algún pueblo marinero acariciado por las olas, o una aldea ribereña cercada por campos de maíz y viñedos dorados. Cambiaremos de nombre. El rótulo de nuestra tienda también mudará: *La Truffe Enchantée*, tal vez; o *Tentations Divines*, en recuerdo socarrón de Francis Reynaud. Y esta vez nos llevaremos un pedazo inmenso de Lansquenet en el equipaje.

Sostengo el obsequio de Armande en el hueco de la palma. Las monedas son pesadas, rotundas al tacto. El oro tiene un fulgor cobrizo, casi del mismo matiz del cabello de Roux. Vuelvo a preguntarme con asombro cómo pudo saberlo Armande… hasta dónde alcanzaba su mirada clarividente. Otra criatura… esta vez no huérfana de padre, sino concebida por un hombre noble, aunque él jamás llegue a sospecharlo. Me pregunto si heredará su pelo de fuego, sus ojos enigmáticos del color de las nubes lejanas. Ya tengo la absoluta certeza de que será una niña. Incluso sé de antemano el nombre que llevará.

Hay tantas otras cargas que podemos dejar atrás para siempre… El Hombre de Negro se ha desvanecido. Mi propia voz me suena distinta ahora: más valiente, más firme, templada en la confianza. Hay un matiz en ella que, si escucho con atención, reconozco con nitidez: un timbre de desafío, casi de gozo victorioso. Mis antiguos temores se han disuelto en la niebla. Tú también te has marchado, mamá, aunque sé que continuaré escuchando tus susurros

en el viento. Ya no tengo por qué temer a mi propio reflejo en el azogue del espejo. Anouk sonríe en mitad del sueño. Podría quedarme aquí, mamá. Tenemos un hogar verdadero. Tenemos amigos leales. La veleta de cobre en lo alto del tejado gira y gira sobre su eje. Imagina escuchar su chirrido familiar cada semana, cada año, en cada estación que pase… Imagina asomarme a mi ventana en una mañana limpia de invierno. La voz nueva que late en mi interior suelta una risita cantarina, y el eco suena exactamente igual que regresar a casa. La vida nueva que crece dentro de mí se remueve con suavidad, con una dulzura infinita. Anouk balbucea entre sueños sílabas inconexas. Sus manitas menudas se aferran con fuerza a mi brazo.

—Por favor… —su voz suena apagada contra la lana de mi suéter—. Mamá, cántame una canción.

Abre los ojos un instante. La Tierra entera, contemplada desde una altura prodigiosa, comparte exactamente el mismo matiz verdeazulado de su mirada.

—Está bien, mi cielo.

Vuelve a entornar los párpados y yo comienzo a entonar muy bajito:

V'là l'bon vent, v'là l'joli vent…
V'là l'bon vent, ma mie m'appelle…

Con la secreta esperanza de que esta vez continúe siendo únicamente una canción de cuna. Con la esperanza de que esta vez el viento no escuche. Con la esperanza de que esta vez —por favor, solo por esta vez— el viento decida marcharse sin nosotras.

FIN